MEMORIAS
DEL GRAL. CESAR DIAZ



MINISTERIO DE CULTURA

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol 129

CESAR DÍAZ

M E M O R I A S

Preparación de la edición a cargo del
DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES DEL MUSEO HISTÓRICO NACIONAL

Cuidado del texto a cargo de los Sres
JOSE PEDRO BARRÁN y BENJAMÍN NAHUM

CESAR DIAZ

MEMORIAS

Prólogo de
JUAN E PIVEL DEVOTO

MONTEVIDEO
1968



PROLOGO

I

Francisco Bauzá al comentar la aparición de las *Memorias* del general César Díaz, escribió "Si alguna vez ha sido útil la táctica periodística del señor Sarmiento de Buenos Aires, indudablemente lo fue en ocasión de llamar a César Díaz porteño renegado, dando así lugar a que la familia del muerto volviese por los fueros de la verdad y mandara imprimir las *Memorias* auténticas en que su deudo, verdadero general formado en los campos de batalla, ofrecía gratuitamente y por acaso, mas de una lección al general de papel que le negaba su nacionalidad y pretendía deslucir sus servicios Por tan inesperado incidente, ganó la literatura uruguaya un libro, del cual puede decirse en su mayor elogio, que todos lamentan encontrarle tan corto, cuando corremos tiempos en que la escasez de volumen constituye la mayor recomendación para las obras que se editen

Mas no es esta la única originalidad que presentan las *Memorias inéditas del general don César Díaz*, pues esa obra, sobre ser un libro bueno, es por añadidura el libro de un soldado y como quiera que en nuestra epoca la condición militar de los individuos lleve siempre anexa la idea de no ser ellos aptos para otra cosa que para dar tajos y mandobles, resulta sorprendente y placentero verles manejar la pluma con maestría Estamos ya muy lejos por cierto, de los tiempos en que los generales como Tucídides, Xenofonte

y César, dejaban a la posteridad, libros que son todavía modelos de arte, y no hay esperanza, a lo menos entre nosotros, de que soldados como Cathan y Mirabeau, lleguen a conquistar en la tribuna parlamentaria el derecho de dirigir los negocios públicos por la sola influencia de la palabra Así pues, el libro de un general famoso por su rigidez en el mando y su serenidad en el combate, e inolvidable ademas por su muerte tragica como lo fue el general Díaz, reviste todos los caracteres de una novedad literaria"

Con el titulo de *Memorias inéditas del General oriental Don César Díaz*, Adriano Diaz publicó en Buenos Aires en 1878 tres documentos escritos por este personaje de nuestra historia un relato de la batalla de Arroyo Grande y de la organización de la defensa de Montevideo en 1843, las anotaciones sobre la campaña del ejército grande aliado que abatió el poder de Rosas en Caseros, y los apuntes sobre su educacion y carrera militar que resumen su vida desde 1812 hasta el 30 de setiembre de 1853 en que está datado el manuscrito

En el ensayo crítico antes mencionado que recogió en los *Estudios literarios* editados en 1885, Francisco Bauzá valoró con acertado criterio el legado literario del General Díaz y trazó su semblanza politica y moral Los escritos del general Diaz descubren con nitidez los rasgos del soldado disciplinado, el temple de su voluntad, los rígidos principios del militar de formación académica, incompatibles con los hábitos engendrados por la influencia del caudillismo, la franqueza tajante de sus opiniones, el grado de pasión sincera que ponia en todos sus actos, arrebatos que no lograban atenuar la inteligencia analítica de que estaba do-

tado ni la exquisitez de su vasta cultura. La miniatura trabajada por O'Dogerty que lo representa en la juventud, trasunta esa distinción del personaje, D'Hastrel captó con admirable penetración psicológica, la frialdad y dureza de carácter de este militar valeroso, cuya vida ofrece el contraste de una indeclinable vocación castrense con la incontrolada manifestación de sus reacciones políticas

II

Entre los militares que combatieron en las guerras de la independencia, pocos poseyeron dotes de memorialistas o escritores En paginas de invalorable interés documental, Ramón de Caceres nos legó narraciones matizadas con cronicas de costumbres y retratos de personajes, José Brito del Pino llevó prolijos *Diarios de campaña* con agudas observaciones, José Maria Reyes reveló sus aptitudes literarias y cientificas en la *Descripción Geografica del territorio de la República*, Antonio Diaz en las *Memorias* por desgracia mutiladas, bosquejó crónicas, describió escenas y emitió certeros juicios históricos En el ciclo posterior a 1830, hasta la guerra de la Triple Alianza, los hombres de armas que más se distinguieron por su capacidad para la obra literaria fueron Melchor Pacheco y Obes, poeta romántico, elocuente tribuno y narrador vivaz, Lorenzo Batlle, memorialista ecuánime, Jacinto Estivao, autor de diarios llevados en sobrio estilo, León de Palleja que narró con vigor y animación las campañas militares en que actuó, Leandro Gomez, periodista de combate, Pedro P Bermúdez y Antonio Diaz, hijo, autores de obras dramáticas sobre motivos históricos y tradicionales En los dias de la Patria Vieja, Eusebio

Valdenegro, soldado de buena pluma, escribió cielitos y décimas que se decían en los campamentos, la cruzada lavallejista de 1825 tuvo su poeta en el Capitán Andrés Matías Arufe, las contiendas civiles hasta 1851, al coronel Hilario Ascasubi — que por su origen no nos pertenece, las luchas que siguen hasta 1865, a un miliciano versificador, cantor anonimo de las divisas partidarias

César Díaz se destaca en ese conjunto Su obra tiene muchos rasgos comunes con la de León de Palleja Ambos se propusieron ser narradores metódicos de hechos de armas Lograron su propósito en ceñida prosa, con impresiones sobre la naturaleza y el paisaje, y observaciones sobre la condicion de los protagonistas

III

El capitulo de la *Memoria* sobre la *Campaña de 1842 y organizacion de la defensa de Montevideo* comprende el relato de los sucesos ocurridos desde la batalla de Arroyo Grande hasta abril de 1843 El entonces teniente coronel César Díaz trazo sus apuntes e impresiones sobre los acontecimientos de cada jornada Años después, creemos que en 1855, les dio forma definitiva La publicación de las *Memorias postumas* del general Jose María Paz, realizada entonces en cuatro volúmenes, impulsó a Cesar Diaz a ordenar sus escritos Este capítulo, desgraciadamente fragmentario, que comprende el relato de un breve periodo de la defensa de Montevideo, en la que Diaz estuvo hasta 1851, se inicia con las apreciaciones sobre la batalla de Arroyo Grande, vertidas en paginas de severa crítica y prosigue con la cronica de los sucesos que precedieron al

asedio de la ciudad y a las contingencias de orden militar ocurridas hasta el 21 de abril

El documento no tiene el encanto que presta al relato la espontaneidad de las anotaciones diarias Las impresiones y juicios personales se entremezclan con la exposición de los sucesos, ordenadas posteriormente teniendo a la vista los *Apuntes Históricos de la Defensa de la República* de Francisco Agustín Wright, publicados en 1845 Las apreciaciones críticas sobre hechos y actores constituyen lo mas valioso de estas páginas aun cuando no sea el rasgo que las haga más simpaticas al lector César Díaz no es un observador objetivo ni un juez imparcial No se propuso escribir una obra de carácter histórico Sus *Memorias* son el testimonio de un actor dueño de una personalidad bien definida, que emite juicios en función de una concepción académica de la guerra Ello explica la severidad de sus opiniones sobre el general Fructuoso Rivera y sus *montoneras*, sus comentarios sobre los yerros cometidos por Oribe en la conducción de la guerra, sobre las actitudes exageradas de Melchor Pacheco y Obes y aun sobre ciertos rasgos que afeaban el caracter del general Paz, con quien tenía gran afinidad, bajo cuyas órdenes habia combatido en San Roque y La Tablada contra Bustos y Quiroga en 1829

El 5 de noviembre de 1851 César Diaz fue nombrado comandante en jefe de la division oriental que debia formar parte del Ejército Grande Aliado en Sud America, constituido de acuerdo a lo estipulado en el tratado suscrito el 21 de noviembre de aquel año por representantes de los gobiernos de Montevideo, el Imperio del Brasil, Entre Rios y Corrientes Los *Apuntes* de César Diaz sobre la campaña que culminó en la

batalla de Caseros refieren los trabajos para disciplinar y organizar la división oriental, la partida de Montevideo, narrada con acento emocionado, el arribo a la costa de Entre Ríos, en el Potrero de Pérez, la iniciación de las marchas ocupación de Rosario, pasaje del Paraná, combate de Loma Negra, el encuentro con Urquiza, al operarse el 1º de febrero de 1852 la reunión de todo el ejército, y la batalla dada dos días después en la que fue abatido el poder de Rosas En estos *Apuntes* César Díaz capta el paisaje con fineza cuando describe la zona costera de pantanos, cañadas y arroyos cenagosos, la escena del campamento sorprendido por la tempestad desencadenada en el atardecer de un día que se había presentado claro y hermoso, el estratégico promontorio de Punta Gorda y las llanuras regadas por el Diamante, la desolación de los bosques y campos devastados por la sequía y la langosta, el cuadro inmenso de la pampa (sin rutas, sendas ni arbustos) cuya contemplacion le hacía olvidar el cansancio y fatigas de la marcha, el incendio de los cardales en las cercanías de Pergamino, con riesgo de que explotaran las municiones conducidas en vetustas carretas cubiertas con cueros o quinchadas de totora

El crítico severo que no le abandonaba nunca, aso ma cuando refiere con detalles, las omisiones cometidas en Montevideo al equiparse la división oriental, hecho que atribuye a motivos de animosidad personal, las aptitudes sobresalientes del jefe y conductor de tropas, manifiéstanse en las disposiciones adoptadas para superar esos y otros inconvenientes, el militar de raza, revélase en el comentario sobre los dieciséis días empleados por el ejército en la operación de vadear el Paraná con cincuenta mil caballos que cruzaron el río

a nado, en las reflexiones sobre el plan de campaña de Urquiza e inobservancia de las practicas y ordenanzas que gobiernan la marcha de los ejércitos regulares, cuando encomia la entereza con que los soldados padecían la sed, el hambre y el calor sofocante o expresa su admiración por el instinto que orientaba a los baqueanos

Completan el cuadro abarcado en los *Apuntes* las impresiones sobre el régimen de orden impuesto por el terror que existía en la provincia de Entre Ríos, la descripción de la escena ofrecida en las páginas del campamento por los oficiales y clases que habían militado durante años en el Cerrito o en la Defensa, ahora unidos bajo una misma bandera, la emoción de los soldados de los cuerpos argentinos al besar la tierra de la provincia de Buenos Aires y acariciar sus yerbas después de pasar el arroyo del Medio, rasgo opuesto a la indiferencia con que, desde sus viviendas, veían pasar al ejercito los moradores de aquellos lugares, cuyo espíritu seguía siendo favorable a Rosas, sobre cuyo poder moral el General Díaz se extiende en comentarios

En el relato de la batalla de Caseros y de las operaciones que le precedieron, exhibe sus mejores recursos para la difícil empresa de describir con rigor militar y objetividad, un hecho de armas en el que ha sido actor Enriquece además la crónica con apreciaciones juiciosas sobre los casos historicos de ejércitos que se han dispersado sin oponer resistencia como ocurrió en Caseros, no obstante la creencia que le asiste de que el 3 de febrero de 1852 los resortes de la tiranía de Rosas estaban en "toda la fuerza y eficacia de su accion" Diaz atribuye la dispersion del ejercito federal

a la indisciplina, a la nulidad de sus jefes y a la superioridad del ejercito aliado Con las escenas de horror originadas por el saqueo que sucedió al derrumbarse el poder de Rosas y los fusilamientos ordenados por Urquiza (Diaz lo califica de "carniceria humana") finalizan los *Apuntes* de la campaña del Ejército Grande, a los que agregó dos capitulos con referencias sobre el carácter singular de Rosas — reflejado en el extraño episodio ocurrido en plena batalla, narrado en una bella pagina — y la descripción de la jubilosa entrada del ejército vencedor a la ciudad de Buenos Aires y el regreso de la división oriental a Montevideo

El General Diaz se propuso publicar estos *Apuntes* Asi lo confiesa en la pagina dedicatoria que precede el texto Decidiose en tal sentido al leer en 1852 el libro de Sarmiento, *Campaña en el ejercito grande aliado de Sud America* y al verse en el caso de refutar el parte oficial sobre la batalla de Caseros del brigadier Manuel Márquez de Souza, jefe de la división brasileña que integro aquel ejército, reivindicando para los soldados orientales el mérito de haber sido los primeros en penetrar en la casa fortificada de Caseros [1]

Para acompañar la proyectada publicación de los *Apuntes*, escribio las anotaciones autobiográficas, sucinto relato de su carrera militar, desde las aulas hasta el 2 de junio de 1852 Diversas circunstancias impidieron entonces al General César Díaz la publicación de estos escritos, editados veinte años después de su muerte

1 El texto de la *Refutación* del general César Díaz se publica íntegro en esta edición tomándolo del numero 182 de *La Constitución*, Montevideo, febrero 14 de 1853 En la edición de 1878 fue reproducido con la supresión de pasajes sustanciales

En la presente edicion de las *Memorias* de César Díaz, reproducimos los textos en el orden en que se les dio a conocer en la edición original de 1878 Agregamos a la obra un segundo *Apéndice* con documentos relativos a la actuacion que le cupo a la división oriental en la batalla de Caseros, por estimar que encuadran en el espíritu con que el General Diaz refutó el parte del brigadier Marquez de Souza en 1852

IV

El 19 de octubre de 1887 el General Bartolomé Mitre publico en *La Nacion* de Buenos Aires un comentario sobre el tercer volumen de la *Historia de Rozas y su epoca* del Dr Adolfo Saldias En su estudio, Mitre se extendió en referencias y consideraciones a propósito de la batalla de Caseros Recuerda un consejo de guerra reunido en su batería, en el que los asistentes persuadieron al coronel Indalecio Chenaut, ayudante de Urquiza, para que salvara la omisión en que éste había incurrido dejando inactivos doce mil hombres, y ordenara cargar al centro, a la izquierda y la reserva. "Así se hizo, expresa Entonces cargaron, apoyados por los fuegos de la artilleria, ganando terreno, la infantería argentina y la division brasilera, la reserva de caballería del General Virasoro y la división oriental que formaba a la izquierda fuera del tiro de cañón Estas fuerzas avanzaron en columnas de ataque, arma a discreción, sin disparar un tiro Bastó su avance para disolver de un soplo el último nucleo de resistencia del ejército de Rosas No hubo casi pelea, ni mas muertos que los que inútilmente sacrificó con crueldad el coronel Palleja en el Palomar de Caseros, entre ellos el llorado doctor Cuenca, caido a la sombra

de una bandera que detestaba, desempeñando un deber de humanidad"

Don Fernando Torres, que con el grado de capitán del batallón "Resistencia" había formado en las filas de la división oriental que combatió en Caseros, refutó las apreciaciones de Mitre en carta dirigida al redactor de *El Siglo,* publicada en el número de este periódico el 27 de octubre de 1887 Torres negó la verosimilitud de la versión sobre la reunión del consejo de guerra La consideró una licencia poética del General Mitre "Lo que es cierto, agregó, es que Urquiza era verdaderamente general, que había combinado las diversas operaciones de la batalla, que el general Cesar Diaz, Jefe de la Division Oriental, tenía desde el principio la orden de atacar y el momento en que debía ejecutarlo"

Con pormenores narró Fernando Torres la participación que le cupo aquel dia a la división oriental Lo hizo en páginas de conciso estilo, adecuado a la intensidad del relato, en el que reivindica la gloria de sus compañeros de armas y la memoria del coronel León de Palleja, acusado de haber sacrificado estérilmente al Dr Mamerto Cuenca León de Palleja hijo del coronel, recabo a su vez el testimonio del general José Miguel Arredondo y del coronel Tomás Larragoitía Este último relato las circunstancias en que fue muerto el Dr Cuenca Al apreciar los elementos de juicio allegados por los testigos, Mitre recordo que, a las exigencias de la guerra, deben contraponerse siempre los sentimientos de humanidad

La refutación publicada por César Diaz en 1853 en las columnas de *La Constitución* dirigida por el Dr Eduardo Acevedo, cuyo texto es reproducido sin muti-

laciones en esta edición; la réplica de Fernando Torres a Mitre en 1887 y la de León de Palleja, hijo, en 1889, obedecieron a un mismo propósito poner de manifiesto que la división oriental fue la primera en atacar y ocupar la posición de Caseros, operación en la que no fue precedida por ninguna otra tropa del ejército, y que el derramamiento de sangre se produjo por el carácter mortífero de la lucha.

Juan E Pivel Devoto

CESAR DIAZ

César Victor Diaz nacio en Montevideo el 16 de julio de 1812, hijo de madre oriental y del español Francisco Diaz, el que a pesar de su origen acompaño a San Martin en su expedicion sobre Chile Allí el joven Cesar Diaz ingreso en la Academia Militar de Santiago, debiendo interrumpir sus estudios en 1825 cuando la familia se traslado a Buenos Aires

En 1827 inicio su carrera militar en la Republica Argentina, participando en la campaña de Cordoba a las ordenes del general Jose Mª Paz Con el grado de teniente coronel se separo del ejercito argentino y retorno a su ciudad natal a fines de 1833 Se dedico al estudio de las disciplinas de su profesion y del frances, que llego a dominar a la perfeccion ya que incluso hizo alguna traduccion al español de piezas dramaticas francesas

El 6 de octubre de 1838 ingreso en las filas del ejercito oriental Participo activamente en la Guerra Grande apoyando la causa de la Defensa de Montevideo Jefe del Estado Mayor en 1845, coronel efectivo y miembro de la Asamblea de Notables en 1846, la revolucion riverista de ese mismo año lo desplazo de sus funciones y recien en 1848 volvio a ocupar un cargo publico como Capitan del Puerto de Montevideo hasta que en julio de 1849 fue nombrado Comandante General de Armas, puesto que desempeño hasta la paz del 8 de octubre de 1851 Jefe de la Division Oriental que unida a las tropas urquicistas y brasileñas derroto a Rosas en Caseros, fue ascendido a General en 1852 La politica de fusion que despues del pacto del 8 de octubre de 1851 inicio el Presidente Juan Francisco Giro lo convirtio en su Ministro de Guerra y Marina Instalado el Triunvirato en 1853 fue encargado del Gobierno Provisional mientras Venancio Flores permanecia en la campaña A su retorno, el caudillo lo nombro Encargado de Negocios en Buenos Aires

Convirtiose en una de las cabezas visibles del Partido Conservador y llego a ser su candidato a la Presidencia en 1856 Desterrado por el gobierno de Gabriel A Pereira en diciembre de 1857, dirigio la revolucion que culmino tragicamente en el episodio de Quinteros Fue alli fusilado el 1º de febrero de 1858

CRITERIO DE LA EDICION

La presente edicion reproduce el texto original publicado por el sobrino del General Cesar Diaz, Adriano Diaz, en la ciudad de Buenos Aires, año 1878 Al texto se ha incorporado un apendice sobre la batalla de Caseros Se ha modernizado la ortografia, con sujecion a las normas de la Academia

APUNTES DE LA CARRERA MILITAR DEL GENERAL CESAR DIAZ



APUNTES

Nací en Montevideo el 16 de julio de 1812, al empezar el segundo asedio que los patriotas pusieron a esta ciudad, sujeta hasta entonces al dominio de la España. Fueron mis padres don Francisco Diaz, español, y doña Feliciana Martínez, natural de Montevideo Aunque español de nacimiento, mi padre era paisano de todos los hombres libres, y como tal, había simpatizado con la revolucion americana consagrandole su vida Pertenecia en aquella época al ejército sitiador, en el cual él tuvo ocasión de prestar importantes servicios, por su vasta instrucción y conocimientos científicos en la artilleria

Rendida la plaza de Montevideo en 1814, pasó con la familia a Buenos Aires, y en 1816, el gobierno de las Provincias Unidas le destino a Mendoza, donde el general San Martin organizaba el ejercito con que debia invadir a Chile

Verificado el pasaje de los Andes y obtenida la victoria de Chacabuco, volvió mi padre a Mendoza donde había dejado la familia, y la condujo a Chile

En 1820, el ejército de los Andes se embarco para el Peru, donde los españoles tenían concentrado el resto de poder que les quedaba en la América del Sud, pero mi padre, gravemente atacado en su salud a consecuencia de las fatigas y penalidades de sus largas campañas, no pudo tener la gloria de acompañarlo

Solicitó y obtuvo su pase al ejército de Chile, en el que se conservó hasta su muerte, acaecida en 1822

Al morir, consignó en su testamento una cláusula por la cual rogaba al gobierno de Chile, que en consideración a sus servicios a la independencia americana, se me admitiese en el ejército en la clase de Alférez, dispensándoseme al efecto la edad requerida por las leyes, y aunque no llegó nunca el caso de que yo perteneciese a ningún cuerpo, por no haberlo pretendido, fui sin embargo admitido en la Academia Militar que se instituyó en 1824 bajo la dirección del teniente coronel don Santiago Bayama, y en la cual sólo debían tener acceso los cadetes Empecé y seguí por algun tiempo el primer curso de matemáticas dictado en dicha academia, pero habiendo resuelto mi familia regresar a Buenos Aires a principios de 1825, tuve que interrumpirlo, con harto sentimiento del director que me estimaba y veía con placer mi aplicación y aprovechamiento, y con no poco perjuicio de mi educación que iba a sufrir un atraso irreparable

El 27 de setiembre de 1827, habiendo recién cumplido quince años, entré al servicio de la República Argentina Dióseme el despacho de Alférez 2º del primer regimiento de caballería de línea del ejército nacional que estaba en operaciones contra el Imperio del Brasil, pero, no llegué nunca a presentarme al regimiento, porque cuando me preparaba a emprender el viaje, recibí orden del gobierno para marchar al puerto del Salado, como ayudante del subdelegado de marina y comandante militar de este puerto Partí, pues, a mi nuevo destino y en él permanecí desde noviembre hasta enero de 1828, en que tuve que bajar a Buenos Aires gravemente enfermo de resultas de una herida que había recibido en mi niñez El puerto del Salado estaba en aquella época bloqueado por fuerzas navales brasi-

leras, que algunas veces hicieron fuego sobre las baterías que lo defendían

Mi enfermedad fue penosa y mi asistencia larga Cuando mi salud se hubo un tanto restablecido, lo cual no se verificó antes de cinco meses, el facultativo que me había tratado, me aconsejó, entre otras cosas, que renunciase a la carrera de las armas, porque según él, mi constitución, muy debilitada por la enfermedad que acababa de padecer, no me permitiría soportar las fatigas del servicio militar en campaña, pero como yo era muy joven y tenía mucho amor a la profesión que había adoptado, miré con indiferencia su consejo Consentí sin embargo, en dejar la caballería, que es lo que en último caso me exigió, y en junio del mismo año pasé agregado al batallón 4º de infantería de línea, que estaba de guarnición en Buenos Aires

En el mismo mes fui destinado con un piquete de dicho batallón, de destacamento a la Isla de Martín García El puerto estaba bloqueado y la salida era peligrosa Conducía al destacamento una cañonera de la escuadra, y aunque el oficial que la mandaba tuvo la precaución de zarpar después de entrada la noche, fuimos descubiertos y perseguidos hasta cierta distancia, por uno de los buques enemigos que cruzaban en el canal, el cual nos hizo algunos disparos que no nos causaron daño

El destacamento fue relevado en setiembre, y no pudiéndome yo avenir a la quietud del servicio de guarnición en que me hallaba, marche en el mismo mes al ejército nacional con destino al batallon Nº 5 de Cazadores, al cual me incorporé en el Cerro Largo, donde el ejército había tomado cuarteles de invierno.

Hecha la paz, entre la República Argentina y el Im-

perio del Brasil, volví a Buenos Aires a fines de noviembre con la primera división del ejército bajo la conducta del general don Enrique Martínez, y al siguiente día de nuestro desembarco en aquella ciudad, estalló la famosa revolución de 1º de diciembre a que concurrieron todos los cuerpos de la división, y en la que yo tuve la parte que podía caberme como simple oficial subalterno

El 6 de febrero de 1829 fui promovido a teniente 2º a propuesta hecha por el jefe de mi batallón, según la escala del mismo

CAMPAÑAS EN CORDOBA

El 11 de marzo siguiente partió de Buenos Aires para el interior de la Republica, un ejército a las órdenes del general don Jose M Paz

De ese ejercito hizo parte mi batallón, y con él asisti a sus dos primeras campañas contra los genera les Bustos y Quiroga, gobernador el primero de Córdoba y el segundo de la Rioja, y a las funciones de guerra que a continuacion se expresan

BATALLA DE SAN ROQUE
(Abril 22 de 1829)

A la noticia de nuestra aproximación, el general Bustos salió de Córdoba (la capital), y con todas las fuerzas que pudo reunir fue a situarse en el valle de aquel nombre, seis o siete leguas al oeste de la ciudad

El 22 de abril aparecimos nosotros a su frente, y en ese mismo dia quedó vencido A mi batallón le cupo el honor de apoderarse a la bayoneta de ocho piezas de artillería colocadas en una posición dominante y de difícil acceso

Con esta batalla, y después de algunas marchas y contramarchas por desfiladeros, quebradas y campos en general escabrosos, caminando siempre de noche al frio penetrante de las montañas, la campaña quedó terminada a mediados de mayo, y el ejército fue a establecer sus reales a la inmediación de Cordoba

BATALLA DE LA TABLADA
(22 de junio de 1829)

A principios de junio el temible Facundo, como le llama Sarmiento, entro al territorio de Cordoba con un ejercito de cinco mil hombres, de los cuales setecientos eran de infantería y los restantes de caballeria Salimos inmediatamente a recibirlo, pero el astuto caudillo maniobro con tanta habilidad, que mientras nosotros le buscabamos por un lado, el se dirigió por otro a la capital, que era nuestra base de operaciones, y la obligo a capitular Dejo en ella toda su infantería, y fue a esperarnos con la caballería en el terreno que llaman la Tablada, a poco más de una legua de la ciudad

Pernoctamos el 21, a dos tiros de fusil de su campo y el 22 a la una de la tarde, se trabó la batalla que lleva aquel nombre, y que con tanta razón ha sido celebrada como una de las mas reñidas y sangrientas que se registran en los anales de nuestras guerras Al entrar la noche el enemigo estaba vencido, aunque no completamente disperso los últimos resplandores del crepúsculo nos permitieron distinguir a lo lejos algunas masas, aunque informes de caballeria que se retiraban, y cuya persecución hacian imposible la debilidad y desorden en que la nuestra habia quedado, la fragosidad del terreno, y mas que todo, la absoluta oscuridad que muy luego sobrevino

BATALLA DE LA TABLADA

(Día 23 de junio de 1829)

Satisfechos de nuestro triunfo de la víspera, y sin ningún temor, marchábamos el 23 al amanecer en dirección a la ciudad, para someter la guarnición que la ocupaba, cuando en el transito y en los momentos en que una parte del ejército estaba empeñada en un estrecho desfiladero, fuimos asaltados por el enemigo, que en la noche, se había reforzado con cuatro cañones y toda su infantería Y aquí tuvo lugar otra batalla más larga, más porfiada y más sangrienta, que la del día anterior, habiéndole tocado a mi batallon la bárbara gloria de decidirla, atacando y exterminando a la bayoneta, la numerosa columna enemiga, de aquella arma, de la que seguramente no sobrevivieron al combate más de cincuenta hombres

Es un hecho digno de notarse porque tal vez no tiene precedente en la guerra, que formado el batallón momentos después del combate, y revistadas por curiosidad las armas, no se encontró una sola bayoneta, entre las de doscientas sesenta plazas que quedaban en las filas, que no estuviese teñida de sangre La poblacion de la ciudad de Córdoba tuvo ocasión en el mismo día, de contemplar horrorizada, esta terrible muestra de los estragos de un campo de batalla

Yo fui herido de bala de fusil en el carrillo izquierdo A fin de noviembre, solicite y obtuve mi separación del ejercito y pasaporte para Buenos Aires, cuyo viaje emprendi luego en compañía de varios otros oficiales

De regreso a esta provincia fui promovido con fecha 18 de diciembre a la clase de Ayudante Mayor del batallón Rio de la Plata que comandaba el entonces

coronel don Félix Olazábal, y en 29 de enero de 1830, a la de Capitán del mismo cuerpo En este año hice varios destacamentos ya en la campaña, ya de guarnición en la marina de guerra.

Obtuve el grado de Sargento Mayor en 23 de febrero de 1831 y la efectividad de dicho grado en 29 de setiembre de 1832

Tomé parte en la revolución de 11 de octubre de 1833, en sostén del gobierno legal del general Balcarce, y me hallé en la acción del Molino, pequeño combate dado contra las gentes de Rosas, cerca del arroyo de Maldonado, mandando accidentalmente en jefe el expresado batallón Río de la Plata, por lo cual se me confirió el grado de Teniente Coronel el 26 del mismo mes y año

En el siguiente mes de noviembre pasé al Estado Oriental del Uruguay con licencia por un año, y en 14 de enero de 1835, se me expidió a solicitud mía, mi cédula de licencia y absoluta separación del servicio.

En todo este año, y en el tiempo que siguió hasta 1837, me contraje asiduamente a ilustrar mi inteligencia, con todos aquellos conocimientos que me fue dado procurarme. Estudié con mucho interés y aprovechamiento, la geografía, la historia y el idioma francés, y por último hice un nuevo y completo curso de álgebra y geometría No he descuidado, como debe suponerse, ninguno de aquellos estudios que son relativos a mi oficio

El 6 de octubre de 1838, fui reconocido e incorporado al ejército oriental, en mi clase de Sargento Mayor con grado de Teniente Coronel

En el mes de noviembre próximo fui nombrado Ofi-

cial 1º del Ministerio de la Guerra y en este carácter ejercí las funciones de oficial mayor del mismo, hasta fin de marzo de 1839, en que hice renuncia del destino para marchar al ejército que se decía reunido en el Durazno, y que según todas las noticias oficiales de la época, se preparaba a pasar el Uruguay para llevar la guerra al tirano argentino Pero a mi llegada al Durazno, hallé que no había tal ejército, ni la menor probabilidad de que se abriese la campaña anunciada, y volví poco después con licencia a Montevideo.

Invadida la Republica por el ejército de Rosas que vino mandando el general Echague, el gobierno me comisionó para organizar un batallon de guardia nacional en Montevideo, lo que verifiqué, desempeñando la mayoria del mismo hasta la conclusion de la guerra, en que por un decreto superior fue disuelto, quedando yo agregado al Estado Mayor General

En 1840 redacte un reglamento para el ejercicio y maniobras de la infanteria ligera, y el gobierno de la República despues de haberlo hecho examinar por una comisión de oficiales superiores que nombró al efecto, lo adopto para el uso del ejercito y lo mandó imprimir Este reglamento es el que ha servido a los cazadores del ejercito defensor de Montevideo, y el mismo que actualmente rige en el ejército argentino

En el año de 1841, organicé nuevamente el extinguido batallón de guardia nacional, cuyo mando en jefe se confirió a don Gabriel Velazco, entonces coronel licenciado del ejercito, y tomé a mi cargo como en el año anterior el desempeño de la Mayoria El 10 de noviembre se me concedió la propiedad de Teniente Coronel, con obligación de continuar sirviendo la Mayoría de la Guardia Nacional.

CAMPAÑA DE ENTRE RIOS

En marzo de 1842 obtuve permiso del gobierno para pasar al ejército de la provincia de Corrientes, que mandaba el general don José M Paz y que después de la victoria de Caaguazú parecia destinado a llevar sus armas contra Rosas, el enemigo encarnizado de nuestra patria Luchando con muchas dificultades y peligros, atravese la provincia de Entre Rios, sembrada a la sazón de montoneras y me incorporé al general Paz con varios oficiales que me acompañaban, a tres leguas de la Bajada del Paraná El ejercito correntino se había retirado a Corrientes, y el general Paz con 500 hombres, la mayor parte prisioneros de Caaguazú, se dirigia a la costa del Uruguay En el mismo día de mi incorporación me dio el encargo de formar un escuadron, de todos los jefes y oficiales sueltos que le acompañaban, como la única garantia de seguridad con que podia contar

En el curso de las marchas, nuestras guardias avanzadas desertaban enteras, nuestras partidas exploradoras desaparecian, y nadie podía separarse a cierta distancia de la columna sin riesgo de caer, como a algunos les sucedió, en poder de las montoneras que por todas partes nos seguían y acechaban Por último, en la noche del 2 de abril pasamos el arroyo Nogoyá a la inmediación del pueblo del mismo nombre, y antes que hubiéramos podido hacer una legua de camino, la caballeria toda, se sublevó dando vivas a la federación y descargando sus armas sobre nosotros La oscuridad de la noche y una furiosa tempestad que sobrevino nos salvaron

Al dia siguiente pasamos el Gualeguay el general

Paz y el escuadrón de oficiales que yo mandaba todo lo demás había desaparecido

Frustrada esta vez también la deseada campaña contra el tirano de Buenos Aires, volví a Montevideo en el mes de mayo

ASEDIO DE MONTEVIDEO

Invadida nuevamente la República en el mes de diciembre, por el poderoso ejército, que a las órdenes del general don Manuel Oribe, envió Rosas para esclavizarla, se me encargó la creación del batallón 4º de Cazadores dándome el mando de él Entregáronseme para formarlo, el 20 de dicho mes, cuatrocientos negros sacados de la esclavitud y la abyección señalóseme a la inmediación del Paso del Molino en el Miguelete, un campo de instrucción al que también concurrieron otros cuerpos, y el 5 de febrero de 1843, es decir, cuarenta y cuatro días después, el 4º de Cazadores vino a ocupar la línea de fortificación de la ciudad, y a desempeñar en ella un servicio activo y vigilante, con la regularidad de un cuerpo subordinado y medianamente instruido en todas las funciones de su instituto

El 16 se estableció el asedio de la plaza, y desde el día siguiente comenzó el servicio de descubiertas, y muy luego la serie de combates que inmortalizaron la defensa

Yo me he hallado en todos los que siguen

En el combate del 10 de marzo, el primero en que se ensayaron nuestras armas, en el terreno del Cristo, a vanguardia del centro de nuestra línea de defensa, y en el que el batallón Nº 6 y cuatro compañías del de mi mando se batieron en retirada contra fuerzas muy superiores El general en jefe me manifesto su satis-

facción, haciéndome vitorear a mi entrada por el portón de la línea y enviándome enseguida una banda de música al cuartel para felicitar al cuerpo por su comportacion.

En este día, el cañón colocado en el ángulo saliente de la batería 25 de Mayo, disparó dos tiros, y fueron los primeros que partieron de nuestra artillería

En el combate del 21 de marzo, sobre el mismo terreno, por el que mi batallón fue mencionado especialmente en el boletín del ejército

En varias guerrillas, en los meses de abril y mayo

En la salida general y combate del 2 de junio, a las inmediatas órdenes del general don José M Paz

En varias guerrillas en el mismo mes

En la salida general y combate del 5 de julio, bajo el mando inmediato de dicho general En este día recibí un golpe de bala en la espalda sin consecuencia

En el combate del 13 de setiembre Destinado a proteger a dos compañías de la Legión francesa, que incautamente habían avanzado hasta las posiciones enemigas, tuve que hacer frente con el batallón de mi mando a fuerzas superiores y en terreno desventajoso, por cerca de dos horas Tomaron nuevamente parte en la acción, numerosas fuerzas de uno y otro lado Fui recomendado en el boletín de esta jornada.

En la salida y ataque del Buceo, el 31 de octubre, a las órdenes del coronel don Faustino Velazco.

En la salida y ataque del 15 de febrero de 1844, contra la izquierda de la línea enemiga, mandando en jefe los batallones 4º y 5º de Cazadores. El general Paz dirigía en persona el movimiento de todas las fuerzas destinadas a la operación. En este día tuve el caballo herido.

En la acción del Cerro, el 28 de marzo del mismo año, en la que las tropas enemigas en numero de mil ochocientos hombres de infantería y caballería, fueron completamente derrotadas y perseguidas, resultando muerto el general que las mandaba don Angel Núñez Al frente de una columna de quinientos hombres, tuve yo el encargo de envolver al enemigo por su ala iz quierda, lo que felizmente ejecuté, habiendo sido recomendado en el boletín de ese día

Colocado en la Fortaleza del Cerro, presenciaba el ministro de la guerra, coronel don Melchor Pacheco y Obes, la ejecución del plan que había recibido del general en jefe, o que él mismo había combinado, y tenía el mando inmediato de todas las fuerzas sobre el campo de batalla, el coronel don Venancio Flores

En la accion del Pantanoso, el 24 de abril siguiente, teniendo a mis órdenes una brigada de cuatro batallones, con la cual fui encargado por el general don Jose M Paz, que mandaba personalmente la acción de cubrir la retaguardia de nuestro ejercito, en su marcha en retirada hacia el Cerro Concurrieron a esta jornada cuatro mil hombres de las tres armas del enemigo, y tres mil doscientos por nuestra parte

El 26 de junio obtuve el grado de coronel y el man do en propiedad de la 1ª brigada de infantería del ejercito

En diferentes guerrillas que tuvieron lugar en los meses siguientes, habiendo tenido muerto en una de ellas el caballo

En el combate del 5 de diciembre sobre el terreno que llaman de la "Cordobesa", al que concurrieron numerosas fuerzas de ambos lados, y en el que los enemigos, a pesar del porfiado empeño con que pre-

tendieron pasar nuestra línea exterior, fueron rechazados

El 2 de marzo de 1845, fui nombrado Jefe del Estado Mayor del ejército, cargo que desempeñe hasta el 18 de octubre del mismo año

En la salida y ataque del 14 de abril, contra la izquierda de la linea enemiga, mandando en jefe todas las fuerzas destinadas a ejecutarlo, y en la que el enemigo fue arrollado con pérdida considerable

Habiéndose organizado en enero de 1846, una columna expedicionaria con destino al departamento del Salto, bajo el mando del coronel Pacheco y Obes, a la sazón comandante en jefe del ejército, se me confirio el mando superior de las armas en la plaza, pero no habiéndose verificado la expedición, volvió aquel a ocupar su puesto a principios del mes de febrero, y yo al mando particular del batallón 4º que siempre había conservado

Fui promovido al empleo efectivo de coronel el 14 de febrero, y en el mismo día incorporado a la Asamblea de Notables instituida por decreto supremo

La funesta revolución acaecida el 1º de abril de 1846, nos obligó a mi y a muchos otros de mis compañeros, a separarnos temporalmente de la escena en que por tres años consecutivos, habiamos sustentado la independencia del pais

Ejercí la Comandancia de Marina y Capitanía del Puerto de Montevideo, desde febrero de 1848, hasta el 20 de julio de 1849 en que volví nuevamente al ejército, con el cargo de comandante general de armas que conserve hasta la conclusion de la guerra

La alianza de Montevideo con el Imperio del Brasil y las provincias argentinas, Corrientes y Entre Ríos,

dio por resultado la pacificación del estado El 8 de octubre de 1851 capituló el ejercito sitiador, bajo las condiciones que los poderes aliados quisieron acordarle, y en virtud de dicha capitulación, las tropas que servían bajo sus banderas con el título de orientales, se sometieron al gobierno de la república, habiendo sido a mí en mi calidad de jefe superior de las armas, a quien se entregaron con todo su parque y depositos militares

CAMPAÑA DE BUENOS AIRES

Por un nuevo convenio celebrado en dicho mes de noviembre, los mismos gobiernos aliados, se obligaron a llevar sus armas contra Rosas, a la banda occidental del Plata, y a continuar su acción conjunta hasta la caída de aquel temible tirano, y las tropas orientales destinadas a representar a la República en esa alianza, que constaban de dos mil hombres con seis piezas de artillería, fueron colocadas bajo mis órdenes Con ellos asistí a dicha campaña de Buenos Aires, desde el 4 de diciembre de 1851, hasta el 12 de marzo de 1852, y a la *Batalla de Monte Caseros el 3 de febrero de 1852* En esta memorable jornada, tuve el honor de mandar el ala izquierda del grande ejército aliado, y a consecuencia de la victoria, la satisfacción de ver consignadas en el boletin oficial de ella, estas honrosas palabras "El coronel don César Díaz, jefe del ala izquierda y de las fuerzas orientales, encargado de forzar las posiciones más fuertes del enemigo, ha dejado justificada la eleccion y la confianza del general en jefe " Y el inmediato dia 4, al moverse el ejército de su campamento para acercarse a la ciudad, merecí también el señalado honor de colocar la división de

mi mando, *a la cabeza de la columna*, "en justo homenaje a su conducta del día anterior"

El gobierno oriental por su parte, tuvo a bien elevarme a la clase de oficial general, con fecha 11 del mismo mes, concediéndome además el goce de una medalla de oro de honor

El pueblo de Buenos Aires se asoció también a estas demostraciones honoríficas en favor de las tropas orientales Al separarnos de sus playas para volver a la patria, una porción considerable de ciudadanos, me presentó en nombre del pueblo, un lindo Album conteniendo en breve pero bellísimas palabras, la expresión de su reconocimiento por la parte con que habíamos contribuido a la restauración de su libertad Este libro es mi título de nobleza y una de las mas lisonjeras recompensas que hasta hoy me han producido, veintiséis años de servicios y más de dieciséis combates y batallas

De regreso a Montevideo, por decreto de catorce de marzo fui nombrado Ministro Secretario de Estado en los departamentos de Guerra y Marina, cargo que renuncié con fecha 2 de junio del mismo, pasando al Estado Mayor

Montevideo, setiembre 30 de 1853

CESAR DIAZ



CAMPAÑA DE 1842
Y ORGANIZACION DE LA
DEFENSA DE MONTEVIDEO
EN 1843

CAMPAÑA DE 1842 y ORGANIZACION DE LA DEFENSA DE MONTEVIDEO EN 1843

CAPITULO I

Batalla del Arroyo Grande — Conflictos de la capital de la Republica — Se declaran libres y distribuyen las armas a los esclavos — El general Paz — Formacion del ejercito de reserva — Modificación ministerial — Fortificacion de la capital — Dificultad para completar la fuerza de los batallones creados

El 6 de diciembre de 1842, acaeció en Entre Ríos la memorable batalla del Arroyo Grande, en que el ejército Oriental unido al de la provincia argentina de Corrientes, bajo el mando en jefe del general don Fructuoso Rivera, presidente de la república, fue completamente destruido por otro ejército argentino, bajo las ordenes del nuevo Coriolano, general don Manuel Oribe

Los sucesos que prepararon esta catástrofe, son del dominio de la historia ella cuidará de investigarlos a su tiempo, y de aplicarles su fallo irrevocable

Yo sólo hablaré de la batalla, no para hacer la crítica de su ejecución, sino para indicar algunas de las circunstancias que la precedieron, y que a mi entender influyeron muy principalmente en su resultado Este examen algo interesa a la relación de los hechos

que voy a referir, e importa mucho a la memoria de los valientes que fueron allí tristemente sacrificados

El ejercito enemigo constaba, segun todos los datos oficiales de la época, de dieciocho piezas de artillería, tres mil infantes y cerca de siete mil hombres de caballería Todas estas eran en su mayor parte, tropas regulares, sujetas a una rigurosa disciplina, habituadas a soportar las fatigas de largas y penosas campañas, aguerridas en una serie continuada de combates, y dirigidas por oficiales inteligentes en quienes debía tener aquella confianza que infunde la experiencia del mando y que engendra especialmente el éxito favorable de las acciones

De nuestro lado el ejercito no pasaba de seis mil hombres, de los cuales mil quinientos eran de infantería y los restantes de caballería, con doce piezas de campaña Lo formaban, una división oriental, otra correntina, otra santafecina y otra entrerriana No tenia organizacion militar propiamente dicha, ni disciplina, ni ninguna de aquellas circunstancias que constituyen la fuerza de un ejercito excepto sin embargo, la constancia y el valor Era una masa colectiva heterogenea, sin enlace mutuo entre sus partes y sin armonia en el conjunto Los cuerpos correntinos que hacian mas de un tercio en la totalidad de las fuerzas, desalentados ya, a causa de los sucesos que habian producido la disolución del ejército libertador de reserva, venian por primera vez a batirse bajo las ordenes del general Rivera, y habían efectuado su reunion a el, casi en la víspera de la batalla

Rivera no conocía esas tropas, porque jamas las habia visto, ni a los jefes que las mandaban ignoraba su importancia respectiva y no podia por consiguiente darles una aplicacion oportuna en las horas solem-

nes de un combate Necesitaba haberse tomado algún tiempo, algunos dias al menos, para inspeccionarlas, conocer su espiritu, habituarlas a su mando y uniformarlas al régimen de los demás cuerpos, establecer en suma, la confianza mutua que debe existir entre el general y el ejército, sin la cual es muv dificil vencer, y, en una palabra, hacer todo cuanto la estrategia prescribe y la responsabilidad del mando aconseja, antes de decidirse a la operacion mas terrible y trascendental de cuantas se conocen Ademas, había debido abandonar la provincia de Entre Rios y colocarse en el territorio de la republica sobre la margen del Uruguay, oponerse con vigor al pasaje del enemigo y hacerlo dificil ya que no imposible dando asi tiempo para que el ejercito adquiriese fe en el triunfo y confianza en su dirección, para que el país organizase y pusiese en accion todos sus elementos de resistencia, y por último, para que la invasión si llegaba a realizarse, fuese debil e ineficaz Esto es lo que a mi juicio se debio hacer Así se hubiera conducido, cualquier general de medianas luces y con la conciencia de su responsabilidad Pero Rivera, crevó conveniente obrar de otro modo tan extraño a la ciencia de los generales como presuntuoso y vano, viéndose al frente de seis mil hombres que jamas habia mandado, y sin criterio ninguno para juzgar de sus aptitudes militares, pensó que no necesitaba más para vencer, y entregó al sacrificio centenares de hombres, cuyos huesos esparcidos hasta hoy en aquellos campos de doloroso recuerdo para la patria y de afrenta y deshonor para él, recuerdan incesantemente que hay un acto de justicia que ejercer

Todo se perdio en ese dia para siempre memorable, sin que se pudiera decir, como lo ha pensado el au-

tor de los apuntes históricos,[1] ni aun lo que Francisco 1º escribía a su madre después de la batalla de Pavía "Todo se ha perdido menos el honor" Allí el monarca cayendo prisionero, había acreditado que si la fortuna no favoreció sus armas, el valor había hecho su oficio Aquí el general temiendo más el riesgo de su vida que la tremenda responsabilidad de la de los soldados puestos a su cargo, se separó de su ejército cuando estaba todavía indecisa la victoria, dejando en el campo de batalla, masas enteras que con menos cobardía, alguna serenidad y algunas ideas estratégicas, hubieran podido salvar o impedir, cuando menos, que fuesen impunemente acuchilladas, y haciéndose seguir de una docena de oficiales y soldados, pasó en el mismo día el Uruguay y fue a situarse en la costa del Queguay, desde donde dirigió con fecha 12 una menguada comunicación al gobierno delegado de la república, dándole cuenta de haber *sufrido un contraste inesperado* La infantería toda, los cañones, bagajes y caballadas cayeron en poder del vencedor, todos los prisioneros, desde la clase de jefe hasta la de sargento inclusive, fueron despiadadamente degollados, y las puertas de la república le quedaron abiertas

Cuando la noticia del desastre llegó a Montevideo, el gobierno delegado de la república se encontró en la situación más penosa que es posible imaginar No te-

1 Montevideo — *Apuntes Históricos de la defensa de la república* Colección de noticias de hechos auténticos, y de documentos de un carácter oficial, publicados unos inéditos otros con explicaciones indispensables para la mejor inteligencia Tomo I (único que salió) Montevideo Imprenta Nacional, 1845

Aunque apareció anónima esta publicación, poco conocida, fue escrita por el argentino doctor F A Wright

nía tropas porque las únicas con que contaba el país y que consistían en guardias nacionales, habían sucumbido en la jornada del 6 No tenía escuadra, porque los buques que habían quedado del armamento naval que se hizo el año 41, habían sido poco antes enviados por don Antonino Vidal, ministro general entonces, expresamente para que se perdiesen, en la inconcebible expedición del Paraná, bajo el mando del bizarro coronel don José Garibaldi

No tenía dinero, porque el genio dilapidador de Rivera tenía constantemente exhaustas las arcas del Estado y era un obstáculo permanente para todo sistema de administración regular y económico

No tenía tampoco crédito, porque la misma rapacidad insaciable que absorbía el tesoro nacional, había extendido su maléfico influjo sobre las fortunas particulares, siendo causa de que muchos negociantes que se habían hallado en diversas circunstancias ligados en sus relaciones con el gobierno, experimentasen pérdidas considerables y que por esa razon evitasen nuevos comprometimientos Por otra parte, el terror de las armas enemigas, se había difundido rapidamente en toda la extensión de la república y la convicción de que el país estaba perdido era general Sustraerse al próximo peligro refugiándose en el extranjero, era el pensamiento mas común entre los hombres que pertenecían a lo que entonces se llamaba partido *colorado*, y muchos de ellos lo ejecutaron en los primeros momentos del conflicto, no teniendo valor para aguardar a que el tiempo en algunas horas más, les confirmase en la necesidad de la expatriación, o les ofreciese la posibilidad de permanecer en sus hogares Toda idea de resistencia era inconcebible para ellos veían por instantes asomar a las puertas

de Montevideo el gigante del Arroyo Grande, y juzgaban que aun cuando el gobierno consiguiese crearse algunos de los elementos de que carecia absolutamente, no tendría lugar para reunirlos, organizarlos y aplicarlos eficazmente a la defensa de la capital Entre tanto los parciales del ejercito invasor, o los que pertenecían al partido *blanco*, se agitaban sin cesar, ya para agrandar en los espíritus débiles las verdaderas dificultades de la situación, ya para suscitar otras nuevas y no menos perniciosas Propagaban falsos rumores con que aumentaban el desaliento, y con menosprecio de la autoridad del gobierno que veían en debiles manos, hacían publico e insolente alarde de su preponderancia y de su proximo y completo triunfo Consideraban como esfuerzos inútiles de la desesperacion y del despecho, toda medida tendente a organizar la resistencia, y reían con desden de aquellos hombres de corazón, que lejos de amedrentarse con la cercania del peligro, se elevaban a la altura de las circunstancias, juzgaban realizable la defensa, y trabajaban para exaltar en ese sentido el entusiasmo publico

Cien soldados de línea [a] en instrucción y que aun no habian hecho ejercicio de fuego, mil quinientos milicianos recientemente enrolados, de los cuales dos terceras partes al menos no sabian hacer uso del fusil y seis piezas de artillería sin artilleros, era toda la fuerza y el material con que contaba la capital No había parque, ni maestranza, ni depositos militares de municiones ni de armas de ninguna especie nuestra situación era la de un pueblo, si fuese posible que existiese, que amando la paz, tuviese la certidumbre

(a) Batallón numero 3, recién creado

de no hallarse jamás en la necesidad de hacer la guerra El estado de la campaña era tal vez peor

Rivera que no conocia la guerra regular y que nunca habia hecho más que acaudillar montoneras, obró en esta ocasión según los principios de su escuela al salir del pais para ir al encuentro de un enemigo poderoso, no habia dejado tras de si ningún cuerpo de reserva que sirviese para mantener el orden interior de la republica, y en un caso adverso, para recoger las reliquias de un ejército y servir de base para su reaccion Cuatrocientos o quinientos hombres distribuidos en diversos puntos y en pequeñas fracciones, para el servicio policial de los Departamentos, era todo lo que habia dejado, y estos mismos quedaron reducidos a mucho menor expresion por efecto de la desmoralizacion que produjo la noticia del contraste, a la que daban por instantes nuevo incremento los fugitivos del campo de batalla, con la ponderación exagerada del numero y calidad de las tropas enemigas y la noticia del completo aniquilamiento de las nuestras

La adopcion de medidas salvadoras era pues, tanto mas urgente, cuanto que en medio de este desquicio general, debiamos procurar nuestros medios de defensa y ponerlos en acción en el breve espacio de tiempo que el ejercito invasor tardase en llegar a la capital, desde la orilla del Uruguay Para atravesar esta distancia con una columna ligera, bastaban diez dias de marcha, y nosotros habiamos recibido la noticia de la batalla el 11, es decir, cinco dias después de sucedida, otros cinco dias mas y los escuadrones enemigos, podian tremolar en las calles de Montevideo sus estandartes victoriosos

Los amigos del ministerio actual y aun los hombres que estaban separados de su círculo por razones que no es de mi propósito mencionar, se acercaron a el desde luego, para representarle la necesidad de dominar la crisis con actos de enérgica resolución, y para pedirle la ejecucion instantánea de ciertas medidas que estaban indicadas de antemano, y cuyo retardo había condenado ya, el juicio publico en previsión del infortunio de nuestras armas Pero el señor Vidal en quien se puede personificar la administración de aquella época, que desde el año 41 se había adormecido en la engañosa esperanza de alcanzar la paz de la republica, por la mediación de Inglaterra, pretendiendo en su necia credulidad que le sería facil llegar, sin esfuerzo ninguno de su parte a tan benéfico resultado, parecía todavía obsecado por tan fatal ilusión, y aunque aparentemente resuelto a obrar con la decisión que demandaban las circunstancias del momento, no lo estaba de corazón Su espiritu fluctuaba entre aquella ilusoria expectación y el temor que le infundía las bayonetas enemigas, y en su estrecha inteligencia no podía caber la convicción que a todos asistia de que el sable era nuestro único remedio y que aun, este mismo llegaría a ser ineficaz, si perdiendo el tiempo en sustentar quimeras, tardábamos en arrancarlo de la vaina Creía ciegamente en las mentidas promesas del ministro inglés en Buenos Aires, Mr Mandeville, y en lugar de *vestir en armas* la republica, como decía el Nacional de aquella época y encomendar su salvación a su propio esfuerzo, soñaba con escuadras inglesas que veía venir hacia el Rio de la Plata a darnos amparo y protección

Con tales ideas, sus actos debían necesariamente resentirse de aquella debilidad y falta de nervio que

acompañan siempre a las resoluciones que se toman sin la convicción de su conveniencia y oportunidad, y como se verá muy luego, éste fue un nuevo peligro que vino a agravar nuestra situación y que, nos hubiera perdido inevitablemente, si el general invasor calculando con mas exactitud el influjo moral de su victoria y no teniendo presente aquel principio de *no dejar para mañana lo que se puede hacer hoy*, no nos hubiera dado tiempo con la injustificable lentitud de sus movimientos a precaverlo y remediarlo

El día 12 de diciembre empezaron a manifestarse las primeras disposiciones relativas a la defensa El gobierno publicó una proclama en la que daba cuenta del revés que acababan de sufrir nuestras armas en la provincia de Entre Ríos, manifestaba el riesgo inminente a que había quedado expuesta la independencia de la república, y exhortaba a los ciudadanos a suspender sus ocupaciones pacíficas para acudir a las armas [2] Acompañaba a esta proclama un decreto del día 11 por el cual se declaraba el país en asamblea, cesando todos los trabajos públicos, y se llama-

2 Ciudadanos — El ejército aliado de operaciones en En- "tre Ríos, al mando de S E el señor Presidente de la República ha sufrido un contraste el 6 del corriente en las pun- ' tas del Arroyo Grande

"Esta desgracia pone a prueba la decisión y el patriotismo "de los orientales el gobierno está resuelto a una defensa ' enérgica del territorio de la republica tiene en su apoyo "el voto y la cooperación de vuestros Representantes gran- "des sacrificios tiene que hacer el país, pero todos serán ' pequeños si a su costa salvamos la libertad, independencia y sosiego de la republica

Hay grandes medios de defensa, y una fuerza considerable "reunida ya a las órdenes de S E el señor Presidente, que "se muestra superior a la desgracia

"Ciudadanos — Ha llegado el momento de desprender las "ocupaciones pacíficas, y de contraernos a las armas — A ' ellas, ciudadanos! vuestra decisión y un poco de constancia, "salvarán la republica — *Joaquín Suárez* — *Francisco Antonino Vidal* — Montevideo, diciembre 12 de 1842 '

ba al cumplimiento de su deber en defensa del Estado, a todos los ciudadanos residentes en él, conminando a los que no dieran estricto cumplimiento a esta disposición de ser penados con todo el rigor que demandaban las circunstancias actuales Propuso al mismo tiempo y obtuvo de la asamblea general en la misma fecha 12, la sanción de una ley en virtud de la cual quedó abolida la esclavitud en el territorio de la república y autorizado el poder ejecutivo para destinar al servicio militar a todos los individuos que, hasta el día de su promulgación, hubieran sido esclavos bajo cualquier denominación

Por efecto de ambas resoluciones el gobierno podia contar desde luego con el personal necesario para la formacion de un ejercito de tres mil quinientos soldados de linea y otros tantos de milicias Faltaba solo nombrar el general que debia comandarlo, y la eleccion no podia ser dudosa

Hacia pocos dias que se hallaba en Montevideo el general argentino don Jose M Paz, cuyos gloriosos antecedentes lo habian colocado desde mucho tiempo entre las primeras celebridades militares, y desde que se supo la derrota del Arroyo Grande, la opinion pública, justa apreciadora del mérito distinguido, le había señalado como el único a quien pudiera encomendarse aquel importante objeto El gobierno que participaba del mismo sentimiento y que no dudaba de la deferencia del general para concurrir con el auxilio de su inteligencia y de su brazo a la defensa de la república, por la cual había combatido en la guerra de su independencia, le dirigio el mismo día 12 una nota firmada por el ministro general, comunicandole su resolución de organizar un ejercito de reserva en la capital y de nombrarle a él general en jefe de

dicho ejército, añadiendo que estaba determinado a poner en sus manos todos los elementos de que pudiese disponer y a investirle de todas las facultades necesarias para el logro del objeto, si como lo esperaba confiadamente, el general no rehusaba a la república un servicio que ésta sabría apreciar y agradecer Animado el general Paz de aquel entusiasmo sublime que infunde en el alma del guerrero esforzado la presencia de los grandes peligros, y anhelando siempre nuevas ocasiones de mostrar su adhesión a la causa de la libertad y de la civilización, a la cual había consagrado su existencia no podía ser indiferente a un llamamiento que, por otra parte, le honraba altamente, siendo como era la expresion del sentimiento uniforme de un pueblo entero En su respuesta, que no se hizo esperar, se mostraba reconocido a esa distinción, y ofrecía sus servicios al Estado, con entera abnegación "No se ha engañado el gobierno, "decía, al considerarme dispuesto a defender la li- "bertad de esta república por cuya independencia tuve "la gloria de combatir, que es hoy el asilo de mis "compatriotas perseguidos de muerte por el bárbaro "tirano de mi patria, y a la que deseo manifestar mis "simpatías Puede U S contar con mi mas completa "deferencia y con que seré infatigable para correspon- "der a la confianza con que se ha dignado honrarme "el gobierno de la república" La noticia de su conformidad al nombramiento se supo luego con general satisfacción, y el gobierno sin pérdida de momento expidio el decreto siguiente "Montevideo, diciembre "12 de 1843 — Exigiendo la defensa de la república "la formación y organizacion de un ejército de re- "serva, el gobierno ha acordado y decreta — 1º Se "formara y organizará en el departamento de la ca-

"pital un ejército que se denominara *Ejército de Re-*
"*serva* — 2º Queda nombrado general en jefe del
"ejército de reserva, el brigadier general de la Repú-
"blica Argentina don José M Paz — 3º Formaran
"el ejército de reserva, los cuerpos de la guarnición
"de la capital y los que nuevamente se formen —
"4º Se destinan a los cuerpos de línea todos los eman-
"cipados en virtud de la ley de la H A G de esta fe-
"cha y que sean útiles para el servicio — 5º Comuní-
"quese *Suárez — Francisco Antonino Vidal*"

A indicación del general Paz, fue nombrado poco después Comandante general de Armas de la capital el coronel don Manuel Correa

A juzgar por estos primeros actos del ministerio en aquellos momentos de terrible crisis, hubieran podido concebirse grandes esperanzas en la actividad de su conducta sucesiva, pues como acaba de verse, en las pocas horas que habían transcurrido desde el 11, que se supo la noticia de la derrota del Arroyo Grande hasta el siguiente día 12, se habían dictado varias y acertadas disposiciones Se había declarado el país en asamblea, llamando a todos los ciudadanos a las armas, se había recabado del cuerpo legislativo la abolición de la esclavitud, se había decretado la formación del ejército de reserva y encomendado la defensa de la capital a un jefe esclarecido, cuyos reconocidos talentos militares infundían plena confianza a todos Pero muy pronto veremos que todos estos actos hijos al parecer de una firme y decidida voluntad de alcanzar el objeto a que se encaminaban, habían sido aconsejados en el espíritu del ministro que los dictó por las sugestiones del temor, y puestos en práctica como simples medidas de precaución para asegurar la fuga que premeditaba Veremos que los

decretos que había firmado y cuya importancia estaba en razón directa de la celeridad con que fuesen ejecutados, eran eludidos hasta por los mismos empleados encargados de su cumplimiento; y que a pesar del clamor público que denunciaba los abusos y pedía su represión con la urgencia de las circunstancias, la mano de la autoridad se mostraba inerte para castigarlos

Nombrado el general Paz, como acaba de verse, general en jefe del ejército de reserva, se contrajo con su actividad característica a los diversos objetos concernientes a su encargo Era arduo su empeño Debía organizar un ejército con todos sus accesorios, destinado a combatir dentro de muy breves días, sin tener cuadros para los batallones, sin más, que un corto número de oficiales inteligentes para su instrucción, sin parque, sin fusiles, sin vestuarios, y sobre todo sin el numerario que da impulso a todas las cosas, y que en la guerra, según el dicho de cierto militar, es el alma que anima la materia Pero estas dificultades no le arredraron Pensaba que en tal situación, la falta de tiempo podía suplirse con la actividad, la penuria de recursos con el entusiasmo, y que en todo caso, supliría igualmente el valor a la disciplina, y con estas ideas que, en igualdad de circunstancias, no hubieran tal vez influido del mismo modo en el ánimo de un militar de otro temple, se lisonjeaba de que podría corresponder a las esperanzas que en él se habían depositado

El día 14 comenzó a hacer la distribución de los hombres de color que, según la ley de su emancipación, debían ser aplicados a las armas El número de los que se habían reunido hasta la tarde de ese día, no pasaba de setecientos El general dio 200 reclutas

al batallón número 3 que mandaba el comandante don Juan Organ, que apenas contaba ciento veinte plazas como queda dicho, me entregó a mi trescientos para la formación del 4º de cazadores, cuyo mando en jefe se me confirio, y dio cien al teniente coronel don Carlos Paz encargándole de crear un escuadrón de artillería ligera

Dos dias después formó el 5º de cazadores, también con 300 plazas, bajo el mando interino del sargento mayor don Mariano Echanagusía

Su idea era dar a cada uno de estos batallones de infantería y a los demas que en lo sucesivo se organizasen, cuatrocientas plazas efectivas, pero se vio precisado a dejar por entonces incompleta su fuerza a causa de no haberse verificado la reunión total de los libertos por los motivos que diremos despues Designo para campo de instruccion, el saladero de Bertrand situado a una legua de la capital, y el dia 20 por la mañana, marchamos con nuestras masas de reclutas a acantonarnos en él El coronel don Indalecio Chenaut fue encargado del mando del cantón

Aunque el saladero tenia grandes galpones capaces de contener toda nuestra tropa, estaban ocupados con objetos propios del establecimiento, y tanto por esa razón cuanto porque nuestros reclutas fuesen acostumbrándose a la vida de campaña al mismo tiempo que adquiriesen su instruccion militar, campamos al raso Inmediatamente dimos principio a los ejercicios doctrinales, contrayéndonos a ellos con todo el esmero y la asiduidad que requerian las circunstancias

Una hora antes de amanecer formaban los batallones para la lista, y desde entonces hasta las ocho y aun las nueve de la noche, trabajaban sin más interrupción, que la de los cortos momentos destinados

para comer el primer rancho Cuando volvíamos al campamento después de terminado el ejercicio, no teníamos aliento ni aun para hacer nuestra segunda comida, apeteciendo el cuerpo mas que el alimento el descanso del sueño Juntabase a esto, que el campo que ocupabamos estaba sembrado de osamentas de los animales que aquel establecimiento y otros inmediatos, habían beneficiado, y los miasmas que exhalaban estos esqueletos putrefactos tenian inficionada la atmósfera que nos rodeaba La fuerza del calor, que era excesivo en aquellos días, daba nuevos grados de intensidad a esos efluvios malignos, por manera que era insoportable la situacion ¡Oh! por mi parte confieso que nunca he tenido dias de mayor cansancio, de mayor fatiga, aunque es verdad, que tampoco me he sentido jamas estimulado con mayor fuerza El general me había dado dos meses de plazo para poner mi batallón en estado de combatir, y yo me había propuesto darle la satisfacción de que viese terminada su enseñanza, aunque imperfectamente, en mucho menos tiempo Además, gran número de personas iban diariamente de la ciudad a nuestro campamento para juzgar por sus propios ojos de los progresos de nuestros soldados, en los que por entonces cifraban todas sus esperanzas, y como era natural, deseábamos que no volviesen a la capital llevando noticias desconsoladoras Estos y otros semejantes estímulos, unidos al sentimiento de patriotismo que es justo suponernos, fueron causa de que al cabo de diecisiete dias, hombres nacidos en los desiertos africanos, que jamás habían tenido en sus manos un fusil, maniobrasen e hiciesen fuego de batallon Verdad es que ellos, a pesar de los estrechos limites de su inteligencia, comprendieron al parecer la alta misión a que estaban

destinados; apreciaron debidamente la transición que habían hecho de la desdichada condición de siervos a la distinguida clase de soldados de la república, y pensaron que de ningún modo mostrarían mejor su reconocimiento al país que había quebrantado sus cadenas y los había ennoblecido, como poniéndose cuanto antes en estado de defenderlo y sustentarlo, y su anhelo en aprender fue entonces tanto, como la perseverancia y el valor que más tarde acreditaron en medio de inauditas privaciones y peligros

Nunca puedo acordarme de aquella época, sin admirarme de mi propio esfuerzo y del de mis compañeros Me parece que si ahora intentase ejecutar nuevamente, lo que entonces hice, en el mismo espacio de tiempo, aun cuando tuviera a mi disposición mejores elementos, me sería imposible conseguirlo

Es verdad que al cabo de tantos años cuando al amor de la gloria y de las ilusiones, se han sucedido el egoísmo y la triste realidad de los desengaños es natural que el ánimo se apoque y sobrecoja, pensando en dificultades que antes pudieron parecerle practicables Mas con todo, siempre consideraré como un efecto especial y exclusivo de aquella situación, la prodigiosa rapidez con que nuestros batallones de africanos, se hallaron en aptitud de colocarse en una línea de batalla.

Al mismo tiempo que nosotros, se ejercitaban en la capital los cuerpos de milicias, que eran la *Guardia Nacional* al mando del coronel don Gabriel Velazco, el batallón *Unión* a las órdenes del ciudadano con el título también de coronel, don Joaquín Sagra, la *Legión de Policía* a las del jefe político don José Antuña, la *Legión Argentina* bajo las del coronel graduado don José M Albariño, la *Matrícula* a las órdenes del

coronel don Luis Larrobla y el batallón *Extramuros* a las del coronel don Bartolomé Quintero La *Guardia Nacional de Caballería de Extramuros*, al mando del general don Angel Núñez, se reunía y organizaba también, en el Cerrito de la Victoria

El general Paz daba rápido impulso a estos trabajos marciales Visitaba con frecuencia las fuerzas de la ciudad y de los campamentos, juzgaba por sí mismo del progreso que hacían viendolas trabajar y dirigiendo a los oficiales y soldados individualmente, preguntas relativas a los objetos de su instrucción Estimulaba a los jefes con palabras adecuadas para lisonjear su orgullo e inflamar su ardor

Ofrecía a unos, el honor de ser destinados con preferencia, a tomar una batería enemiga en el primer combate que tuviese lugar, prometía a otros, darles la ocasión de medirse con los regimientos más acreditados del ejército invasor, y a todos infundia de diversos modos la noble emulación y el deseo de distinguirse A un comandante de batallón que solicitaba para el de su mando cierta denominación que había elegido, le dijo "Todos los cuerpos que yo he cono- "cido con ese título, en los diferentes ejércitos en que "he servido, se han ilustrado con acciones sobresa- "lientes de valor, y han gozado de gran reputación y "nombradía Si usted se obliga a conservarlo con el "prestigio que aquellos le adquirieron, desde luego se "lo concederé" El comandante rehusó el empeño, pero en sus acciones posteriores, mostró que era capaz de sustentarlo

Con igual conato, aunque no con el mismo resultado se ocupaba de realizar los diversos objetos comprendidos en su plan de defensa en algunas cosas la falta de recursos y en otras la acción pusilánime del

gobierno, retardaban su marcha y neutralizaban su actividad El establecimiento de una maestranza había sido uno de sus primeros pensamientos desde que se encargó del ejército, porque si esta institución es indispensable en todos los sistemas de guerra bien organizados, aquí era de una importancia vital Necesitábamos montajes para toda la artillería de que íbamos a servirnos, arcones, juegos de armas, espeques, escobillones, lanzas, fusiles, correajes, sables, en una palabra, toda clase de armas y pertrechos de guerra Algunas de estas cosas no se encontraban en Montevideo, ni había tampoco disponible el dinero necesario para comprarlas Era indispensable además que así que el ejército empezase a combatir, hubiese refacciones frecuentes que ejecutar en su armamento y en su equipo, y la maestranza debía remediar estas necesidades con notable economía del Estado, que en su defecto habría tenido que hacer erogaciones considerables en contratos particulares sin quedar servido ni con la exactitud ni con la oportunidad que convenía

Pero a pesar de todas estas razones que aconsejaban la creacion del establecimiento y que no podian ocultarse sino a quien no tuviese la mas ligera noción del modo de hacer la guerra, el general tuvo que vencer una tenaz resistencia por parte del Ministerio, fundada en el especioso pretexto de la falta de peculio para la compra de las máquinas e instrumentos de primera necesidad pero que verdaderamente consistia en la mala voluntad del señor Vidal Le oí decir un día al general "no puedo conseguir aun, que tengamos maestranza, porque no hay tampoco quien haga comprender a estos hombres la inmensa necesidad de esa institución" Esto manifiesta cual sería en-

tonces nuestra situación Era otra idea comprendida en el plan de defensa del general, o para mejor decir, era la base de su plan, el establecimiento de una línea de fortificacion pasajera para lo que había oido tambien el parecer de varias personas notables en una reunión que al efecto había convocado Había reconocido por si mismo la posición que debía ocupar, y acompañado del vocal de la comision topográfica don José Dellepiani, la había trazado sobre un plano grabado de la ciudad tal cual se conservó hasta el fin de la guerra, si se exceptúan algunas modificaciones que se hicieron al tiempo de su ejecución particularmente en la izquierda Había pedido al gobierno que desde luego se diese principio a la obra encareciendo su importancia y la brevedad de los momentos que quedaban Pero en este particular era tan bien atendido, como en su solicitud sobre la maestranza, ni sus instancias, ni la inminencia del peligro, ni la opinión publica, que veia en la proyectada trinchera el último antemural de la independencia de la república y la pedia a voz en grito tenian fuerza bastante para conseguir que se pusiera mano a la obra

El ministerio con su pretexto favorito de la falta de medios y prometiendo siempre arbitrarlos, dejaba correr el tiempo en peligrosa inacción, ofreciendo así, a los vencedores del Arroyo Grande, un fácil complemento a su barbaro triunfo Así pasó todo el mes de diciembre

Felizmente el día 4 de enero de 1843, ocurrio una modificación en el ministerio, que aunque no satisfizo completamente las exigencias de la situación, fue no poco saludable para los intereses de la defensa El general don Felix Aguiar que habia llegado del ejercito de operaciones, enviado por el presidente de la

república, ocupó el ministerio de la guerra, y el ciudadano don Francisco Joaquin Muñoz, el de hacienda, quedando reducido don Antonino Vidal a la cartera de gobierno y relaciones exteriores La presencia de estos señores en el gobierno, imprimió alguna actividad a los trabajos emprendidos, y llevó a principio de ejecución los que aun estaban solamente iniciados Se decretó la formación de dos nuevos batallones de infantería de línea, el uno con el número 1º a las órdenes del coronel don Santiago Lavandera, y el otro con el número 6 bajo el mando del coronel don Carlos de San Vicente, y se reunieron algunos elementos para el establecimiento de la maestranza

He dicho antes que los batallones creados, no habían sido dotados de toda la fuerza que debian tener porque el número de libertos reunidos en virtud de la ley, era insuficiente

Se dio también, principio a la construcción de la línea de defensa Sesenta hombres trabajaron el dia 6 en el costado derecho El 8 empezó el trabajo del costado izquierdo con 80 hombres, y tanto en una, como en otra ala de la linea, fue muy lentamente aumentándose el número de trabajadores Para dirigir los trabajos de la derecha, nombró el general al maestro mayor de alarifes don José Toribio, para los de la izquierda al teniente coronel de ingenieros don José María Echandia, quedando encargado de inspeccionarlos el señor Dellepiani, hasta el 29 de enero, que fue nombrado en su lugar el señor general de artillería don Tomás de Iriarte

El trabajo estuvo paralizado en los últimos días de enero y en los cuatro primeros de febrero por falta de materiales Se habia empezado comprando el ladrillo, y habiendo faltado el dinero, se negaron los

hombres a fiarlo El gobierno trepidaba para resolver, pero como el enemigo se acercaba y la terminación de las obras era urgente, el general Aguiar ministro de la guerra, ordenó bajo su responsabilidad que se tomase donde lo hubiese aun a la fuerza, documentando debidamente a sus respectivos dueños y así pudo continuarse

Como no habia en Montevideo más artillería en estado de servicio que las pocas piezas de campaña que ya he mencionado, y era indispensable artillar las obras que se estaban construyendo, se apeló a un recurso bien extraordinario para remediar la necesidad

Desde el tiempo de la dominación de los españoles, había en las calles de la ciudad porción de cañones de fierro de grueso calibre, enclavados a la orilla de las veredas en lugar de postes, y de esos se sacaron casi todos los que se necesitaron para la fortificación, habiendo sido montados en cureñas cuya construcción se verificó en la maestranza desde que sus talleres comenzaron a funcionar

A esta operación se contrajo, con muy recomendable celo y actividad, el coronel don Manuel Correa, que era el jefe del estado mayor, y en ello hizo un importantísimo servicio.

Pero si bien es cierto que como acaba de verse el nuevo ministerio dio muestras de alguna animacion en el cumplimiento de las medidas que quedan indicadas y de algunas otras que ahora no recuerdo, estaba muy lejos de manifestar la actividad y la energía que la solemnidad de las circunstancias demandaban en cuanto a otros objetos de importancia vital Citaré uno de ellos que merece especial mencion

La ley del 12 de diciembre declarando libres todos los esclavos existentes en la república, y aplicando los

varones útiles al servicio de las armas, había sido casi completamente eludida Desde la fecha de su promulgación, todos los que tenían esclavos, se habían dado prisa a ocultarlos en la ciudad o a embarcarlos para el Brasil, en lo que fueron eficazmente auxiliados por todos los buques de guerra de la escuadra brasilera surta en el puerto, y aunque el general en jefe incitaba y la opinion pública clamaba contra estos abusos y hasta designaba sus autores, nada se hizo para reprimirlos y castigarlos

Esta criminal indolencia en presencia del supremo peligro que amenazaba la independencia y libertad de la republica, provenia de la irresolución del ministerio del señor Vidal y de la traición entonces en cubierta y poco después oficialmente calificada, del jefe de policía don José Antuña a quien había sido encomendado el cumplimiento de la ley

Hasta fines de diciembre solo se habían reunido setecientos esclavos de mas de tres mil que habian en el departamento de la capital, y esos se habían distribuido en la forma que ya se ha dicho, quedando incompleto el personal efectivo con que los cuerpos, según la instrucción del general en jefe, debían ser dotados

Era pues, de esperarse que el nuevo ministerio, al encargarse de la administracion, hubiera contraido una seria atencion a este punto del que tal vez dependía la probabilidad de la defensa, pero las esperanzas de todos a este respecto, quedaron frustradas, pues corrieron muchos días desde la modificación verificada en el ministerio, sin que se percibiese ningún acto encaminado a realizarlas

Por fortuna esta deficiencia del gobierno a ese respecto fue suplida en parte por la previsión y la ener-

gía del coronel don Melchor Pacheco y Obes, comandante militar a la sazon del departamento de Mercedes, el cual al saber la noticia del desastre del Arroyo Grande, hizo tomar las armas a todos los ciudadanos útiles para el servicio en todo el territorio de su jurisdicción, y después de separar los que consideró aptos para la caballería, remitió a Montevideo cuatrocientos y tantos hombres que quedaron, y que eran a su juicio mas aplicables al arma de infantería

Con este personal se completaron los batallones 3º, 4º, 5º y el escuadrón de artillería, y se formó un escuadrón de lanceros a las ordenes del coronel don Faustino Velazco

Llegaron casi al mismo tiempo unos ciento y tantos soldados pertenecientes al batallón Nº 1 perdido en la batalla del Arroyo Grande, que se habian salvado por no haberse hallado en la accion, y fueron destinados a servir de base al Nº 1 de nueva creacion, el cual fue poco a poco remontandose aunque jamas llego a tener trescientas plazas Y en cuanto al Nº 6 creado por decreto de la misma fecha, hubo que hacer mas tarde una leva de todos los canarios existentes en extramuros de la ciudad, sin lo cual es muy probable que no hubiera podido organizarse

Asi, pues, con medidas débiles, inciertas o tardias se habia dejado perder un tiempo precioso, sin haber hecho cuanto era posible hacer para preparar la defensa, y ya el enemigo, en su marcha continua aunque lenta, alcanzaba por decirlo asi a divisar las torres de la ciudad.

Es aqui oportuno observar, que desde el principio de la crisis, la conducta del ejecutivo había presentado un notable contraste con la del cuerpo legislativo.

Mientras que aquel, dominado de escrúpulos ridículos y encerrado en un miserable círculo de vacilaciones y de dudas, inspiraba temor y desconsuelo aun en las almas de mejor temple, éste, elevado a la altura de la situación y animado de un espíritu esforzado y verdaderamente heroico, proclamaba en alta voz la necesidad de salvar la independencia del *país a todo trance*

Puede juzgarse de la exactitud de esta observación por la lectura del documento que se copia a continuación, el cual no es sino la reproducción de los conceptos emitidos por la asamblea en otros anteriores

Contestando a un mensaje en que el Poder Ejecutivo daba cuenta el 5 de enero de haber sido invadido el territorio del estado el 27 de diciembre, por el ejército argentino a las órdenes del general don Manuel Oribe, la asamblea legislativa se expresaba en estos términos

"El pueblo oriental no ha degenerado por sus venas corre únicamente aun la sangre con que ha cimentado su libertad y su independencia aun no se han enmohecido las cadenas que destrozó en más de un combate glorioso, y sería mengua, verguenza, injusticia atroz que jamás tolerarán sus representantes, poner en duda su ardor y energía para defenderse del bárbaro enemigo que hoy la acecha

"Poseída de estos sentimientos, la asamblea general en el carácter que inviste, y contestando a la nota de V E, ha creído de su deber manifestarle de un modo público y solemne, la firme y decidida resolución en que esta de sostener y defender a todo trance los derechos e inmunidades de la nación oriental que para conseguirlo, ella está resuelta a todo, y que cuenta con que V. E revistiéndose de toda la energía

y patriotismo que exigen los momentos solemnes en que se encuentra la republica, tomara la honrosa posicion que le corresponda, dictando las medidas que juzgue más acertadas, y que esta asamblea le ofrece robustecer con todo el influjo de su poder

Enero, 7 de 1843

Lorenzo J Pérez — Vice Presidente.
J A Lavandera — Secretario"

Por fin en los primeros dias de febrero la situacion quedó definida

Nuevas personas fueron llamadas a ocupar los ministerios, la acción gubernativa adquirió con ella la fuerza, la extensión y la rapidez que correspondia a la solemnidad de las circunstancias

Dejaronse a un lado los resortes ordinarios de la mezquindad administrativa, pusieronse en juego todos los recursos que aconsejaba la suprema necesidad de defender la propiedad, la vida y todos los derechos politicos y sociales barbaramente amenazados, y desde entonces la confianza pública comenzo a renacer, y todos los corazones se abrieron a la esperanza

Pero antes de entrar en los detalles de esta benéfica mudanza, es indispensable manifestar los antecedentes que la produjeron, y para ello volveré a ocuparme del general Rivera y de su ejercito a quienes he dejado vencidos y dispersos en el Arroyo Grande

CAPITULO II

Conducta del general Rivera después de la derrota — Sus esfuerzos para reunir un nuevo ejercito — Terror de los habitantes de la campaña — Lentitud de los movimientos del enemigo favorables a la reaccion — Emigracion de las familias de la campaña a la capital y otros pueblos — Aproximacion del general Rivera a la capital — Nuevos conflictos causados por el — Su entrada a la capital — Defeccion del general Nuñez — Cambio de ministerio — El general en jefe del ejercito de reserva, toma un nuevo titulo — Defeccion del coronel Antuña — Decretos y distribucion de banderas

El general Rivera pasó el Uruguay el mismo día de la derrota, a la oración y entró al pueblo del Salto, seguido de unos cuantos hombres, que en pocas horas se aumentaron a un número bastante considerable

Allí paso la noche en una absoluta calma, sin manifestar el menor síntoma de agitación o de pena, cual si ninguna desgracia le hubiese acontecido, o como si nada tuviera en qué pensar

Descansó algunas horas y esperó tranquilamente la vuelta del día, después de haber dictado algunas cartas que en la misma noche encaminó a su destino

Hubiérase dicho al verle, que no daba importancia ninguna al revés que acababa de sufrir, o más bien, que se consideraba perdido sin remedio y que estaba resignado a su destino

Como quiera que ello sea, el 7 a la tarde salió del Salto con cuatrocientos y tantos hombres de los dispersos de caballería, a pie, la mayor parte sin armas,

algunos con las monturas al hombro, y los demás con solo los frenos en la mano

Despues de haber conseguido montar toda esa gente, destacó en el mismo dia a los coroneles Luna, Blanco, Báez y otros jefes que le acompañaban, con pequeñas partidas, a distintos puntos del territorio al norte del Rio Negro, para hacer reuniones de hombres y caballos, y las mismas órdenes se envió a los jefes de todos los departamentos, mientras él fue a situarse en las márgenes del Queguay dejando una pequeña fuerza de observación sobre el Uruguay

Grandes y reiterados esfuerzos fue necesario hacer durante algunos dias para realizar estas reuniones, porque la impresion causada por la noticia de la derrota, obstaba a ello de una manera increible

Nadie acudía al llamado de las autoridades, y los que eran compelidos a obedecerlas desaparecían a las pocas horas de haberse presentado

Si un oficial lograba reunir en un día cien o doscientos hombres, en la noche se quedaba solo, viendose obligado al siguiente dia a recomenzar la operación, y los mismos efectos se manifestaban o reproducían en todas partes

Las relaciones de los fugitivos del campo de batalla, que referian las atrocidades del enemigo y exageraban el numero de sus fuerzas, habian producido en el animo de los pacificos habitantes de la campaña, un terror tan grande, que nada bastaba a reprimirlo o moderarlo

Presentarse al servicio o entregarse a la muerte, eran una misma cosa para ellos, y con tal convicción huian a los bosques o emigraban a las fronteras del estado vecino

Si el general Oribe hubiese pasado el rio, como pudo hacerlo sin ninguna dificultad, al dia siguiente de su triunfo con una columna ligera de dos o tres mil hombres, ninguna duda queda de que se hubiera hecho dueño del pais sin la menor resistencia, atendido el estado despavorido y desalentado en que entonces se hallaba

No sólo no hubiera podido hacerse reuniones de hombres y otros elementos para la formacion de un ejército de operaciones, sino que el general Rivera, se hubiera visto precisado a refugiarse en el Brasil, como ya lo habia previsto el mismo al ir a situarse en el Queguay

Pero el destino del pais que habia dispuesto que su libertad no sucumbiría, permitio que los acontecimientos tomasen un curso diferente

La inacción prolongada e inconcebible en que quedó el general vencedor después de su victoria, dando tiempo a que el pais se repusiese de la primera impresión producida por la desgracia de nuestras armas, facilitó la ejecucion de las primeras medidas dictadas para su defensa y aun puede decirse que se salvó

Cuando se vio que el ejercito enemigo, quince días despues de la derrota del nuestro, no había invadido el territorio de la republica, los hombres comenzaron a apercibirse de que aun no estaba todo perdido, y mostrandose más dóciles al llamamiento de la autoridad, acudieron a todos los puntos que se habian señalado para las asambleas

Contribuyó tambien a este resultado el ejemplo dado por los departamentos de Colonia y Soriano cuyos comandantes militares eran los coroneles graduados don Jacinto Estivau y don Melchor Pacheco y Obes, los cuales a la noticia del contraste del ejército

en el Arroyo Grande, y aun antes de recibir órdenes del general Rivera pusieron sobre las armas a todos los hombres capaces de llevarlas en sus jurisdicciones respectivas, componiendo entre ambos una fuerza de más de 1000 hombres de caballería

Con varias otras medidas, el coronel Pacheco[3] en particular, supo no sólo excitar el entusiasmo bélico de los habitantes de su departamento, sino trasmitir este contagio saludable a todos los que se mostraban en los preparativos de defensa, menos diligentes o ardorosos

En el departamento de Maldonado, el coronel don Fortunato Silva, en el de la capital y el de Durazno el general don Anacleto Medina y en varios otros puntos Cuadra, Tabanos, Camacho Guarin, y otros mil, hicieron tambien esfuerzos útiles en el sentido de los anteriores

En breve pues el general Rivera pudo contar un ejercito de tres mil quinientos hombres, lo menos, sumando las fuerzas reunidas en diversos puntos, sin contar con las que se organizaban dentro de la capital, y muy luego también se puso en marcha hacia el centro de la republica

Una de las medidas que habia tomado después de la derrota, fue la de ordenar a las familias esparcidas en toda la extensión del territorio, que emigrasen a la capital, llevando consigo la parte de sus haciendas que pudiesen movilizar, y en su retirada desde el Queguay, que se verificó muy lentamente, muchas de ellas se le presentaron y siguieron al ejército, llegando en pocos dias, a formar una columna tanto o mas numerosa que la de los hombres armados

3 Véase *Apuntes Históricos*, Tomo I, pág 9

El general dio protección y auxilio a todas las que lo hubieron menester, y las que tuvieron recursos propios, o que estaban situadas en puntos lejanos de la ruta del ejercito, se encaminaron directamente a la capital

El ejército se detuvo algunos dias en el Rio Negro, al que llegó a fines de diciembre, para recibir los re fuerzos que de diversos puntos esperaba y para auxiliar el pasaje de las familias y del considerable tren de carretas y bagajes que lo seguían

De allı pasó al Durazno, donde hizo otro pequeño alto con el mismo objeto que el anterior, y del Durazno continuó sin interrupcion hasta Santa Lucia

Desde el principio de la retirada, el coronel Luna habia quedado a retaguardia con una pequeña fuerza, para observar de cerca al enemigo, dando frecuentes avisos al general del progreso de su marcha y de la dirección de sus operaciones, y en esta dificil comision, permítaseme decirlo, se desempeñó con una vigilancia y valor superior a todo elogio

Asi que el ejército acampó en Santa Lucía, el general se ocupó de darle toda la movilidad posible, como que en la lucha desigual a que se preparaba, debía cifrar su poder en la rapidez de las maniobras

En consecuencia distribuyó gran parte de las familias que le acompañaban en la capital y pueblos vecinos, se deshizo de todo el material pesado que no era indispensable, y con una columna de cuatro mil hombres de caballeria, con quince mil caballos de reserva, vino a establecer su cuartel general en el Pastoreo de Pereira a tres leguas de Montevideo, hacia fines del mes de enero

Al dia siguiente de su arribo a este punto, muchos de sus amigos, a invitación suya, se trasladaron de la

ciudad al cuartel general, para ver por sí mismos las fuerzas con que contaba, pues se habían circulado en la capital rumores contradictorios a este respecto, y nadie tenía certidumbre de la realidad

El general Rivera cuidó de desvanecer sus dudas haciendo en presencia de ellos, un despliegue de todas sus fuerzas, con cuyo espectaculo se robusteció la confianza de los que tenían fe en la causa de la patria, y cobraron algún ánimo los que embargados por el miedo la creían perdida sin remedio La visita de estos ciudadanos al general Rivera, fue muy provechosa en este sentido, pues como era natural, volvieron a la ciudad comunicando a todos la impresión que habían recibido acerca del poder con que aquél contaba para sostener la campaña, pero sucedió lo contrario por lo que toca a ciertos asuntos que en la misma visita se trataron El general manifestó su reprobación a varios de los actos, que el gobierno delegado había dictado para la defensa de la capital, y muy especialmente contra el que más había satisfecho la opinión pública y las exigencias de la situación, cual era el de la formación de un ejército de reserva y el nombramiento del general en jefe del mismo en la persona del general don José M Paz Las ideas de Rivera a este respecto, no podian ser más ridículas y absurdas, y provenían de un sentimiento indigno de su elevada posición A pesar de la influencia decisiva que por más de veinte años había ejercido en el país, sin ningún género de oposición, si se exceptúa la del corto período de la presidencia del general Oribe que sólo sirvió para darle mayor fuerza y eficacia, a pesar de sus antecedentes guerreros, que le asignaban en el país el primer puesto entre las reputaciones militares del mismo, el general Rivera se mostraba en

ocasiones tan pequeño, que llegaba a concebir celos hasta de un oficial subalterno que llamase la atención del ejército por sus disposiciones marciales La fama del general Paz, justamente celebrada en la republica, como en todos los pueblos del Rio de la Plata por la serie de acciones distinguidas en que se fundaba, no podia pues, dejar de excitar en su alma aquel sentimiento, maxime cuando supo que el gobierno y el pueblo consideraban a Paz, como su principal esperanza, y así, no tuvo reparo ninguno en declarar, que iba a disolver el ejército de reserva, y darle nueva organización y nuevo jefe Ya se concebirá que fueron otros los motivos con que ostensiblemente quiso justificar su determinacion, pero eran estos de tal modo destituidos de sentido común, como se verá después, que lejos de ser aceptados como convenientes o justos, sólo sirvieron para hacer patentes los que se proponía disimular

Cuando regresaron a la ciudad los ciudadanos que asistieron a esta convocación, divulgaron inmediatamente cuanto habían visto y oido, y al cabo de pocas horas, reinaba la mayor inquietud en el pueblo y en el ejercito de la guarnición El general Paz se apresuró a retirarse a su casa, para no dar lugar a ser depuesto de un mando que no había pretendido y para el que, al contrario, había sido solicitado Los jefes que él habia colocado al mando de los diversos cuerpos creados, presentaron sus renuncias figurando a la cabeza de ellos el general don Angel Núñez, y los oficiales subalternos se dispusieron también a imitar a sus respectivos jefes

Los habitantes de la ciudad, nacionales y extranjeros, que habían considerado como base indispensable

de la resistencia proyectada, la persona del general Paz al mando de las tropas que habían de sustentarlo, luego que vieron sus esperanzas frustradas sobre el particular, renovaron sus ideas de emigración y comenzaron a prepararse para dejar el país

Los hombres se detenían unos a otros por las calles y se preguntaban recíprocamente "¿Vuelve a tomar el mando del ejército el general Paz? No, se va del país —Pues yo también me voy — ¿Se queda el general Paz? — Sí — Pues yo también me quedo —" Tal era la confianza que la opinión publica cifraba en su capacidad militar

Este estado de incertidumbre y confusión, duró tres o cuatro dias

La noche del 2 de febrero entro el general Rivera en la plaza acompañado de una pequeña escolta, e inmediatamente despues de haber reasumido la presidencia, convocó una reunión de ciudadanos notables para la noche del siguiente día 3, a la cual debían asistir don Joaquín Suárez, don Santiago Vazquez, don Francisco A Vidal, don Francisco Muñoz, don Julián Alvarez, el general don Enrique Martinez, y varios otros ciudadanos de distincion, que ahora no recuerdo Luego que estuvieron reunidos, el general Rivera expuso "que debiendo el mandar en persona el ejército destinado a sostener la campaña, y siendo indudable que el ejercito invasor, trataría de apoderarse de la capital, era necesario pensar en el jefe a que había de encomendarse la defensa de ésta que su opinion era, que el general Paz a quien el gobierno delegado había dado este encargo, era incapaz de desempeñarlo, atendido los últimos sucesos ocurridos en las provincias argentinas de Corrientes y Entre

Rios [4] y que por su parte, se opondria siempre a que se le diese mando ninguno en la republica, pero que sin embargo deseaba oir el parecer de los señores que estaban presentes" Don Santiago Vazquez don Francisco Muñoz y don Julian Alvarez, combatieron enérgicamente estas ideas que a par de ser injustas eran de una tendencia funestisima para la independencia de la república declararon francamente que no reconocian en el ejercito ningun oficial tan competente como el general Paz, para la dirección militar del punto que se trataba de defender, que sus ideas a este respecto, podian considerarse además, como el eco de la opinión publica que estaba pronunciada en idéntico sentido, y que finalmente, podían asegurar, que si la opinion contraria prevalecía y el general Paz quedaba separado del mando que se le había conferido, una gran parte de la población de la ciudad se embarcaría, haciéndolo ellos los primeros

La discusión se prolongo hasta una hora avanzada de la noche sin arribar a ningún término, y entonces se suspendió, quedando citados los concurrentes para volverse a reunir al siguiente día 4 a la misma hora

Esta segunda sesión fue decisiva. El general Rivera se vio forzado a sofocar sus celos y su envidia, claramente manifestados en la ridícula objeción de incapacidad que había opuesto al nombramiento del general Paz, para ceder a la urgencia de las circunstancias, y sobre todo al imperio de la opinión que era universal e incontrastable Fingiendo, pues, con-

---

4 Esta marcada prevención del presidente era consecuencia de no haber querido Paz despues que se separó del ejército correntino, aceptar el empleo de jefe de estado mayor que le ofreció en Entre Ríos el general Rivera — *Memorias de Paz* T 4º pág 42

formarse con la opinión de la mayoría, consintió en que las cosas quedaran como estaban, con una condicion, sin embargo, que prueba hasta la evidencia cuánta pequeñez y puerilidad había en sus aprehensiones y temores, y fue, que el titulo de general en jefe del ejército de reserva acordado al general Paz, sería sustituido por el de "Comandante general de Armas de la Capital" y que el "Ejército de Reserva" se denominaría "Ejercito de la Capital" idea inspirada probablemente por el temor de que el ejercito de reserva pudiese alguna vez hallarse en el caso de maniobrar en campaña y ofrecer al país la ocasion de juzgar de los talentos militares de ambos generales, como si porque el ejercito y el general tuviesen distintos nombres, no habían de obrar en todo caso como la necesidad lo requiriese Trabajo costará dar ascenso a estas miserias, mas propias de muchachos que de hombres juiciosos y discretos y mucho mas desde que se refieren a una personalidad como la del general Rivera, que ha figurado en tan alta escala en su patria y en una serie tan dilatada de años Ellas son sin embargo, de una rigurosa exactitud

Arreglado este punto importante y despues de haber pasado ligeramente sobre otros igualmente graves, aunque menos urgentes, el presidente significó su intención de dejar establecido el ministerio que debía encargarse de los negocios publicos, antes de salir a campaña, y con aplauso general, designó para componerlo, a las siguientes personas

Para el Ministerio de gobierno y relaciones exteriores, al señor don Santiago Vazquez, en reemplazo de don Francisco Antonino Vidal, que enseguida se embarcó con toda su familia para Europa, llevando consigo catorce o quince mil onzas de oro, fruto de

sus *economías* ministeriales, y dejando a sus compatriotas en el atolladero en que su incapacidad había contribuido a colocarlos

Para el Ministerio de Hacienda, a don Francisco Joaquín Muñoz, que ya lo servía

Para el Ministerio de Guerra, al coronel graduado don Melchor Pacheco y Obes, en reemplazo del general don F E Aguiar, que debía marchar a campaña con el general Rivera

Nombró también jefe de Departamento de Policía, al ciudadano don Andrés Lamas, en reemplazo del coronel don José Antuña, quien como Aguiar, recibió orden de marchar con el presidente a campaña

Aguiar que siempre había sido personalmente adicto al general Rivera que le había acompañado incesantemente en sus últimas guerras y que recién hacía un mes que se había separado de su lado para venir a encargarse del Ministerio de la Guerra a que él mismo lo destinara, no tuvo la menor dificultad en conformarse a la orden dada, a pesar de hallarse en malísimo estado de salud, y habiéndose reincorporado inmediatamente al ejército, rindió la vida [a] algún tiempo después en medio de los campos, víctima de las dolencias que padecía después de haber soportado a la par de sus compañeros de armas, durante año y medio de campaña, las más inauditas fatigas y privaciones Pero no sucedió lo mismo con Antuña Entendido éste con los enemigos desde el principio de la invasión, sólo se había conservado en el puesto con

(a) Algun tiempo después de muerto Aguiar los enemigos exhumaron su cadáver que había sido sepultado a la orilla de un arroyo y lo dejaron expuesto a las aves carnívoras (Nota del autor)

que el gobierno le había honrado desde 1841, para servir mejor a los intereses de aquellos

Primeramente privó al ejército de la capital, de un gran numero de soldados, favoreciendo la sustraccion de los esclavos destinados por la ley de emancipación, al servicio militar, estuvo despues comprendido, segun la voz publica en una conspiración, que no llego a realizarse por causas ajenas a su voluntad, y, cuando ya nada podía hacer en favor de los enemigos de la patria y que al contrario se veía comprometido a seguir al general Rivera, a campaña, se asilo a bordo de un buque de guerra extranjero, desde el cual se dirigio al campo enemigo, en el que permanecio humillado y envilecido, como todos los que estuvieron en su caso, hasta la terminación de la guerra, nueve años después

Pocos días después imitó el ejemplo de Antuña el general don Angel Nuñez, impulsado, puede decirse, por el general Rivera, quien había manifestado contra él, una particular animosidad, negandose obstinadamente a que tuviese mando ninguno en el ejército La pérdida de este oficial, fue generalmente lamentada en el ejército, no solo por lo util que hubiese podido ser a la causa de la republica, a la que durante muchos años habia consagrado su brillante espada, sino por el borron con que por una pueril debilidad, habia oscurecido sus distinguidos servicios anteriores El general enemigo le acogio con notable consideración, le dio mandos importantes, como se vera después, y por mucho tiempo tuvo en el, una de sus mas fuertes columnas

Pero volvamos a los hechos

El dia 5 por la mañana el general Rivera, acompañado del general Paz, revestido ya de su nuevo titulo

de comandante general, recorrió el terreno en que se *levantaban los débiles muros que habían de proteger a la amenazada ciudad*, y en la misma noche salió para el Pastoreo de Pereira, donde estaba el ejercito, dejando al pueblo una proclama de despedida [5] en que recomendaba a todos respeto y obediencia a las autoridades constituidas, y plena confianza en el valor y constancia de los defensores de la república

En el mismo dia 5 la vanguardia enemiga había pasado el Santa Lucia, y el 9, Oribe con todo su ejército se hallaba campado en las puertas del Canelón Chico, teniendo fuerzas avanzadas hasta las alturas de Toledo, es decir, a seis leguas de distancia del punto que ocupaba el general Rivera Difícil era en esos momentos la posición de éste Estrechado sobre la capital, en un terreno sin otra salida que la ruta que traia el enemigo, teniendo que auxiliar y

---

5 Compatriotas — Mis deberes militares y los altos intereses de la patria, me llaman nuevamente fuera de la capital llevo conmigo la satisfacción y la confianza de dejar entregada su defensa a un gobierno organizado, firme lleno de luces y patriotismo y a un jefe militar cuya pericia valor y decisión por esta noble causa que sostenemos os son bien notorios

'Os dejo aquí esas garantías de seguridad y de triunfo y marcho ya a ponerme en la campaña al frente de ese ejército nacional, modelo de virtud y de constancia y que la providencia destina a exterminar un enemigo tan débil como confiado Espero de vosotros todos cooperación activa y patriótica a vuestro gobierno al jefe de las fuerzas de la plaza a mí y a mis valientes vosotros tendréis en mí toda aquella en que mis esfuerzos y el patriotismo de mi ejército son capaces

Habitantes todos de la capital — Reposad tranquilos en vuestra propia fuerza, en la dirección que os dejo y en el valor de los soldados que mando Si la presencia del rebelde, trae cadenas banderas extranjeras, al suelo de la patria si se atreviese a acercarse a vuestro recinto en el yo os lo aseguro encontrara su exterminio y el sepulcro del poder antisocial y tiránico a quien sirve con deshonor

Montevideo, Febrero 3 - 1843

Fructuoso Rivera"

proteger muchas familias que todavia le acompañaban, seguidas de muchos bagajes y rodados, y que poner a cubierto sus numerosas caballadas, parecía imposible que pudiese evitar un encuentro, en el que indudablemente habría sucumbido a la superioridad del número Pero el general Rivera que nunca era mas hábil y sereno, que cuando el peligro era mayor y más cercano, que conocía el terreno, como se dice, palmo a palmo y que estaba acostumbrado a lidiar con el general contrario, halló medio de salir ufano de esta situación como habia salido en diversas ocasiones, de otras no menos peligrosas y apuradas Mediante un movimiento de flanco ejecutado mientras que su vanguardia permanecía al frente del enemigo en actitud de provocar una batalla, logró pasar a re taguardia de éste y colocarse en un extenso teatro en que podia maniobrar con libertad

Mas como yo no me propongo escribir la historia de este ejército, del que sólo he hecho mención en cuanto lo he considerado indispensable a la inteligencia de los sucesos de la defensa de Montevideo, en la que he sido actor, y a la que exclusivamente me contraigo, dejaré que vaya a cumplir su destino y a ejecutar nobles hazañas, que algún día pasarán a las generaciones venideras, como ejemplos sublimes de patriotismo, constancia, abnegación y valor, mientras que vuelvo a tomar el hilo interrumpido de los sucesos de la plaza

El primer acto del nuevo Ministerio, luego de estar instalado, fue dirigir al pueblo y al ejercito, la siguiente proclama, que podia considerarse como el programa de su administracion

"Soldados Pronto van a llegar momentos graves y decisivos, no pasarán muchos dias sin que tengáis

el placer de ver aparecer a vuestro frente, las hordas a que el tirano de Buenos Aires confía el encargo de esclavizarnos a su capricho No esperan ellas encontrar vuestro continente marcial no saben que vienen a estrellarse en vuestras bayonetas

"El gobierno anhela el instante de la prueba, porque conoce vuestro valor, vuestra decisión, vuestro patriotismo, y os hablará ahora para apoyar vuestra fe y la confianza en vuestro poder

"Compatriotas El gobierno ha pesado tranquilamente sus medios, meditado bien sus resoluciones, y salvara la independencia y la gloria de su patria su acción para la defensa de objetos tan sagrados, no reconoce límites ni barrera todo hará, lo considerará licito para alcanzar ese fin, y os jura que lo alcanzara

"Solo un imposible reconoce el gobierno, el de *transigir* con las hordas de un rebelde, que trae a la patria el exterminio, por encargo del extranjero El digno presidente del estado, el gobierno en quien delegó sus funciones, el general de las armas de la capital, *se ligaron por pactos de honor* en este punto supremo perecer todos en sus puestos, o exterminar al insolente agresor vosotros os asociaréis sin duda a tan santo compromiso con ello cuenta el gobierno

"Ningun hombre a quien su nacionalidad o la impotencia física, no inhabiliten para empuñar las armas, puede excusarse a concurrir a la defensa de la patria, del hogar del asilo de sus familias a nadie exceptúa la autoridad

"Firme en la justicia de su causa, fuerte en la conciencia de su poder, ningún recelo puede detenerlo, ni que temería? Traidores? Los patriotas, los hombres de honor, jamás lo son, y si hay entre los defensores de la capital oriental, hombre alguno sin

honor, ese amara bastante su vida para no pensar en ser traidor

"Orientales! Defensores todos de la capital y su departamento! Confiad en el gobierno, confiad en el valor y la pericia del jefe distinguido que os manda, y os llevará a fácil y bien segura victoria confiad en la hábil y vigorosa cooperacion del presidente del estado, que opera sobre los invasores, el triunfo sera de todos de todos la gloria, y la patria afianzará para siempre, en un día su independencia y quietud — Joaquin Suárez, Vice Presidente — Santiago Vazquez — Melchor Pacheco y Obes — Francisco Joaquín Muñoz"

A este acto siguieron inmediatamente muchos otros que cambiaron la faz de las cosas, dando rapido impulso, energia y animación a los preparativos de defensa

Se decretó la clausura del puerto de Montevideo a la comunicación de los puntos dominados por el enemigo, tales como la Colonia, el Carmelo y demás pueblos del litoral del Uruguay

La Guardia Nacional de Montevideo que constaba de un batallón, aunque muy numeroso, recibio una nueva forma, fue remontada con un batallón de la misma clase, venido de Mercedes con el coronel Pacheco y Obes y dividida en tres batallones que formaron una brigada, cuyo mando superior se confió al general don Rufino Bauzá, habiendo sido elevados a comandantes de dichos batallones, los ciudadanos don Lorenzo Batlle del 1º, don Jose Maria Solzona del 2º, y don Francisco Muñoz del 3º El coronel don Bartolomé Quintero, que mandaba el batallón de Extramuros, y que por razon de su ancianidad no podia rendir el activo servicio a que el ejército era

destinado, fue llamado al Estado Mayor y reemplazado en el mando de su cuerpo por el de igual clase don Jose Guerra, pasando el coronel don Felipe López a tomar el del batallon Nº 5 que a el pertenecia

Se creó un cuerpo de sanidad y se establecio un hospital de sangre, bajo la direccion del doctor don Juan Gualberto Tigrimbu, cuya dedicacion al alivio de los heridos y enfermos, le valió mas adelante el aprecio y simpatias del ejercito, y acabó por costarle la vida Se organizo una comisión militar a quien se sometio el conocimiento de los delitos de traicion contra el estado quedando sujetos a su jurisdicción, todos los habitantes del mismo sin distinción de clase o condición

Los juicios de este tribunal debían ser verbales y sus sentencias inapelables El general Alvarez fue su presidente

Se declararon traidores a la patria, a todos los orientales o vecinos de la república que fuesen tomados con las armas en la mano o con la divisa del ejercito invasor y se conminaron con la pena de ser fusilados por la espalda en el acto de su aprehensión, debiendo publicarse los nombres de los que por tal delito fuesen ejecutados, en la orden general, y en todos los periódicos durante ocho dias, para su eterna ignominia Se declaró igualmente que los oficiales y soldados argentinos que desertaran del ejercito invasor y se presentaran a las autoridades del estado, serian considerados como *buenos amigos del pueblo oriental*, que los individuos de tropa serían exceptuados de todo servicio despues de pagarles las armas y caballos con que se presentasen, y que los oficiales tendrian opcion a continuar en él bajo la bandera oriental, o salir del pais, según fuese su voluntad

Se nombró al coronel don Santiago Soriano para sustituir en el mando del batallon matrícula al de igual clase don N Larrobla, incapaz ya de sostenerlo por su avanzada edad y sus achaques, y finalmente se creo un nuevo regimiento de caballeria con el Nº 4, cuyo mando superior se confirió al coronel don Manuel Freire

Todos estos decretos fueron expedidos, y la mayor parte de ellos puestos en práctica en el espacio comprendido desde el 6 hasta el 16 de febrero al mismo tiempo que se dedicaba una atencion eficaz a otros diversos objetos

Se mandaron entregar al estado mayor todos los cañones que habia a bordo de los buques nacionales, y se recogieron todas las balas que existian en la capital

Todos los jefes y oficiales retirados fueron llamados al servicio

Se aumentó el personal de los obreros destinados a las obras de fortificacion, hasta el numero de ochocientos o mil, de modo que este trabajo importante que hasta entonces había progresado harto lentamente para la urgencia de las circunstancias, recibio un rapido impulso

Se dotaron de brazos suficientes los talleres de la maestranza, y se proveyeron los materiales y utiles necesarios a los diversos ramos de su instituto

Se mandaron construir vestuarios para el ejército, y se adoptaron otras medidas igualmente importantes relativas a la economía interior de la administración y al sistema de defensa en general

En el corto espacio que he indicado, se hizo en suma, cuanto humanamente era posible hacer

Al paso que el gobierno consagraba una seria aten ción a todos estos objetos de un orden superior, llevaba también su consideración a todas aquellas exte rioridades que podian contribuir de algún modo a exaltar el patriotismo de los ciudadanos y formar el espiritu marcial de nuestros jovenes soldados Habiéndose mandado construir banderas y estandartes para todos los regimientos, por un decreto expedido con fecha 9, se habia anunciado que el Ministro de la Guerra acompañado de las autoridades civiles y militares, de los ciudadanos notables del pais invitados al efecto, y en presencia del comandante general de las armas, haría su solemne distribución y que las banderas y estandartes, llevarían corbatas rojas sin ninguna inscripción, para que despues de la victoria pudiese inscribirse en cada una de ellas, el nombre del regimiento a que hubiese pertenecido, sus hazañas du rante la guerra y los nombres de los que hubieran vencido o muerto con particular distinción, que desde que la república quedase libre de enemigos, las banderas se recogerían de los cuerpos y quedarian depositadas en las bóvedas de la Iglesia Matriz, donde solo se desplegarian en los dias clasicos de la repú blica, y finalmente, que el regimiento que perdiese su bandera sería disuelto [a]

La ceremonia de la distribución se fijo para el dia 14 Pero antes de dar idea de ella, volveré por un momento a los primeros dias del mes

El 5 a medio dia recibi orden de prepararme para marchar a la ciudad a las cuatro de la tarde con mi batallón, el cual, como se sabe, se hallaba en ins

(a) Todas estas disposiciones han quedado sin cumplimiento Despues de obtenido el triunfo nadie volvió a acordarse de ellas (Nota del autor)

trucción con los demás cuerpos de línea, en el saladero de Bertrand, sobre el arroyo "Miguelete" Desde luego empecé a tomar mis medidas a fin de aparecer ante la población de la ciudad con el mejor aspecto posible El batallon estaba hasta entonces vestido, como todos los demas, del modo mas ridículo que es posible imaginar su uniforme consistía en una camiseta de bayeta verde con cuello y vueltas coloradas, gorra de cuartel de la misma forma del *bonnet de police* de los franceses, aunque mucho más alto, y un calzoncillo largo con fleco, tal como lo usan nuestros paisanos debajo del chiripa Las camisetas eran cortas, de modo que ceñido el cinturón para asegurar la correa de la cartuchera y bayoneta, que eran cruzados, quedaba casi descubierta la manera o abertura del calzoncillo Se concibe pues, que semejante uniforme, no podía dar a los soldados un aspecto muy marcial Sin embargo el efecto desagradable que causaba la vista de cada hombre mirado en particular, desaparecía cuando el batallón estaba formado, especialmente si se veía de lejos, pues no permitiendo el conjunto el examen de esos pequeños defectos, solo resaltaba la uniformidad

Terminados mis preparativos, que consistieron en hacer lavar las camisas y calzoncillos, pues que las armas estaban siempre limpias me puse en marcha a la hora señalada, y entré en la ciudad, un poco después de la oración El pueblo ansioso de conocer a los veteranos de cuarenta días, a quienes, iba a confiar sus destinos, había salido en gran número a recibirnos, y ocupaba todos los puntos de nuestro tránsito desde la playa de la Aguada hasta el Cordón

Un momento después de haber entrado al local en que debíamos alojarnos provisoriamente, el general

Paz vino a verme me dio algunas órdenes acerca del servicio que debía proveer aquella noche permaneció algunos minutos en observacion del batallon, y luego volvió a salir

Yo lo acompañé hasta cierta distancia del cuartel, y cuando estuvimos en la calle, "Gracias a Dios, dijo he recibido un gran desahogo ¡Al fin he visto soldados!

"No puede Ud imaginar, continuó dirigiéndose a mí, lo que he sufrido con estos batallones urbanos no hay como conseguir de ellos el silencio, y eso me desespera"

Efectivamente, mi batallón aunque tan nuevo, podía competir con los mas veteranos en punto a ciertas reglas de disciplina, especialmente en lo tocante al silencio que debe guardarse en la formacion, pues a ese respecto yo había contraido un especial cuidado, y no es extraño que su presencia arrancase al general aquella exclamación, pues ya hacía algunos días que sólo tenia contacto con los cuerpos urbanos, que todo el mundo sabe lo bulliciosos que son

El 9, habiéndose recibido noticia de que el ejército enemigo estaba en Canelones, el general Paz resolvió concentrar en la capital los otros cuerpos de linea que habían quedado en el Saladero de Bertrand, y aunque con un tiempo muy lluvioso, vinieron en el mismo día a la linea

Tomaron también las armas los batallones de milicias y quedaron reunidos en sus cuarteles, de donde fueron sucesivamente saliendo según las órdenes del general, para ir a establecerse en la trinchera en la forma que más adelante indicaré

Por una orden general de la misma fecha, o de un dia o dos despues, toda la infanteria se organizó en

cuatro brigadas, compuestas del modo siguiente la primera del número 6 de línea y de los tres batallones de Guardia Nacional, la segunda del 5º de línea, Legión Argentina y batallón Matrícula, la tercera del 1º de línea batallón Libertad y batallón Unión, y la cuarta, del 3º y 4º de línea y del batallón de milicias de Extramuros

Nombraronse jefes de estas brigadas, al general don Rufino Bauza de la 1ª, al coronel don Felipe López de la 2ª y al coronel don Santiago Lavandera de la 3ª la 4ª quedó al inmediato mando del general en jefe

La caballería que constaba de cuatro escuadrones de la Guardia Nacional de Extramuros, del escuadrón escolta y del de lanceros de la libertad, se dividió para el mando entre el coronel don Faustino Velazco y el teniente coronel don Marcelino Sosa

Arregladas las fuerzas de este modo, quedaron desde el día 12 establecidas en la línea de fortificación, en el orden en que habían de combatir y que mas adelante expresaré

Algunos cuerpos se alojaron en las casas que se encontraron próximas a sus respectivos puestos, y los demás quedaron al raso mientras se construían galpones de madera para abrigarlos

Aunque existia un Estado Mayor general que desempeñaba el coronel don Manuel Correa, como ya he dicho, se creo otro Estado Mayor que podemos llamar divisionario, para las tropas establecidas en la línea, y se dio este encargo al coronel don Indalecio Chenaut, que había mandado hasta entonces los acantonamientos del saladero de Bertrand

Correa quedó con su oficina dentro de la ciudad, al lado del gobierno, mas bien como representante del

general para dar celeridad e impulso a los trabajos del parque y maestranza y otros semejantes, que para ejercer las funciones de su ministerio

Ya he dicho antes, cuanto contribuyó por su celo y actividad a proporcionar al ejército la artillería necesaria para las baterías de la línea

El general don Tomás de Iriarte que presidía los trabajos de la fortificación, fue igualmente nombrado comandante general de artillería

Llegado el día 14 señalado para la distribución de las banderas y estandartes, el ejército formó en la calle 18 de julio apoyada la derecha en la puerta exterior de la antigua ciudadela

No asistieron a la parada ni el cuerpo de artillería, ni el batallón de milicias de Extramuros, ni los escuadrones de caballería por estar empleados en diversos servicios

El general Paz mandaba personalmente la línea, y era acompañado del general Bauza, jefe de la 1ª brigada, del general Iriarte, inspector general de los trabajos de fortificación, y del coronel don Manuel Correa jefe del Estado Mayor General

A las cinco y media de la tarde apareció el ministro de la guerra, seguido de los miembros de la administración de justicia, del jefe político del departamento de Montevideo y de varias otras autoridades civiles y militares y de un numeroso concurso de pueblo, y se colocó en un punto correspondiente al centro de la línea por la parte del frente, teniendo a su lado todos los pabellones que iban a distribuirse

El general Paz mandó entonces formar en columna para desfilar, y roto el movimiento, fue a colocarse con su Estado Mayor al lado del ministro

Cuando llegó a la altura de éste, el primer batallón de la 1ª brigada que formaba a la cabeza de la columna, hizo alto, y su comandante se presentó a recibir el pabellón que le estaba destinado

El ministro, al entregarselo en nombre del gobierno de la Republica, le dirigió una breve alocución, en la que después de manifestarle los deberes que imponía la defensa y conservación de aquel sagrado depósito, terminaba exponiendo el deseo de que su batallón correspondiese a las esperanzas de la patria

El comandante respondió a este discurso, con palabras análogas al objeto, y volviendo a colocarse al frente de su cuerpo, continuó la marcha

Llegó en seguida el batallón 2º de la misma briga da, y tuvo lugar la misma ceremonia la cual fue su cesivamente repitiendose con todos los batallones del ejército

Las alocuciones del ministro como encaminadas a un solo objeto, contenían siempre los mismos conceptos sin mas diferencia entre ellas que las que provenian de la variedad de voces con que eran expresadas.

Sería pues fastidioso reproducirlas aquí por la monotonía que de ellas resultaría, pero no puedo dejar de dar un extracto de la que fue dirigida al comandante del batallón Libertad, por la circunstancia es pecial de que hablaré enseguida

Cuando se presentó el comandante de dicho bata llón que lo era el teniente coronel don Manuel Martínez (argentino), el ministro le dijo "Esta bandera "que la república destina al batallón Libertad *bajo "de sus colores no se abrigan Traidores,* y por eso los "que existian en el batallon Libertad huyeron cuando "ellos se aproximaron. No duda el gobierno de la

"república, que las bayonetas del batallón Libertad, "serán de las primeras en teñirse en la sangre de los "degolladores"

Este batallón había formado parte de la legión de policía que mandaba el coronel don Jose Antuña, pasado pocos dias antes al enemigo, y al incorporarse al ejército en la linea de fortificación, habia tomado la denominación de *Libertad*

Al hecho de la deserción de Antuña aludía exclusivamente el ministro, cuando en la alocucion que he copiado, hablaba de traidores, pero sus palabras se convirtieron poco despues en una especie de profecía

El comandante Martínez algunos meses después de establecido el asedio, se pasó también al enemigo, con la circunstancia notable de no haber podido hacerse seguir de ninguno de sus soldados que fueron siempre ejemplares por su valor y lealtad

Cuando se entregaron las banderas a los últimos batallones de la columna, el tiempo que estaba encapotado y amenazador empezo a descargar sobre nosotros con furioso estrépito, y los discursos pronunciados entonces al dar o recibir los estandartes, fueron acompañados de relámpagos y truenos, como si el cielo hubiese querido solemnizar con su intervención el compromiso contraído en aquel momento por los guerreros de la República, de defender su libertad a todo trance.

A medida que los batallones habían ido recibiendo sus banderas se habian retirado a sus cuarteles, según lo habia dispuesto el general, de modo que aunque al ruido de la tormenta, siguio luego una copiosa lluvia, fueron pocos los que tuvieron que sufrirla

El acto fue magnífico Mientras el duró, había reinado en el ejército y en la inmensa multitud de pueblo reunida, un silencio profundo, que sólo había sido interrumpido por los vivas y aclamaciones que cada jefe de batallón, había hecho dar al suyo al aceptar el depósito de los colores simbólicos de la independencia y soberanía de la Nación, y el aspecto pavoroso del cielo, había contribuido a darle mayor solemnidad

Al día siguiente, el general dirigió al ejército la siguiente proclama

"¡Compañeros! Las banderas que os ha entregado "el gobierno de la República, son un presente valioso "para el guerrero al hacerlo, os hablo en nombre de "la humanidad y civilización, y no trepido en asegu- "rarle en el vuestro, que respondereis con la victoria

"¡Soldados! En cuatro campos de batalla he com- "batido contra esa misma tiranía que os amenaza, "contra esas mismas bandas de asesinos que invaden "vuestro suelo, en todos ellos vi triunfante el pabe- "llón de los libres, el mismo que acaba de ser con- "fiado a vuestro valor y flameará en vuestras manos "con igual esplendor el día que lo despleguemos de- "lante de las hordas con que quiere conquistaros el "traidor y oscuro teniente de Rosas, porque el poder "de los hombres de libertad y civilizacion, es superior "al de los esclavos de un tirano, siempre que el des- "orden no destruya las ventajas del valor y el entu- "siasmo

"Soldados orden, constancia y subordinación es lo "que necesitamos para vencer orden, constancia y "subordinacion es todo lo que exige de vosotros, vues- "tro general y amigo — *JOSE M PAZ*"

Dejemos ahora la plaza con su defensa casi organizada, entregada al patriotismo y decisión de sus defensores, y veamos cómo se ha conducido el ejército enemigo desde la batalla del Arroyo Grande, y qué fruto ha sacado de su victoria

---

CAPITULO III

Degollacion de los prisioneros del Arroyo Grande — Proclama de Oribe a los habitantes de la Republica — Pierde tiempo — Nuevas crueldades que comete en su tránsito por el territorio de la misma — Resistencia que engendra su politica sanguinaria — Recibe refuerzos de Rosas — Su llegada al Cerrito de la Victoria — Estado en que se encuentra la defensa de la plaza en ese dia (16 de febrero de 1843) — Generala — Espiritu de sus defensores

Oribe solemnizó su triunfo del Arroyo Grande, con la muerte de todos los oficiales prisioneros, y de muchos individuos de las clases inferiores, homenaje sangriento tributado a la sevicia del barbaro tirano que representaba, en señal de adhesión a su infernal sistema

Mas de cuatrocientos de estos infelices fueron despiadadamente degollados, sin que ninguna de las consideraciones humanas, que entre las naciones cultas garanten la vida del soldado rendido, se hubiesen invocado en su favor, y lo que es más abominable, se inventaron tormentos inauditos para hacer más angustiosas y terribles sus últimas horas

Citaré algunas de las víctimas que fueron allí sacrificadas, con las circunstancias que acompañaron su suplicio, para dar una idea aunque imperfecta de aquella carniceria humana

Al coronel Henestrosa, después de haberle cortado las orejas y dádole tajos profundos en la carne, lo castraron vivo, enseguida lo mataron a bayonetazos,

y después de muerto le sacaron una larga tira de la piel del cuerpo El mayor don Estanislao Alonso, fue muerto a palos, y el de igual clase don Jacinto Castillo, el capitan don Augusto Martínez y el alférez don Luis Lavagra, a golpes de sable

El teniente Arismendi, fue castrado y seguidamente degollado El teniente Acosta, fue *desollado vivo* este valiente rindió la vida gritando ¡viva la libertad!

Muchos otros oficiales orientales, jefes y oficiales correntinos, y gran numero de sargentos, fueron igualmente degollados

Sólo escaparon a la muerte, los individuos de tropa, en clase de cabos y soldados, los cuales fueron destinados a los batallones del ejército [6]

Las victimas eran conducidas al lugar del suplicio, en grupos de veinte o mas hombres, con los brazos fuertemente ligados por la espalda, seguidos de un degollador y de la correspondiente escolta, y cuando llegaban al sitio fatal, el verdugo los empujaba con violencia, les hacia caer de bruces y separaba las cabezas de los troncos

Los cuerpos quedaban insepultos para servir de pasto a las aves carnívoras

Estas atrocidades sin ejemplo en los anales militares de la civilización, empezaron el mismo día 6 de

6 El resultado de esta importante victoria ha sido quedar en el campo de batalla más de 2000 salvajes muertos, y 1500 prisioneros, toda la artillería y material del ejército siendo entre los prisioneros el titulado general Avalo, coroneles Baez, Henestrosa Mendoza, sobrino del pardejón Rivera (*) Morillo el secretario de Mascarilla y más de 50 jefes y oficiales que en el acto fueron ejecutados (Carta del coronel Geronimo Costa, escrita al fraile Aldao a Mendoza desde el campo de batalla con fecha 7 de diciembre)

(*) Así llamaba la prensa de Buenos Aires al general Rivera (Nota del autor)

diciembre después de concluida la batalla, y continuaron por tres o cuatro días mas segun que las fuerzas destacadas en persecución de los dispersos, iban regresando al cuartel general con los prisioneros que habían hecho, y como si ellos no hubieran bastado para dar al pueblo oriental una idea cabal de lo que tenía que esperar de tales monstruos, con fecha 16 publicó Oribe una proclama dirigida a sus compatriotas, concediendo una amnistía a todos los que quisiesen acogerse a su *clemencia*, y conminando con el exterminio y la muerte a los que osasen resistirle

En la meditacion o en la practica de estas crueldades, perdió el tiempo que hubiera debido emplear en seguir la huella de los vencidos, para recoger el fruto que se prometia de su victoria, y no paso el Uruguay hasta el día 27, cuando ya el general Rivera, había logrado reunir un nuevo ejercito, y preparádose todo el pais a una resistencia formal

Su tránsito por el territorio oriental, desde el pueblo del Salto, frente al cual verificó el pasaje hasta Montevideo, fue marcado con crimenes horrendos

Sus soldados, no respetaron ni el sexo ni la edad Degollaron sin misericordia y sin distincion, a todas las personas que cayeron en su poder, de los que seguian al ejercito del general Rivera, y muchos extranjeros, habitantes pacíficos de la campaña, sufrieron la misma suerte, sin mas motivo que el de ser sospechados de adhesión al gobierno de la republica Saquearon los ganados de las estancias de varios patriotas y en particular los del general Rivera, entregando a las llamas sus poblaciones, violaron mujeres que después asesinaron, profanaron templos, y para decirlo todo de una vez, cometieron todo linaje de horrores.

Por estos medios creía Oribe abatir el brío de los orientales y asegurar la sumisión del país, pero los resultados de su conducta sanguinaria, fueron contrarios a su expectación

Nadie pudo ser indiferente a los ultrajes de la patria Inflamados los pechos de todos los ciudadanos con el justo sentimiento de indignación que tales vejámenes producía, apenas recobrados de su primer espanto, acudieron como ya se ha visto, a alistarse bajo la bandera de la defensa, siendo de notar que con muy raras excepciones, fue unanime la decisión que en este sentido manifestaron los hombres que en otro tiempo habían pertenecido al partido político que Oribe representaba

Las familias, poseídas de terror, huyeron también despavoridas a buscar la protección de nuestras armas, dejando sus casas abiertas, sus haciendas abandonadas, y contribuyendo así a ofrecer al enemigo, un testimonio elocuente de la voluntad de todo el país a resistirlo

Oribe que creía cosa muy fácil dominar la campaña a pesar de los esfuerzos que pudiese oponerle el general Rivera, en razón de ser dueño de una numerosa caballería, determinó apoderarse antes que todo de la capital, que era el objetivo de sus operaciones, y a ella se encaminó con todas sus fuerzas concentradas

Ya hemos visto cómo Rivera evitó su encuentro en el departamento de Canelones

El 16 de febrero de 1843, se presentó delante de Montevideo con toda la jactancia del que se considera poderoso e invencible

Al llegar al Cerrito de la Victoria, donde estableció su cuartel general, enarboló el pabellón argentino e

hizo una salva de veintiún cañonazos, con cuva demostración quiso sin duda indicar a los pocos de sus parciales encerrados dentro de la plaza, que podían cantar victoria, y a los que la defendían, que era necesario doblar la cerviz ante aquel símbolo de una nueva soberanía

Su ejercito había sido reforzado en ese mismo día o en el anterior con una brigada de 1200 hombres de infantería y cuatro cañones, que poco antes había desembarcado en la Colonia a las órdenes del general don Antonio Diaz con procedencia de Buenos Aires, y si a este aumento se agrega el que le había dado con los prisioneros del Arroyo Grande, y con algunos partidarios que habia logrado reunir en el pais, sus fuerzas debian ascender a trece mil hombres (13 000) por lo menos, organizados del modo siguiente

Infantería	3 500
Caballería	9 000
Artilleros	500

Treinta cañones y 2 máquinas de cohetes a la congreve

Una escuadra de cinco buques, bajo el mando del Almirante don Guillermo Brown, se hallaba tambien hacía días anclada a corta distancia del puerto, dominando su entrada y todo el litoral de la ciudad

Entre tanto la plaza no estaba del todo preparada para resistir la acción de elementos tan poderosos

Las obras construidas para su defensa, constaban como todas las de su clase, de un parapeto, una banqueta, una bizma, un foso y un glacis el parapeto

tenia mil quinientos pasos de longitud comprendidos sus diversos angulos, y terminaba por ambos extremos en el río, su altura era de siete pies y sus revestimientos de ladrillos

Pero de todas estas obras, no había el 16 de febrero ninguna totalmente concluida, no obstante que desde el dia 9 cuarenta hombres de cada batallón o regimiento habian concurrido diariamente a los trabajos, con los ochocientos o mil obreros especialmente ocupados en ellos

Hacia el centro de la linea, el parapeto solo tenia los cimientos formados en una extension de mas de doscientos pies, y en varios otros puntos, aunque más adelantado, estaba todavía en obra

El foso, del que para abreviar el trabajo sólo se habia dado nueve pies de boca, no estaba completamente excavado en algunos lugares no tenía más de dos pies de profundidad La banqueta, no había sido terminada, y si en algunas partes estaba, era tan imperfectamente, que un granadero colocado sobre ella, no podia apuntar su fusil sino por elevación

El glacis, no era mas que un hacinamiento de tierra informe, y en partes tan inutil, que dejaba descubierta la cara exterior del parapeto

Por el lado de la campaña, y como veinticinco o treinta pasos del glacis, se había colocado una estacada que debía cubrir todo el frente de la línea, pero que aún no estaba terminada, tenía nueve pies de ancho, y se componía de pequeñas estacas hechas de duelas de pipa o de barril clavadas, muy superficialmente, y de media vara de largo poco más o menos cada una

En el espacio comprendido entre la estacada y el

glacis, a falta de mantas o abrojos militares,[7] se había cubierto el terreno de pedazos de vidrio y otras materias igualmente ofensivas

En todos los angulos salientes y en otros puntos del parapeto, se habían abierto cañoneras para establecer baterías pero en la mayor parte de ellas, no sólo no se habian colocado los cañones, sino que ni aún se habían hecho las explanadas no pasaban de treinta las piezas que estaban en posición, y de éstas, algunas montadas en ajustes de marina

Había además dos lanchas cañoneras situadas en el fondo de la bahia, en apoyo de la extremidad izquierda de la linea con una carronada de a 18 cada una

Se habia creido conveniente defender el Cerro como punto de comunicacion con la campaña, y lugar de forrajes para nuestras cabalgaduras, y la antigua fortaleza que se ostenta sobre su cúspide, fue artillada con tres o cuatro piezas de distintos calibres

Dos lanchas cañoneras fondeadas cerca de la costa, debian mantener su comunicacion con la ciudad y servirle de apoyo en algunos casos

Consiguientemente se decidio la ocupacion de la pequeña Isla de Ratas, situada en medio del puerto en la linea de comunicacion entre el Cerro y la ciudad, y en ella se habia colocado dos piezas de artilleria En cuanto al personal de la defensa, como ya he dicho en otro lugar cual era su organización, me limitare aqui a presentar un estado general de su fuer-

7 Abrojos militares — tríbulos — instrumentos de hierro armados de 4 puas, usados en la antigua milicia para impedir el paso al enemigo, y especialmente a la caballería esparciendolos por el campo Se suple aunque imperfectamente este género de defensa, con vidrios, estacas, etc , etc

za aproximativa el expresado día 16, con exposición de los jefes que mandaban los cuerpos, la composición de éstos, su estado de instrucción y disciplina, y los puntos que ocupaban en la línea

Los batallones de línea, el escuadrón de artillería ligera, y el de lanceros de la libertad, se componían de hombres de color, naturales del país o africanos, y los de milicias, si se exceptúa la Legion Argentina que pertenecía a esta nacionalidad, constaba de orientales y españoles La caballería, toda era del país

Las milicias, aunque organizadas desde algún tiempo antes, carecían absolutamente de instruccion en el ejercicio y maniobras de sus respectivas armas, no sólo porque habían tenido muy pocos ejercicios doctrinales, sino porque en los momentos de presentarse el ejército de Rosas delante de la ciudad, se habian remontado con multitud de gente que había sido compelida al enrolamiento y que jamas había tenido un arma de fuego en las manos

La misma o mayor ignorancia padecían como debe suponerse, en lo relativo a las obligaciones del servicio Los cuerpos de línea, eran los más aventajados, lo que no era extraño, pues además de haber tenido cuarenta días de constante escuela, debían ser por la naturaleza de su institución mas susceptibles que aquellos, de los preceptos de la disciplina

Su estado era bastante bueno con relacion al tiempo que tenían de existencia maniobraban regularmente, habían hecho muchos ejercicios de fuego, habían tirado dos o tres veces al blanco, y sobre todo eran subordinados

Pero les faltaba la costumbre de oír el silbido de las balas enemigas que es lo que complementa la educación del soldado

JEFES DE BRIGADA	BGADA	CTES DE BATALLONES O ESCUADRONES	BATALLONES		ESCUADRONES		FUERZA	TOTAL
			DE LINEA	DE MILICIAS	DE LINEA	DE EXTRAMUROS		
Gral. D Rufino Bauza		Cnel D Carlos San Vicente	6º	1º Guardia Nac			425	5397
	1ª	Tte Cnel D Lorenzo Batlle	"	2º			300	
		Id D Jose Solzona	"				200	Artill
Cnel D Felipe Lopez		Id Fc Muñoz	"	3º			250	de plaza 600
		Cnel D Felipe Lopez	5º				470	C P z 140
	2ª	Id Santiago Soriano		Matricula			3[illegible]0	
		Id D J M Alvarinos		Legion Arg			500	6037
Cnel D Santiago Lavandera		Cnel D S Lavandera	1º				2[illegible]0	
	3ª	Id D Ramon [illegible]	"	Union			300	E. M. MAYOR
		Tte Cnel D Manuel Martinez		Libertad			200	Cte General
Sin jefe	4ª	Tte Cnel D Juan Organ	3º				[illegible]2	Jefe de E M
		Id D Cesar Diaz	4º				4[illegible]5	
		Cnel D Jose Guerra		Extramuros			[illegible]0	Jose M Paz
		Cnel D Ramon Freire			4º		180	
Cnel D Francisco Velazco		Mayor D Luis Silva	"		Escolta		139	
	5ª	Cnel D F Velazco	"		Lanceros	1º Extramuros	150	
		Tte Cnel graduado D Francisco Tejes		"	"	2º	100	
		Id D N N	"	"	"		110	
		Id D Marcelino Sosa	"	"	"	3º	95	
							53[illegible]7	

La primera brigada ocupaba la derecha de la línea la segunda el centro y la tercera la izquierda la cuarta era de reserva, y por consiguiente no tenía punto determinado en la trinchera Los artilleros estaban diseminados por compañías o pelotones en todas las baterías para hacer en ellas un servicio permanente y la caballería ocupaba una posición central a retaguardia, desde la cual estaba destinada a acudir a cualquier punto de la línea que el enemigo lograse forzar

Cuando el toque de generala anunció a la población que el ejército enemigo estaba a su frente todos los que pertenecían a cuerpos, o que tenían puestos señalados, corrieron a ocuparlos

No se vio en ninguna parte la menor muestra de tibieza o desaliento

Aun aquellas personas que por su edad u otros motivos, estaban exoneradas del servicio de sangre y que ocupaban destinos pasivos en la administración interior de la ciudad, queriendo participar con sus compatriotas, de los peligros del ataque que en aquellos momentos consideraban inminente, acudieron también a la línea de defensa, y creo que puede afirmarse sin temor a exagerar, que a excepción de las mujeres y los hombres postrados por enfermedades, nadie quedó bajo los techos de los edificios

Aunque los deberes de la neutralidad, obligaba a los extranjeros a evitar toda especie de demostración que pudiese comprometer la política de su gobierno, no por eso dejaron de manifestar profundas simpatías por la causa que defendíamos, y en todo cuanto era conciliable con la exterioridad de aquellos deberes, se mostraron dispuestos a servirla

El general don Juan Pablo López, que había sido gobernador de Santa Fe y que se hallaba accidentalmente en Montevideo, todavía convaleciente de una grave enfermedad, se presentó al general Paz con dos ayudantes que conservaba, ofreciéndole sus servicios en clase de simple soldado, y otro tanto hizo ante el ministro de la guerra, el glorioso soldado de Junin, coronel (argentino) don V Isidoro Suarez a pesar de hallarse en muy mal estado de salud

En suma, este era el espiritu que animaba a todas las clases de la sociedad

Aunque no era probable que el enemigo intentase nada serio el mismo día sobre la plaza, se dieron sin embargo, las disposiciones necesarias para recibirlo

El general Paz se trasladó a la azotea de la casa que servía de alojamiento a mi batallon, la cual estaba situada en el centro de la línea y en la parte mas elevada del terreno, y desde allí dominaba con el anteojo todos los caminos que conducian desde el Cerrito a la ciudad, podia observar los movimientos del enemigo y estaba en aptitud de dar con oportunidad sus órdenes

A no ser pequeñas partidas, ninguna fuerza hubiera podido acercarse a nuestra linea sin ser descubierta

Los cuerpos tomaron colocación tras del parapeto o en los puntos señalados a la reserva, y en esta disposición permanecimos algunas horas

A las dos de la tarde habiéndose reconocido que el ejército enemigo estaba acampado sin ninguna apariencia de movimiento, se dio orden de poner las tropas en descanso, con prevención, sin embargo que nadie podia separarse de su puesto, ni aun por diez minutos bajo la más severa responsabilidad

Entonces también descendió el general de la azotea en que se hallaba, dejando en ella establecido un telégrafo que allí mismo improvisó, cuya dirección confió por el momento al coronel don Manuel Rojas, pero que muy luego quedo a cargo del teniente coronel don Ramón de Lista quien lo conservó con una constancia admirable hasta la conclusión de la guerra El telégrafo consistía en una combinación de banderas, semejante a la que se usa en los buques de guerra

Algo mas tarde los espías corroboraron las observaciones del tal telégrafo (nombre que se le dio por todos durante el sitio) acerca de la tranquilidad del campo enemigo, y desde luego no quedó duda de que no seríamos tan pronto molestados

El resto del día pasó sin novedad, y durante la noche inmediata, los artilleros permanecieron sobre las explanadas de las baterías con las mechas encendidas, la infantería descansando en su misma formacion sin dejar las armas de la mano, la caballería con los caballos ensillados, y todo prevenido para el caso en que el enemigo intentase un ataque por sorpresa

---

CAPITULO IV

Empieza el servicio de descubierta — Modo de hacerlo — Emboscada — Ocurrencia singular — Defecciones — Demolición de los edificios inmediatos a la línea para despejar su frente — Estratagema de los enemigos sin ningun resultado — Insurreccion del batallon de Extramuros, medidas tomadas por el general para reducirlo sin violencia, se le recogen las armas — Los desertores nos hostilizan — Iluminación del frente de la línea

El 17, poco después de haber amanecido tres batallones salieron a hacer la descubierta, uno por la derecha, otro por el centro y otro por la izquierda

A cada uno de ellos se le dio la orden de salir a descubrir sin determinarle la extensión del terreno que habían de recorrer, ni el tiempo que habían de permanecer fuera de trincheras

El batallon del centro fue el mio que tuvo el honor de ser designado para la primera descubierta, como lo había tenido ya de establecerse antes que ningún otro en la línea de fortificación

Los de la derecha y la izquierda fueron el 1º de guardia nacional y el 1º de línea

La eleccion hecha de mi batallón, entre los demás del centro para la primera salida, me llenó de satisfaccion, pero dio también ocasion a un incidente desagradable cuya impresión conservé por muchos días Diré el motivo

La tarde anterior se había formado del batallón Extramuros y del 4º que yo mandaba, ambos perte-

necientes a la cuarta brigada, que no tenía jefe como ya he dicho, una columna de reserva a las órdenes del coronel don José Guerra, la cual se situó a cincuenta pasos del cuartel general, donde pasó la noche

Al amanecer del 17, un ayudante del general vino hacia nosotros y previno al coronel Guerra que el batallón 4º estuviese pronto para salir

Yo estaba en ese momento hablando con Guerra y oí la orden tan clara y distintamente como el, de modo que no tuvo necesidad de repetirmela

Yo habia puesto un prolijo esmero en la educacion de mi cuerpo, y nada descuidaba de cuanto podia servir a formar o perfeccionar su espíritu marcial, y en este proposito, luego que supe que estaba destinado a hacer tal vez el primer ensayo de nuestras armas, juzgue conveniente verificarlo, llevando la bandera que dos dias antes se nos había dado

Propuse la idea al coronel Guerra a cuyas ordenes me hallaba, y no habiendo manifestado por su parte ningun reparo, mande una mitad de la compañía de carabineros a traerla del cuartel, que distaba cien pasos del punto en que nos hallábamos

Cuando volvió la mitad, trayendo la bandera la recibí con los honores de ordenanza, aunque sin alterar el orden de columna que tenia el batallón

El general había presenciado todo el acto desde su cuartel general, sin decir una palabra, pero inmediatamente después de haber sido colocada la bandera en la columna, se asomó a la puerta de la calle y dijo en alta voz *que salga ese batallón y se deje de piruetas*

Semejante inmerecido apóstrofe, me lastimó profundamente, no sólo por su tendencia a desprestigiar el acto a que yo daba tanta importancia en aquellos

momentos, sino porque yo no había recibido otra orden que la de estar pronto, y a esa orden no había faltado

Indignado como era natural, de un reproche tan rudo como gratuito, pedí al coronel Guerra, también en alta voz que como jefe de la columna de que mi batallón hacia parte, fuese a rectificar el concepto del general acerca de la orden que se me había comunicado, y este oficial superior tan disgustado como yo de aquella ocurrencia inesperada, se presto facilmente a mis deseos, e hizo presente al general la equivocación que había padecido

El general se limitó a contestar algunas palabras calculadas para desvanecer la mala impresión que me había hecho con sus gritos, sin confesar su falta, y despachó al coronel Guerra con la orden de hacer salir mi batallon

Cuando volvió éste a donde yo estaba, me dijo no ha habido mas que una impertinencia del general, que sin duda ha amanecido de mal humor marche usted a hacer la descubierta y tenga paciencia

En el acto hice echar armas al hombro y salí Al pasar por delante del cuartel general Paz se asomó a la puerta y con un tono muy amable me dijo Comandante, descubra usted bien, ¡eh!

Yo no conocia absolutamente el terreno que iba a descubrir, y aunque cortado en todas direcciones por zanjas, cercos de pitas, arboledas y otros objetos semejantes de que el enemigo hubiera podido aprovecharse para hacerme caer en alguna emboscada, avancé sin trepidar hasta las *Tres Cruces*, punto distante de nuestra linea como unas veintidós cuadras, impulsado por el agravio que acababa de recibir

Confieso que en aquel momento deseé vivamente

encontrar alguna fuerza enemiga, pero creo también que si tal hubiera sucedido, mi poca práctica del terreno me habría hecho pagar caro mi deseo

Felizmente, nada sucedió, y al cabo de una hora regresé a la linea sin ninguna novedad Los batallones destinados a descubrir por la derecha y por la izquierda, avanzaron por sus respectivos frentes, y tan incautamente como yo lo había hecho a una distancia proporcionada, sin haber encontrado tampoco ninguna dificultad

Terminada la descubierta, salió toda la caballería para forrajear y establecer una linea de guardias avanzadas

Desde dos horas antes de amanecer el ejército todo estaba formado en la trinchera, y no se mando poner en descanso hasta que estuvo concluida la descubierta y establecidas las avanzadas

Esto mismo se observó invariablemente en lo sucesivo El toque de diana indicaba el momento de formar, y una señal puesta en el telégrafo, el de hacer pabellones La caballeria, se mantuvo fuera de la línea hasta la oracion, hora en que fue reemplazada por diversos piquetes de infantería que con el nombre de *Escuchas,* fueron destinados a cubrir nuestro frente durante la noche

La descubierta y servicio exterior del 18 se hizo en la misma forma aunque no con el mismo resultado

Por cada uno de los costados de la linea salio un batallón, y por el centro, la compañía de granaderos de la Legión Argentina y dos Escuadrones de caballeria a las órdenes del teniente coronel don Marcelino Sosa

Las tropas de las alas se retiraron sin novedad, después de haber reconocido un buen espacio de terreno

por sus frentes respectivos, pero las del centro hubieron de experimentar, que ya no era posible salir impunemente fuera de las trincheras

Los granaderos argentinos y la caballería marchaban con las precauciones necesarias por la calle principal del Cordón, registrando cuidadosamente las calles y cercos de aquella pequeña población, cuando de repente un batallon enemigo que estaba emboscado en un gran galpón situado al lado del edificio llamado el *Cristo,* se presento en medio del camino dando vivas y disparando algunos tiros

A su aspecto, los legionarios que eran soldados bisoños, se intimidaron y huyeron, siendo imitado su ejemplo por la caballería, que aunque compuesta de gente animosa y bien determinada, no podia lidiar contra la infanteria en un terreno tan favorable para esta arma

Los enemigos entonces lanzaron tras de ellos, un piquete de caballeria que los persiguio hasta la inmediacion de nuestra linea

Una de nuestras baterias, enfilaba el camino en que tenía lugar esta escaramuza, y hubiese podido aprovechar un buen tiro si se le hubiese despejado a tiempo la calle, pero no sucedio asi por desgracia, y los enemigos después de haber logrado en parte su objeto, se retiraron cubiertos por los edificios y cercos de las quintas inmediatas

El comandante Sosa, tuvo sin embargo, ocasión de ostentar su valor, atacando individualmente al oficial de la caballeria enemiga en presencia de nuestro ejército, y descargandole a quema ropa un tiro de pistola que no se si llego a ofenderle resultando él mismo levemente herido de un golpe de lanza

Cuando la compañía de la Legion Argentina volvió a la línea, el general la hizo formar, y en un pequeño discurso que le dirigió, afeo su conducta aunque en términos muy moderados y con toda aquella consideracion que merecia una tropa compuesta casi en su totalidad de personas distinguidas por su nacimiento y educación, y enteramente extraños a las escenas de la guerra, concluyendo por exhortarlas a conducirse en otra ocasión con mas despejo y serenidad

Casi todos oyeron con resignación esta reprimenda aunque en su conciencia no la creyesen merecida, pero había entre ellos un tal Berro (don Pedro) que no fue tan paciente como sus compañeros porque era tal vez el que mas se había asustado Luego que el general acabó de hablar, tomó la palabra y dijo "Señor, nosotros no somos hombres para salir a pelear fuera de trincheras, porque todos tenemos mujeres o hijos, aquí detras del parapeto podemos servir de algo " Iba a continuar, pero el general, le interrumpió bruscamente, viendo en su discurso un sintoma de insubordinación que demandaba una pronta y severa represion Le dirigió particularmente algunas palabras sumamente duras, y le hizo conducir en el acto fuera de la linea con orden de entregarlo al teniente coronel Sosa para que lo colocase en el punto en que hubiese mayor peligro Felizmente para el, los enemigos se habían retirado y no tuvo gran riesgo que correr

Durante muchos días, Berro fue el objeto de las bromas de sus compañeros y el tema de todas las conversaciones El pobre habia obrado en aquella ocasion con toda la candidez de su alma, sin sospechar siquiera que era actualmente soldado, y que en su calidad de tal, la obediencia pasiva era su primer de-

ber Por lo demás era hombre de excelentes calidades buen ciudadano, buen padre de familia y excelente amigo

Después de esta ridícula operación, que no tuvo otro resultado que el de aterrar momentaneamente a cuarenta reclutas milicianos, los enemigos no volvieron a presentarse en algunos días al frente de nuestras obras se mantuvieron concentrados en su campamento del Cerrito sin desprender mas fuerzas que algunos escuadrones de caballeria con que interceptaban nuestras comunicaciones con la campaña y trataban de impedir diariamente nuestro servicio de forrajes Sin embargo, en la noche del 20 ó 21 hubo en nuestra linea una alarma general, causada por la debilidad o la ilusión de un soldado, y de efecto tan singular, que al paso que lleno de consternación a la población de la ciudad debio excitar la risa del ejército contrario

Es el caso que un centinela de la brigada de la guardia nacional, colocado a la extrema derecha de la linea, a eso de las siete de la noche, creyó distinguir a corta distancia del parapeto, algunos bultos que avanzaban cautelosamente hacia el punto en que el se hallaba, y habiendole dado el *¿quién vive?* sin obtener ninguna contestación, disparó su arma Los centinelas que seguían a cortos intervalos, a lo largo de la cortina, sin detenerse a examinar cual podía haber sido la causa de aquel tiro, hicieron también fuego El ejemplo de los centinelas, fue imitado por el batallón mas próximo, a éste siguió el inmediato, y sucesivamente fue comunicandose el fuego de cuerpo en cuerpo con tanta rapidez, que al cabo de diez minutos, los que tenían colocacion en el parapeto fueron contaminados Hacían fuego graneado y tan sos-

tenido, que era difícil persuadirse que no había ningún enemigo al frente Solo la artillería y los batallones de reserva quedaron exentos de esta batalla imaginaria Yo habitaba las piezas altas de la casa del telégrafo, donde como se sabe estaba alojado mi batallon, y me disponía ya a salir para ir a situarme en el punto en que debia pernoctar, cuando empezó el fuego A los primeros disparos me asomé a un balcón que daba frente a la derecha de la linea, con el teniente coronel don Carlos Paz que en ese momento se hallaba conmigo, y ambos tuvimos ocasion de presenciar el origen del fuego y su rapida progresión Desde luego comprendimos lo que aquello significaba, y tratando de remediar el mal ya que no habia sido posible evitarlo, empezamos a dar voces al batallon de matrícula que estaba a nuestros pies para que cesase el fingido combate —¿A quien tiran? gritábamos —¿Si no hay enemigos ningunos? ¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego!

Pero era tal el encarnizamiento de los soldados de aquel cuerpo que nada oian y seguian imperturbables quemando cartuchos y dándose entusiastas vivas a si mismos Al fin, la ausencia absoluta de toda especie de hostilidad, y los esfuerzos de los jefes y oficiales, lograron apagar el fuego y restablecer el orden simultaneamente en toda la linea

Puede juzgarse de la duracion de este alboroto y de la impresión afligente que produciria en la ciudad, por el hecho que sigue

El comandante del *Batallon Libertad*, don Manuel Martínez de quien he hecho mencion especial en el acto de la distribucion de las banderas, mandó un ayudante al estado mayor a pedir municiones, después de haber consumido todas las que tenia Su

cuerpo debía de estar provisto de municiones cerca de tres paquetes por hombre cuando menos, y si se supone que cada hombre tiró tres tiros por minuto, tomando un término medio entre la mayor y menor velocidad resultaría que en 10 minutos quemó todos sus cartuchos el fuego debió durar de nueve a once minutos

El general visitó al dia siguiente a todos los cuerpos que habían tomado parte en el tiroteo, a excepción del batallon Libertad, y reconvino privadamente a los jefes de ellos, por no haber alcanzado su autoridad a evitar tan vergonzoso escandalo En cuanto a aquel batallon, cuyo jefe se habia tan ridiculamente señalado, su enojo fue terrible, y si lo exceptuó de la forma en que había corregido a los demás, sólo fue para someterlo a otra mas mortificante Hizo venir el batallon con su jefe a la cabeza cerca del cuartel general y al frente del mio que estaba aún formado en el punto en que había pasado la noche y de otra porcion de gente, le dirigió una furibunda reprensión Entre otras cosas recuerdo que le dijo en aquel estilo sarcastico que tenia "hemos puesto en consternación al pueblo, y dado lugar a que el enemigo se ría a carcajadas de nosotros, y usted, comandante, ha mandado pedir municiones como si hubiese ganado una batalla" El pobre comandante trato de defenderse, pero el general no le permitió que hablara una palabra le hizo sufrir una verdadera degradación

Una hora después, me llamó el general para que le acompañase a reconocer una casa en que quería establecer un cantón avanzado, y preguntandome, que me habia parecido lo que acababa de presenciar, continuó sin darme lugar a responderle "he sido demasiado severo, lo conozco, ¿pero qué quiere usted?

tengo necesidad de establecer la subordinación y la disciplina, y no puedo valerme de otros medios" Hasta cierto punto tenía razon

El ejercito se componia en su mayor parte de ciudadanos de todas las clases de la sociedad hombres de letras, ricos propietarios comerciantes, artesanos, jornaleros, todos estaban confundidos bajo el mismo uniforme, y habian sido reunidos de improviso por el solo interés de salvar la independencia de la patria Con un personal semejante no hubiera sido posible la aplicación rigurosa de nuestras leyes militares Pero aunque esto era evidente, no veia yo la necesidad de deprimir a los hombres, y de ajar la dignidad de sus empleos para obtener de ellos el respeto debido a la autoridad Los códigos militares de todas las naciones que todos se parecen, exigen del oficial y del soldado, obediencia pasiva a sus superiores en todo lo relativo al servicio, respeto profundo del soldado al cabo, del cabo al sargento y sucesivamente hasta el capitan general, pero no hay en ellos una sola palabra que autorice a confundir este profundo respeto y aquella obediencia pasiva en el servicio con la humillación del esclavo Al contrario, prescriben cuanto es conducente a ennoblecer el soldado y a infundir en su ánimo un espiritu elevado y digno

El general Paz era digno discipulo del general Belgrano Habia adquirido de este todos los defectos característicos que el mismo le ha criticado en sus memorias póstumas, asi como creo que habia adquirido también sus virtudes No sabia reprender a un oficial sin herir su amor propio o lastimar su delicadeza se servía en estos casos comúnmente de palabras duras, y muchas veces injuriosas Se mostraba desconfiado del pundonor de todos sus subordinados, y estaba

siempre dispuesto a concebir sospechas vergonzosas de su valor o de su integridad

Era en extremo sensible a la adulación y daba un lugar preferente en su estimación a los que lisonjeaban esta debilidad de su alma sobre todo los que eran verdaderamente acreedores a ella por su mérito o virtudes, y estos defectos oscurecian las relevantes prendas que en otros respectos le adornaban

Nuestras avanzadas de caballeria se retiraron el 22 sin que hubiese ocurrido ninguna novedad durante el día Un poco despues de haber anochecido, salieron los escuchas y todos los cuerpos del ejército ocuparon sus puestos de costumbre La escucha del centro la daba siempre un piquete bastante numeroso del batallón Extramuros Yo fui puntual en asistir con mi batallon al puesto que me estaba designado, a inmediación del cuartel general, al cual debia concurrir también el batallón de extramuros, que como creo haberlo indicado ya, formaba todas las noches con el mio una columna de reserva a las ordenes del coronel Guerra Aquella noche no asistió dicho batallón a la hora acostumbrada, lo que me hizo pensar que el general le habria dado otro destino, cosa que no poco me desagrado, pues con el coronel Guerra siempre nos entreteníamos en conversaciones que algo atenuaban el fastidio de nuestras largas vigilias Pero no tardé mucho en saber, que no era ese el motivo de su ausencia

Eran las once de la noche, cuando un ayudante del general vino a darme la orden de hacer cargar las armas, y de estar pronto para moverme Pregunte al ayudante lo que había, pues por la parte exterior de la linea no se notaba ningún sintoma aparente de peligro, y me dijo que el batallón Extramuros estaba

sublevado y se negaba a venir a ocupar su posicion Un sargento encabezaba el motin No sé de qué me dios se valio el general para reducirlo a la obedien cia sólo sé que entró en capitulaciones con el cau dillo que éste se había elegido, y que al cabo de una media hora o poco más, todo quedó aparentemente arreglado

Muy luego se verá lo que significaba este motin, que en el concepto de algunos hubiera debido casti garse con toda la severidad de la ordenanza militar, por las circunstancias en que se verifico, y que sin embargo quedo impune porque así lo juzgo conve niente el general

No habian pasado dos horas de esta ocurrencia, cuando empezaron a sentirse algunos tiros de fusil fuera de la linea pero tan cerca de ella que las balas pasaban con bastante fuerza sobre nosotros A esta novedad todo el ejército se puso en pie aunque en el mayor silencio, y sin que a nadie le ocurriera como en la noche pasada, disparar a la ventura, pues aún estaba fresca la memoria de las reconvenciones que los cuerpos habian sufrido con aquel motivo El general me mandó llamar y me llevo a la bateria que enfilaba la calle del Carmen del Cordon, la cual estaba casi a la puerta del cuartel general, y cuando estu vimos sobre la explanada por donde pasaban muchas balas me dijo "le he traido a usted aqui para que juzgue de este fuego obsérvelo usted y aviseme su opinión", dicho lo cual, se volvió a su alojamiento A decir verdad no era muy claro el concepto del general, pero comprendi que queria obtener un calculo aproximado del numero de fusiles que hacian fuego, y a eso contraje mi observación Los tiros partian de varias azoteas alrededor de la plaza llamada vulgar-

mente de Artola, por haber en ella un edificio considerable de la propiedad de un vasco de ese nombre, y a mi juicio eran 30 ó 40 fusiles los que los proyectaban

Permanecí en la batería como unos veinte minutos, durante los cuales tuve ocasion de reírme de la impresion que hacía el silbido de las balas que pasaban sobre nosotros, (que no eran pocas) en algunos de los artilleros de ella, los cuales, como se sabe, eran gallegos que jamás las habian visto más gordas, y de la severidad con que queria obligarlos a mantenerse en pie y sin cabezar su comandante don Valentin Cardoso, hombre ya vejancón que tampoco había sido nunca militar, pero que ostentaba en aquel momento un aire de consumado veterano

"No hay que agacharse" — decia éste parándose sobre la explanada — a dos o tres de aquellos pobres milicianos que se encorvaban hasta el suelo, cada vez que pasaba cerca alguna bala, "al primero que lo haga, le he de poner de centinela sobre la cresta del parapeto", mas como el miedo nada respeta, aquellos seguian haciendo sus guiñadas, mientras Cardoso repetia vanamente sus amenazas

Pase luego a ver al general para darle cuenta del resultado de mis observaciones, como me las había prevenido, y despues de haber oído mi informe con aparente atención, me dirigio algunas preguntas relativas a mi batallón "¿Qué tal esta su tropa? ¿Tiene buen espiritu? ¿Está usted seguro de su lealtad?"

Parecieronme un poco extrañas, o al menos inoportunas estas interrogaciones, pero ninguna sospecha me infundieron Satisfice en aquel momento a todas ellas en los términos que creí debia hacerlo, y, asegurándole que mis soldados estaban animados de ex

celentes disposiciones, y que tanto por eso como por haber sido educados en los preceptos de una severa disciplina, podia tener plena confianza en ellos. El manifestó ser tal su persuasión, agregó algunas palabras relativas a otros objetos, y me dio permiso para retirarme, lo que verifiqué yendo a reunirme a mi batallón.

Al día siguiente muy temprano, se supo en el ejército que la escucha del centro que pertenecia al batallón Extramuros y constaba en su totalidad de vascos españoles, se habia pasado al enemigo, y que era ella la que nos habia tiroteado, y el conocimiento de este suceso, unido el del motín de aquel cuerpo, acaecido en la misma noche, me dieron la explicación del pequeño interrogatorio a que el general me habia sujetado. Comprendi desde luego que la defección del escucha de que él tuvo noticia en el acto, sucediendo tan de cerca al motín mencionado, debió suscitar en su ánimo dudas mortificantes sobre la fidelidad de los demás cuerpos, y que esto le movió a llamarme a mi y tal vez a algunos otros jefes para que con el pretexto de *juzgar del fuego*, tuviesemos ocasion de manifestarle el grado de confianza que poniamos en nuestros respectivos cuerpos.

Poco después de haberse hecho por el telégrafo la señal de descanso, recibí orden de formar mi batallon y de ir con él a presentarme al cuartel general, lo que verifiqué inmediatamente.

El general salió de su alojamiento asi que me vio llegar, y habiéndome mandado que le siguiese, se dirigió al cuartel del batallón Extramuros en cuyo patio se introdujo por la habitación de un oficial que tenia puerta a la calle, yo entré tambien detras de el, seguido de mi batallon.

Las armas de Extramuros estaban en pabellones en medio del patio y casi todos los soldados habían salido del cuartel pues se había ordenado expresamente que se les diese puerta franca

Cuando estuvimos al pie de los pabellones, el general me mando hacer alto y con algunos hombres que había preparado de antemano hizo recoger todas las armas

Acto continuo salio dandome las ordenes de volver a mi cuartel

Como el general esperaba que el ejército enemigo nos estrecharia cuanto pudiese y temia que se sirviese de las casas del Cordon como lo habian hecho los vascos desertores, para hostilizarnos de cerca en las noches, determinó privarles de este recurso que en el caso indicado podia serle muy util, y al efecto el mismo dia 23 después de hecha la descubierta y establecido el servicio exterior mandó salir al batallón Nº 3 con las herramientas necesarias para demoler los pretiles de todas las que estaban inmediatas a la linea, y cualquiera otra obra que pudiese servirle de abrigo o de defensa Ya antes se habia demolido el cementerio inglés y se habían cortado algunos arboles que obstruian nuestro frente hacia el centro de la línea Pero como el trabajo que habia que hacer era bastante y no era posible que un solo batallon lo terminase en un dia como lo deseaba el general, dióseme a mi tambien algo más tarde la orden de salir con mi batallon a ayudar al Nº 3

Distribuida la fuerza de los dos cuerpos en piquetes, a cargo de oficiales subalternos, en todas las casas cuyos pretiles convenia arruinar, la operacion se efectuó con mucha rapidez Algunos daños innecesarios se causaron, tales como la destruccion de un ele-

vadísimo mirador cuya falta lamentamos despues por que nos hubiese podido servir de vigia, y el incendio de una tienda y de varias casas de madera que se hubiesen podido remover sin necesidad de aniquilarlas, pero ya es sabido que en casos semejantes la mayor previsión no alcanza a evitar ciertos inconvenientes

Cuando el trabajo principal estuvo terminado a eso de las once del dia recibimos orden de retirarnos en consecuencia replegamos nuestros piquetes, y formamos los batallones en columna, en la calle principal del Cordón, frente mismo a la casa del señor Vidal El Nº 3 tenia la cabeza

Mientras se estaban organizando las compañias un oficial me había hecho notar que en el fondo de la calle como a 800 pasos, hacia la campaña y bajo el ramaje de un gran ombú, habian algunos hombres a pie, que a la distancia parecian vascos Yo trasmiti al comandante Organ la observacion del oficial pero ni él ni yo hicimos alto en ella Dimos media vuelta, y ya íbamos a romper la marcha en retirada, cuando de aquel mismo grupo que habíamos observado, se nos dirigió un cañonazo, cuya bala pasó felizmente un poco elevada sobre la columna sin causarnos el menor daño Inmediatamente desfilamos por hileras, siguiendo la marcha por uno de los costados de la calle a fin de no presentar tanto objeto al cañón enemigo, y apenas concluida la evolución y en el momento mismo en que yo habia hecho por hileras a la izquierda para salir de la calle y entrar en un terreno abierto en que debíamos quedar al abrigo de todo, — una segunda bala, algo mejor dirigida que la anterior aunque con igual resultado, vino a picar a dos pasos a vanguardia del punto en que mi batallon

había variado Al primer tiro, los dos cuerpos guardaron silencio, pero al segundo, el Nº 3 prorrumpio espontaneamente en vivas prolongadas, o más bien en una grande algazara, lo que en mi concepto hacía poco favor a su disciplina La batería de nuestra línea que enfilaba aquella calle, que se denominaba *25 de Mayo* hizo un disparo con una pieza de a 24, el cual bastó para que los enemigos se ocultasen y se retirasen enseguida

Estos tenían sin duda desde temprano, alguna fuerza emboscada cerca del sitio en que se nos presentaron y al ver los dos batallones nuestros tan incauta mente formados en medio de la calle, trataron como era natural de aprovechar la ocasión de hacernos daño impunemente, y avanzaron una pieza de a 12, que colocaron a brazo tres de los cinco o seis hombres que estaban al lado del ombu, y cuyo objeto había sido el de ocultar la operacion El golpe era seguro y sólo pudo salvarnos el malisimo ojo del artillero que apuntó el cañón

El general había presenciado toda esta escena des de la azotea del telégrafo, y aunque por orden suya habíamos suspendido el trabajo, ordenó que volviésemos inmediatamente a continuarlo, queriendo sin duda manifestar al enemigo, con esta resolucion que su presencia no era un obstáculo para que desempeñásemos nuestro encargo

Volvimos, pues, al punto de que acabábamos de retirarnos, dejamos una compañia de cada batallón de reserva, y distribuimos los demás en la misma for ma en que lo habíamos hecho antes Tres o cuatro horas despues regresamos a la linea, sin ninguna novedad

Poco antes de la oración se retiraron las avanzadas y algo mas tarde se distribuyeron las escuchas saliendo por el centro como de costumbre una compañía de Extramuros Esto causó no poca extrañeza en el ejercito pues habiendose hecho tan sospechoso dicho batallón, por las circunstancias antes referidas, parecía natural excluirlo de un servicio para el que se requeria tropa de mucha confianza Sin embargo, al obrar de esta manera, el general se creyó justificado por las consideraciones que voy a indicar

En su concepto, el batallon Extramuros dentro de la plaza, era un peligro para la seguridad de la defensa, o cuando menos un motivo de continua inquietud, consideraba que era imprudente reprimir su espíritu turbulento y sedicioso con medidas de rigor, pues ademas de no ēstar seguro de ser sostenido en su autoridad por los otros cuerpos del ejército, que eran en su mayor parte de milicias e igualmente indisciplinados, podía con tal motivo suscitarse algún conflicto, del que el enemigo se aprovechase para atacarnos y vencernos En consecuencia, juzgo ser lo más acertado, tomar un temperamento medio que conciliase ambos inconvenientes, y en este concepto después de haberse pasado la primera escucha, dispuso que el batallón siguiese dando diariamente el mismo servicio, *para que así tuviesen ocasión* de irse todos los que no fuesen leales a nuestra causa

No me aventuraré a expresar un juicio sobre esta determinación del general pues cualquiera que sea la impresion que ella me dejó no debo olvidar que la justa apreciacion de los actos del que tiene sobre sí la inmensa responsabilidad del mando de un ejército, en momentos tan solemnes como aquellos en que entonces nos encontrabamos es sumamente difícil para

el que los observa desde una posición subalterna Diré solamente que ella produjo funestos resultados, pues proporciono al ejercito enemigo la adquisición de un refuerzo de más de trescientos soldados sumamente útiles y a nosotros unos adversarios activos e infatigables que nos hicieron durante nueve años una guerra encarnizada y terrible

Eran estos vascos, hombres muy aptos para la guerra de partidas, no solo por la agilidad y robustez que caracteriza su raza, sino por haberse ejercitado en ella en España durante la lucha de don Carlos, habiendo unos servido en las filas de este príncipe, y otros bajo las banderas reales Por su traicion a la plaza quedaron más que ningunos otros ligados a la causa del sitiador, y por tanto por esta razón, como por haber sido lisonjeados con esperanzas de premios y recompensas, mostraron en todas ocasiones un celo infatigable por el triunfo de aquella Oribe por su parte supo sacar partido de estas disposiciones los empleo siempre en las empresas de mayor riesgo, como emboscadas ataques por sorpresa, etc logrando asi economizar sus soldados veteranos para lances más solemnes o decisivos Pero no nos anticipemos

Como era de esperarse, dos horas después de haber salido las escuchas, recibió parte el general de haberse pasado la del centro, es decir, la de extramuros, quedando por esta parte nuestro frente vigilado tan solo, por un piquete de catorce o veinte hombres, que en previsión de lo ocurrido, el general habia destinado bajo el mando del teniente de mi batallon don Agustín Silveyra

Pero esta vez no tuvimos el tiroteo de la noche anterior los desertores se fueron en silencio y aprovecharon para verificarlo, un momento en que la

partida de Silveyra patrullaba en dirección contraria a la de ellos

Para no volver a hacer mención del batallón Extra muros, sino bajo el concepto honroso que mas adelante supo adquirirse, diré que todos los piquetes de él que se destinaron en las noches siguientes al servicio exterior, siguieron la huella de los primeros, dejando así cumplidamente satisfecha la mira privada del general

Desde el día 24, el general se ocupó de organizar varios piquetes compuestos de hombres de todos los batallones, para que hiciesen permanentemente el servicio de escuchas, y todos ellos incluso el ya nombrado del teniente Silveyra, fueron puestos bajo las ordenes del capitán don N Clemente, quien desempeño por algún tiempo esta comision con vigilancia y actividad

El 28 hubo una escaramuza en el terreno de las Tres Cruces, entre una fuerza nuestra de caballeria y otra mandada por el general don Angel Nuñez, de quien ya he hablado

Este suceso dio ocasión a los enemigos para acreditar una vez más su fiereza sanguinaria *Castraron* el cadaver de un soldado nuestro que quedó en poder de ellos, y enseguida lo trajeron a un sitio que debia ser ocupado más tarde por nuestras avanzadas, y allí lo dejaron para que pudiese ser contemplado, como sucedió, por todos sus compañeros Algunos días después publicaron un boletín en el que aseguraron, que el cuerpo de aquel infeliz, había sido mutilado por nuestros mismos soldados y por orden expresa del general Paz, de cuya última circunstancia derivaron el nombre de *Manco castrador*, que aplicaron a éste y con que en adelante le designaron

Así era Rosas todos los crímenes cometidos por él o por sus secuaces, eran siempre atribuidos a sus enemigos, por más notoria que fuese la impostura y su perseverancia en este inicuo sistema, tuvo un éxito admirable, pues no sólo consiguió privar con ella de muchas simpatías a la causa de la libertad, sino que llegó hasta hacer dudar en el exterior, de su ominosa tiranía

En todo el mes de febrero que terminó con aquella escaramuza Oribe no había emprendido como se ha visto, ningun reconocimiento, no había hecho ninguna demostracion seria sobre la plaza, al paso, que, nosotros habíamos aprovechado el tiempo, aumentando o mejorando nuestro sistema de defensa Los claros que existían en el parapeto a la llegada del ejército sitiador, se habían cerrado, el foso se había profundizado, la artillería de campaña que teníamos en algunas baterías, había sido sustituida por artillería de calibre, habiéndose, además, aumentado el número de piezas que había en posición La instruccion de nuestras tropas había continuado La moral de la poblacion y del ejército se había robustecido en proporcion que el prestigio del enemigo se había debilitado por su inacción A los medios secundarios de defensa se habían añadido algunos otros Dos líneas de faroles se habían colocado sobre piquetes de cuatro pies de altura por delante de la estacada, los cuales se encendían todas las tardes desde que el sol se perdía en el horizonte y formaban una zona de luz que ponía a los defensores del parapeto, aún en las noches más oscuras, al abrigo de una sorpresa Se había fortificado y guarnecido una casa situada a cien pasos del centro de la línea, llamada desde entonces *Cantón de Olloniego* por el nombre de su

propietario, para que sirviera como de obra avanzada de la fortificacion principal, y para decirlo todo de una vez, nada se había descuidado de cuanto podía contribuir a dar fuerza y seguridad a nuestra posicion

Después de la batalla del Arroyo Grande, Oribe había violado aquella maxima militar tan provechosa, que aconseja, "no dejar para mañana lo que se puede hacer hoy" y la consecuencia inmediata de esa violacion fue, que en vez de una poblacion que hubiese debido encontrar indefensa y aterrada por la fuerza de aquel desastre, hallo una nación ya reanimada y resuelta a recibirle Cuando llegó al Cerrito de la Victoria reincidio en aquella falta, y experimento como era natural las mismas consecuencias Si cuatro o seis dias después de haber explorado la plaza, la hubiese atacado mi opinión es que se habria apoderado de ella sin gran esfuerzo, pues como se ha visto ya, no estabamos organizados para una defensa eficaz, pero el hombre se persuadio que, estando bloqueados por tierra y amenazados de serlo por mar, no tardariamos muchos días en deponer las armas, propoicionándole así un triunfo completo sin ningun sacrificio de su parte, y en esta expectativa tuvo que pasar vanamente nueve años

---

CAPITULO V

Continua la desercion — El batallon de Matricula se retira de la linea casi deshecho — Dos escuadrones de caballeria de Extramuros son desmontados y refundidos en el batallon del mismo nombre — Reflexiones — Cañoneo nocturno efecto que produce — Escaramuzas en la linea y en el Cerro — Combate del Cristo — Conspiracion Alderete — Intimacion del bloqueo del Puerto

A pesar de las circunstancias favorables que he mencionado, en los primeros dias del mes de marzo, habia empezado a aquejar un mal que amenazaba ser de grande trascendencia

La deserción iniciada en el batallon Extramuros habia cundido de un modo alarmante a todos los demas cuerpos urbanos

La Legion Argentina el batallón Unión y la Brigada de Guardia Nacional, perdieron mucha gente cada dia se iban diez, veinte y hasta treinta hombres

El batallon de Matricula de tan numeroso que era habia quedado reducido a menos de cien plazas, de modo que el general se vio obligado a retirarlo de la linea y destinarlo a un servicio menos activo en la Policia del Puerto

Dos escuadrones de la caballería de extramuros, al mando del Teniente Coronel de milicias don Francisco Tajes por igual razón fueron también desmontados y refundidos en el cuadro del batallon de su misma denominacion, constituyendo sin embargo, ambos restos, un cuerpo todavía respetable por su fuerza, y más adelante, por su brillante comportación

Los batallones de línea eran los unicos que se mantenían exentos del mal general, merced a la buena disciplina que había logrado establecerse en ellos

Pero la causa que impulsaba a nuestros milicianos a tan cobarde abandono de sus deberes, no era su decisión por la bandera del partido que Oribe había enarbolado y con la que pretendía disimular su traidora misión de esclavizar la patria No, porque la mayor parte de los hombres que desertaban de nuestras filas lo hacían para abandonar el país el Rio Grande, Santa Catalina y otros pueblos del Brasil, fueron por ese tiempo los receptaculos de nuestra numerosa emigración, y los que se pasaban al enemigo eran muy pocos relativamente Otra era la causa que producía la deserción

Montevideo se hallaba en aquellos momentos supremos, abandonado a sus solos medios no se divisaba ni aun en lejana perspectiva la menor esperanza de socorro, y era creencia común en la poblacion y aun en el ejército que si bien podríamos resistir uno o dos meses, al fin tendríamos que ceder si no a las fuerzas de las armas, por la influencia del hambre y de las privaciones

Muchos ciudadanos de las clases acomodadas de la sociedad, que pertenecian como soldados a la Guardia Nacional o a otros cuerpos de milicias, juzgaban que era un sacrificio superior a las fuerzas humanas el exponer la vida en tal situación, y sin atender mas que al grito de su egoísmo personal, que les aconsejaba conservarse para sus familias, fugaban del ejército y de la capital, olvidando la patria sus deberes y su honor

El ejemplo de estos arrastraba como era natural, a otros ciudadanos de la clase inferior, los cuales sin

criterio suficiente para hacer por sí mismos apreciación exacta de las cosas, obraban por mera imitación; y de este modo la desmoralizacion se iba haciendo general

Contribuía también a causarnos este daño, la circunstancia de no haber hecho Oribe desde su llegada al Cerrito ningun movimiento ofensivo contra la plaza, dando así lugar a que nuestros soldados pudiesen ocupar sus ánimos con aquellas ideas perniciosas, pues ya se sabe que en una plaza sitiada, esta es una consecuencia fatal de la inacción

Por fortuna nuestra, estos síntomas disolventes fueron de corta duración

El mismo general Oribe, a quien tanto favorecian, se encargo de hacerles desaparecer, siendo esta la tercera vez que nos salvábamos por efecto de sus errores, como si el destino hubiese querido castigar su traición, convirtiéndolo en instrumento de libertad del mismo pueblo que tenía la mision de esclavizar

Pudo tomar a Montevideo ocho días despues de la jornada del Arroyo Grande, si desde el campo de batalla hubiese destacado una columna de dos mil hombres de caballería a recibirse de la ciudad, como se lo aconsejaba la maxima militar que ya he citado, y de la cual depende casi siempre el fruto de las victorias, y no lo hizo

Pudo tomar a Montevideo cuatro o cinco días después de haber acampado en el Cerrito si hubiese atacado la débil trinchera que lo defendia, aunque, hubiese sido a la luz del Sol, y tampoco lo hizo

Pudo finalmente tomar a Montevideo dos meses despues de haber embestido la Plaza, si hubiese perseverado todo este tiempo en el sistema inactivo observado en los pocos días corridos desde el 16 de

febrero hasta principios de marzo, pues la deserción que como se acaba de ver, había empezado a dejar grandes claros en nuestras filas a despecho de las mas severas medidas tomadas para contenerla, hubiera acabado por inutilizarnos para toda especie de resistencia, y no solo no lo hizo, sino que como ya lo he indicado se apresuró a extirpar el cancer que debia devorarnos, acudiendo con el único remedio que podia darnos vida

Nuestra salud dependía de la accion, y he aqui cómo Oribe se encargó de restablecerla

Desde los primeros dias de marzo, es decir, cuando la desercion hacia mas estragos, sus tropas empezaron a ponerse en actividad, no para ejecutar ataques serios contra las fortificaciones de la plaza, sino para empeñar con nuestras descubiertas y avanzadas, combates parciales más o menos considerables, en diversos puntos de nuestro frente

Estos combates eran diarios, y si bien nuestros reclutas tuvieron que perder terreno en los primeros, hiciéronse en breve aguerridos, e hicieron arrepentir a sus contrarios de haberlos aleccionado

El espíritu guerrero que inspira el anhelo de los peligros y las ocasiones de distinguirse, empezó a desplegarse en el ejercito con tanta rapidez y generalidad, que muy en breve se hizo común a los oficiales y soldados y desde entonces las sugestiones del temor o del egoismo, no tuvieron acceso en nuestras filas, salvo pequeñas excepciones, y el valor y la constancia fueron atributos inseparables de los defensores de Montevideo

Pero ya es tiempo de volver a los hechos

En los días primero y dos, tuvieron lugar algunas guerrillas a vanguardia del centro de la linea sobre el

terreno llamado de las *Tres Cruces*, en los cuales sólo tomaron parte nuestras pequeñas fuerzas de caballería apoyadas por algunas compañías de infantería, siendo dirigida por los tenientes coroneles de aquella arma don Marcelino Sosa y don Francisco Tajes, jefes ambos de distinguida reputación

El enemigo tuvo el primer día dos hombres muertos, sin que por nuestra parte hubiese ocurrido incidente ninguno desgraciado

En la noche del mismo día, algunas partidas se acercaron a nuestros escuchas, y dispararon algunos tiros, más con la mira de alarmar la población, que con las de causarnos ningún daño

La descubierta del 3 se verificó sin novedad se establecieron los puestos avanzados y nuestra caballería forrajeo tranquilamente sin haber sido molestada en toda la mañana, pero a las 5 de la tarde, una gruesa columna compuesta de las tres armas, descendio por el camino de la Figurita [(a)] hacia nuestra izquierda, con aparente resolución de venir a emprender alguna acción seria

Descubierta esta fuerza por los vigías del telégrafo, el encargado de éste, envio inmediatamente aviso al general en jefe, de su aparición, consultandole, al mismo tiempo, si debia hacer, o no, la señal de alarma

El general se hallaba en esos momentos ausente de su cuartel, recorriendo el costado izquierdo de la línea, y el ayudante del telégrafo tuvo que ir a buscarlo donde estuviese

Como mi batallon se hallaba alojado en la misma casa del telegrafo, estaba yo siempre al corriente de

(a) Antiguo edificio situado a la orilla de uno de los caminos que conducen del Cerrito a la ciudad (Nota del autor)

todas las observaciones que se hacían, y con arreglo a ellas tomaba con tiempo mis medidas para que el general no me encontrase nunca desprevenido, así es que apenas me avisaron de la presencia de aquella fuerza, mande que las compañias formasen en sus respectivas cuadras, y se mantuviesen sobre las armas hasta nueva orden

Salí enseguida a la puerta del cuartel, y vi que el general venía a gran galope

Cuando estuvo como a treinta pasos de la casa, grito con toda la fuerza de sus pulmones, dirigiendo la vista hacia el comandante Lista que estaba en la azotea "Ponga la señal de alarma hoy si, ayer no" [a] Y percibiendome cerca de la puerta al tiempo de desmontarse, "comandante, me dijo ¿está pronto su batallón?' — Si señor, respondí Y sin detenerse ni proferir una palabra mas, subió rapidamente la escalera

Poco después se oyó la detonación de una pieza de artillería, la batería *Cagancha* había hecho un disparo sobre la calle principal de la Aguada, en la que una parte de la columna enemiga se había introducido, obligando a nuestras avanzadas a replegarse sobre la linea

Al mismo tiempo el telégrafo señalaba otra columna avanzando contra nuestro centro, al abrigo de las casas y cercos, de la población del Cordon

(a) El día antes, habiéndose visto mover del campo enemigo una fuerte columna en dirección a la plaza Lista sin previa consulta hizo por sí mismo la señal de alarma y el general lo reprendió severamente por esta determinación atribuyendo a temor lo que era efecto de puro celo Ahora el general le reprochaba también el haberlo consultado en circunstancias idénticas como lo indicaban las palabras que dejo mencionadas y más que todo el tono con que fueron proferidas de modo que el pobre no sabía a qué carta quedarse como suele decirse (Nota del autor)

Las dos columnas hicieron alto a poca distancia de nuestra linea de defensa, y en sus respectivas posiciones se mantuvieron ocultas hasta las ocho de la noche

A esta hora la columna de la izquierda, que habia colocado una bateria a inmediaciones de la capilla de la Aguada, rompio el fuego sobre la plaza, lanzando contra ella algunas balas y cohetes incendiarios, mientras que la columna del centro llamaba nuestra atencion por esta parte de nuestro frente, con algunos tiros de fusil

Nuestra artilleria no contesto el fuego, porque había recibido orden de no tirar sino a corta distancia, y este caso no llego

Con mayor razon no pudo hacerlo tampoco la infanteria Al cabo de media hora ceso el fuego y todo volvio a quedar tranquilo

Los enemigos se retiraron a su campo del Cerrito acto continuo, como si no hubieran tenido otro objeto en su movimiento, que el de afligir a las familias con la perspectiva de un asalto

Sus balas y cohetes a la congreve no nos hicieron ningun daño en cuanto a muertos o heridos, pero no dejaron de hacer efecto en la moral de nuestros reclutas milicianos

Mas de cien hombres de la Guardia Nacional y de los demas batallones urbanos, abandonaron las filas a los primeros cañonazos, y se fueron a la ciudad, dejando muchos de ellos sus armas tiradas en el transito, y aunque algunos volvieron al dia siguiente a presentarse a sus cuerpos, procurando cohonestar su deserción del peligro con diversos pretextos, otros se quedaron escondidos en el pueblo, y en la primera oportunidad se ausentaron del pais

Por esto se comprenderá cuan fundada es la opinión que he vertido en otro lugar, acerca de la probabilidad que yo veia de que la plaza cayese en poder del sitiador, siendo atacada a viva fuerza en los primeros dias del asedio

En lo sucesivo, la caballería tuvo orden de patrullar todas las noches el terreno de nuestra retaguardia, y de arrestar a todo individuo de tropa que se encontrase a doscientos pasos de la trinchera, especialmente en los casos en que hubiera algun recelo de ataque exterior

El dia 1º del mes, por una disposición del gobierno, formulada por un edicto de policía, se habia mandado salir de la plaza algunas familias pertenecientes a jefes y oficiales orientales que estaban al servicio del ejercito enemigo, en razón que algunas de ellas, habían sido descubiertas como agentes del general Oribe, en varias conspiraciones intentadas

La expulsion de estas familias se había verificado en la mañana del dia en que tuvo lugar el falso ataque que acabo de referir, y como este no pudo ser explicado por ninguna razón militar, atendida su insignificancia y su modo de ejecución, se creyo generalmente, que no había tenido otro fin, que el de manifestar el enojo del general sitiador por la medida enunciada

Si esta opinion no era exacta, era al menos la más fundada, pues el susodicho movimiento, de cualquier modo podia considerarse, excepto como una operación de guerra

Las escaramuzas continuaron el los días subsiguientes con éxito vario, y sin que las pérdidas excediesen de uno o dos heridos, o uno o dos muertos.

En ellos obraban casi siempre los tiradores de caballería, apoyados cuando mas por algunos piquetes de infantería, porque tambien sólo era tropa de aquella arma, la que por parte del enemigo se presentaba, y eso a mucha distancia de nuestra posicion

La primera vez que nuestra infantería se ensayó puede decirse, con la del enemigo, fue en la mañana del 10, dia en que nuestros soldados de línea acreditaron una disciplina y serenidad propias de consumados veteranos, y en que la poblacion de Montevideo vio con satisfacción justificada la confianza que había cifrado en ellos

Debo advertir aquí que el sistema de descubiertas había sufrido una pequeña modificacion

Al principio salian a descubrir, como ya lo he indicado, un batallon por el centro y otro por cada una de las altas, los cuales inmediatamente despues de hecho el servicio sin novedad, volvían a la plaza, saliendo entonces la caballería con el jefe que hubiese sido nombrado de linea, [a] a proveer los puestos avanzados, pero despues dispuso el general que en lugar de un batallon, saliesen dos por el centro, y que ni éstos ni los de los costados pudiesen retirarse, caso de no haber novedad, hasta que una señal del telégrafo nos indicase el momento oportuno de hacerlo

Desde entonces también una partida de caballería

(a) Llamábase *jefe de línea* el que mandaba durante el día los puestos avanzados En los primeros meses de asedio, se nombraron tres, uno para el centro y otros para cada una de las alas no sólo por la mucha extension de la línea sino por la dificultad de comunicacion de unos puntos con otros pero más adelante, cuando el servicio se regularizó que nuestros oficiales se hicieron prácticos del terreno y que la infantería reemplazo en él a la caballería quedando esta de simple auxiliar de aquella no se nombraba más que un jefe que mandaba toda la línea exterior (Nota del autor)

precedia a la infanteria, en cada uno de los tres pun tos de salida

Hicieron como he dicho pues la salida ordinaria por el céntro el expresado dia 10, los batallones 4º y 6º bajo el mando en jefe del coronel San Vicente, (b) comandante de este ultimo, y despues de haber reconocido el terreno del frente hasta la distancia acostumbrada, se situaron a la altura del Cristo para es perar la señal de retirada, ocupando el 4º la calle principal del Cordon y el 6º la calle adyacente a su izquierda

Hasta las seis de la mañana, todo parecía indicar que nuestro servicio terminaria sin novedad pues ni el telegrafo habia indicado fuerzas ningunas del enemigo en movimiento, ni nuestros exploradores de caballeria habian descubierto sino pequeñas partidas de su arma, con las que habian cambiado algunos tiros, pero algo mas tarde vario completamente el aspecto silencioso y tranquilo del dia

Serian las 7 de la mañana, cuando se descubrieron tres fuertes batallones marchando en direccion al punto que ocupabamos, y ya muy proximos a el

Nuestra pequeña vanguardia se replego sobre no sotros, y recibio orden de entrar a la plaza, por ser inutil su presencia en aquel terreno en que solo podia obrar la infanteria

El coronel San Vicente que se hallaba a la sazon conmigo se trasladó al mismo tiempo a la calle del Carmen, y yo quedé solo en la calle principal

Los enemigos que avanzaban a paso de trote, estuvieron en breve sobre nosotros

---

(b) El 4º tenía accidentalmente tres compañías tan sólo pues las dos restantes habían sido destinadas el día antes a una operacion en el Cerro (Nota del autor)

El fuego se empeño inmediatamente y fue sostenido por ambas partes durante hora y media por lo menos

Yo me mantuve como diez minutos a pie firme en mi posicion del Cristo, y con arreglo a las órdenes que habia recibido me retiré enseguida hasta la plazoleta de la capilla del Cordón donde hice alto para no retroceder más

La retirada se verificó a paso regular, haciendo fuego, perdiendo terreno y en el mas perfecto orden Una compañia desplegada en guerrilla sostenia el combate mientras las otras marchaban de flanco por uno de los costados de la calle con el arma al brazo y a veinte pasos del ala de guerrilla

Aunque la distancia que tuvimos que andar en retirada fue de mas de cuatrocientos pasos, siempre bajo un fuego nutrido y destructor, los soldados del 4º conservaron en toda ella el mismo despejo y serenidad que hubieran podido ostentar los mas aguerridos veteranos

Mandaba la compañia de guerrilla, el capitan don Justo Zamudio, cuya conducta en aquel día, fue digna de especial mención

Cuando hice alto en la plazuela de la capilla del Cordon los enemigos se detuvieron tambien en la plaza llamada de Artola, hicieron parapetar sus cazadores en los cercos de pitas de las quintas contiguas y en otros lugares a proposito, y continuaron el fuego, hasta que la artilleria de nuestra fortificación, mediante uno o dos disparos que tuvo ocasión de hacer con una pieza de a 24, le hizo cesar

El enemigo se retiró poco después y yo volví a avanzar con mi batallon, por orden del general, a la plaza de Artola, en la que permaneci hasta las 3 de la tarde que volvi a la línea

La pérdida que sufrió mi batallón en este primer ensayo de armas, fue considerable, si se atiende a que sólo constaba su fuerza en el combate, de tres compañías, y a que el fuego duró poco más de una hora tuvo 24 hombres heridos, de los cuales seis o siete murieron poco despues a consecuencia de sus heridas, y otros sufrieron amputaciones que los inutilizaron para el servicio La del numero 6º no pasó de tres o cuatro heridos, y esta diferencia consistió probablemente en que la acción del enemigo fue más vigorosa contra la calle que defendia el número 4º y en que el movimiento de retirada de este batallón fue ejecutado sin precipitacion

Confesare con este motivo que como yo era entonces novicio en aquella guerra de sorpresas y emboscadas de que después tuvimos tan larga escuela, guerra cuya habilidad consiste a veces en disparar, ocultar con oportunidad la tropa y pasar con rapidez de un punto a otro ya sea avanzando ya retrocediendo sin mas regla que la de hacer daño al contrario evitando en lo posible el propio, toda mi atencion se contrajo a que la mía conservase rigurosamente el orden de las filas, que hiciese un fuego vivo y bien dirigido, y no me cuidé de tomar ningun otro genero de precauciones

La pérdida del enemigo debió ser proporcionada a la nuestra, pues aunque sólo dejó en el campo, el cadáver de un individuo de tropa, se supo despues, por relacion de varios pasados, que habia llevado muchos heridos entre los cuales figuraba el teniente coronel de milicias don N Almirón, que murió en el mismo día de resulta de su herida Este era uno de los orientales que se había alistado en el ejército invasor, y el primero de los de su clase en quien se

cumplió el destino, reservado a los traidores que combaten bajo las banderas extranjeras contra la independencia de su patria

El hecho como acaba de verse, no fue, militarmente hablando, de gran importancia en sí mismo, pero si se considera que los soldados que lo habían ejecutado eran reclutas de sesenta días que los enemigos contra quienes se habían batido, tenían en su favor, ademas de la experiencia de la guerra y del habito del fuego, el inmenso prestigio que habían adquirido en sus largas y recientes campañas en las provincias argentinas, si se considera además que en la actualidad nuestro ejercito, que, como se sabe no era más que un conjunto de hombres armados sin disciplina y aun sin conocimiento [a] perfecto del modo de servirse de sus armas, cualquiera accion honrosa, por estéril que fuese en resultados materiales, debia producir un efecto moralmente bueno, si se consideran, repito, estas diversas circunstancias, no podra menos de convenirse en que aquel hecho fue un hecho importante Tal lo consideró al menos el general Paz, y asi, cuando los dos batallones regresaron a la linea, fueron sucesivamente victoriados a su entrada por el Portón Yo fui el ultimo que entré, porque como antes dije, tuve que volver a ocupar la plaza de Artola despues de haberse retirado el enemigo, donde permaneci hasta las tres de la tarde, y entonces no sólo recibi aquel honor, el de ser victoriado, sino que estando ya en mi cuartel se me presento un oficial del estado mayor con una banda de musica enviado por el general para felicitarme a mí y a los oficiales que

(a) Hago la debida excepción de los cuerpos de línea, aunque algunos de ellos no habían tenido tiempo de completar su instrucción (Nota del autor)

habían tenido parte en el combate El general me manifesto ademas personalmente su satisfaccion por la bizarra conducta del batallon

Otro de los resultados que produjo este pequeño ensayo fue de fortificar en la tropa y oficiales de mi batallon, el espiritu de cuerpo que desde los primeros dias de su organizacion se habia formado, de manera que cada soldado de los que le componian, se consideraba acreedor al respeto y estimacion de todos por la sola razon de pertenecerle Y era muy frecuente oir a los negros, en los casos en que necesitaban excitar en su favor el interes de las gentes de la ciudad, decir con mucha arrogancia "soy del numero 4º" como si este fuese un titulo a quien todos debiesen rendir homenaje El credito del batallon, que hasta entonces cifraba solamente en su buena disciplina e instruccion, adquirio pues por este hecho un nuevo y solido fundamento, y tanto el general como el ejercito y el pueblo se complacieron en lo sucesivo en reconocerlo y dilatarlo

Del mismo modo que al frente de las trincheras, habian grandes escaramuzas por la parte del Cerro

En una de ellas ocurrida el 11 al amanecer, se hicieron al enemigo algunos muertos y se tomo un prisionero Fue dirigida por el ministro de la guerra, que se hallaba accidentalmente en el Cerro, o que se habia trasladado a dicho punto en su anhelo de figurar por el mando militar y la direccion de operaciones de guerra, y la pequeña gloria que de ella pudo resultar, fue oscurecida por un acto de exagerada severidad, en el que fueron olvidados los principios de justicia y civilizacion que Montevideo representaba, y los respetos debidos a la humanidad Dando cuenta del suceso el general Pacheco y Obes al

ministro de relaciones exteriores desde el mismo campo del Cerro, empezaba su oficio en estos terminos "Pongo en conocimiento de V E que en esta madru- "gada ha sido completamente batida la fuerza ene- "miga que observaba esta fortaleza, dejando quince "muertos en el campo, muchas lanzas y algunos ca- "ballos ensillados

"Tambien cayó un prisionero que siendo *oriental,* "*sera pasado por las armas en este momento*"

Se ha visto ya que el gobierno en un decreto dictado en el ejercicio de un derecho perfecto, había conminado con pena de la vida a todos los orientales que fuesen tomados con las armas en la mano, al servicio del ejercito invasor, este decreto no autorizaba sin embargo de manera alguna al general Pacheco para ejecutar a un hombre, como lo hizo, con prescindencia absoluta de la forma del juicio

El decreto debia cumplirse y hubiera sido muy perjudicial relajarlo desde el primer caso en que podia tener aplicacion, pero esto no obstaba para que se hubiese oido al prisionero al menos en consejo verbal, instalado sobre el mismo campo de combate si se quiere, a fin de saber si había voluntariamente incurrido en la pena establecida, o si circunstancias inevitables lo habian colocado en las filas enemigas

Con este acto irregular el general Pacheco y Obes, hizo pesar sobre el gobierno de que hacia parte, una grave responsabilidad, y atrajo sobre su propio carácter la nota de arbitrario y cruel que le ha acompañado hasta el sepulcro

Mas desagradable impresión debio producir también en el ánimo del general Paz, pues que comprometia en cierto modo sus reconocidos principios de orden y legalidad y menoscababa las consideraciones

debidas a su autoridad, y si bien su disgusto no pudo hacerse publico por miramiento a la circunstancia en que se hallaba el país juzgo que debio manifestarlo energicamente al gobierno y al mismo general Pacheco y Obes

Fue en suma un hecho injustificable que causó muchos perjuicios a nuestra causa, pues los enemigos lo tomaron por pretexto para acusarnos de muchos crí menes que ni habiamos cometido ni éramos capaces de cometer

En tanto que estos combates diarios formaban el espíritu marcial de nuestros soldados y robustecían la confianza del pueblo en sus defensores, Oribe buscaba en la seduccion y la intriga, el triunfo que recelaba no poder alcanzar por medio de las armas

Había comisionado al desertor nuestro, general don Angel Nuñez, para abrir comunicaciones en la plaza con el objeto de promover una traición, y éste despues de haberse entendido con varias personas de su relación o parentesco, para que le auxiliaran en su empresa se dirigió al Teniente Coronel argentino don Leonardo Susviela, de quien había sido particular amigo, con la mira de atraerlo también a su proyecto Empezó por proponerle que se encargara de insinuarse conmigo para entrar en una combinación, mediante la cual, Oribe pudiese enseñorearse de la plaza, y le aseguró que si consentia en hacer este importante servicio, seria remunerado con gran munificencia

Susviela concibio que podia sacarse alguna ventaja de esta intriga en provecho de la defensa de Montevideo, y revistiendose de todo el disimulo de que fue capaz, afecto aceptar el encargo que se le ofrecía, y se separo de Nuñez prometiéndole volver muy pronto a darle cuenta del resultado de su comision

La entrevista tuvo lugar a bordo de un buque neutral, en el que se hallaba asilado desde algunos días el prófugo don Pedro Pablo Olave, uno de los colaboradores de Nuñez, y en el mismo buque continuó la negociación hasta su término

Susviela, lejos de venir a trasmitirme una proposicion que sabia me habia de lastimar profundamente, y de la que él mismo no se habia encargado sino en el interés de hacerla redundar en pro de nuestra causa se presento inmediatamente al gobierno y le informó de lo ocurrido

El gobierno reunido en consejo de Ministros, con asistencia del general Paz y de varios otros ciudadanos respetables, tomó en consideracion el asunto bajo el carácter de una profunda reserva, y habiendo resuelto que convenia apoderarse de la intriga y dirigirla con el fin de convertirla en daño de su mismo autor, dio instrucciones a Susviela para que la continuase

No sé cuales fueron estas instrucciones, ni cómo se ejecutaron, pero en los apuntes históricos de Wright encuentro estas palabras "y luego que fue instruido "(el gobierno) de la propuesta de Núñez, ordenó a "Susviela que pareciese aceptarla, y fue señalándole "los pasos con que debia continuar para provocar a "Oribe a que atacase la plaza

"En la correspondencia se hizo entender al sitiador, "que el Teniente Coronel Díaz con su batallón, en- "traban en la traición, que le abriría la puerta que "guardaba, inutilizaría las baterias que las defendían "y sofocaria la resistencia de los batallones inmedia- "tos que Díaz iniciaria el movimiento atacandolos, y "que a las señales que se pactaron, y a los fuegos que "debía producir este ataque, Oribe concurriria con sus

"fuerzas lo sostendría, lo protegería, lo haria vence-
"dor y se apoderaría de la plaza, fijandose la noche
"del 11 para su ejecución" [a]

Yo nada sabia de todo esto pues el gobierno conociendo la lealtad de mi caracter, y persuadido de que yo no consentiria jamas en que se hiciese uso de mi nombre para servir de base a una intriga de esa naturaleza por mas grandes y seguros resultados que ella pudiese dar a nuestra causa, habia recomendado que nada absolutamente se me comunicase

El general Paz especialmente había declarado, que si se adheria al proyecto del gobierno, era en ese concepto, pues a su juicio el pensamiento solo de iniciarme en el secreto, importaba una injuria a mi carácter, que él estaba muy distante de inferirme

En tal estado llegó la noche del 12, y yo como de regla fui desde la oración a ocupar con mi batallón el punto en que diariamente pernoctaba El batallón formado en columna, descansaba siempre sin alterar su formación, de modo que cuando ocurria alguna novedad no había mas que hacer parar la tropa y ya quedaba lista para moverse A eso de las diez de la noche, un ayudante del cuartel general vino a traerme la orden de ponerme sobre las armas, y él mismo me hizo notar que se sentia fuego hacia nuestra izquierda El viento corria desde la ciudad para la campaña y no se oia con facilidad el estampido de los fusiles, pero parándome en cualquier punto de donde se descubriese el frente de nuestra izquierda, se veia con mucha claridad los fogonazos Esto es precisamente lo que yo habia hecho luego que el ayudante me dejo, cuando un momento después se me

(a) Es equivocada esta fecha fue la noche del 12 (Nota del autor)

acercó un hombre a caballo, seguido de uno o dos mas, que reconocí ser el coronel Correa, jefe del Estado Mayor General Al verme me dio las buenas noches, y como si se dirigiese a un hombre que estaba en inteligencia de lo que se trataba, agrego "ya no hay duda, ahi estan los hombres" ¿De qué no hay duda? — le pregunte sorprendido "¡Pues! ese tiroteo, contestó, es la diversión que han anunciado que harían por la izquierda, para indicar que el ejército está en el centro" ¿Pero de qué se trata? — repliqué yo con curiosidad sin que me pudiera pasar por las mientes, que tocabamos el desenlace de un gran drama en el que yo representaba nada menos que el papel protagonista La naturaleza de mis preguntas y el aire de candidez con que fueron hechas, revelaron entonces a Correa mi ignorancia del negocio, y dando una explicacion cualquiera a mis palabras, se separó de mí para ir a reunirse al general

Cinco minutos después recibí orden de marchar con mi batallón hasta la batería "Veinticinco de Mayo" situada en el centro de nuestra línea y que enfilaba a la calle principal del Cordón

Allí encontré al general a caballo con todos sus ayudantes, vi los artilleros ocupando las explanadas y listos para dar fuego a las piezas, note que en la misma disposicion estaban todas las baterias inmediatas, que la infantería ocupaba el parapeto y que todo indicaba la inminencia de un ataque

Pregunté lo que habia al coronel Chenaut, jefe de estado mayor de la linea, que tambien estaba con el general y me contestó secamente "después lo sabra usted" Como se acababa de dar orden de no hacer el menor ruido y de guardar profundo silencio, tuve que conformarme por lo pronto con esta contestación

Entre tanto el general impartía desde allí mismo a todo el ejército sus órdenes Varios ayudantes partieron hacia la derecha y la izquierda de la línea, a prevenir a los comandantes de las baterías de ambos costados, que iban a hacerse dos señales en el telégrafo, que a la primera, que sería de tres cohetes voladores acompañados de algunos tiros de fusil y de vivas al general Oribe, no debían inquietarse, pero que a la segunda que sería de dos faroles colocados verticalmente en el asta del telegrafo, rompiesen el fuego a bala, haciendo converger los tiros sobre el centro A cada una de estas disposiciones, mi sorpresa y mi asombro crecían de punto y ya iba a interrogar nuevamente al coronel Chenaut con quien tenía alguna confianza, cuando el general como si hubiera adivinado mi pensamiento, me dijo estas palabras "comandante Diaz usted estará con curiosidad de saber lo que hay Yo se lo diré a usted después", con lo cual formé el proposito de no volver a hacer pregunta alguna

Al cabo de una hora, poco mas o menos, el general recibio aviso de la avanzada del centro, de que una fuerza considerable del enemigo parecía hallarse en el fondo de la calle del Cordón, según se infería del ruido de pisadas de caballos y otros indicios que se habían notado, y entonces mandó orden al jefe del telégrafo para que hiciera la señal de los cohetes y que mandara al mismo tiempo disparar algunos tiros al aire, y gritaran vivas a Oribe, los soldados del 4º que estaban en la azotea [a]

(a) Estos soldados eran un piquete de veinte hombres que se me había pedido pocos momentos antes y a quienes yo mismo había prevenido por orden del general, que debian dar aquellos gritos cuando se los indicase la oportunidad

No sé si los ayudantes que habían ido a hacer las prevenciones que antes he mencionado, a las bate rias de los costados de la linea, se explicaron mal o si fueron mal entendidos, el caso es que luego que en el telégrafo se incendiaron los cohetes, y se dispararon los tiros de fusil que debian acompañarlos, una o dos de las baterías de la izquierda rompieron el fuego en la forma prevenida El general que vio que esta equivocacion frustraba el plan combinado, man dó inmediatamente a decir a los comandantes de las baterías que habian hecho fuego, que lo hiciesen cesar porque no era eso lo mandado, gritó con este motivo, se enfadó y dejó escapar algunas palabras duras, pero ya el mal estaba hecho y no era posible remediarlo

La señal de los cohetes y los tiros, segun lo supe después, tenia por objeto indicar a Oribe la sublevación del batallón 4º y la de los faroles significaba la oportunidad de avanzar hacia la trinchera para entrar por el Porton que aquel le franquearia Así, pues, suponiendo que Oribe hubiese considerado verdadera la primera señal, lo que nunca pudo suceder por las razones que expresaré despues, las balas de cañón dirigidas acto continuo al punto en que el se hallaba colocado, debieron advertirle que se le habia preparado un lazo, que era preciso evitar, y esto fue justamente lo que hizo Lejos de adelantar un paso, se puso luego en retirada

Con motivo de este singular suceso, se ha dicho que Oribe después de haberse acercado a nuestra linea con la mayor parte de sus tropas había tenido miedo de avanzar, y que a haber sido verdadera la traición, cuya cooperación venía buscando, habría dejado colgados a sus complices Pero este cargo es destituido de todo fundamento

Oribe obró en aquel caso, como lo hubiera hecho cualquier otro que no hubiera sido un necio Las señales que se hicieron como indicativas de la sublevacion de mi batallon, no fueron más que una farsa ridícula, que a nadie podia engañar

Si la sublevacion se hubiese efectuado en realidad, habria tenido que vencer la resistencia de los batallones situados a la inmediacion del punto que aquel ocupaba, y en tal caso habría tenido lugar un combate, cuyo estrepito no habria sido fácil confundir con ninguna otra demostración Pero cuando solo se tiraron sobre la azotea del telegrafo diez o quince tiros, acompañados de unos cuantos gritos dados con repugnancia y por consiguiente con apagada voz, volviendo inmediatamente a quedar todo en perfecto silencio, era necesario haber tenido una credulidad sobrado elastica, para no conocer que lo que se hacía era una burla

Oribe no era tonto, y como he dicho mas arriba, se volvio tranquilamente a su campo, dejandonos a nosotros todavia por un par de horas al menos, en expectacion de la presa que con tanta facilidad habiamos imaginado devorar

Serian las dos de la mañana cuando volvimos a nuestros puestos ordinarios

Al dia siguiente por la mañana, estando yo en la puerta de mi alojamiento, situado al pie de la escalera del telegrafo, llegó el general que iba, como acostumbraba hacerlo diariamente, a recorrer con el anteojo las posiciones del enemigo, y al verme, me dijo "No ha querido venir Oribe, anoche ¿Y usted no sabe que el contaba con su batallon para entrar a la plaza?" — "¿Como así,?" pregunte "Luego hablaremos", respondio y continuo subiendo la azotea

Algo mas tarde monte a caballo y fui a la ciudad a ver a mi familia y a hacer alguna diligencia que me ocurrio, y muchas personas se me acercaron para pedirme detalles acerca del modo como se habia conducido y preparado la trama cuyo desenlace acababa de verificarse Como yo contestase a todos, que nada sabia y que estaba como ellos en el caso de averiguar lo que se me preguntaba, uno que tenia alguna relación de amistad conmigo, creyendo de buena fe que yo ocultaba la verdad, me dijo "¡Vamos! ahora se viene usted haciendo el inocente, como si no supieramos todos que usted ha sido el alma de la intriga! No ande con tapujos y saquenos de la curiosidad" Agrego a estas algunas otras palabras que, unidas a las que acabo de mencionar, excitaron de improviso toda la susceptibilidad de mi alma Compiendi recien que mi nombre estaba comprometido en aquel misterioso asunto y que era urgente despejarlo de toda sospecha ofensiva, y despidiendome bruscamente de las personas que me rodeaban volvi a montar a caballo, y me dirigi a todo galope a casa del general

Desde que éste me vio entrar, por el aire precipitado de mis pasos y más que todo por la expresión de mi fisonomía, conoció el objeto que me llevaba, y aun antes de saludarme, me dijo "ya se a lo que usted viene," y presentandome una silla, agregó "vamos a ver, ¿qué hay?"

Le referí lo que me acababa de suceder, y exigí que se me aclarase el misterio en que me veía envuelto, para que mi nombre quedara exento de toda sospecha

El general halló muy justa mi alarma y me comunicó entonces lo ocurrido, con todos los pormenores que ya dejé expuestos Se esforzo luego en persuadirme

que no había por qué considerarme perjudicado, pues to que en breve iba a saberse que en todo aquel negocio el gobierno había procedido sin mi conocimiento, a cuyo efecto, prometía dirigirme una nota en que me explicaría los hechos como habían pasado, la cual se publicaría en los periódicos y se daría en la orden general agregó que creía que esto bastaría para mi satisfacción, pero que si yo consideraba que algo mas era preciso hacer para calmar mi susceptibilidad, el se complacería en ejecutar lo que le indicase

Di las gracias al general y me retiré tranquilo a mi cuartel El mismo dia recibi un oficio concebido en estos terminos

"Linea de fortificación, marzo 13 de 1843

"El enemigo que conoce y observa tan poco los "principios del honor, ha tratado de emplear los me- "dios de la seducción, presumiendo neciamente que "podía corromper a algunos de los jefes que man "dan los cuerpos del ejercito

"Delatada esta pretensión por su mismo agente, el "gobierno resolvio envolverlo en sus propias redes "y consintió en que el expresado agente, hiciese en "tender al enemigo, que podia contar con el batallon "de su mando, sin que usted tuviese la menor noti- "cia de este negocio Asi se hizo, señalándole el cen "tro de nuestra línea como el punto que debia ser "atacado por el, y franqueado por el batallon del "mando de usted en la noche del 11 del corriente, lo "que causo el movimiento del enemigo y nuestro, en "aquella noche

"Sin embargo de que el hecho mismo de haber yo "colocado a usted en el punto que debía ser atacado,

"y que demandaba mayor esfuerzo para su defensa,
"prueba concluyentemente la ilimitada confianza que
"me inspira usted y el batallon de su mando, pudiera
'ser que una vulgaridad harto insensata, quisiera ha
"cer alguna deduccion, que hiriese en algo su bien
"conocida delicadeza en este suceso de que no ha
"tenido ni la mas remota idea, y que respecto de us-
"ted solo puede servir de prueba de la confianza que
"inspira al gobierno y al jefe del ejército, a pre
"vencion de ello dirijo a usted la presente nota que
"he mandado se dé en la orden general

Dios guarde a usted muchos años"

JOSE M PAZ

"Al teniente coronel, comandante del batallon Nº 4º don Cesar Diaz"

Entre las personas comprendidas en esta conspiracion, figuraban como agentes principales don Pedro Pablo Olave, ciudadano oriental, y un negociante brasilero cuyo nombre ignoro

Desde la misma noche del 11, el gobierno procedió a la aprehensión de estos individuos y sus cómplices, y a excepcion de Olave que se hallaba refugiado desde algunos días, a bordo de un buque neutral y que no se atrevio a bajar a tierra, todos los demas fueron arrestados Como era consiguiente se mando instruir desde luego el correspondiente proceso, aunque mas con la mira de descubrir la extension del plan para prevenir sus efectos, que con la de hacer pesar sobre los culpables el rigor de la ley

El Encargado de Negocios del Brasil, en la mañana misma del dia 12 dirigio al gobierno una nota amenazante, con motivo de la detencion del subdito bra-

silero, y en los días sucesivos hasta el 18 otras tres notas mas en el mismo sentido lo cual era una grave complicacion del negocio, atendidas las circunstancias de la capital

El gobierno debía contestar a estas notas, probar que habia obrado dentro de la esfera de su derecho, sin precipitación y sin violencia como lo suponia aquel agente y que desde el principio de la causa se habian observado escrupulosamente todas las formas en que reposa la buena administración de justicia, pero esta peligrosa discusión cuyos resultados no hubiera sido facil prever quedó felizmente sin efecto, por la juiciosa y prudente conducta del individuo a quien debia referirse El subdito brasilero preso, elevo al gobierno una representacion en que confesaba su culpa y solicitaba perdon y el gobierno le concedió inmediatamente su libertad a condición tan solo de salir del pais dentro de un termino, dado lo que, al fin, tampoco se verifico (Wright - A Historicos)

Las demas personas detenidas entre las que figuraban la suegra y cuñada de Nuñez fueron igualmente exoneradas de toda responsabilidad, quedando asi terminada esta célebre cuanto ridicula conspiración a la que se llamo desde entonces *Conspiracion Alderete,* porque Oribe en la correspondencia que seguía con sus agentes firmaba *Ciriaco Alderete* Todo el resultado pues que ella produjo a su autor, fue el desembolso de algunas onzas [(a)] y la rechifla que por mucho tiempo tuvo que sufrir de toda la prensa de Montevideo

Desengañado entonces de la ineficacia de los me-

(a) Se dijo con bastante generalidad que el general Núñez había entregado al coronel Susviela una cantidad de dinero para la seducción de que se había encargado No sé lo que hubo de cierto

dios corruptores contra el austero patriotismo de los defensores de la plaza, y al parecer no decidido a conseguir la ocupacion de esta a fuerza de armas, determinó de acuerdo con Rosas bloquearla por agua como ya lo estaba por tierra, esperando que privada de toda especie de subsistencia se rendiria en pocos dias por hambre, y al efecto comunicó al cuerpo diplomatico y consular residente en Montevideo, que la Escuadra de Buenos Aires impediría desde el 1º del mes de abril proximo la entrada a Montevideo de toda clase de comestibles en los buques neutrales

Esta medida que Rosas comunicó simultáneamente a los agentes acreditados cerca de su gobierno, incluyéndoles copia de la orden que había dado al Almirante Brown, hizo una triste impresión en el ejército y en la población de Montevideo, pues era indudable que sucumbiriamos brevemente a los efectos de su ejecucion

El poco ganado en pie que se había introducido en la plaza al acercarse Oribe, se habia consumido enteramente, y ya hacia muchos dias que el alimento de las tropas consistia en carne salada, de muy mala calidad, pescado seco o porotos

Estos mismos comestibles no eran abundantes en la plaza, pues no había habido tiempo de hacer importaciones de ellos, calculados para una emergencia semejante, de modo que por poco que se entorpeciesen las vias de comunicacion marítima, quedaríamos privados de toda especie de subsistencia

El Gobierno de Montevideo justamente alarmado por esta intimación, que amenazaba de muerte a la defensa, se esforzó en lo posible por obtener de los representantes de las naciones amigas, que se opusieran a su cumplimiento, fundándose en el perjuicio

que con ella se irrogaría al comercio de los neutrales, y en varias otras consideraciones cuya exactitud estaba al alcance del juicio menos imparcial Pero todos sus esfuerzos se estrellaron en la mala voluntad de dichos agentes, que más parecían auxiliares o aliados del Dictador argentino, que representantes de gobiernos amigos del Estado Oriental, y como se vera muy pronto, tuvo que ocurrir a un arbitrio extraordinario para inducirlos a consentir en su justa demanda

Aunque la declaración del bloqueo hizo en general, una impresion desagradable, como era natural, no por eso decayó el espíritu de nuestros soldados, los cuales continuaban batiéndose todos los dias con un ardor creciente, como si las circunstancias de la plaza hubiesen mejorado y las esperanzas del triunfo se hubieran robustecido Todos los batallones del ejercito alternaban en las salidas diarias, y muy raro era aquel que terminaba su servicio y regresaba a la línea sin haber quemado algunos cartuchos, sin haber perdido cuatro o cinco hombres, heridos o muertos y sin haber causado la misma o mayor pérdida al enemigo

Desde el 12 hasta el 20 inclusive no cesaron las guerrillas en el centro y en la izquierda de nuestra linea de avanzadas, siendo por ambas partes apoyadas por fuertes reservas de infanteria y algunos cañones

Tomaron parte en ellas alternativamente los batallones 1º, 3º, 5º y 6º de línea, el de Extramuros, el Libertad, el Union, la Legión Argentina, el Escuadron Escolta y la Guardia Nacional de caballeria unas veces rechazando los ataques del enemigo, otras llevándolo a sus puntos En la del 17 murio un jefe del

enemigo, el mayor Rivas, entre varios otros individuos que tuvo de perdida No siempre terminaban con el dia estos tiroteos por las noches despues que los cuerpos nuestros se retiraban a la linea, los enemigos solian avanzar algunas fuerzas de infanteria y aun [illegible]ría, sobre nuestros puestos de escuchas, y [illegible] un vivo fuego contra ellos el cual era con[illegible] no segun las circunstancias, pero en esto [illegible] pr[illegible]ían, como ya lo he observado, mas bien [illegible]me[illegible]l ejercito que hacerle ningun daño No lo[illegible] embargo su objeto, porque sin perjuicio d[illegible] el servicio se hacia con la mayor vigilancia, no se alarmaban absolutamente nuestros soldados por tales demostraciones, y antes bien las miraban con el desprecio que merecían

Algunas noches la bateria *Cagancha* de nuestro costado izquierdo, hizo uno o dos disparos hacia el punto donde se veia salir el fuego, y eso fue bastante para que éste cesase completamente

El dia 21 hubo un combate en el centro que fue el mas considerable por sus resultados, de cuantos habían tenido lugar en el trascurso del mes, exceptuando sin embargo el del día 10, de que ya he hecho mención La vispera por la noche, el general habia hecho salir al capitan don Domingo Sayos con la compañia de granaderos del batallón Nº 3 para patrullar el terreno que el enemigo ocupaba durante el dia por el lado de la Estanzuela, y poner en alarma a las partidas volantes que en el pudiera encontrar, y aun atacar a algunas de ellas si se proporcionaba la ocasion de hacerlo con ventaja Anduvo Sayos toda la noche reconociendo los sitios que se le habían señalado, sin haber encontrado ni un solo hombre del enemigo, pero al amanecer del 21 cuando se retiraba a la plaza

satisfecho de haber desempeñado cumplidamente su comision, se hallo repentinamente asaltado por fuerzas superiores, parte de las cuales habian logrado interponerse entre el y la plaza

Sayos que era animoso, y que mandaba soldados subordinados y valientes, trato de salir con honor de aquel apurado lance y cargo sin trepidar a los que le cerraban el paso

Cuando se sintieron los primeros tiros, el general me envio orden de ir a protegerlo con mi batallón, que estaba destinado con el batallón Union y los voluntarios para la descubierta de ese dia, y apenas habia salido del Portón, lo que verifiqué a paso de trote, cuando sentí silbar algunas balas que indicaban que el enemigo estaba muy proximo En efecto, al pasar por el canton de Olloniego, situado como se sabe a cien pasos de la trinchera, el capitan Costa del Nº 5 que estaba con su compañia sobre la azotea, me señalo con la espada una guerrilla enemiga que al abrigo de una casa conocida por la *Cerveceria*, a la derecha del camino principal, dirigia sobre mí sus fuegos Destaqué contra ella una mitad al mando del teniente Pondal, y continué con el batallón por la calle del centro hacia el punto donde estaba empeñada la compañia del Nº 3 Muy luego estuve sobre ella, mas para evitar el fastidio de los pequeños detalles, dire en resumen que los enemigos fueron arrollados y perseguidos hasta más alla del Cristo, habiendose salvado felizmente el capitan Sayos y su tropa, aunque no sin alguna pérdida de gente

De mi batallón hubieron solamente tres heridos, pero de la compañía del Nº 3 se perdieron catorce hombres de los cuales tres o cuatro fueron muertos y otros tantos quedaron prisioneros

Luego de haber salido yo de la trinchera, el general envió al coronel don Prudencio Torres, a tomar el mando de toda la fuerza, que además de mi batallon y de la compañía de Sayos, constaba de dos o tres partidas sueltas pertenecientes a las escuchas, que se habian puesto en movimiento, pero este jefe no tuvo que alterar en lo mas mínimo las disposiciones que yo habia tomado

A las nueve de la mañana todo estaba concluido, el enemigo se habia retirado definitivamente a su campo dejando los guardias de costumbre, y nosotros habiamos vuelto a la plaza después de haber establecido nuestras avanzadas

CAMPAÑA DEL EJERCITO GRANDE ALIADO EN SUDAMERICA

1852



A LA DIVISION ORIENTAL

Estos apuntes fueron escritos con la intención de que quedaran ignorados en la cartera de viaje en que tuvieron origen Después me ha ocurrido publicarlos, con la esperanza de que sean alguna vez útiles a los que se encarguen de escribir seriamente los sucesos a que se refieren, contribuyendo así a que la verdad historica no sea desfigurada por el error o la malicia

Los dedico a mis campañeros de la División Oriental, en testimonio del aprecio y consideración que les conservo, y me complazco de ofrecerlos, precedidos de una carta del ilustre general argentino don José María Paz, escrita en los momentos de nuestro regreso a la Patria, cuyos honrosos conceptos, a ellos como a mí, son dirigidos

---

Señor general don César Díaz

Montevideo, Marzo 9 de 1852

Mi estimado general y amigo

Había pensado no contestar su apreciable carta del 2 hasta hacerlo personalmente a su llegada, que se anuncia como muy próxima Sin embargo, me ha sido imposible resistir a la necesidad de trasmitirle cuanto antes mis sentimientos

Ellos provienen de un doble motivo, que es la amistosa consideracion con que usted me honra, y mi reconocimiento por la gloriosa parte que ha tenido en la libertad de la Republica Argentina, mi patria

Creo ya habérselo dicho otra vez, y ahora lo repito, que me lleno de orgullo, cuando recuerdo que algún dia fui compañero de los valientes que usted ha mandado en Monte Caseros A todos soy sumamente grato, a todos felicito y muy particular a usted que es su digno jefe

Que nunca olviden los argentinos, que los constantes defensores de Montevideo, después de ser en toda la campaña un modelo de disciplina, concurrieron tambien sobre el campo de batalla, a romper sus cadenas

Acepte usted, general, los sinceros votos que hago por su felicidad, y las expresiones de mi sincera estimación con que soy su muy afecto amigo y compañero

Q B S M

JOSE MARIA PAZ

CAPITULO I

Cesacion de la guerra en el Estado Oriental, a virtud de su alianza con el Imperio del Brasil y el general Urquiza — Nuevo convenio de alianza entre los mismos gobiernos para llevar la guerra al tirano de Buenos Aires — Organización de la Division Oriental — Partida y arribo de la misma a la provincia de Entre Rios

Sabido es que el tratado de alianza celebrado en el mes de mayo de 1851, entre el Imperio del Brasil, el general Urquiza, en representación de las provincias argentinas de Entre Rios y Corrientes, y la Republica Oriental produjo la pacificacion de este ultimo estado, en cuya capital, asediada por un ejercito de Rosas, cerca de nueve años, se había defendido heroicamente hasta entonces su independencia Un ejército de entrerrianos y correntinos, y otro de brasileros, entraron al territorio del Uruguay a virtud de aquel tratado, desde mediados de julio, y en menos de setenta dias, el ejercito sitiador de Montevideo, se vio circunvalado en su propio campo y obligado a rendirse bajo las condiciones que los poderes aliados quisieron acordarle

Las tropas argentinas de que constaba en su mayor parte, fueron entregadas al general Urquiza, y las que llevaban el titulo de orientales, que consistian en tres batallones, se pusieron a disposicion del gobierno de la republica

La capitulación tuvo lugar el 8 de octubre, y desde ese día la paz quedo restablecida en el Estado Orien-

tal, pero como esta paz no podía considerarse cimentada sobre bases permanentes, ni satisfechas con ella las altas miras de la alianza, mientras que subsistiese en el gobierno de Buenos Aires don Juan Manuel de Rosas, cuya ambición desmesurada, había mantenido en conflagracion durante veintitres años, a todos los pueblos del Río de la Plata y en continua agitación y alarma, al Brasil y a todos los demas estados vecinos, los mismos gobiernos aliados, se comprometieron a llevar la guerra a Buenos Aires y a continuar su acción conjunta, hasta la total destruccion de aquel temible tirano

Hízose entonces un nuevo tratado, y en el se estipulo que el general Urquiza tomaria el título de general en jefe de la coalicion, que el llevaria por su parte, a la empresa, dieciocho mil hombres, comprendidos seis mil que se le habian sometido en el sitio de Montevideo, que el Estado Oriental concurriria con dos mil soldados y una bateria de campaña, y el Imperio del Brasil, con tres mil soldados, dos baterias y toda la fuerza naval de que disponia en el Plata, debiendo quedar el resto de su ejército (10 000 hombres) acantonado a la inmediacion de la Colonia, como cuerpo de observacion o de reserva Todas las fuerzas de operacion de la coalición, debian reunirse en la provincia de Entre Ríos, en el lugar conocido por "Punta Gorda" o "Punta del Diamante", y en todo el mes de diciembre proximo, debia efectuarse el pasaje del Paraná

Convenidas definitivamente estas y otras clausulas del tratado, el general Urquiza se embarco el 30 de octubre para volver a Entre Ríos, a fin de ocuparse inmediatamente de los preparativos de la campaña, y desde el mismo dia empezaron a ser trasportadas

para aquella provincia, todas sus tropas, empleandose en esta operacion, que duró cerca de un mes, cuatro vapores brasileros y varios otros buques de vela y de vapor pertenecientes al Estado Oriental

Por decreto del 5 de noviembre el gobierno oriental dispuso la organización del contingente con que la republica debía contribuir a la guerra Se formó una division de la cual se me nombro comandante en jefe, compuesta de un escuadron de artillería ligera con seis piezas de a seis, y cuatro batallones de infanteria, a saber el *Resistencia, Voltijeros, Guardia Oriental* y *Orden*

Este ultimo era uno de los tres batallones orientales del ejercito sitiador, que se habian sometido a virtud de la capitulación de octubre, el gobierno le habia conservado intacto y sin otra alteracion que la de sustituir la denominación del *Orden* a la de *Restauradores* que antes tenia, los otros dos se habian disuelto y con el personal de ellos se habian remontado los cuerpos de la plaza destinados a la expedición, que a la terminacion de la guerra se hallaban reducidos a cuadros

Estas circunstancias hubieron de sernos fatales, como se verá enseguida

Luego que se hizo publico el destino de la división, se pronuncio en todos los cuerpos que la componian, y con especialidad en el batallon "Orden" una desercion tan subita y numerosa que, cinco dias después de la promulgacion del decreto de su creacion, mas de quinientos hombres habian abandonado las banderas Alarmado el gobierno con esta novedad que podia ponerlo en el caso de tener que faltar al cumplimiento de lo estipulado en el nuevo tratado de alianza, expidió un decreto a indicación mia, revis-

tiendome de las facultades que la ordenanza confiere al capitan general de ejército en campaña, para contener aquel desorden, cuyo rapido progreso amenazaba a la columna expedicionaria de una total disolución

En consecuencia salí inmediatamente de la ciudad con la division y la acampe en las inmediaciones de la Villa de la Union, donde tenia motivos para suponer que se abrigaban la mayor parte de los desertores y en la que se hallaba tambien acuartelado el batallón "Orden", reducido a la sazón de cuatrocientas ochenta plazas que tenia, a sólo setenta y cinco Desde alli mande publicar un bando por las calles de la *Union*, conminando con pena de la vida a los desertores que en un termino dado no se presentasen, y con una seria responsabilidad a los particulares que los ocultasen, dirigi circulares a los comisarios de policía de los departamentos vecinos, destaque partidas de caballería en todas direcciones y tome varias otras medidas, con las cuales logre reunir antes de diez dias, mas de trescientos desertores Casi todos se presentaron por sí mismos, y solo tres que se aprenhendieron después de fenecido el término dado, fueron pasados por las armas Los que pertenecían al batallon "Orden", que eran los mas, declararon que habian sido inducidos a la deserción por su mismo jefe, que lo era el teniente coronel don Guillermo Muñoz, el cual fue, en consecuencia, separado de su cuerpo y puesto a disposición del gobierno, con la informacion de su conducta En esto habia obrado Muñoz logicamente con sus antecedentes

El habia defendido hasta entonces la tiranía de Rosas contra su propia patria, y ya que no podía continuar prestándole el apoyo de su brazo y el de la

fuerza que mandaba. quería al menos neutralizar una parte, aunque pequeña, de los elementos combinados para derrocarle

Si su conducta hubiera sido examinada en un consejo de guerra, es mas que probable que hubiera tenido que expiar en un banquillo el grave delito de que se habían hecho reo, pero el Gobierno de la República, que aun en medio de la dilatada y sangrienta guerra que había sostenido, había hecho siempre ostentación de una liberalidad y tolerancia sin ejemplo, no queriendo desmentir estos principios cuando estaba en posesion de la victoria, disimulo su crimen y no le impuso la mas leve responsabilidad

En los demas cuerpos el ejemplo de estos y probablemente las sugestiones de los correligionarios políticos de Muñoz habian producido el mismo efecto, y aunque los desertores de los otros cuerpos, no dieron ninguna declaracion semejante, es natural suponer que siendo comunes sus antecedentes, hubiesen influido las mismas o idénticas causas

Junto con Muñoz fueron separados del batallon "Orden" casi todos los oficiales que tenía, siendo reemplazados por el benemerito sargento mayor don Eugenio Abella como comandante interino, y por varios otros oficiales que habían pertenecido al ejército de Montevideo, y con estas disposiciones y algunos otros arreglos de orden interior, la moral del cuerpo se restableció la disciplina comenzó a regularizarse, y muy en breve llegó a hacerse ejemplar por su constancia y subordinación

Los demas cuerpos de la división, compuestos en su mayor parte de veteranos avezados a una severa disciplina y de una lealtad jamas desmentida en nueve años de combates y fatigas, no habian sufrido deser-

cion sino en el personal que se les había agregado al terminar el asedio, estaban animados de un excelente espíritu, y podían por su instrucción rivalizar con las mejores tropas europeas [a]

Despues de 28 días que se emplearon en los objetos mencionados, en completar el equipo de la fuerza y en continuos ejercicios doctrinales, volvimos el 2 de diciembre a la ciudad con toda la division para hacer los honores funebres al general don Eugenio Garzón que acababa de fallecer despues de lo cual se fijo el día 4 para nuestra partida Las dos notas que siguen, contienen las ordenes e instrucciones que al efecto se me comunicaron

---

Ministerio de Guerra y Marina

Montevideo, Diciembre 3 de 1851

El gobierno ha dispuesto que V S con la división de su mando, se embarque mañana, por el punto llamado la "Barraca del Mar", en los vapores de guerra brasileros y en los transportes que deben conducir la expedicion al Entre Ríos, para coadyuvar en la campaña que el Exmo señor gobernador y capitan general de aquella provincia, debe emprender sobre la Republica Argentina

Así pues, que llegue V S a aquel territorio, se pondra a las ordenes del Exmo señor general don Justo Jose de Urquiza, segun esta pactado en los con-

(a) No se tenga por exagerado este juicio (Nota del autor)

venios de alianza celebrados con la República y el Imperio del Brasil

Las atenciones de mantencion, caballos y rodados que pueda precisar la conducción del parque, etc, le seran a V S llenados por el Exmo señor Gobernador, quien llevara en cuenta al gobierno de la Republica, las sumas que importen estos adelantos

Cuidara V S de comunicar al gobierno, con la posible antelacion, las faltas que experimente y puedan ser socorridas desde aqui Queda V S autorizado ademas, para hacer frente a cualquiera otra de las atenciones de la division de su mando, librando su importe sobre el Ministerio de Guerra, a un mes de plazo despues de la presentacion de las letras, o en la mejor forma que se pueda

El gobierno fia a su direccion y cuidado, la parte con que esta obligado a concurrir a la guerra que se va a hacer al general Rosas, y espera que el juicio de V S, y su capacidad militar, haran representar a las fuerzas orientales, de un modo digno y glorioso para el pabellón nacional que ellas sustentan

V. S. remitirá al gobierno, conocimientos circunstanciados de cuanto convenga saberse, y el parte directo y detallado de todos los sucesos de armas en que tomase parte la división

Dios guarde a V S muchos años

Lorenzo Batlle

Al señor Comandante en Jefe de la División Oriental

Ministerio de Guerra y Marina

Montevideo, Diciembre 3 de 1851

Señor Coronel

El Gobierno me ha significado exprese a la división de su mando por el órgano de V S que al disponer su marcha para Entre Ríos, a ponerse a las órdenes del Exmo señor gobernador de aquella Provincia, para coadyuvar en la lucha para el derrocamiento del tirano que impera en Buenos Aires, y que ha desolado y arruinado nuestra cara patria, fia a su valor y disciplina tan acrisolados por ocho años y medio de combates y sufrimientos, el honor y buen nombre de la República, empeñados en esta contienda Un momento no ha abrigado la duda de que el pabellón oriental sera sostenido con la gloria y el brillo que esos mismos valientes tanto hicieron por conquistarle

Constancia, disciplina y valor, es lo que el gobierno les recomienda, para coronar la espléndida obra del triunfo de la patria con la extirpación del origen funesto de todos sus males

El gobierno abriga la esperanza de que la campaña será muy breve y feliz, y que al regreso a la patria encontrará el cuerpo expedicionario el consuelo y la recompensa de tantas fatigas y privaciones, a este principal fin, dirigira de hoy en adelante todos sus esfuerzos

Quiera V S, desde que la division pise el Entre Ríos, insertar en la orden general esta nota

Dios guarde a V S muchos años

Lorenzo Batlle

Al señor coronel don César Díaz, comandante en jefe de la Division Oriental

El 4, pues, a las seis de la mañana empezó a embarcarse la división, por el muelle que llaman de Valentín, y el parque comisaría y bagajes de los cuerpos, por el muelle principal, y sin embargo de que desde el dia anterior estaba a bordo todo el tren de artillería con la mayor parte de las municiones, la operación no terminó hasta las cuatro de la tarde Los vapores de guerra brasileros *don Pedro 2º*, *Recife* y *Golfino* y dos pequeños transportes, recibieron toda la fuerza

Cuando yo me embarqué, que fui el último, se dieron las disposiciones convenientes para levar el ancla, y muy pronto empezamos a alejarnos de esta ciudad de Montevideo que tan graciosamente ha descrito el elocuente Sarmiento, y en la que habíamos dado el único ejemplo que se conoce en los anales del mundo, de una defensa militar de ocho años y medio

Es facil adivinar que mientras la tuvimos a la vista, permanecieron fijos en ella nuestros ojos, pues no se aparta el hombre del sitio en donde deja, quizá para siempre, todas las afecciones de su alma, sin un extraordinario esfuerzo

Navegamos toda la tarde en rumbo al O E con muy buen tiempo, en demanda de un ponton que tienen los prácticos, cerca de la Punta del Indio, para tomar el canal que llaman del Sud, pero a las once de la noche, sin embargo de estar la luna muy clara, fue preciso fondear, porque no habiendose descubierto hasta entonces el ponton, que era el que debía indicarnos la dirección del canal, temió el práctico que pudiésemos encallar La precaucion era natural, porque dos de los buques principales del convoy, venian en mas de catorce pies, y todo el mundo sabe cuan

peligrosa es la navegación del Rio de la Plata, aun para las embarcaciones de mucho menor calado

Sin embargo, cuando amaneció el día 5, vimos con sorpresa y con pena, que con un poco de más resolucion, hubiéramos podido aprovechar navegando, las horas de la noche que habiamos perdido fondeados, pues el anhelado ponton estaba a un cable de distancia de nosotros

El vapor *Recife* que había entrado la tarde antes por el canal del norte, fiado sin duda en la bondad de su practico y en su poco calado, pues que solo iba en seis pies de agua, varó a las dos y media de la mañana, pero tuvo la fortuna de zafar pocas horas despues de haber varado Cuando el comandante del *don Pedro 2º*, le vio en el riesgo, envio dos buques mercantes que se encontraron por fortuna, para darle el auxilio que en tales casos se acostumbra, y hecha esta diligencia siguio navegando con el *Golfino* y un transporte que llevabamos a remolque, en direccion a la Colonia Pasamos la noche a cinco o seis leguas de Martín García, y todo el dia siguiente permanecimos en el mismo lugar a causa de un recio pampero que se levantó en la noche, y que no nos permitia seguir viaje sin peligro, por el estrecho canal que debía conducirnos hasta el Guazu

Asi que amainó el tiempo, continuamos la navegacion sin ninguna otra contrariedad, hasta el término de nuestro viaje Las Enramadas, era el punto designado por el general Urquiza para el desembarco de la división, pero no habiendo sido posible llegar a él por falta de agua para los vapores, segun dijeron los oficiales brasileros, fue forzoso desembarcar dos leguas más abajo, en un sitio llamado el Potrero de Pérez, de malísimas condiciones para un campo mi-

litar A las once de la mañana del día 9, toda la gente y el material de la division estuvieron en tierra

Mi primer cuidado después de haber desembarcado fue dirigirme al general Urquiza, avisándole mi arribo a la provincia y pidiéndole sus ordenes, y en su contestación, que recibi dos días despues, me prevenía que me pusiese en marcha sin demora hacia el Diamante, para lo cual, el comandante del Gualeguay me proporcionaría todos los medios de movilidad que hubiera menester, pues ya le había dado anticipadamente sus órdenes con ese fin Este mismo jefe me escribio también, anunciándome que en virtud de las instrucciones de S E, habia mandado reunir algunas carretas y caballos con destino a las tropas de mi mando, y que todo estaria a mi disposicion, dentro de tres o cuatro dias

Entre tanto la división comenzó a hacer varios aprestos de marcha

Aunque hubiera debido salir de Montevideo dotada de todo cuanto puede necesitar un cuerpo de tropas en campaña, a virtud de ciertas circunstancias que me abstengo de expresar, faltabanle muchas cosas, y algunas de ellas de tal importancia, que era hasta vergonzoso haberlas omitido

El escuadrón de artillería ligera, por ejemplo, no tenia completas sus monturas o atalajes necesitaba hacer cinchas, bosalejos, pecheras, cuartas y *hasta prolongas de cuero*, que solo puede aplicarse o suplir a las de cañamo, en una extrema necesidad en que nosotros no hubieramos debido hallarnos, y las que llevabamos eran tan usadas que estaban casi inservibles

Las piezas habian salido sin ruedas, lanzas ni juegos de armas de repuesto, como si no hubieramos de

hallarnos expuestos a ninguno de aquellos accidentes que son tan comunes en la guerra, o como si hubiera sido fácil renovar la rueda de un cañón, hacer un escobillón, etc, en medio de nuestras campañas desiertas, yendo, como íbamos nosotros, sin maestranza y sin una fragua de campaña siquiera

Sin embargo, todo se había pedido con repetición e incesante empeño

Los cuerpos de infantería, aunque bien provistos de vestuarios, estaban igualmente privados de diversos objetos de imprescindible necesidad A los oficiales no se les había dado monturas, siendo de practica constante en nuestros ejercitos, que marchen a caballo Muchos de ellos habían salido sin espadas, y gran número de soldados sin zapatos Ni aquéllos ni éstos tenian tiendas de campaña

Ciento cincuenta mil tiros de fusil a bala, doscientos fusiles de malisima calidad y treinta mil piedras de chispa, era la dotacion del parque

La fuerza efectiva de la division, que según lo pactado en el convenio de alianza, debia ser de dos mil hombres, no llegaba a mil setecientos, comprendidos los oficiales, como puede verse del estado general que sigue, formado al siguiente día de nuestro desembarco en la provincia de Entre Rios, y la organizacion que se le había dado, era imperfecta con relación al objeto de su destino Siendo éste el de obrar fuera del territorio nacional, era necesario haberla combinado de manera, que en ciertas circunstancias pudiese bastarse a si misma, y para eso nada mas natural que haber agregado a la infanteria y artilleria de que constaba, dos escuadrones de caballeria por lo menos La utilidad de una organización semejante, estaba al alcance de las mas simples no-

ciones de la guerra, y en especial de la de nuestro país, pues independientemente del mutuo auxilio que se prestan las dos armas, y de la fuerza que les da su accion combinada, todo el mundo sabe que nuestros ejércitos, no llevan jamas consigo, ninguna especie de subsistencia, que se alimentan de los ganados que se encuentran esparcidos en los campos, y que por consiguiente, sin el auxilio de la caballería, la infantería no puede subsistir Verdad es que la división iba a formar parte de un gran ejército, que contaba con una numerosa caballeria, pero ¿quien podría responder, de que no se hallaria alguna vez en el caso de apelar a su propia fuerza, para defenderse, ya en una retirada, ya en cualquiera otra de las emergencias o adversidades en que los azares de la guerra podian colocarla?

Sin embargo, el Ministerio de la Guerra, a quien hice presente esta necesidad, bajo todos los puntos de vista en que puede considerarse, se negó tenazmente a satisfacerla

Llego a tal extremo su obstinacion, que habiendo yo demostrado las dificultades en que me hallaba, y obtenido la vispera de mi embarque del Presidente de la República en acuerdo con su ministro de gobierno el doctor Herrera y Obes, una orden expresa para que se pusiese a mi disposición cien hombres de caballería, eludió con diversos pretextos su cumplimiento

Esta conducta incalificable del Ministro de la Guerra era inspirada por un sentimiento de mezquina emulación o de pueril vanidad, como voy a demostrarlo

Habiasele ocurrido la peregrina idea de mandar al ejército aliado un contingente de caballería de la republica, bajo el mando inmediato del coronel don

Francisco Tajes, y con independencia absoluta de la división de mi mando, siendo así que esta era por su fuerza numerica y por su constitución, la columna que debia representar en la alianza al ejercito oriental Habianle sugerido este proyecto, su amistad intima con el coronel Tajes, a quien deseaba ver lucir en una esfera superior a la en que habia figurado, y sus celos temibles por la elevada representacion que me daria el mando superior de todas las fuerzas orientales, pero habiendo pensado despues, que el ejercito aliado podia sufrir algun revés, y que en tal emergencia seria necesario contar con algunas fuerzas en el interior de la república, para contener una reacción que pudiera intentarse de los antiguos aliados de Rosas y hacerse una potencia en el pais, cambio de resolucion y ordeno a Tajes, que era su brazo derecho, como dicen, que se quedase en Montevideo

Asi pues no habiendo logrado su primer proposito, no quiso de manera alguna declinar del segundo, y el coronel Tajes, que militando bajo mis órdenes, hubiera tenido ocasión de dar nuevo lustre a sus servicios y de ostentar su brillante valor en los campos de Caseros, quedó en Montevideo oscurecido para tener después que arrepentirse de su complacencia con Batlle

Era pues, forzoso suplir de cualquier modo si no a todas, al menos a algunas de estas faltas, y a eso me contraje con los pobres medios que pude proporcionarme en un pais extraño y en medio de una campaña solitaria Con los cueros que sacaban de las reses del consumo diario, se completaron los atalajes del tren, se hicieron algunas prolongas para reemplazar a las de cáñamo en caso de urgente necesidad, y se retobaron los montajes de los cañones y carros de muni-

DIVISION ORIENTAL

Estado general que manifiesta la fuerza efectiva que tiene la expresada en el dia de la fecha

JEFES PRINCIPALES DE LOS CUERPOS	BATALLONES Y ESCUADRONES	Coroneles	Jefes	Oficiales	Cirujano	Ayudantes de cirugia	Comisaria	Ayudantes de Comisaria	Tropa	Total
El Señor Cnel D Cesar Diaz	Cte en Jefe de la Division									
" " " Julian Martinez	Estado Mayor	1	2	11			"	"	"	14
" Tte " Mariano Vedia	Escuadron de Artilleria ligera		3	23		"		"	162	108
Cnel gdo Juan Ant Lezica	Batallon Resistencia	'	2	22		'	"	"	380	404
" Leon de Palleja	Batallon Voltijeros		2	25	"		"	"	379	406
" " " " Jose M Solzona	Batallon Guardia Oriental		2	19		"		"	376	397
Sargento Mayor " Eugenio Abella	Batallon Orden	"	1	5			"	"	229	235
" Gregorio Dillon	Comisaria de Guerra		"			"	1	2	"	3
Dr " Lorenzo Lonz	Cuerpo de Sanidad Militar				1	2	"	"	"	3
	Piquete de Escolta	"		1				"	20	21
	Totales	1	12	106	1	2	1	2	1546	1671

Campamento en el Potrero de Perez, (Entre Rios) Diciembre 10 de 1851

Vº Bº

MARTINEZ

FLORO QUINTANA

Ayudante Comandante del Estado Mayor.

ción El sauce abundaba mucho en la orilla opuesta del rio, y por ser esta una madera blanda, nos servimos de ella para labrar, aunque toscamente, algunas lanzas para los carros y armones, con que pudimos reemplazar provisionalmente las que se inutilizaron del tren en el curso de las marchas Se construyeron también muchos yugos, pues no sólo las carretas sino la artilleria debian ser tiradas, en las marchas, por bueyes, y todos estos trabajos se hicieron en pocos dias, no habiendose empleado, para los de madera mas que dos hachas, una azuela y un serrucho, que eran las únicas herramientas que hasta entonces teniamos El encargado de estos últimos fue el teniente don Carlos Didier del cuerpo de artilleria, de origen frances, el cual tenía alguna inteligencia de la carpintería, y se prestó gustosamente a ejecutarlos

---

CAPITULO II

Sale la division del Potrero de Perez — Breve noticia sobre el estado actual de la campaña de Entre Rios — Noticias recibidas del ejercito — Contratiempos — Llegada al Diamante

Diez dias tardaron en llegarnos los prometidos auxilios de carretas y caballos, no sin haber tenido que hacer repetidas instancias para obtenerlos, y aunque dejando en el campo casi todos los efectos de comisaria y parte de los equipajes de los cuerpos, para que se nos remitiesen despues, si habia ocasión de hacerlo, pudimos ponernos en marcha, el 18 a las cinco de la mañana, en direccion al lugar de la costa que llaman "Las Enramadas", distante dos o tres leguas de aquel punto

Habíaseme ponderado, en el Potrero de Pérez, las dificultades que tendríamos que vencer, para salir de él, en caso de que lloviera antes de movernos, y solo despues de hallarme en plena campaña, pude hacerme cargo de la exactitud de aquellas advertencias, que yo habia tenido por exageradas El potrero está situado a la orilla de uno de los brazos mas fuertes del Paraná, y se forma de éste y de un ancho estero que por el lado de la campaña lo circunda, describiendo un gran arco de circulo, que termina por ambos extremos en el rio Cuando llueve, el estero, cuya superficie esta cubierta de altos y tupidos carrizales, impenetrables, aun para las bestias, se convierte en un verdadero mar, y el potrero queda perfectamente ais-

lado y sin ningún acceso practicable a caballo El conocimiento de la localidad me hizo reflexionar que la fortuna debia sernos propicia en la campaña, pues no era posible dejar de interpretar como un signo favorable para nosotros, el hecho de haber podido salir sin dificultad de aquel maldito lugar, después de diez días de permanencia en él, cuando una lluvia de algunas horas, muy natural en aquel tiempo, habria podido retardar nuestra incorporación al ejército, de modo que no hubiéramos llegado a tiempo de participar de sus glorias

Durante tres días, la marcha fue continua, a pesar de las dificultades que a cada paso nos oponian los pantanos, las cañadas, los arroyos cenagosos y mil otros obstáculos que se encuentran en el camino de la costa, que es el que llevabamos, y que sólo puede preferirse al del interior, por la deliciosa sombra y abundante leña que ofrecen a los viajeros, sus dilatadas y espesas selvas

En medio de estos umbrios bosques, en donde apenas se percibe la planta humana, hallamos algunos ranchos esparcidos a largas distancias y a la sazón sólo ocupados por mujeres y niños, o cuando más por algunos hombres viejos o enfermos

El General Urquiza habia pasado una circular a todos los departamentos de la provincia, haciendo saber a sus habitantes, que todos los individuos capaces de manejar las armas, sin excepción ninguna, deberían hallarse el 15 de diciembre en el "Punta del Diamante", provistos cada uno de un vestuario militar, compuesto de gorra y camiseta, y tres caballos útiles y en buen estado para entrar en campaña, y a la noticia de este llamamiento comunicado en todos los angulos del territorio, con la rapidez de la elec-

tricidad, todos los miembros de aquellas pobres familias, se habían apresurado a abandonar sus hogares, para acudir sin retardo al punto designado Muchos de ellos, con cuyas familias tuve largas conversaciones, por el interés que me inspiraba su suerte desdichada, habían tenido que suspender trabajos de labranza o de otra especie, ya muy avanzados, que iban a inutilizarse en su ausencia, no obstante que de ellos dependía la subsistencia de sus hijos Otros habían dejado a sus esposas o hijas, postradas en un lecho de dolor, y se habian despedido de ellas, acaso, para siempre, llevando en sus corazones el amargo desconsuelo de no poder prodigar a estos queridos objetos, en sus últimos momentos, las atenciones y cuidados que exigia su triste situación

Pero nadie habia osado faltar al cumplimiento de aquella terrible disposición, ni a quejarse de su cruel severidad, porque el mas leve indicio de desobediencia, se hubiera pagado con la vida

El baqueano que conducia la división, era jefe de una pequeña familia tenía una mujer y dos hijos, de los cuales el mayor contaba apenas once años El y su familia eran los únicos habitantes del Potrero de Pérez, sitio aislado y desierto, como ya he dicho, sin ninguna vecindad a menos de doce leguas de distancia ocupaba un rancho no acabado, y cuya puerta se cerraba de noche con un cuero

Citado, como uno de tantos, para presentarse al ejército, había tenido que dejar a su mujer tristemente desamparada, sin que la notoriedad de sus circunstancias, ni sus ruegos ante el jefe de su departamento, ni la consideración de haber asistido lealmente a todas las campañas anteriores, hubiesen podido influir, para exonerarlo de tan terrible obligación.

Otra circular se había comunicado al mismo tiempo a los departamentos, ordenando a ciertos jefes de distrito que se designan con el título de *comisionados*, que reuniesen todas las caballadas que pudiesen encontrar en sus jurisdicciones respectivas, y las condujesen al Diamante, expidiendo a los dueños los documentos correspondientes, para que con ellos ocurriesen a recibir su importe

El gobierno fija el precio de los caballos que compra para el servicio, así como el de las reses que consumen sus tropas Algunos propietarios se conformaron al pie de la letra con la disposicion, y después de separar los tres caballos con que cada hombre estaba obligado a presentarse en el ejercito, entregaron los demás que poseian a los comisionados, pero otros, y estos eran los más, creyendo poder sacar mejor partido de esta forzada venta, se encargaron de conducir personalmente sus caballos sobrantes, al cuartel general Y de este modo se veia por todas partes a los hombres, acudiendo presurosos con sus personas y haciendas, a la guerra que se iba a comenzar y para la que no reconocian otra causa que la simple voluntad del gobernador

Nadie puede lisonjearse en Entre Ríos, de haber eludido impunemente el cumplimiento de una orden de la especie de las que he mencionado, durante el gobierno del general Urquiza, si para ello no ha tenido que expatriarse, o buscar en el seno de los bosques su seguridad personal Para los desobedientes y los desertores, no hay asilo, y cada habitante de la provincia esta obligado, bajo pena de muerte que a ellos corresponde, a denunciarlos a la autoridad, desde que por cualquier indicio juzgue haberlos reconocido.

"No se inquiete usted, señor", me decía un paisano, tres o cuatro días después de haber desembarcado, oyéndome hablar de un soldado que faltaba al campamento desde el día anterior "Ese soldado no ha "de ir muy lejos apenas se atreva a salir del bosque "en que supongo se ha escondido, y se acerque a la "casa de cualquier vecino, por el solo hecho de ser "desconocido, aunque no lleve insignia militar nin-"guna, lo han de suponer desertor y lo han de entre-"gar a la autoridad más próxima, si es que no vienen "a traérselo a usted mismo" Tres horas después llegaron al campamento dos montaraces preguntando por el jefe de la fuerza venían a pedirme la escolta necesaria para conducir a mi presencia el desertor

"La vagancia y el robo", agregó el paisano, después de haberme entretenido largamente sobre la responsabilidad que el servicio militar impone a todos los entrerrianos sin excepcion, "se persiguen y castigan "con tanto o mayor rigor que la desercion En algu-"nos casos que conozco, se ha llevado la crueldad de "estos castigos a un exceso que hace estremecer

"Un muchacho de catorce años mató un día un "cordero de un rebaño del general Urquiza, de que "era pastor, para comerlo en compañia de otro mu "chacho amigo, y por este solo hecho fue mandado "degollar En otra ocasión, siete hombres que traba-"jaban en una de las estancias del general, tomaron "sin permiso, algunas sandías de una huerta para re-"frigerar, y habiéndolo sabido S E, los siete hom-"bres fueron despiadadamente degollados [a]

"Así es que en el dia no se encuentra en toda la

(a) Estos dos hechos me han sido confirmados por varias personas respetables que se hallaban en Entre Ríos cuando se ejecutaron (Nota del autor)

"provincia un solo ladrón ni para remedio Usted pue-
"de recorrer el territorio en todas direcciones, solo y
"sin armas, y cargado de oro, si usted quiere, seguro
"de que nadie se atreverá a tocarlo en un pelo del
"cabello Y si en el tránsito de un lugar a otro pier-
"de usted algún objeto de su propiedad, ya sea de
"gran precio, ya de insignificante valor, puede usted
"volver sobre sus pasos, cierto de que ha de encon-
"trarlo en la inmediata morada de un alcalde, o en
"el árbol vecino al sitio en que cayo"

No hay la menor exageración en esto

Ha sucedido muchas veces que deseando el general Urquiza, socorrer a algun paisano, o teniendo que abonarle alguna cantidad que el gobierno le adeudaba por compra de ganado, o de otra procedencia cual quiera, le ha dado *orden verbal* para presentarse a alguna de las receptorias de la provincia a recibir la cantidad adeudada

El beneficiado, o acreedor ha comparecido a la oficina indicada, y con sólo expresar de palabra que tenia orden del gobernador para recibir allí tal suma, ésta le ha sido entregada sin ningun reparo

De aquí se infiere que tal es la confianza que tiene el general Urquiza en la moralidad de sus entre rrianos, o mas bien cual es el terror que ha llegado a infundir en la persecucion de los ladrones con la severidad de sus castigos que puede asegurarse, que no solo nadie roba, sino que nadie piensa que sea posible robar Y debe advertirse que estas órdenes de pago no eran precisamente dirigidas al pueblo de la actual residencia del gobernador, sino a cualquiera de los departamentos de la provincia

Refiero estas particularidades que tengo por auténticas y he tenido ocasion de apreciar por mí mis-

mo, porque ellas dan idea de la especie de autoridad que el general Urquiza ejercía en Entre Ríos, y para que mas adelante no haya dificultad en concebir cómo esta poblacion, que excede de cuarenta mil almas pudo concurrir a la formación del ejército aliado, con cerca de nueve mil hombres

El dia 20, pasamos la noche en el Arroyo Negro, a la ceja de un bosque, espesisimo, bajo cuyos frondosos talas y algarrobos, estaban las tropas perfectamente al abrigo de la intemperie Acampamos en este lugar a las once de la mañana para dar descanso a las bestias de tiro, que iban muy fatigadas, a fin que estuviesen al día siguiente con fuerza bastante para pasar el Arrovo Nogoya que teniamos a dos leguas de distancia, y cuyas dificultades eran de todos ponderadas

Aunque el tiempo se mantuvo bueno casi toda la noche, al amanecer del 21 se armo subitamente una tormenta, que muv luego descendio sobre nosotros, en torrentes de lluvia, relampagos y truenos

Marchamos asimismo y llegamos al temible arroyo antes que hubiese recogido bastante agua para detenernos Se peinaron cuanto fue posible sus bordes, que eran pendientes y resbaladizos, se nivelo el piso en algunos puntos con troncos y ramas de arboles, y aunque con alguna lentitud, se verifico el pasaje del tren y de las carretas, sin ninguna novedad El teniente coronel don Mariano Vedia, con su escuadron de artilleria, era el encargado de la ejecución de estos trabajos, que en esa, como en otras ocasiones siempre desempeñó con una actividad y celo muy recomendables

El 22, lloviendo siempre, trabajamos gran parte del dia para salir de los pantanos de la costa, que se ex-

tienden considerablemente en anchura, y fuimos a situarnos a una legua de distancia, en un rincón del mismo arroyo, de muy buenos pastos, seco y abrigado Al mover el campo, se notó la falta de cinco individuos de tropa, que al principio se creyeron extraviados en el bosque pero que luego se conoció que habían desertado En el mismo día se ofició al "Comisionado" del distrito, adjuntandole copias de las filiaciones de los desertores y recomendándole su persecucion y captura

El 25 a las siete de la mañana, llegamos a la Victoria, pequeño pueblo situado a la orilla del arroyo del mismo nombre y allí recibimos los primeros boletines del ejército Segun ellos, varios acontecimientos importantes se habían realizado El día 10 se habían presentado a los acantonamientos del ejercito, un capitan con varios oficiales y trescientos doce hombres de tropa, *boletín Nº 1*, pertenecientes a la division de caballería que mandaba un don Vicente Gonzalez en el ejercito de Rosas, los cuales habian declarado, que toda la division estaba dispuesta a presentarse al ejército aliado así que éste hubiese verificado el pasaje del Parana pero que la indiscreción de algunos compañeros había descubierto el comun intento y reducidolos a los necesidad de salvar los que pudieran

El 17, una división de la escuadra brasilera, al mando del almirante Grenfell, compuesta de los buques a vapor *Alfonso*, *Pedro 2º*, *Recife*, y *don Pedro*, y de los buques de vela, corbetas *Don Francisco* y *Unión* y el bergantín *Caliope*, trayendo a su bordo las tropas brasileras destinadas a hacer parte del ejército libertador, había forzado el paso del Tonelero en el Paraná, a pesar de una fuerte resistencia que le

habían opuesto las fuerzas encargadas de defenderlo Doce piezas de artillería y dos mil infantes, habian sostenido contra la escuadra durante su pasaje, un vivo fuego de cañon y fusileria, en el que arrojaron algunas balas rojas, y al que la escuadra habia contestado con acierto y oportunidad Sin embargo, la pérdida experimentada por las fuerzas brasileras, fue de muy poca consideración sólo tuvieron nueve hombres fuera de combate, seis de ellos muertos y tres heridos, y cuatro balas de cañon embutidas en los cascos de los buques (boletín Nº 2)

Al mismo tiempo el general Urquiza habia anunciado al ejército, en la proclama que sigue, la proximidad de las grandes operaciones, y la seguridad del triunfo de las armas libertadoras

"El Gobernador y el Capitan General de la Provincia de Entre Rios General en Jefe del Ejercito Aliado

"¡Soldados! Bien pronto pisareis las orillas occi-"dentales del Parana proclamando la libertad y la "soberanía de los pueblos argentinos que al oir el eco "de los clarines del ejército grande, despertaran del "letargo, y con entusiasmo os saludarán como a sus "libertadores

"La campaña que vamos a emprender es santa y "gloriosa, porque en ella vamos a decidir de la suerte "de una gran nacion, que veinte años ha gemido bajo "el pesado yugo de la tirania del dictador de los ar-"gentinos y a completar la grande obra de la regene "racion social de la República del Plata, para que de "principio la nueva era de civilizacion, de paz y liber-"tad, y se ciegue para siempre el abismo donde el tira-"no queria sepultar las glorias, el valor y hasta el re "nombre de los argentinos

"¡Soldados! Marcharemos con paso vencedor, por-

"que el poder del tirano es incapaz de oponerse a vues "tro denuedo, porque ese poder no esta fundado en el "amor de sus compatriotas sino en el terror que ha "difundido y en la sangre que ha derramado para "conservar su odiosa tiranía, y hacer que los argenti- "nos lo deifiquen, sacrificando por el su honor, su fa "ma, el recuerdo de sus glorias, la libertad de la Pa "tria y el porvenir de sus familias

"¡Soldados! Poderosos elementos de victoria lleva- "mos con nosotros, porque la alianza americana con "el Brasil y la República Oriental, nos hacen mas "fuertes para combatir al ambicioso gobernador de "Buenos Aires, y porque sus gobiernos que no tienen "más interés que la caída del tirano argentino, nos "brindan con todos los elementos de guerra de que "disponen La República Oriental ya ha colocado en- "tre vosotros a sus aguerridos soldados, y el ilustra "do gobierno del Brasil coopera también, generoso y "noblemente, con su ejército y escuadra, al triunfo "de la libertad argentina que la proclamaréis con la "razon y la sostendreis con vuestras lanzas

"¡Camaradas! Al emprender la gloriosa campaña "contra el malvado Juan Manuel Rosas, no os pido "otra cosa que el ejercicio de las virtudes con que os "habéis granjeado la admiración universal y el respe "to de vuestros enemigos Obediencia a vuestros jefes, "respeto a la propiedad, sufrimientos en las fatigas, "valor en los peligros, generosidad en la victoria y "humanidad para los vencidos

"Si así os comportáis y tenemos que combatir, os "diré bien pronto sobre el campo de batalla

"Viva la heroica Confederacion Argentina

"Viva el ejercito triunfador

Justo José de Urquiza"

No obstante lo que estas noticias impacientaron mi deseo de llegar al Diamante, fuéme forzoso permanecer todo el día a la inmediación del pueblo, para proveerme de algunas herramientas de que carecía absolutamente la division, y que necesitaba con urgencia para los diversos objetos que ocurren en campaña, así como de algunos medicamentos, para el pequeñísimo y mal provisto botiquín que se había entregado en Montevideo a mi cirujano mayor Evacuadas estas diligencias, me puse en marcha al siguiente día 26 con animo de caminar todo lo que pudiese y con la esperanza de hacerlo sin interrupción pues íbamos a tomar el camino de *arriba*, que aunque sin leña y en muchas partes sin agua, no presentaba para la marcha, ninguno de los obstaculos tan frecuentes como el de la costa que hasta entonces habíamos seguido Así que llegamos al Arroyo del Pajonal, distante tres leguas de la Victoria, desde donde debíamos tomar la nueva dirección, mandé acampar los cuerpos para dar lugar a que se nos reuniesen el parque, el hōspital y equipajes, que habiendo tenido que desandar una legua de camino, a causa de un mal paso, se habian quedado atrás Dispuse igualmente que se carneara para dar de comer a la tropa, con prevención de estar pronta para continuar la marcha, inmediatamente después de haber comido

El tiempo habia sido hermoso en la mañana El sol se habia presentado claro, y aunque se veian circular allá en el horizonte, algunas nubecillas, el aspecto del cielo no parecía indicar la cercanía de una tempestad Pero a eso de las tres de la tarde, cuando recién se habian incorporado las carretas, y cuando aún no estaba del todo terminado el rancho de la tropa, las pequeñas y blancas nubes que habiamos visto esparci-

das en el cielo, convertidas de improviso en cárde nos celajes, se dilataron rápidamente por la esfera y descargaron sobre nosotros una furiosa tempestad, que hizo impracticable toda idea de movimiento y nos obligó a pernoctar en aquel campo

La lluvia que fue incesante en la noche continuó al dia siguiente, aumentando su fuerza en razon de su duración El arroyo a cuya margen nos hallábamos se desbordo, y el terreno que ocupábamos que, por otra parte, era lo que llaman un bañado, quedo a las diez de la mañana convertido en un extenso lago Fue necesario trasladar el campo a la cresta de una cuchilla inmediata donde pasamos el resto del dia

El tiempo empezo a despejarse el 28 a las siete de la mañana, pero era absolutamente imposible seguir la marcha a esa misma hora

La tropa no llevaba tiendas de campaña, y aunque habia procurado como siempre, suplir a esa necesidad con ramas de arboles, desde que se vieron los primeros anuncios del mal tiempo, esta precaucion había sido tan inútil, que media hora después de comenzado el huracan, las ramas corrian por el campo impelidas por el viento, y los pobres soldados quedaban a la intemperie, envueltos en sus capotes y esforzándose, aunque en vano, en mantener a cubierto sus fusiles y municiones En el mismo caso que los soldados se hallaron los oficiales

Todo, pues, estaba mojado, y era indispensable destinar algunas horas para secar el vestuario, repasar las armas, renovar las municiones inutilizadas, y remediar, en cuanto fuese dable, los daños sufridos Hecho todo esto, a las cinco de la tarde levantamos el campo

No siendo en adelante entorpecidos por ninguna de las causas que hasta entonces nos habían contrariado, llegamos al Diamante el 30 a las ocho de la noche

En esta última jornada, hicimos cerca de nueve leguas, habiendo partido del arroyo llamado *"Los laureles'* , poco antes de amanecer Como dos horas antes de llegar, me adelanté yo con dos ayudantes, para saber cual era el campo que se me destinaría, y recibir las ordenes que habian de comunicárseme

El coronel Galan, ministro universal del gobernador de Entre Ríos estaba encargado del mando superior de las fuerzas acampadas allí, y el vino en persona a indicarme el punto que la division debia ocupar, se manifestó muy contento de mi incorporacion al ejercito, y me hizo en particular muchos ofrecimientos

La noche era muy oscura, y como ademas la tropa estaba fatigada y necesitaba reposo, mande campar apresuradamente, sin sujecion al orden acostumbrado Una hora después, los soldados rodeaban enormes fogatas que habían encendido con la excelente leña que abunda en aquel lugar, y olvidaban con buenos asados y con chistosas conversaciones, las penurias pasadas y las que aun les restaba que sufrir

A las nueve o diez de la mañana del dia siguiente, vinieron a mi tienda de campaña, los jefes y oficiales de los dos batallones reunidos allí, con sus respectivas bandas de música, y saludaron a la division oriental y a su jefe, felicitandose de poder contar en la proxima campaña con tan buenos compañeros

Estos batallones eran los mismos que habían asediado a Montevideo conservaban todos los oficiales con que nos habian hecho la guerra, y ya puede imaginarse el efecto que harian en el animo de éstos, los

discursos de sus superiores, que eran los únicos que habian sido reemplazados

Más tarde llegó uno de los comisionados a quien yo me habia dirigido solicitando la persecución de los soldados desertores en Nogoya, trayendome tres de ellos, y aunque según las ordenes generales de la division, hubiera debido fusilarlos me limité a imponerles pena de prision, considerando, que luego que pasásemos el Parana, no podrian volver a desertar, aunque lo desearan, y yo podria contar con tres hombres mas

---

CAPITULO III

Ocupacion de la ciudad de Santa Fe y de la Villa del Rosario — Pasaje del Parana — Reflexiones

El Diamante es un pequeño pueblito situado a inmediacion del cabo o promontorio conocido con el nombre de *Punta Gorda*, célebre en casi todas nuestras guerras, por el partido que han sacado de su situación, todas las tropas que lo han ocupado Elevado sobre el nivel del rio, a ciento cincuenta pies por lo menos, ofrece al observador colocado en sus alturas, un agradable y vasto panorama Dilatadas llanuras al occidente, formadas de verdes islas, favorecidas de una vigorosa aunque uniforme y triste vegetación

El caudaloso rio que las riega y fertiliza, obligado hacia el norte por un inmenso conjunto de pequeños islotes, a multiplicar sus corrientes en millares de canales, con los cuales extiende los limites de su anchura, hasta donde puede alcanzar la vista Los mismos raudales hacia el sur concentrados en un solo curso, murmurando sin cesar contra los poseedores de sus orillas, por la indolencia con que miran deslizarse improductivas, sus mansas y abundosas aguas hasta perderse en el océano Y al oriente la campaña entrerriana con sus risueñas colinas, sus amenos prados, sus gigantescas y seculares selvas y su abundante y variada vegetación, ostentando todos los caracteres de una bella aunque inculta naturaleza

El animo se encoge y se entristece al contemplar estas magníficas soledades, virgenes todavia como salieron del caos, sin que la industria humana haya ex-

tendido a ellas su imperio, sin que la mano de la civilizacion haya impreso en ningún sitio, el sello de su grandeza y poderío

Las huellas de los pies de los conquistadores parecen discernirse todavía por doquiera, cual si estuviesen recientemente impresas en la arena, y el ojo del observador se esfuerza en vano por encontrar en el examen de los objetos que le rodean, algún indicio siquiera, de la existencia de las generaciones que siguieron todo es allí naturaleza salvaje y primitiva

A la llegada de la division, el ejército estaba ocupado en el pasaje del río cuya anchura frente al mismo cabo, no excede de quinientas varas, lo que hace facil su travesía aun para los menos diestros nadadores cerca de diez mil hombres estaban ya en la banda occidental Cinco vapores de guerra brasileros, uno oriental varios buquecillos mercantes y tres balsas construidas ex profeso para las cabalgaduras, estaban empleados en aquella operación, y contribuían a acelerarla, centenares de nadadores que daban a la escena del pasaje, un aspecto variado y pintoresco Regimientos enteros de caballería se lanzaban a la corriente en demanda de la orilla opuesta, conduciendo hasta tres caballos cada hombre Muchas canoas, balleneras y lanchas de todas dimensiones, confundidas entre los intrepidos nadadores, iban y venian con hombres, con armas, con caballos y con cuanto podia confiarse a su mas o menos limitada capacidad, auxiliando asi no menos eficazmente que aquéllos, la acción principal de los vapores y demas buques de gran porte Durante las horas del dia, era continuo el trabajo, incesante la agitacion Jamas el silencio normal de aquellos lugares solitarios, habia experimentado tan grande y prolongada perturbacion

Los sucesos se habian precipitado, y he aquí cómo El día 23, la guardia cívica de la Bajada apoyada en un corto número de soldados veteranos, había pasado el Paraná a las órdenes del coronel Francia y desembarcado en el Rincón situado al norte de la misma ciudad, y habiendosele reunido inmediatamente las milicias de caballería de dicho Rincón, se había dirigido sobre la capital de Santa Fe, distante tres o cuatro leguas de aquel punto Juzgaba el coronel Francia que la ciudad le haria resistencia, hallándose en ella el general don Pascual Echague, gobernador de la provincia y uno de los mas capaces y fieles servidores de Rosas, y marchaba como era natural bien preparado en ese concepto, pero al acercarse a la ciudad, vio con agradable sorpresa, que la bandera entrerriana flameaba sobre las torres, y comprendio desde luego, que no habria necesidad de combatir

En efecto, gran parte de la población se apresuró a salir a su encuentro, dando visibles muestras del entusiasmo patriotico que la animaba y el batallon de milicia urbana, con su comandante a la cabeza, salió tambien a ponerse a sus órdenes El general Echague a la noticia de la invasion, no pudiendo tal vez contar con la adhesión de los santafesinos para empeñarse en una retirada militar, se habia puesto en fuga con algunos hombres leales que quisieron acompañarle, y temiendo que el camino que conduce rectamente de Santa Fe a Buenos Aires, estuviese a la sazón interceptado por algunas fuerzas avanzadas del ejército aliado, había tomado el rumbo de la Pampa

El buen exito de la empresa, que se supo en el Diamante el mismo dia, y la excelente disposición que los santafecinos manifestaban a secundar los esfuerzos de los libertadores, persuadieron al general Urquiza de

la necesidad de acelerar su acción, y aunque el ejército no estaba reunido en su totalidad, emprendió inmediatamente el pasaje del río a la cabeza de cuatro mil hombres de caballería, dos batallones de infantería y seis piezas de artillería Atravesó el 24 la grande isla que media entre el Paraná y la costa firme de Santa Fe, y al siguiente día fue a establecer su cuartel general sobre el río Carcaraña

A la noticia de su aproximación, el pueblo del Rosario, siguiendo el ejemplo de la capital de la provincia, se declaró también en favor de las armas libertadoras Varios ciudadanos reunidos en la plaza el día 25 por la mañana, dieron el grito de libertad, victoreando al general Urquiza y al ejército aliado Muchos oficiales y soldados de la milicia urbana de la villa, se agregaron a este pequeño grupo de patriotas, con cuyos sentimientos simpatizaban, y el entusiasmo de que todos estaban animados, se hizo en pocos momentos general Las fuerzas enemigas que ocupaban el departamento, bajo el mando del coronel Santa Coloma, lo habían evacuado, retirándose hacia San Nicolas

De este modo el primer paso del ejército libertador en su cruzada regeneradora, había dado un magnífico resultado Aun no se había derramado una gota de sangre, aun no se había disparado un solo tiro, y ya un eslabón de la pesada cadena con que Rosas tenía aherrojados los pueblos de la infortunada República Argentina, estaba roto[1]

Una de las provincias, con cuyos sacrificios contaba para sostener su amenazado imperio, se había convertido de improviso en vanguardia del ejército aliado, poniendo a disposición del general Urquiza sus recursos y su sangre, y anhelando el honor de ser la pri-

mera en escalar los antemurales del tirano "Todas las "provincias seguiran su ejemplo (decia el boletín del "ejército) si la ceguedad de los satélites del tirano, "no hace necesario que el filo de nuestras espadas, "vaya a romper las cadenas que los oprimen"

Así pensaba el general, y uno de los primeros actos al establecer su campo en el Carcaraña, fue dirigirse a los gobernadores de todas las provincias, avisándoles su marcha sobre Buenos Aires al frente de un numeroso ejército, y excitándolos a coadyuvar de algún modo a la sagrada empresa de la regeneración de los pueblos argentinos Esta circular quedó sin respuesta, como habia quedado la de 1° de mayo, en que el mismo general como gobernador de Entre Rios había desconocido la autoridad despotica de Rosas y anunciado a sus colegas su intento de derrocarlo

La provincia de Cordoba fue la única que dio señales de haber oido estas exhortaciones dirigidas a todos, en nombre de la libertad y de los derechos conculcados de la patria, pero no se crea que lo hizo por medio de ningún acto ostensible de adhesión a los principios proclamados No Mandó un enviado que alcanzó al ejército a poca distancia del Espinillo, con la misión aparente de armonizar su politica a la del general Urquiza, pero cuyo objeto verdadero segun lo confesó el mismo agente, era cerciorarse de la fuerza del ejército aliado que se creía exagerada por la fama, para poder juzgar de las probabilidades de la empresa, y arreglar a ellos su conducta

Cuando el agente vio el ejército, que el mayor general tuvo cuidado de hacerlo conocer, quedó asombrado de su numero, y regreso a Córdoba, seguro al parecer de nuestro triunfo Sin embargo no se volvió a oír hablar de ésta, ni de ninguna otra provincia, hasta

que el eco del cañón de Caseros llevó a todas ellas la noticia de la desaparición del tirano

He aquí la circular a que me he referido

El Gobernador y Capitan General de la Provincia de Entre Rios, etc , etc , etc

Al Exmo Señor Gobernador de la Provincia de

Cuartel general en el Carcaraña, diciembre 26 de 1851

Una serie no interrumpida de acontecimientos felices para la digna causa de las Repúblicas del Plata, y mas que todo, la justicia de la revolución contra Rosas, pronunciada por el pueblo entrerriano el 1º de mayo del corriente año, seguida por el pueblo correntino y por el poder incontrastable de la opinion nacional y de las simpatias americanas, me llevan sin demora al centro mismo de los recursos del tirano

Al frente de un numeroso e invicto ejército de vanguardia, a quien sigue otro no menos grande y denodado de reserva, marcho a buscar al feroz autócrata del Rio de la Plata, resuelto a derrocar su autoridad despótica, removiendo así el único obstáculo para la paz pública y felicidad general

Me asiste la más plena confianza, de que valorando V E en su verdadero carácter el espíritu y tendencias de esta cruzada de civilización y de libertad, contra el enemigo común de todas las glorias americanas armonizará con ella su politica, proporcionando al heroico pueblo que le ha encomendado su suerte, una oportunidad brillante de adquirir los verdaderos títulos de la gloria y de desmentir el equivocado concepto de los extraños, debido exclusivamente al general don Juan Manuel de Rosas

Dios guarde a V E muchos años

Justo José de Urquiza

El 27 avanzó el general sobre el Rosario, ordenando antes al general Virasoro, que había quedado a cargo del ejército en el Diamante, que toda la infantería, el material de guerra y algunos regimientos de caballería que estaban sin caballos, se dirigiesen por agua al Espinillo, punto distante legua y media de aquel pueblo donde tendría lugar la reunion definitiva del ejercito para abrir la campaña

Previnole también que alli encontraría el número de carretas y bueyes suficientes para la conducción de parques, equipajes, etc , objetos a que hasta entonces no se habia provisto, y de que habia absoluta necesidad

Dando al pasaje de las tropas esta nueva dirección, se les ahorraba una marcha larga y penosa por terrenos incultos, escasos de subsistencias y casi impracticables para la artilleria, y lo que es más, se les acercaba en seis horas de navegacion, a diez leguas de las fronteras de Buenos Aires

Virasoro, puso inmediatamente en práctica las órdenes del general en jefe, y todos los buques existentes en el Diamante, comenzaron desde el dia 28 a dirigirse al Espinillo llevando cada uno el mayor numero de hombres que podia contener El movimiento era incesante los vapores iban y venían sin mas retardo que el tiempo indispensable para embarcar o desembarcar su carga Pero a pesar de la actividad del mayor general y de la diligencia de los subalternos encargados de la ejecucion de sus órdenes, la operación se retardó hasta el 8 de enero, porque la mayor parte de los vapores de la escuadra brasilera, tuvieron que bajar el Paraná en los primeros días del mes, y no quedaron para continuar el trasporte sino el "Rio Uruguay",

vapor "Oriental" y algunos barquillos mercantes de muy poca capacidad

La division oriental pasó el día 6 La artillería argentina fue la última

El paso del río por un ejército numeroso, es una de las operaciones mas delicadas que se conocen en la guerra

Un gran general puede hallarse embarazado en ella, y ver retardadas o frustradas las combinaciones que haya formado en la esperanza de realizarla, con tal que su contrario, tenga mediana instrucción, y sepa hacer uso oportuno de los infinitos recursos que el arte sugiere para tales casos, los cuales son tanto más seguros y eficaces, cuanto mas se preste la naturaleza del terreno en que se apliquen a favorecerlos

Los ríos medianos y vadeables, los que tienen puntos permanentes o que pueden admitirlos con facilidad, son obstaculos poderosos, que obligan con frecuencia a los ejércitos a detener su marcha, y a buscar en la eficacia de las estratagemas militares, el único medio de vencerlos, sin exponerse a los azares de un combate en el que el mayor número de probabilidades son contrarias, o a sufrir cuando menos pérdidas considerables

"La fuerza es inútil (dice el gran Federico en las instrucciones que da a sus generales) cuando el enemigo está al otro lado del río que se intenta pasar en este caso es menester acudir a la astucia" Y si esto se verifica con relación a los ríos de segundo orden, ¿cuánto mayor no será la dificultad que presenta el paso de un gran rio, cuando no se puede contar para el, ni con el auxilio de los puentes, ni con el recurso de los ardides, si un enemigo animoso y vigilante se propone disputarlo? Sin embargo, el ejército

aliado había pasado el Paraná, uno de los más anchos y caudalosos ríos de la América del Sur, por el único punto en que le era posible practicarlo, teniendo que pasar a nado, mas de cincuenta mil caballos, y había empleado dieciséis días en esta delicada operación, sin encontrar más obstaculos que los que habían originado las localidades

Si Rosas hubiera conocido la importancia de esta formidable barrera natural, interpuesta entre el ejército libertador y las provincias sujetas a su dominio, y hubiera tenido la capacidad de dirigir en campaña las numerosas fuerzas que tenía a sus órdenes para venir a defenderla, no diré que la invasión no se habría realizado, pero es seguro que al menos, se habría sobremanera dificultado

La provincia de Santa Fe viéndole en su territorio al frente de un gran ejercito, habría dudado de la inminencia de su caída Creyendo ver brillar todavía su estrella habría continuado siendole leal, en tanto que los acontecimientos de la guerra, no hubiesen venido a romper su prestigio y poderío, y el ejército aliado se habría visto privado de este auxiliar poderoso, que tan útilmente influyó en el éxito de sus operaciones La fuerza moral que siempre asistio a Rosas en mayor grado que a otro alguno, pues en la República Argentina le creían infalible, y acaso revestido de un infernal poder, que miraban como incontrastable, la fuerza moral, repito, que siempre le asistió, se hubiera aumentado, y los pueblos comprometidos con su presencia, lejos de pensar en abandonar su causa, habrian hecho, por temor, todos los sacrificios imaginables para sostenerlo Pero Rosas no conocía la conveniencia de una conducta semejante, o no se sentía con inteligencia y valor para ponerla en práctica, y a

trueque de no alejarse del Parque de Palermo, centro misterioso de su terrífica influencia, dejo a Santa Fe abandonada a su propia suerte, y libres e indefensas las riberas del Parana, que el ejército aliado no hubiera debido franquear, sin pérdida de muchas vidas y sin haber consumido algunos millares de cartuchos

---

CAPITULO IV

De la organización del ejército — Del plan de campaña — Preparativos de marcha — Muerte de Aquino — Partida del Espinillo — Del orden de marcha — Del modo de acampar — Algunos detalles sobre las marchas — Pronunciamiento de San Nicolas — Escaramuzas

El 8 de enero ya todo el ejército aliado estaba acampado a lo largo de la costa del Espinillo y a sus inmediaciones, teniendo su vanguardia en el arroyo de Pavón, distante diez leguas de aquel lugar Constaba su fuerza total de veinticuatro mil hombres de todas armas con cuarenta y cinco piezas de batalla, organizados de la manera siguiente

PERTENECIENTES A ENTRE RIOS

Dos batallones de infantería Diez regimientos de caballería Una batería de artillería	8500

PERTENECIENTES A CORRIENTES

Dos batallones de infantería Seis regimientos de caballería Un escuadrón de artillería	5500

PERTENECIENTES A BUENOS AIRES

Cuatro batallones de infantería Cinco regimientos de caballería Dos escuadrones de artillería	.. 4500

PERTENECIENTES A SANTA FE

Ocho escuadrones de caballería	800

PERTENECIENTES AL BRASIL

Seis batallones de infantería Un regimiento de caballería Un regimiento de artillería	3000

PERTENECIENTES AL URUGUAY

Cuatro batallones de infantería Un escuadrón de artillería Un piquete de caballería	1700
TOTAL	24000

De todas estas fuerzas se formaron nueve divisiones, a saber

Seis de caballería a las órdenes del general La Madrid, Lopez (don Juan Pablo), Medina y Abalos, coroneles Urdinarrain y Galarza

Tres de infantería, la Imperial, la Argentina y la Oriental con sus respectivos trenes, a las órdenes del brigadier don Manuel Marquez de Souza, coroneles don Miguel Galán y don César Diaz

El regimiento de caballería perteneciente a la division brasilera, formaba parte de la división La Madrid

VANGUARDIA

Las divisiones La Madrid, López, Medina y Galarza, con los dos batallones correntinos y una batería de artillería, componían la vanguardia del ejército, mandada personalmente por el general en jefe Constaba de diez mil hombres

CUERPO DE BATALLA

Las divisiones Urdinarrain, Abalos, Márquez, Galán y Díaz, componían el cuerpo de batalla mandado por el gobernador de la provincia de Corrientes y el mayor general del ejército don Benjamín Virasoro Constaba de catorce mil hombres

El ejército no tenía Estado Mayor General Los jefes de división recibían directamente las órdenes del general en jefe en la vanguardia, y del mayor general en el cuerpo principal del ejército

No había cuerpo de ingenieros, ni oficiales ni tropa ninguna especialmente destinada a los objetos de este instituto

No había maestranza, ni fraguas de campaña, excepto una que pertenecía a la division imperial

No había hospitales, ni cuerpo de sanidad militar

Las divisiones oriental y brasilera tenían sus ambulancias botiquines y cirujanos, y a ellos acudían en los casos de necesidad urgente, todos los demás cuerpos que estaban privados de estos beneficios

DEL MINISTERIO DE HACIENDA

No había intendente, ni tesorero, ni comisarios ordenadores y de guerra, ni proveedor general de víveres, ni director de hospitales, etc

DEL MINISTERIO DE JUSTICIA

No había auditor general

Tal era la organización militar y administrativa del gran ejército aliado de Sud America Veremos ahora cuál fue su plan de campaña

Efectuado el pasaje del Paraná con la facilidad que hemos visto, y reunido el ejército en el Espinillo nuestra base militar debio establecerse sobre el mismo río, puesto que a lo largo de él, contábamos con varias poblaciones de fácil fortificación, y que ademas podia ser apoyada por las fuerzas navales del imperio El Rosario, San Nicolas, San Pedro pueblos todos litorales, podían convertirse en plazas fuertes destinadas a encerrar nuestros depósitos de víveres, de municiones, pertrechos de guerra y enfermos, nuestros talleres de recomposicion de trenes, atalajes, carros y armas de todas clases, a mantener la comunicacion del ejercito con las fuerzas navales aliadas y con el ejército de reserva estacionado en la banda oriental del Río de la Plata, y finalmente a asegurar nuestra retirada en el caso posible de un desastre

Elegida y asegurada la base indicada, el ejército podia maniobrar sobre una linea de operaciones paralela a ella, con la ventaja que rara vez se proporciona, de avanzar siempre en contacto con la armada y con la facilidad por consiguiente de ejecutar movimientos rapidos, por medio de los vapores, transportando infanteria y cañones en un espacio dado, a cualquier punto, ya para atacarlo y sorprenderlo, ya para impedir que el enemigo lo ocupase y defendiese, y ya por último, para tener a este en continua alarma, desembarcando o intentando desembarcar en diversos lugares y amenazandole sin cesar por su flanco y retaguardia

La conveniencia y precision de un plan semejante, estaban al alcance de las simples nociones estrategicas, especialmente en lo que se refiere a la linea de operaciones que debia adoptarse, pues sobre este particular, no hubiera debido haber la menor duda Los más sa-

bios y experimentados militares, reconocen como un principio, que cuando un ejército pierde su base de operaciones, está perdido sin remedio, y por eso recomiendan a los generales, que eviten con el mayor cuidado este accidente

"Jamas se debe ocupar una posición ni emprender "un movimiento, sin conciliar con el fin principal de "la operación, en uno u otro caso estos objetos que el "país situado a la espalda, quede al abrigo de la ac- "ción del contrario y que la base militar en que están "establecidos los almacenes, y las comunicaciones con "la espalda, queden cubiertas, así como la linea adop- "tada por el ejercito para llegar desde la base al punto "que constituye el objeto de sus operaciones Este es "un principio del que nunca es permitido separarse y "sobre el cual reposa esencialmente la estrategia" (Principios de estrategia del general Jomini — Capítulo 1º, Seccion 2ª)

Pero el general Urquiza confiando mas, según parece, en sus medios poderosos de acción, en la excelencia de la causa por la que iba a combatir, y acaso también en su propia fortuna que en la solidez de estos principios hizo abstraccion de ellos, y a trueque de procurarse buenos pastos y aguadas frecuentes para sus numerosas caballadas cosas ambas escasas en verdad en el camino de la costa se interno en la provincia de Buenos Aires por la frontera del Oeste, describiendo un arco de circunferencia poco menor que un semicirculo en torno de aquella ciudad objeto capital de la campaña, se desvió de la costa del Paraná se desligó de sus aliados y de su base, y quedo muchos días aislado en medio de la pampa sin comunicación posible con ninguno de los centros de sus recursos.

Verdad es, que por este movimiento, el ejército quedaba interpuesto entre Buenos Aires y las provincias del interior, de quienes Rosas esperaba algunos auxilios, pero habiendo quedado, por otra parte descubierta e indefensa toda la superficie comprendida entre el derrotero del ejército y la costa, y no habiendo por el oeste plazas fuertes ni puntos estrategicos de que pudiéramos servirnos para cubrir el pais por nuestra retaguardia, de nada podía servir aquella interposición

Es probable que el general Urquiza, al adoptar esta peligrosa linea de operaciones, contó tambien con la inexperiencia o incapacidad militar de su contrario, con la impericia de las tropas que debian oponérsele, y con la supuesta predisposición de la provincia de Buenos Aires a cooperar a su empresa, pero tales conceptos, por mas que se considerasen bien fundados, no debieron, a mi juicio, autorizar omisiones voluntarias en la aplicación de las reglas estratégicas, pues estas omisiones, rara vez dejan de pagarse con mengua de la reputacion del que las comete y con gravísimo perjuicio de los intereses que defiende y representa

Un enemigo inteligente y experimentado en los recursos de la guerra defensiva hubiera podido convertir en provecho suyo, las faltas en que nosotros habiamos incurrido, pero Rosas que no estaba en ese caso, no supo sacar partido de ellas Sus disposiciones se redujeron a talar la campaña y barrerla en todas direcciones de los elementos de movilidad que pudieran sernos útiles, y a evitar todo encuentro, todo choque parcial que comprometiese la fortuna de sus armas y debilitase la confianza que sus adictos cifraban en los recursos de su genio Queria terminar la guerra en una batalla campal a las puertas de Buenos Aires, y

reconcentió allí todas sus fuerzas abandonando sus fronteras y permitiendo al ejército aliado, internarse libremente al corazon de su territorio

En la tarde del 10 se había anunciado que el ejército marcharia al dia siguiente, y desde el amanecer del 11, reinaba en todo el campo, aquella agitación de que van siempre acompañadas las horas que preceden al momento de la partida Todo el mundo estaba en movimiento Se limpiaban las armas, se revistaban los batallones, se recorrían los trenes, se alistaban las carretas destinadas a la conducción de parques y equipajes, y tanto los oficiales como los soldados, rivalizaban en actividad, mostrando el mayor empeño en el cumplimiento de sus respectivas obligaciones, y el más vivo deseo de que la señal de marcha, no viniese a encontrarlos desprevenidos

El contento causado por la idea de dar principio a las operaciones decisivas de la campaña, era general en el ejército, asi es que en todos los semblantes se veian brillar el entusiasmo y la satisfacción Repentinamente una noticia desgraciada vino a contristar los ánimos Súpose, a eso de medio dia, que el regimiento del coronel Aquino se habia sublevado, asesinando a sus jefes y a varios oficiales

Aquino mandaba uno de los regimientos del ejército de Rosas que el general Urquiza había tomado en Montevideo

La necesidad de consultar el buen pasto para los caballos y la comodidad para los ejercicios doctrinales, habían inducido al coronel, a solicitar el permiso de acampar su regimiento, a legua y media del Espinillo, en un sitio apartado y solitario, que reunía en su concepto aquellas ventajas Algunos amigos suyos le insinuaron la imprudencia que veían en semejante

resolución, representandole el natural recelo y desconfianza que debían infundirle unos soldados, que por mas de catorce años habían servido lealmente a Rosas, y que si ahora venían a combatir contra el, era en virtud de causas que ellos no habían podido evitar que esos soldados tenían todavía a su cabeza sus antiguos oficiales, los mismos a cuyas órdenes habían hecho largas campañas bajo la bandera federal, y que a pesar de algunas mentidas demostraciones de adhesion a la causa de la libertad, que contra su voluntad habían abrazado, dejaban traslucir hasta en sus palabras su espíritu obstinado y contumaz, en favor del caudillo a quien toda su vida habían estado consagrados Pero el coronel Aquino a quien arrastraba sin duda la influencia fatal de su destino, miró como hijas de un temor pueril, estas juiciosas advertencias, y sin dar a sus soldados el tiempo de juzgar por sí mismos de los poderosos elementos de la alianza, pues hasta entonces jamas habían visto el ejército reunido, favoreció sus secretos y criminales intentos, persistiendo en la idea de aislarse Así que obtuvo el permiso que había solicitado, fue a fijarse en el punto que de antemano había elegido, y en el que debía hallar una temprana y triste muerte

He aquí lo que había acontecido

El mayor don Carlos de Terrada y el capitan don Carlos Forest, agregados ambos al regimiento y muy estrechos amigos del coronel Aquino, vinieron la tarde del 10 al campamento del Espinillo, con el objeto de visitar a algunos compañeros, y así que llegaron a él se separaron, quedando convenidos de reunirse a las seis de la tarde en la tienda del coronel Piran para regresar juntos Cuando llego la hora señalada, acudió Terrada al punto de reunión y no encontró a Forest,

le esperó cerca de una hora y viendo que no aparecía y que nadie le daba noticia de él, se apresuró a volverse al campo, imaginando que aquél ya lo habría verificado Forest por su parte, no pudo ser tan puntual como Terrada El teniente coronel Mitre, que deseaba ir a pasar la noche con Aquino, de quien también era amigo, le había pedido que lo esperase, y con ese motivo se había demorado Cuando llegó a la tienda de Pirán, Terrada ya había partido Tomó entonces la dirección del campamento, acompañado de Mitre y seguido de un soldado Caminaron por algún tiempo entretenidos con el asunto de la conversacion que entablaron, sin fijarse deliberadamente, en los objetos que de ordinario servían como puntos de direccion para ir al campamento pues que no había ruta ninguna señalada, y cuando creyeron haber andado lo bastante para llegar a su destino, como no percibian voces humanas, ni relinchos de caballos, ni ninguna señal indicativa de la proximidad del campo, empezaron a recelar que se habían extraviado Detuvieron sus cabalgaduras para reconocer el paraje en que se hallaban, y después de un ligero examen, comprendieron que estaban perdidos habían seguido por más de media hora una falsa senda, que les había alejado considerablemente del punto a que se encaminaban Se acercaron entonces a un rancho en que se veía brillar una luz a corta distancia, y encontraron en él una mujer que les indicó la dirección en que estaba el regimiento

"Extraña ocurrencia es ésta", dijo Forest a Mitre, volviendo las riendas de su caballo hacia el rumbo indicado por la mujer, "cien veces he hecho este camino desde que estamos acampados por aqui, y nunca me he perdido". ¡Qué lejos estaba de imaginar, al decir

estas palabras, la horrible escena que pasaba, durante su momentáneo desvío, en el sitio que buscaba! Si él y su compañero hubieran podido adivinarlo, habrían dado gracias a la providencia por la visible protección que les había dispensado, reconociendo su mano poderosa en la engañosa senda que los había alucinado y confundido Pero ellos sólo vieron en aquella circunstancia, una consecuencia muy natural, del descuido e imprecaucion con que habían caminado, y la necesidad de ser más atentos y avisados para recorrer el trecho de camino que les faltaba

Las señas de la mujer eran exactas Arreglandose a ellas, al cabo de media hora de marcha, descubrieron nuestros perdidos viajeros, las tiendas de campaña del regimiento, y muy luego estuvieron en el campamento Llegaron a el por uno de sus extremos y desviandose un poco hacia el lado de retaguardia siguieron al extremo opuesto, donde estaba situada la carpa del coronel Eran las nueve de la noche Reinaba en todo el campo un silencio sepulcral, y no se veía un solo caballo atado en parte alguna Estas circunstancias que hubieran bastado para prevenir el animo de cualquiera que hubiera visto alguna vez un campamento de caballeria, no hicieron impresión alguna a Mitre ni a Forest, porque no pusieron atención en ellas El único objeto en que se fijaron, fue en una carreta situada al frente del campo en la que habia luz a favor de la cual alcanzaron a distinguir un hombre y una mujer

Caminando así, en esta especie de abstracción de los sentidos, hicieron al fin alto en la puerta de la carpa del coronel No había en ella luz ninguna, y por la parte exterior, en uno de sus lados se veía un cuerpo tendido, que la oscuridad de la noche no per-

mitió reconocer a la primera inspección, y que supusieron ser el de algún soldado que dormía Sin embargo, una impresión triste, aunque vaga e indefinida, domino sus espíritus en aquel momento Hicieron desmontar al soldado que les acompañaba para examinar el cuerpo que tenían a la vista, y al mismo tiempo que el soldado, después de un ligero reconocimiento les decia "es el cadaver del coronel Aquino", oyeron salir una voz de un pajonal inmediato, llamando cautelosamente a Forest Aunque sobrecogidos del natural temor que debia infundirles el anuncio fatídico del soldado, y el silencio y lugubre aspecto, que recién entonces ofrecía a sus ojos todo aquel campo, acudieron al lugar de donde habia salido la voz y con no menos sorpresa que la que acababan de experimentar ante el cadaver del coronel encontraron al mayor Terrada con los brazos atados y oculto entre las pajas

Por el supieron que el regimiento se habia sublevado, y que después de haber asesinado al coronel Aquino en el mismo lugar en que se encontraba su cadaver, al teniente coronel Aguilar y a varios otros oficiales en sus alojamientos respectivos, se había puesto en marcha tomando al parecer la dirección de la pampa Terrada acababa de llegar del Espinillo y estaba en conversación con Aquino en su misma tienda, cuando la sublevación tuvo lugar

Oyeron un tropel y Aquino dijo "es disparada de caballos", se asomo a la puerta de la tienda para cerciorarse de ello, y cayó atravesado de un lanzazo Terrada hubo de morir tambien

Uno de aquellos asesinos le había derribado y puéstole el cuchillo al cuello, pero el soldado que le servia de asistente y que le había cobrado aficion logró salvarle la vida y hacerlo refugiar en el pajonal.

La noticia del suceso llegó a conocimiento del general en jefe de la vanguardia, a las dos de la mañana del siguiente dia, y segun contaban varias personas empleadas en su cuartel general la habia recibido con absoluta indiferencia "Esto es como las olas del mar, habia dicho, que unas vienen y otras van Ayer se me han presentado trescientos pasados enemigos [a] Lo que ahora importa es acelerar las operaciones"

No hizo la misma impresion en el ejército Casi todos los hombres veían en este desgraciado acontecimiento, un grave motivo de disgusto y de inquietud, y algunos llegaban a considerarlo como el precursor de nuevos y mas grandes males No sólo había que lamentar la perdida del coronel Aquino en cuyo merito fundaban sus amigos, grandes esperanzas para la causa de la libertad argentina, ni la desmembracion que el ejército había sufrido con la deserción de un regimiento, sino el efecto moral que debía producir este ejemplo inaudito de adhesión al mas execrable de los tiranos Era indudable que el regimiento rebelde iba a reunirse al ejercito enemigo que Rosas cuidaria de exagerar a los ojos de sus soldados, las consecuencias probables de este hecho, por si solo harto grave y trascendental que ponderaría la confianza que debian cifrar en los demás cuerpos de Buenos Aires que seguian al ejército libertador, los cuales no tardarian en imitar la conducta de aquél, y el poco temor que debía infundirles una invasión ejecutada con unas tropas, cuyos primeros pasos en el teatro de las operaciones eran marcados por un acto tan significativo de desmo-

(a) Estos trescientos pasados, fue una ficción del general para neutralizar el efecto de la noticia de la sublevacion (Nota del autor)

ralización y desconcierto, y de este modo, el prestigio de su poder, que se había sensiblemente debilitado con el resultado de la guerra de la Banda Oriental, adquiriría nueva fuerza, y daría a sus inexpertos soldados, el temple moral que les faltaba

Por otra parte era general entre nosotros la desconfianza hacia los regimientos que habían sido de Rosas El general Urquiza no había querido alterar su organización

Al recibirlos del general Oribe, en Montevideo, se había limitado a reemplazar a algunos de los jefes superiores, que rehusaron continuar en su servicio, dejando en todos ellos los mismos oficiales y clases inferiores, con que por tantos años habían combatido en favor de Rosas

Se temía que estas tropas, ligadas por una serie dilatada de prósperos sucesos a la suerte del tirano, cuya imagen se representaba siempre rodeada de colosal prestigio, aprovecharían el primer momento propicio que se les presentase para ir a engrosar las filas de aquél, causando a las nuestras la mala impresión que de ordinario producen las deserciones numerosas, y desde que estos recelos comenzaron a verse tan cruelmente justificados, adquirieron como era natural, nuevo incremento

El 11 al medio día, los cadáveres de Aquino y demas oficiales, muertos con él, fueron trasladados al pueblo de San Lorenzo para darles sepultura, y el mismo dia a las cuatro de la tarde se pusieron en movimiento algunos de los cuerpos del ejército, no habiendo podido hacerlo todos a la vez por no haberse hasta entonces provisto del número de bestias que necesitaban

La división Oriental, la división Abalos y la escolta del Mayor General, marcharon hasta la *Estancia del Estado*, distante cuatro leguas del Espinillo

El 13 se incorporaron las divisiones Galan y Urdinarrain, y aunque quedaban todavía atrás la división brasilera y la artillería argentina, hicimos el 14 una pequeña jornada

El 15 a la tarde, reunidas que fueron estas fuerzas, el ejercito en masa rompió su movimiento, en el siguiente orden de marcha, que era el que debía observar y que en efecto observó invariablemente en lo sucesivo

Dividiose en cinco columnas sobre un frente de legua y media por lo menos Ocupaban el centro las divisiones de infantería argentina, oriental y brasilera, en el orden en que van nombrados, la caballería de Urdinarrain a la derecha y la del general Abalos a la izquierda Los trenes, parques, comisarias y bagajes, seguian en pos de cada una de las divisiones de infanteria a que respectivamente pertenecían

Venían después muchas carretas de vivanderos, marchando cada cual por donde mejor le parecía La división de infantería argentina que ocupaba la derecha del centro, era la columna de direccion, pero los baqueanos o guias, hacían parte de la comitiva del Mayor General, que marchaba siempre a quinientos o seiscientos pasos al frente de dicha columna, seguido de su escolta y de varios carruajes que contenían su equipaje y provisiones Los flancos del ejército iban cubiertos por gruesas partidas de tiradores destacadas de las columnas laterales a distancias convenientes, más por la parte del frente se omitia toda precaución, tal vez porque se consideraba innecesaria, desde que éramos precedidos de una vanguardia poderosa, no obs-

tante que ésta distaba ordinariamente cinco y aun seis leguas de nosotros

Salvo ciertas pequeñas irregularidades, este orden de marcha era bastante conforme a los preceptos estratégicos, pues podía convertirse instantáneamente en orden de batalla.

Nuestras columnas, que se multiplicaban en las alas siempre que el terreno lo permitía, eran de poco fondo, y podían en caso necesario, ejecutar rápidos y fáciles despliegues

La regla es "marchar según se ha de combatir", y a este respecto no había nada que notar

Pero no sucedía lo mismo en cuanto al modo de campar La situación y direccion de los arroyos y lagunas, determinaban la situación y el orden de los campamentos, casi siempre con absoluta prescindencia de las reglas de castramentación Unas veces formábamos en línea y a grandes intervalos sobre la margen de un arroyo o una cañada, dando frente a cualquiera de los flancos, otras rodeábamos una laguna, quedando con el frente a retaguardia, y sólo en muy raros casos quedábamos en orden natural Sobre este particular, la violación de los principios, justo es decirlo, era hasta cierto punto impuesta por la escasez del agua, y por la necesidad suprema de beber y dar de beber a millones de animales, pero incurriase también en otros defectillos que no tenian justificación

Desde que el ejército acampaba, cada jefe de división proveía arbitrariamente el servicio que juzgaba conveniente, en el terreno que ocupaba y a la hora que le parecia, sin sujeción a ninguna regla comun No habia sistema de señales cada división tenía las suyas particulares, según su régimen interior establecido, y para todas las funciones generales del ejército, los avi-

sos se comunicaban por medio de ayudantes, o unos cuerpos hacían lo que veían hacer a otros No había órdenes generales no había santo, ni obligacion por consiguiente de recibir los grupos o partidas que pudieran introducirse en el campo, si esa obligacion no se la imponía a si mismo, cada jefe de cuerpo por su propia seguridad No había en suma, ninguna de las prácticas que la experiencia de la guerra ha establecido, y que las ordenanzas militares han consagrado para el servicio de campaña

Desde las primeras jornadas ya pudimos echar de ver, a cuantas privaciones y fatigas íbamos a vernos expuestos Una seca espantosa reinaba en el país Hacía dos años, que había agostado los campos y desecado los bañados y lagunas

Enjambres de langostas inundaban los prados, aniquilando o destruyendo las escasas yerbas que la fuerza del sol no había marchitado Vastos y espesos bosques de cardos secos e inflamables como la polvora, ardían de continuo en voraces incendios que se propagaban con admirable rapidez en largas distancias, y completaban el cuadro de tristeza y desolación que por todas partes ofrecía el aspecto de la campaña, su escasez de ganados y su casi absoluta despoblación

El ejercito caminaba de ordinario entre columnas de fuego, entre nubes de polvo y sobre montones de ceniza ardiente, teniendo frecuentemente que inclinarse ya a la derecha ya a la izquierda de los caminos, para evitar el contacto de las llamas

La respiración era difícil en aquellas rutas volcanicas, ceñidas en sus orillas por bosques de fuego, y en el curso de las marchas, al cabo de seis o siete leguas de camino, muchos soldados de infantería, caían como muertos a influjo del cansancio y la sofocación Fe-

lizmente desde mediados de diciembre había empezado a llover, y aunque no había sido tanto, como para hacer reverdecer los campos, se habían formado pequeños depositos de agua en las viejas y secas lagunas, que aunque cenagosas y enfermizas, servian maravillosamente para consuelo y refrigerio de los hombres y las bestias, en dias de largas y penosas jornadas

Siempre que era posible marchábamos dos veces al dia, de las tres y media a las diez u once de la mañana, y de las tres o cuatro de la tarde hasta el anochecer, pero cuando no se podia hacer esta division, por falta de agua, a distancias moderadas, haciamos una sola jornada, que empezaba al amanecer y terminaba a las dos o tres de la tarde En uno y otro caso, desde que el ejercito se ponía en movimiento marchaba sin interrupcion hasta el punto en que debia acampar No había paradas de descanso, siendo como son indispensables para la infantería, ni habia tampoco lugar en los carruajes para recoger los soldados que se cansaban, de modo que aquellos cuerpos que no estaban acostumbrados a la fatiga de las marchas, dejaban en el camino muchos hombres rezagados que, arrastrandose como podian, se reunian al ejercito dos o tres horas después de estar acampado La division brasilera perdio así muchos soldados de sus compañias de alemanes, hombres que a pesar de la fama que se les atribuye, de ser muy adecuados para la guerra, mostraron en aquella campaña, no tener constancia en las fatigas que como lo ha dicho el gran capitan del siglo, es la primera calidad del soldado

Cumple aqui decir, en honor de los soldados de la división oriental, que sin estar habituados a hacer largas jornadas, se distinguieron en todas las marchas

por su sufrimiento, agilidad y buen orden Aunque cargados con el peso de la mochila y el capote, que no llevaban los soldados argentinos, jamás tuvo el ejército que detenerse por su causa, al paso que ellos se adelantaban con frecuencia de los demás cuerpos, no obstante haberse movido juntos del punto de partida, y tenían de tiempo en tiempo que hacer alto para esperar a que aquéllos se pusieran a su altura Nadie se separaba de la columna, y aunque devorados los hombres por la sed, pasaban muchas veces a dos varas de una fuente sin atreverse a dar un paso fuera de la fila para proveer de agua sus caramañolas Las órdenes que yo había dado a este respecto, eran muy severas, y tuve siempre la satisfacción de verlas fielmente cumplidas

La división marchaba encajonada, en profundo silencio y perfecta formación, y por mas que las jornadas fuesen dilatadas y violentas nadie podrá decir que vio jamás un solo rezagado de ella a retaguardia

Después de seis dias de marcha, aunque no continua, como se ha visto, por haber tenido que demorarnos en algunos puntos para esperar a los cuerpos que retardaron su salida del Espinillo, llegamos al Arroyo del Medio, que es el límite de Santa Fe el 17 a las dos de la tarde

Allí supimos varios sucesos que habian ocurrido en la vanguardia El pueblo de San Nicolás, que se habia declarado el día ocho contra el poder de Rosas, había tenido que pasar por un pequeño conflicto de armas, del que había salido airoso Como hasta esa fecha las fuerzas aliadas no habian llegado a distancia conveniente para protegerlo, los vecinos se reunieron para acordar entre ellos las medidas que conviniese tomar para su defensa

Lo primero que hicieron, fue pensar en darse un jefe que se encargase de dirigirlos y mandarlos, y la elección recayó unánimemente en don Hipólito Quiroga, un antiguo oficial avecindado en el mismo pueblo. Quiroga procedió sin demora a los arreglos militares que juzgó necesarios.

Distribuyó al vecindario todas las armas y municiones que pudo proporcionarse; y, dividido en secciones, los destinó a guarnecer varios cantones alrededor de la plaza. Reunió también unos ochenta hombres de caballería que puso bajo el mando de un capitán, para el servicio de patrullas, descubiertas, etc., y tomó varias otras disposiciones muy acertadas, cuidando antes de todo, de enviar un propio al general Urquiza informándole de lo ocurrido.

Hasta el día 13 a la noche, no hubo ninguna novedad; la fuerza más próxima del enemigo, se hallaba en ese día, según los informes de los espías, en las chacras de Pinedo, lugar distante de San Nicolás, de diez a doce leguas; pero el 14 por la mañana se presentó sobre el pueblo, una columna de mil y tantos hombres, mandada por los coroneles Sosa y Cortinas aparentando la intención de hostilizarlo seriamente. Fue casi una sorpresa. La descubierta se había hecho al amanecer sin novedad, y los vecinos se acababan de retirar de los cantones en que habían pasado la noche, para tomar algún descanso, cuando la señal de alarma anunció la inminencia del peligro. Aún no habían vuelto todos a ocupar sus puestos, y ya dos escuadrones enemigos entraban por las calles con gran aparato y vocería.

Se trabó entonces un fuerte tiroteo, que sostenido por parte del pueblo con valor y serenidad, obligó a los agresores a renunciar a su intento de ocuparlo.

La única desgracia que hubo que lamentar entre los defensores de San Nicolás, fue la del ciudadano don Abdón Rademil, que recibió una herida de bala y otra de sable, aunque ninguna de las dos mortales.

Cuando esto sucedía, el coronel don José A. Virasoro que venía a socorrer al pueblo, enviado por el general Urquiza, se hallaba a media jornada de distancia.

Por más que aceleró su marcha, no pudo llegar a tiempo de favorecerlo en el conflicto; pero en la tarde del mismo día, alcanzó en el Oratorio de Ramallo a la columna que lo había atacado, que se retiraba para Buenos Aires, y la dispersó completamente, con pérdida de cinco soldados muertos y porción de caballos ensillados. A la madrugada del siguiente día 15, una guardia de veintisiete hombres de la misma columna, que había sido situada sobre un flanco en la tarde del día anterior, no habiéndose apercibido de la derrota de aquélla, fue fácilmente sorprendida, entregándose prisioneros todos los individuos que la componían.

Varios otros pequeños encuentros habían tenido lugar en distintos puntos, siempre favorables a nuestras armas. Los soldados de Rosas huían o se retiraban por todas partes a la presencia de nuestros escuadrones; y a la vista de estos ejemplos, el ejército aliado, que tenía ya la conciencia de su superioridad sobre el contrario, comenzaba a persuadirse de que no iba a encontrar con quien pelear.

CAPITULO V

Pasa el ejército el Arroyo del Medio. — Falta de régimen en la provisión de víveres. — La Pampa — Combate de la Loma Negra. — El Pergamino — La Guardia de Luján.

El ejército pasó el Arroyo del Medio el día 19 antes de amanecer, habiéndolo verificado, desde la tarde antes, todos los trenes y carretas, pues este arroyo, como todos los de la banda occidental, no es practicable sino en determinados lugares y requiere mucha precaución por ser fangoso en extremo.

Al pisar el territorio de Buenos Aires. los cuerpos argentinos lo saludaron con entusiasmo, especialmente aquellos que pertenecían a la provincia, y que habían estado ausentes de ella, cerca de once años. Cuando salió el sol desplegaron sus banderas, dieron vivas a la libertad y al ejército libertador, y acompañaron estas otras demostraciones, con el himno nacional, dianas y marchas guerreras que entonaron sus músicas y tambores. Algunos soldados, en el exceso de la satisfacción que experimentaban, con la idea de abrazar muy pronto a sus padres, mujeres o hijos, después de una tan larga separación, besaban la tierra, acariciaban las yerbas y exclamaban con sentida voz: "esta es nuestra patria; al fin volvemos a verla para no dejarla jamás".

Los demás cuerpos marchaban silenciosos, viendo unos, en estas demostraciones de los antiguos servidores del tirano, la prueba de su adhesión a la nueva

causa a que servían, y desconfiando otros de su sinceridad.

Después de seis horas de marcha, por medio de campos sembrados de malezas y cardales, se detuvo el ejército para comer y descansar. La campaña despoblada de haciendas, comenzaba a ofrecer dificultades para proveer a la subsistencia de tanta gente. Dos escuadrones que se destinaron con la anticipación conveniente, a reunir el ganado necesario para el abasto del día, después de recorrer una gran extensión de terreno, volvieron a la una de la tarde con una pequeña tropa, compuesta en su mayor parte de toros, que habían logrado juntar arriando con inmenso trabajo, pequeñas cuadrillas de ocho, diez y aun menor número de animales. La distribución se hizo con toda la prisa posible; pero nunca pudo ser tanta, que la orden para ponernos de nuevo en movimiento, no viniese a encontrar algunos cuerpos, ocupados todavía en la operación de carnear, viéndose por consecuencia obligados a abandonar las reses después de muertas y desolladas, o a aumentar la carga del soldado, harto gravosa ya por el peso de sus armas y mochila, con el pedazo de carne que había de servirle de alimento. La división oriental hallóse en este caso, y no era la vez primera que le sucedía. La falta absoluta de régimen en la provisión de la carne, que era el único ramo de subsistencia del ejército, y el no haber ninguna persona especialmente encargada de dirigirla, daba lugar a continuas omisiones y descuidos. Solía suceder, que algunas divisiones pasaban un día sin comer, mientras otras recibían de una sola vez, mucho más de la que necesitaban para su consumo. Aunque este era un mal general, la División Oriental estaba más que otra alguna sujeta a padecerlo.

Como no tenía cuerpo ninguno de caballería que le perteneciera, érale forzoso esperar el auxilio de los escuadrones encargados de la distribución del ganado, que unas veces eran correntinos y otras santafecinos o entrerrianos, para hacer su carneada; y cuando no podía contar con ese auxilio porque el oficial que mandaba aquella tropa, se excusase de prestarlo, como solía acontecer, pretextando tener que ocuparse de algún otro servicio, o por cualquiera otra circunstancia, tenía que salir de la dificultad con ocho o diez hombres mal montados de mi pequeña escolta, y algunos oficiales diligentes y activos que se presentaban voluntariamente al impropio servicio de rodear, con los soldados, el ganado.

Por la tarde nos internamos en la pampa, en aquella planicie inconmensurable, que como el desierto del Sahara y a diferencia de la superficie, pudiera llamarse *mar sin agua*. Su triste monotonía, su naturaleza inculta y primitiva, la ausencia total de todo ser viviente en sus regiones solitarias; la altura, la fuerza y la uniformidad del pasto, único producto de su vegetación espontánea, eran otros tantos objetos de contemplación, que embargaban nuestros sentidos, haciéndonos olvidar la duración de la marcha, el cansancio y la fatiga. Dentro del vasto horizonte que describía en rededor de nosotros, todo el alcance de nuestra vista, sólo era interrumpida la llanura por las negras masas que formaban nuestras columnas, marchando paralelamente sobre una extensa línea, desde cuyo centro parecía que los extremos iban tocando al cielo. A medida que nos adelantábamos, el horizonte se ensanchaba a nuestro frente, cual si nos hubiéramos engolfado en un mar sin término. El ejército caminaba sobre las frescas huellas que había dejado impresas

la vanguardia, en su tránsito reciente por el mismo campo; pues en aquellos espacios dilatados, no hay ruta, ni senda, ni arbustos, ni piedras, ni arroyos, ni señal alguna que pueda servir de guía al caminante. Admiro a este respecto el tino de nuestros baqueanos. Colocados en medio de un gran océano, porque tal es la pampa, sin observaciones, sin brújula y sin desigualdades en la tierra o en la vegetación, que le sirvan de norma para asegurar su rumbo, conducen a un ejército o a un viajero, a la luz del sol o en las tinieblas de la noche, rectamente a su objeto sin ninguna equivocación, sin el menor desvío.

Era ya entrada la noche cuando llegamos a las puntas del arroyo del Pergamino, donde debíamos pernoctar. La jornada del día había sido buena: habíamos atravesado el espacio comprendido entre el Arroyo del Medio y este último sin accidente de ninguna clase, mientras que en la vanguardia había tenido lugar un nuevo y favorable ensayo de nuestras armas.

El general don Juan Pablo López, jefe de la 5ª división de caballería, en cumplimiento de orden del general en jefe, se hallaba acampado el 18 al medio día en el arroyo Dulce, formando la extrema derecha de la vanguardia y como a tres leguas distante del campo principal de ésta. Supo allí por un antiguo sirviente suyo, salido del vecino pueblo de Rojas, que el general Echagüe, en su retirada hacia Buenos Aires, había dejado a las inmediaciones de dicho pueblo, en el paraje llamado la Loma Negra, a un tal Arnau con una fuerza como de 600 hombres; y desde luego resolvió atacarlo o sorprenderlo. Después de tomados todos los informes que para tales casos se requieren, se puso en marcha con su división, guiado por el ya mencio-

nado sirviente; y el 19 al amanecer consiguió realizar su objeto con el éxito más feliz.

Aunque este pequeño hecho de armas, considerado bajo el punto de vista militar, no sea de mucha importancia, voy a referirlo en todos sus detalles, porque hay en él una circunstancia, que concurre con otras de que ya he hablado, y de que hablaré después, a fijar la opinión que yo había concebido y que todos los sucesos justificaron, de que el espíritu de los habitantes de la campaña de Buenos Aires, era completamente favorable a Rosas. El general López, luego que se hizo cargo de la posición que Arnau tenía en la Loma Negra, concibió la idea de atacarlo por dos puntos a la vez, preparándole una estratagema militar que facilitara su derrota. Desde la oración del día anterior, destacó al teniente coronel don Luis Hernández con dos escuadrones bien montados, para que marchando por los caminos que él le señaló, apareciese al amanecer del 19, por el lado del Sur, sobre la Loma Negra, a fin que moviéndose él mismo a dicha hora, desde un punto en que se emboscaría durante la noche, por la parte opuesta, combinasen ambas columnas su acción, de manera que no pudiesen escapar los enemigos. El pensamiento del general López, era como se ve hacer creer a Arnau, que los dos escuadrones del comandante Hernández, se presentaban solos y sin ninguna reserva o protección inmediata, para que alucinado con la idea de un triunfo fácil sobre ellos, descuidase su atención hacia el punto en que él se hallaba, y le proporcionase la ocasión de acometerlo, con la ventaja que lleva siempre consigo, todo ataque vigoroso e inesperado. Con arreglo a este plan y a las órdenes dadas para su ejecución, Hernández se puso el 19 a la madrugada a la vista de la fuerza de Arnau.

Inmediatamente vinieron hacia él como unos cincuenta hombres, al escape, fingiéndose pasados; y luego que llegaron a su encuentro empezaron a abrazar a sus soldados, aparentando la más cordial amistad: pero así que el comandante Hernández, próximo ya a Arnau se dispuso a dar su carga, los mentidos pasados gritaron — "viva Rosas" — "viva la federación" y acometieron alevemente a los crédulos soldados de aquel, con quienes iban en cierto modo confundidos, y que nada habían sospechado de tan negra traición. Al mismo tiempo la fuerza de Arnau se movió sobre Hernández; pero éste no se desconcertó. Rechazó valerosamente el inesperado asalto de los falsos enemigos; y viendo a la sazón aparecer al gran galope la columna del general López por el lado convenido, continuó sin detenerse tras de los fugitivos que iban al encuentro de Arnau, y que creían asegurado su objeto, atrayendo en pos de sí a un descalabro cierto, a los escuadrones de Hernández. Arnau, entre tanto, amenazado de un riesgo mayor del que al principio había previsto, con la repentina aparición de la columna de López, vaciló algunos instantes, y finalmente se puso en retirada. Pero no pudo sostenerla en orden por mucho tiempo. Amenazado y perseguido de cerca por aquél, tuvo que disolverse, después de dejar en el campo y en poder del contrario doce muertos, treinta y nueve prisioneros, un cajón de municiones, cerca de mil caballos y dos carretillas con algunas familias. Los nuestros tuvieron seis hombres comprendido un oficial, fuera de combate.

La noticia del combate se comunicó al ejército, el 20 a las cuatro de la mañana, poco después de habernos puesto en marcha; y todos los cuerpos la festejaron con dianas y otras demostraciones de alegría.

Como a las diez del mismo día, hicimos nuestra entrada en el pueblo del Pergamino; y el aspecto de sus habitantes, si no destruyó en nuestros ánimos el agradable efecto causado por la reciente noticia de aquel triunfo, no poco influyó para neutralizarlo. No obstante el poderoso motivo de curiosidad que se les presentaba en el pasaje por medio de las calles, de masas de soldados tan numerosas cual jamás se habían visto en aquellos lugares, pocas personas se asomaban a las puertas de las casas para vernos; y si algunas lo verificaban, no eran sino dando a sus fisonomías cierto aire de desdeñosa indiferencia o despreciativa compasión. Sólo se veían hombres ancianos, o mujeres y niños; y tanto los unos como los otros, parecían querer significarnos en la expresión de sus semblantes, que con todo el aparato marcial y el poderío que ostentábamos, nuestra pérdida era inevitable.

El pueblito está situado a la orilla del arroyo cuyo nombre toma; y a pesar de los inconvenientes que ofrece para todo campo militar (en nuestro país) la cercanía de los pueblos, tuvimos que detenernos a su inmediación, para comer y dar descanso a las tropas, pues más adelante no debíamos encontrar agua, sino a una distancia igual próximamente a la que habíamos andado en la mañana.

Durante las cuatro o cinco horas que permanecimos en este lugar, ningún individuo del pueblo, fuese hombre o mujer, se acercó a nuestros vivaques ni aun con el plausible pretexto de ofrecernos en venta, los productos de su industria o su comercio. Querían evitar nuestro contacto como si les fuese odioso, o más bien, como si tuvieran la conciencia de que había de serles fatal. Recibían a los oficiales o soldados que iban al pueblo a proveerse de lo que necesitaban, con profun-

do disimulo, sin darse por entendidos de lo que habían visto, sin dirigirles ninguna pregunta que pudiese interpretarse como hija de un secreto interés o de una viva curiosidad, y sin dar a éstos, cumplida satisfacción de lo que deseaban saber acerca de la opinión del país y del poder de Rosas. Se veía claramente, que el terror que este hombre infundía, había echado allí raíces profundas, y que hasta entonces, ninguna influencia le había debilitado.

Los inmensos cardales que rodeaban la posición que ocupábamos, estaban ardiendo desde la mañana, y el fuego había ido estrechándonos de tal manera, que a las cuatro de la tarde, cuando levantamos el campo, algunos cuerpos tuvieron que precipitar su movimiento para no ser devorados por las llamas.

No habiendo más que un camino para la infantería, las tres divisiones de esta arma entraron en él, formando una sola columna, lo que hizo penosísima la marcha. La fuerza del sol que era excesiva, combinada con el calor del incendio y las nubes de polvo en que íbamos envueltos, daban a la temperatura ardiente de la atmósfera, un grado de intensidad insoportable; a que se agregaba, que teníamos que ir haciendo ondulaciones continuas, porque de uno y otro lado del camino, el fuego salía alternativamente a nuestro encuentro, como si este elemento terrible, concurriendo también a la defensa del tirano, hubiese querido oponerse a nuestro paso. Varias veces nos vimos precisados a desviarnos del camino, para pasar sobre una parte de los cardales consumidos ya por el incendio, pero cuyas raíces arrojaban todavía llamas; y este peligroso tránsito era el mismo que hacían nuestras municiones mal guardadas en grandes y viejas carretas

quinchadas de totora, o apenas cubiertas con algunos cueros.

Aunque estas quemazones eran a veces producidas por los descuidos de nuestros mismos soldados, para lo cual bastaba que tirasen sin precaución un cigarro encendido, ordinariamente eran obra de los enemigos, cuya hostilidad hasta entonces se había reducido a observar con pequeñas partidas nuestros movimientos y a retardar el progreso de nuestra marcha aumentándonos por aquel medio las dificultades de la naturaleza. El recurso es provechoso cuando se combina con la acción bien dirigida de la fuerza que defiende el país en que se emplea: pero reducido a sí mismo, apenas basta a causar alguna molestia al contrario, sin llegar a ser jamás un obstáculo verdadero.

Pernoctamos a dos leguas del Pergamino, en la estancia de Mansilla, donde los caballos pasaron sin comer, pues el campo estaba completamente seco y sin una hoja de pasto. Al día siguiente muy temprano acampamos en el arroyo Dulce, distante como legua y media de la estancia de Mansilla, en terreno abundantísimo de pasto, pero de poca y malísima agua.

La vanguardia había pasado en él la noche anterior, y se había movido recién, como una hora antes de nuestro arribo.

El 22 marchamos ocho leguas sin interrupción desde poco antes de amanecer, hasta las tres y media o cuatro de la tarde, hora en que llegamos a la *Salada*, cañada cenagosa y de muy costoso pasaje para los rodados. El sol de ese día fue abrasador. Muchos soldados de todos los cuerpos de infantería rendidos al exceso de la fatiga y al calor sofocante de la temperatura, cayeron desfallecidos en medio de los caminos, habiendo sido necesario echarlos sobre los carruajes

o sobre los carros de la artillería, o atravesarlos encima de los caballos.

Desde que habíamos entrado a la provincia de Buenos Aires, nuestras privaciones e incomodidades se habían aumentado. Su campaña no era otra cosa que la continuación de la pampa que habíamos atravesado, según la triste soledad y lúgubre aspecto que presentaba. Las casas de campo estaban abandonadas, y sus moradores se habían retirado a los vecinos pueblos, huyendo de nosotros como hubieran podido hacerlo de una irrupción de vándalos. El agua era cada vez más escasa, y la poca que se encontraba era impotable; sólo podía servir para las bestias. Para dar de beber a la gente, era necesario hacer excavaciones, más o menos profundas según lo requería la mayor o menor altura del terreno; y esta operación se practicaba en todos los vivaques. Aunque no faltaba el ganado absolutamente, era sin embargo escaso. No había un solo caballo, porque todos habían sido concentrados al Sur de la provincia con admirable exactitud y cuidado. Potros y yeguas chúcaras eran los únicos animales de esta especie que se encontraban, y a ellos era necesario apelar para reemplazar en los regimientos, las bajas de los que se inutilizaban en las marchas, o que se escapaban a los rondadores en las disparadas nocturnas. No siempre se encontraban cardos, que es el único combustible que ofrece la campaña de Buenos Aires; y era muy común que nos sirviésemos para preparar el rancho, de bosta de caballo y aun de yerbas solas. En una palabra, marchábamos sobre un desierto.

En cuanto a las fuerzas enemigas, no nos causaban ninguna especie de inquietud; sólo se les veía por casualidad. Una de nuestras avanzadas, marchando el 23

al amanecer, un poco desviada de su dirección, encontró inopinadamente dos escuadrones acampados y completamente desprevenidos. Cayó sobre ellos por sorpresa, les mató siete hombres, y les tomó ochenta caballos, treinta monturas, seis valijas y dos carpas. Díjose en el ejército y aun lo anunció el boletín 22, que el coronel don Hilario Lagos se había hallado mandándolos en persona.

El 24 acampamos a las diez de la mañana, en la laguna de los Toros, donde se distribuyeron a las divisiones, algunos bueyes que se habían reunido para reponer los que estaban cansados; necesidad que era ya muy urgente, pues en el curso de las marchas, muchas carretas se separaban de los convoyes y se quedaban otras expuestas a cualquier accidente, porque los tiros con que habían salido del Espinillo no se habían hasta entonces reemplazado.

Apenas arribados a este punto se recibió orden del general en jefe para avanzar en el día hasta la laguna del Juncal Grande. Los baqueanos colocaban dicha laguna, a legua y media de la de los Toros; y aunque hubo quien observó con referencia a una carta topográfica, que la distancia era doble, el Mayor General creyó deber atenerse al informe de los baqueanos. Calculando pues, la duración de la marcha sobre la distancia admitida, levantó el campo a las cuatro y algunos minutos de la tarde. Anduvimos sin cesar mientras el sol estuvo sobre el horizonte, y cuando la noche se acercaba sin que la laguna apareciese a nuestra vista, conoció aunque tarde, que la noticia de la carta era más exacta que la de los baqueanos. La marcha continuó sin embargo, porque no era posible suspenderla; la oscuridad sobrevino y el desorden se introdujo en las columnas. No pudiendo éstas conservar

el orden paralelo en que marchaban de día, por no tener guías a su cabeza, fuéles necesario oblicuar sobre la columna de dirección, que seguía inmediatamente al Mayor General, el cual como ya he dicho, llevaba en su comitiva los baqueanos; y como la oscuridad era absoluta y nada se veía a veinte pasos de distancia, se interceptaron unas con otras, resultando de aquí una confusión y un desorden que no sería fácil explicar. Eran las nueve de la noche cuando alcanzaron los primeros cuerpos la deseada laguna: pero a las once crujían todavía las carretas y se oían los gritos de los rezagados que iban llegando sucesivamente, preguntando por sus regimientos, sin tener aliento para buscarlos. Durante estas horas de confusión, desertaron sesenta hombres de uno de los regimientos que habían pertenecido a Rosas.

El 25, poco antes de la oración, después de una marcha de tres horas, llegamos a la laguna del Gato, donde tuvo lugar otro desorden, aunque de distinto género. Cerca del lugar en que acampó la infantería, había un grupo de casas abandonadas por sus habitantes, como lo estaban todas las de la provincia y entre ellas, algunas que eran de negocio. Descubiertas estas últimas por una porción de soldados que recorrían los alrededores del campo en busca de leña para encender el fuego del vivaque, fueron invadidas forzando las puertas y en pocos minutos arrasadas de cuanto contenían. Algunos oficiales de diversos cuerpos que acertaron a llegar por casualidad al sitio del desorden, dispersaron a sus perpetradores y lograron recoger algunos de los objetos saqueados; pero su intervención no fue bastante oportuna, pues cuando se verificó, el mal ya era irremediable. Con este motivo el boletín 22 publicado el día siguiente, contenía estas

palabras: "El ejército grande ha respetado la propie- "dad de sus enemigos mismos, porque sería su ver- "güenza que se dijera que trae la desolación, el desor- "den y la destrucción al mismo tiempo que la libertad "y el restablecimiento de las leyes. Un atentado contra "la propiedad, es un ultraje hecho al buen nombre "del ejército grande y un delito que el general Urqui- "za castiga con la última pena". Yo tuve la satisfacción de saber, como lo supo el ejército todo, que ningún soldado de la división oriental se había hecho partícipe de un acto tan culpable de indisciplina e inmoralidad.

El 26 por la mañana cambiaron de campo algunos cuerpos, porque, como sucedía frecuentemente, habíamos pasado la noche amontonados, y la marcha no debía continuar hasta la tarde. A eso de medio día llegaron al ejército dos individuos, que desde la costa del Paraná se habían aventurado en medio de los campos en demanda nuestra, trayendo la noticia de haber sido ocupado el pueblo de San Pedro por las milicias de San Nicolás.

Más tarde se recibieron comunicaciones de la vanguardia, por las cuales se supo, que el general don Angel Pacheco que ocupaba la guardia de Luján con dos mil hombres, se disponía a evacuarla. Las partidas avanzadas de nuestra vanguardia le observaban de cerca; y el general Urquiza que creía posible darle alcance, apresuraba cuanto era dable su marcha y ordenaba al general Virasoro, que con el cuerpo principal del ejército, siguiese en su dirección sin detenerse bajo ningún pretexto. Temía el general que a la llegada de este cuerpo de tropas de Buenos Aires, Rosas saliese de la ciudad, dejándola asegurada con una guarnición competente para su defensa, y se dirigiese con el resto de sus fuerzas al Sur de la Provincia para ha-

cer allí el teatro de sus operaciones; y quería a toda costa oponerse a la realización de esta idea, cuyo resultado inmediato habría sido el de prolongar la guerra. Nosotros no estábamos muy bien aparejados para forzar la marcha, en razón del mal estado de los bueyes y de caballos de la artillería; pero aunque arrastrándonos con dificultad, continuamos haciendo jornadas regulares.

El 27 a las nueve y media de la mañana arribamos a la laguna del Tigre, estancia de don Pastor Gorostiaga, en los campos conocidos por las chacras de *Chivilcoy*. La vanguardia nuestra había partido de allí el día anterior. La víspera habían pasado el general Echagüe y Santa Coloma; y ocho días antes el regimiento sublevado en el Espinillo. Se distribuyeron a las divisiones Márquez, Galán y Díaz, algunas mulas chúcaras para el servicio de los trenes, y a la caballería de Abalos y Urdinarrain algunos potros que el general en jefe había dejado encerrados con ese objeto.

Se destacó también un regimiento entrerriano para ver si lograba alcanzar un trozo de cuatro mil caballos, que en dirección al Sur había pasado tres días antes arriados por dos o tres hombres solamente.

Este día visité al mayor general como acostumbraba a hacerlo, de vez en cuando, y le encontré preocupado más que nunca con la decisión que aparentaba la provincia de Buenos Aires en favor de Rosas. "Es admirable, me dijo, que un país tan mal tratado por la tiranía de ese bárbaro, se haya reunido en masa para sostenerlo. ¿Creerá usted que no he encontrado aquí de quien tomar noticia alguna? He interrogado más de media hora a un hombre viejo, el único que se ha encontrado en estas inmediaciones y a ninguna de mis preguntas ha querido satisfacer: a todo ha contestado

que no sabe, que no ha visto, etc. El dueño de esta estancia, hombre de buen sentido y capaz de apreciar debidamente la situación de las cosas, ha pasado también una hora en conversación conmigo, sin ser más franco que el paisano. Se ha sorprendido a la vista de nuestras fuerzas, cuyo número confiesa que había creído exagerado por nuestros boletines, pero no parece que ellas le hayan inspirado mucha confianza en el éxito de nuestra empresa, pues todo lo que he podido sacar de él, es que *Rosas tiene treinta mil hombres.*" El caso es que nadie se atrevía, no digo a hablar, pero ni a pensar contra Rosas.

Los hombres temían que sus palabras, aunque dichas a lo lejos, fuesen repetidas por el eco en Santos Lugares, y se guardaban bien de dar ningún informe que pudiese redundar en daño inmediato de aquél, y convertirse más tarde en sentencia de muerte contra ellos.

Lo mismo había sucedido en todas partes desde que el ejército pisó la frontera de Buenos Aires.

El 28, pasamos la noche en la laguna de los Leones; y el 29 a las 8 de la mañana, acampamos a media legua de la Guardia.

Tres días hacía que Pacheco la había abandonado; y del mismo modo que el pueblo del Pergamino, había quedado entregado a las mujeres, a los viejos y a unos cuantos extranjeros a quienes la dura conscripción del tirano no había comprendido. Cada familia de cuantos la habitaban, había visto partir a alguno de sus deudos, porque ningún hombre de los que eran capaces de manejar las armas, había podido sustraerse a la obligación de ser soldado. Muchas de estas familias veían amenazada su existencia o su futura suerte, en los peligros a que iban a hallarse expuestos sus padres,

esposos o hijos, y sin embargo, es de notar, que con tan justos motivos de aflicción, no se les veía derramar una lágrima ni se les oía exhalar una queja. Al contrario, parece que estaban resignados en su situación y que confiaban en su destino. Manifestaban hacia nosotros la misma estudiada indiferencia que los habitantes del Pergamino; y a los signos exteriores con que éstos habían hecho conocer su parcialidad por Rosas, agregaban otras acciones, que denotaban con harta claridad sus sentimientos. A varios oficiales que fueron en comisión del servicio o con licencia, a visitar el pueblo, les encargaron como por burla, al pasar por las puertas de sus casas, que si el ejército nuestro ganaba una batalla, tuviesen compasión de los vencidos. El hecho parecerá increíble, pero no por eso es menos cierto; yo mismo lo he oído referir a uno de esos oficiales. Exageraban el número y calidad de las tropas de Rosas, y estaban persuadidos de que el ejército libertador, era insuficiente para llevar a cabo la empresa, temeraria, según ellos, en que se había empeñado. Traían a la memoria todas las tempestades políticas que aquel había deshecho o conjurado, durante el largo período de su gobierno, ya sea que hubiesen nacido en el interior, ya que hubiesen tenido origen en el extranjero; y tenían por cosa averiguada, que saldría también victorioso del nuevo peligro que le amenazaba.

Yo creo que estas desdichadas gentes, suponían a don Juan Manuel munido de un secreto talismán, que le daba el poder de dominar todas las situaciones de su vida, inspirándole virtudes sobrenaturales; pues no es posible interpretar de otra manera, estas ridículas aprehensiones de su espíritu obsecado.

Sin embargo: al decir de algunos extranjeros veci-

nos de la Guardia, cuando se tuvo allí la noticia de nuestra invasión, muchos soldados de los cuerpos que mandaba el general Pacheco, habían concertado secretamente, el promover un levantamiento entre sus compañeros desde que pudiesen contar con un apoyo inmediato; pero con el arribo inopinado del regimiento de Aquino, este pensamiento se había desvanecido. Pacheco había hecho pasear por las calles el cuerpo rebelde, presentándolo al vecindario y a las tropas de su división, como un dechado de patriotismo y de lealtad que debían imitar, y anunciándoles que bien pronto se verían reincorporados a sus banderas, todos los regimientos de Buenos Aires que seguían forzadamente al general Urquiza, y que habían sido por tantos años el sostén y la gloria de la federación. Desde entonces nadie pensó ya sino en someterse a la suerte común del país; y el ánimo de aquellos pocos en quienes se había momentáneamente albergado la noble idea de una reacción, cayó de nuevo en su habitual estado de indolencia. Todos siguieron al general Pacheco en su marcha precipitada hacia el cuartel general de Rosas; y aunque seguido de cerca por nuestras avanzadas, ningún hombre se le desertó, ningún pasado se presentó a nuestras filas.

CAPITULO VI

Acción de Alvarez. — Reunión del ejército a la vanguardia. — Pasaje del Puente de Márquez. — Preparativos de una batalla.

A la inmediación del río de las Conchas se reunieron a Pacheco, el general Echagüe, los coroneles Lagos, Sosa y Cortinas, y varios otros jefes, con todas las fuerzas que habían retirado de la provincia de Santa Fe, o de las fronteras de Buenos Aires, por las líneas de Rojas o de Areco, con las cuales pasó el río por el puente de Márquez el día 30 a la tarde, dejando en la margen izquierda de él, sin duda por orden de Rosas, al coronel don Hilario Lagos con seis mil hombres de caballería para que intentase un golpe de mano sobre nuestra vanguardia, considerándola inferior en número y contando tal vez con la posibilidad de una sorpresa.

Para esta operación que alteraba tan inopinadamente el sistema defensivo, seguido hasta entonces por el enemigo y en la que iban a ensayarse por primera vez sus armas, fueron destinadas las mejores tropas de su ejército y los jefes que en él gozaban de mayor concepto y nombradía.

La vanguardia nuestra se hallaba la misma noche en los campos de Alvarez, a dos o tres leguas del puente. Al amanecer del 31 las partidas de descubierta participaron que se avistaban fuerzas enemigas en número considerable; y antes que se hubiese reconocido con exactitud su número, el general Urquiza envió órde-

nes a las divisiones López y Galarza que estaban de servicio, para que sin esperar nuevo aviso, atacasen inmediatamente, "a mil enemigos con quinientos, y a dos mil con sólo la mitad".

El coronel Galarza con la mayor parte de su fuerza correspondía en su posición, al centro de las fuerzas enemigas; tenía a su izquierda los regimientos de los coroneles don Manuel Caraballo y don Fausto Aguilar, y a su derecha, tras de una pequeña altura, al general López con la división de su mando. Lagos marchaba en varias columnas paralelas, cubriendo su frente con algunos escuadrones ligeros.

Parecía decidido a empeñar la acción; y como el ánimo de los nuestros y las órdenes del general en jefe, eran de no rehusarla, pronto vinieron a las manos. El general López inició la carga, siguióle Galarza, y en breves instantes fue general el choque. La caballería de Lagos no hizo resistencia, a pesar de su número que excedía con mucho al total de las divisiones de Galarza y López; inmediatamente cedió el campo y huyó desbandada en todas direcciones. No fue, sin embargo, tan anticipada su fuga, que no diera lugar a los nuestros a causarle alguna pérdida. Quedaron en el campo cerca de doscientos muertos, entre los cuales se reconocieron al teniente coronel don Marcos Rubio y a varios otros oficiales; se tomaron trescientos prisioneros, dos estandartes, muchas armas, algunas municiones de tercerolas, varios carruajes, dieciséis cuñetes de pólvora y más de cuatro mil caballos. Por nuestra parte la pérdida fue insignificante. La división López tuvo diecinueve hombres fuera de combate, siendo uno de ellos el teniente del Regimiento de dragones don Javier Almada que quedó muerto en el campo de batalla; y siete la división Galarza.

La persecución de los dispersos se hizo con tesón en un espacio de más de tres leguas. Muchos de ellos tiraron hacia el Sur de la provincia, algunos hacia el oeste, y sólo tres mil quinientos hombres de los seis mil que habían asistido a la acción, llegaron a su Cuartel General.

La noticia de este descalabro, no hizo en el ejército de Rosas la impresión que hubiera producido en cualquier otro. El terror que inspiraba este hombre extraordinario, era tan grande, que nadie se atrevía a preguntar allí lo que pasaba fuera de su vista, ni a explicar lo que había presenciado, porque la menor indiscrbeción se pagaba con la vida; y no pudiendo los hombres comunicarse recíprocamente sus impresiones, quedaban aisladas en los pechos que las recibían, sin adquirir las proporciones que de ordinario les da el cambio de ideas y el examen de las opiniones. Así es que aunque muchos sospecharon el resultado de la acción de Alvarez, el suceso quedó ignorado o envuelto en misterio para la mayor parte del ejército.

Como era natural, lo contrario sucedió entre nosotros. La noticia se comunicó en pocas horas al ejército, y fue celebrada por todos los cuerpos, con la alegría y entusiasmo propios de tales casos. La idea de ver acercarse el momento de la destrucción de un poder, que por tantos años había tenido anegados en lágrimas y sangre, a todos los pueblos del Río de la Plata, no podía menos de llenar de satisfacción a todos los corazones. Lo que únicamente enturbiaba un poco el general contento, entre los que pertenecíamos al cuerpo principal del ejército, era la rapidez con que los sucesos marchaban a su completo desenvolvimiento, sin dejarnos tomar una parte más activa en ellos.

Parecían alejarse las probabilidades de una batalla general con la victoria de Alvarez, cuyos efectos morales se suponían de gran trascendencia; y una perspectiva semejante, cuadraba mal a la marcial ambición de nuestras tropas, que no hallaban verdadera gloria en adquirir laureles que no fuesen arrancados sobre el campo del combate. Al menos la vanguardia, decían los jóvenes oficiales, ha tenido ocasión de ensayar sus armas, de acreditar su brío; si la campaña se termina sin que haya una batalla, toda la gloria será suya, porque nosotros no habremos hecho más que seguir sus huellas, sin quemar un cartucho.

El mismo ardoroso sentimiento animaba a todo el ejército, y aun a aquellos veteranos a quienes la edad y la experiencia debieran haber hecho inaccesibles a las ilusiones de la gloria. Distinguióse entre estos últimos por el ardor juvenil que aparentaba, a los sesenta años cumplidos de su edad, el valeroso y romanesco soldado de la independencia americana, don Gregorio Araóz de La Madrid que en todas las ocasiones de peligro, solicitaba para su división el puesto más avanzado, y sufría terriblemente en su espíritu belicoso, cuando el orden del servicio o las intenciones del general, hacían indispensable posponerle a cualquier otro. "Si hay alguna refriega", me decía al siguiente día de la acción de Alvarez, en la que no había podido tener ninguna parte, "ya le he dicho al general en jefe, que me haga el favor de no darme ninguna colocación en que sea preciso esperar para pelear, porque si me obliga a permanecer a pie firme, después que se haya disparado el primer tiro, o dado la primera carga, se expondrá a que yo dé en el ejército un ejemplo de insubordinación". El viejo y en un tiempo temible caudillo del alto Perú, dominado todavía de sus instintos

guerreros, y cual si estuviera en el caso de establecer su fama de valiente, rebosaba de contento a la idea de una próxima batalla y se rebelaba contra toda presunción contraria.

La vanguardia quedó acampada el 31 en el terreno en que había tenido lugar la acción de la mañana, y sus avanzadas en el Puente de Márquez; y el día 1º de febrero a las nueve o diez de la mañana, se operó en el mismo campo la reunión de todas nuestras fuerzas.

Luego que acampamos, fui a visitar al general Urquiza a quien no había vuelto a ver desde la Banda Oriental. Lo encontré en la tienda del Mayor General, donde me recibió con la atención y cordialidad que siempre me ha dispensado. Pasamos media hora en conversación.

Se trató primero de la triste decepción que acabábamos de experimentar respecto del espíritu de que habíamos supuesto animaba a la provincia de Buenos Aires. El general se quejaba y con razón, de que no había encontrado en ella, la menor cooperación, la más leve muestra de simpatía. Hasta entonces no se nos había presentado un pasado, y rara vez habíamos hallado, ni aun a quien pedir noticias del enemigo. "Si no hubiera sido, dijo, el interés que tengo en promover la organización de la República, yo hubiera debido conservarme aliado a Rosas, porque estoy persuadido de que es un hombre muy popular en este país." Y en efecto, ¿cómo explicar de otra manera el indiferentismo que habían ostentado ante nosotros, las poblaciones que habíamos atravesado, y la absoluta concurrencia de todos los habitantes de la campaña a las filas del tirano? Si Rosas era públicamente odiado del pueblo, como se decía, o más bien, si ya no era

temido; si todos los hombres suspiraban porque llegase el día en que pudiesen romper sus cadenas, ¿cómo es que dejaban escapar tan bella ocasión de satisfacer el anhelado objeto de sus deseos? ¿Cómo es que en lugar de aceptar la libertad que el ejército aliado les ofrecía, garantida por la fuerza irresistible de sus armas, se les veía hacer ostentación de un exagerado celo en defensa de su propia esclavitud? Difícil será resolver estas cuestiones en el sentido de los que sostenían la impopularidad de Rosas. En cuanto a mí, tengo una profunda convicción, formada por los hechos que he presenciado, de que el prestigio de su poder en 1852 eran tan grande o mayor tal vez de lo que había sido diez años antes, y que la sumisión y aun la confianza del pueblo en la superioridad de su genio, no le habían jamás abandonado.

Hablando después de la situación respectiva de los ejércitos, y consiguientemente, de las operaciones que podíamos vernos obligados a ejecutar, el general discurrió en diversas hipótesis con bastante acierto.

Estaba persuadido de que habría una gran batalla. Su juicio a este respecto estaba formado desde la Banda Oriental, a despecho de las opiniones de los ilusos emigrados argentinos, que habían dicho: "no habrá resistencia, porque todo el país está contra el tirano"; y si a ese juicio no hubiese arreglado sus medios de acción, la gran empresa de regeneración de los pueblos argentinos, se habría, como otras muchas ocasiones, malogrado.

Creía también que Rosas nos disputaría el pasaje del Puente de Márquez; y en ese concepto ordenó allí mismo al Mayor General, que al levantarse el campo al siguiente día, la infantería de la vanguardia fuese

reforzada con la división Oriental, y que todos los demás cuerpos marchasen preparados para el combate.

La división Oriental estaba pronta desde luego en lo que era concerniente a su fuerza de infantería, para cualquier servicio a que quisiera destinársele; pero no se hallaba en el mismo caso respecto de la artillería. A pesar de mis continuas representaciones, no sólo no había podido obtener caballos de reserva para el servicio del tren, sino que ni aun para las marchas se me habían proporcionado las bestias necesarias. Tirábamos las piezas y carros de municiones con bueyes, yeguas y mulas chúcaras, que a duras penas se habían podido conseguir; y cuando alguno de estos animales se inutilizaba por el cansancio y la fatiga, era necesario desmontar algún soldado del mismo cuerpo para suplir con su cabalgadura aquella falta, o apelar a cualquiera otro arbitrio, a fin de no dejar en medio de los campos algún cañón abandonado. Algunas veces fue preciso poner tirantillos a algunos de los carros más livianos de la artillería, y hacerlo arrastrar a pie, no habiendo literalmente dos caballos disponibles para tan importante objeto. En igual caso se hallaban la artillería imperial y la argentina. El Mayor General del ejército, a quien yo había hecho presente en varias ocasiones, las consecuencias funestas que podríamos experimentar en un día de batalla, por la imposibilidad de maniobrar en que se hallaba la batería de la división, me había respondido siempre que ya había insinuado al general en jefe esa necesidad y que esperaba de un momento a otro poderla satisfacer. Pero sea que el general en jefe no hubiese atendido a sus reclamos, o que el mismo Mayor General no hubiese puesto en ellos toda la insistencia y empeño que merecían, el hecho es que el día 1º de febrero,

estábamos a cuatro o cinco leguas del enemigo; y que la artillería no estaba ni medianamente preparada, para desempeñar su importantísima misión en el campo de batalla.

Cuando llegamos al campo de Alvarez. hice nueva gestión para conseguir algunos caballos mansos, porque no podía persuadirme, que el ejército llevase consigo cincuenta cañones y todos los accesorios de un tren tan poderoso, sólo por ostentación y sin que hubiese de sacar de ellos ninguna utilidad. Los caballos no se acostumbran en un solo día al tiro y evoluciones de la artillería ligera; para adiestrarlos en esa especie de servicio, se requiere una enseñanza larga y continuada. Pero en el caso nuestro, era cien veces preferible lidiar con caballos torpes con tal que fuesen mansos, a tener que seguir con las mulas y yeguas indómitas de que hasta entonces nos habíamos servido, con gran pena de los artilleros y con no poco detrimento del material. Sin embargo: nada fue posible conseguir, y no hubo más remedio que resignar el ánimo a esta dificultad, como lo habíamos resignado a otras muchas.

El ejército se movió el día 2 de febrero poco antes de amanecer. Al romper la marcha se me dio la orden de adelantarme con la división, para incorporarme a la vanguardia como lo había dispuesto el general: se creyó innecesario darme un baqueano que solicité, y sólo se me indicó el rumbo en que debía encaminarme. Pero, los cuerpos de la vanguardia habían partido simultáneamente de los distintos puntos que ocupaban, distantes unos de otros más o menos, según lo había requerido la necesidad de consultar los pastos y aguadas para los caballos; de modo que cuando el día aclaró, ya no se veían sino lejanas polvaredas que nin-

guna confianza podían inspirar para tomarlas por guía. Marché, pues, por donde mejor me pareció a través de cardales y cañadas, hasta encontrar una senda que me condujo felizmente a un camino trillado, en el que pude reconocer las frescas pisadas de la infantería de la vanguardia. Siguiendo este camino llegué al Puente de Márquez, como a las diez de la mañana, y le encontré obstruido por una gran tropa de ganado que con mucha dificultad hacían pasar los soldados encargados de su conducción. La vanguardia estaba ya del otro lado, aunque no reunida, porque algunas de sus divisiones habían tenido que vadear el río lejos del puente, y aún se divisaban a derecha e izquierda, concurriendo hacia el punto en que debía establecerse el cuartel general. Después de una hora por lo menos de espera, pasó la división también, cuando recién comenzaban a aparecer descendiendo las alturas inmediatas, las cabezas de columnas del cuerpo principal del ejército.

En mi concepto, fue este un momento del que Rosas con menos insuficiencia de la que demostró, hubiese podido sacar grandes ventajas. Teniendo cerca del río por el lado que él dominaba, localidades excelentes para ocultar todas sus fuerzas, hubiera podido elegir una posición en ellas y atacarnos cuando estábamos empeñados en la operación del pasaje. Si no hubiera logrado sobre nosotros una completa victoria, es indudable que hubiera podido causarnos mucha pérdida. Dividido el ejército en dos grandes fracciones a los dos lados del río, y acumulados en el Puente gran número de hombres, bestias y carruajes, disputándose la preferencia del pasaje, por falta de previsión y método para tan delicada operación en presencia del enemigo, el resultado inmediato de una hostilidad cual-

quiera habría sido la confusión; y ya es sabido que cuando un ejército consigue poner a su contrario en una situación semejante, adquiere sobre él una gran superioridad moral que le facilita el triunfo. Pero a Rosas, que no era hombre de guerra ni jamás había pretendido serlo, no se le ocurrió moverse del campo que ocupaba, y el ejército libertador pudo salvar aquella dificultad sin oposición de ningún género.

Cuando la mayor parte de las tropas estaban ya en la margen derecha del río, las partidas exploradoras de la vanguardia dieron parte de que se avistaba el enemigo; y el general Urquiza que contaba desde mucho antes haberlo encontrado, se dio prisa a reconcentrar sus fuerzas y a elegir una posición para colocar el ejército en batalla. Los cuerpos que aún no habían pasado el río, lo verificaron apresuradamente, y bien pronto quedó establecida la línea, al frente de de la cañada de Morón, en el orden de formación que anticipadamente se había detallado para el día del combate.

La caballería montó sus caballos de reserva, y se adornó con su divisa de guerra, que consistía en una coraza de género blanco, sobre la camiseta punzó, mediante la cual debía distinguirse de la caballería de Rosas, cuyo uniforme era del mismo color. Las divisiones oriental y brasilera vistieron de parada; y todos los demás regimientos de infantería, se engalanaron con sus mejores atavíos militares, para honrar debidamente el acto solemne a que se preparaban.

Al avistarse el ejército enemigo, se había supuesto que venía en marcha a nuestro encuentro, y eso había motivado la repentina alarma del nuestro; pero a las dos de la tarde, hora en que recién puede decirse que fue bien reconocido, se supo que estaba situado a la

parte opuesta de la cañada de Morón; es decir, a veinte cuadras de nosotros, y en actitud de esperar en su posición nuestro ataque. Su línea formaba un ángulo agudo con la nuestra.

Varios escuadrones de caballería en la extremidad de su derecha, que era el ala avanzada hacia nosotros en la dirección de nuestra izquierda, vigilaban la cañada, sosteniendo débilmente algunas guerrillas con nuestras avanzadas, y en todo el resto de nuestro frente no había novedad. Desde luego fue indudable que la batalla no tendría lugar hasta el siguiente día, y en ese concepto se resolvió que el ejército comiese y descansase en su puesto.

El día se pasó sin otra ocurrencia que la de haberse presentado por nuestra izquierda, doce pasados que vinieron exagerando el número de las fuerzas enemigas, y manifestando en sus acciones y palabras el profundo terror de que estaban dominados.

A la entrada de la noche, los fuegos de los vivaques estaban encendidos, y el aspecto de nuestro campo debía de ser imponente para cualquiera que pudiese observarlo en toda su extensión.

Si Rosas tenía alguna duda acerca del poder de los aliados, grande debió ser su desconsuelo, cuando al contemplar desde las alturas que ocupaba, la vasta iluminación de nuestra línea, pudo apreciar debidamente la magnitud del peligro que le amenazaba.

A eso de las nueve, los fuegos se habían apagado, y un profundo silencio reinaba en todo el campo. El viajero a quien la casualidad hubiese hecho pasar a esa hora, por el estrecho intervalo que mediaba entre los dos ejércitos, sin conocimiento previo de su situación respectiva, no habría podido creer, aun cuando alguien hubiera querido persuadírselo, que tenía a sus costados

y casi al alcance de sus brazos, cincuenta mil hombres con ciento cinco piezas de artillería, que sólo esperaban la vuelta del día para atronar el aire en todos los lugares circunvecinos, con el espantoso estrépito de sus armas.

CAPITULO VII

Batalla de Monte Caseros. — Desórdenes en Santos Lugares.

La aurora del 3 de febrero encontró al ejército aliado formado en su puesto de batalla. Luego que la luz lo permitió, se leyó a todos los cuerpos, la siguiente proclama del general, que se había distribuido impresa poco antes de amanecer:

"¡Soldados! Hoy hace cuarenta días que en el Diamante cruzábais las corrientes del Paraná, y ya estáis cerca de la ciudad de Buenos Aires, y al frente de vuestros enemigos, donde combatiréis por la libertad y la gloria."

"¡Soldados! Si el tirano y sus esclavos os esperan, enseñad al mundo que sois invencibles; y si la victoria por un momento es ingrata con algunos de vosotros buscad a vuestro general en el campo de batalla, porque el campo de batalla es el punto de reunión de los soldados del ejército aliado, donde debemos todos vencer o morir. Este es el deber que os impone a nombre de la Patria, vuestro general y amigo — *Justo José de Urquiza.*"

La cañada de Morón que teníamos a vanguardia y que es en extremo pantanosa, obstruía todo nuestro frente. Era necesario salvar este obstáculo, y para ello el ejército avanzó maniobrando sobre su derecha a pasar por un puente situado a vanguardia de la extremidad de esta ala, mientras que por nuestra izquierda, los regimientos de caballería correntina mandados

por el coronel don José A. Virasoro, llamaban la atención del enemigo sobre su flanco derecho. Por difícil y arriesgada que fuese esta maniobra, habiendo de practicarse a la vista del enemigo y casi al alcance de sus cañones, el general Urquiza se decidió a emprenderla, teniendo la fortuna de verla realizada en pocos momentos con admirable facilidad.

Como en el puente de Márquez experimentamos en el de Morón, las consecuencias forzosas de la imprevisión y la irregularidad, pero ninguna oposición por parte del enemigo.

Mientras el ejército se desembarazaba de este peligroso desfiladero, el general en jefe colocado en la altura inmediata, examinaba las localidades y la disposición del ejército enemigo.

Constaba éste de veintitrés mil hombres con sesenta piezas de batalla, comprendidas cuatro máquinas de cohetes; y ocupaba el perfil de una cuchilla que corre desde Santos Lugares hasta la cañada de Morón. Apoyaba su derecha en un gran edificio de cal y ladrillo, rodeado de fosos, defendido por diez piezas de artillería y guarnecido por trescientos hombres parapetados en las azoteas y patios interiores, haciendo martillo con la extremidad de la ala, una trinchera formada de carretas emparradas, con su correspondiente foso, tras de la cual, dos batallones de infantería cubrían con sus fuegos la posición principal. Como a trescientos pasos hacia el centro de la línea, coincidiendo con ella, elevábase un palomar, otro gran edificio de tres cuerpos circulares y concéntricos, cuyos altos y escalonados pretiles, sirviendo de parapetos a una fuerte guarnición que lo ocupaba, presentaban una triple batería de fusiles, sostenida por otra de ca-

ñones y cohetes a la congreve colocada en la circunferencia de la base.

Y desde esta especie de rotonda continuaba la línea hacia el Este hasta terminar en Santos Lugares, antiguo campamento militar situado a dos leguas del Río de la Plata.

Aunque elegida de antemano, esta posición carecía de las condiciones estratégicas de un campo de batalla.

Su frente era estrecho, y el terreno en general desproporcionado a las fuerzas que en él debían desplegar: no estaba calculado para que éstas pudiesen combatir en distintos órdenes, como es de regla, si la necesidad lo requería.

Sus flancos no estaban verdaderamente defendidos, ni por la naturaleza ni por el arte; pues aunque tenía a la derecha los edificios y trinchera en que la línea se apoyaba, la posición era accesible y podía ser envuelta por ambos extremos. Y como si no se hubiesen previsto los eventos desgraciados, la ciudad de Buenos Aires, que era el único punto en que hubieran podido salvarse las reliquias de este ejército después de una derrota, quedaba descubierta y en tal disposición, que nosotros podíamos, y aun debíamos forzosamente interceptarla.

A todos estos defectos capitales e importantes, agregábase el del orden de batalla adoptado, que no era menos considerable. Toda la infantería, que al decir de algunos de los principales jefes de Rosas, ascendía a trece mil hombres, formaba la derecha y el centro en una sola línea, interrumpida solamente por baterías de artillería que se habían interpolado en los puntos que se juzgaron más débiles. La izquierda se componía de siete mil hombres de caballería, de los cuales

el mayor número estaba formado a retaguardia del ala, en columnas cerradas, confusamente dispuestas unas detrás de otras, como si se hubiese querido inutilizar esta arma importante, privándola de la expansión y libertad necesarias para maniobrar y combinar su acción con la de las demás armas.

Otros tres mil hombres de caballería ocupaban la retaguardia del ala derecha; pero como se verá después, en el curso de la acción pasaron a reforzar la izquierda.

Parece que Rosas había cometido a los coroneles Maza y Costa, los jefes que más confianza le inspiraban, el encargo de elegir el campo de batalla; y aunque el coronel Chilavert, que indudablemente era uno de los oficiales más instruido y más práctico también de cuantos le seguían, se había pronunciado contra la posición elegida, Rosas no había querido desecharla. Chilavert aconsejaba con mucha razón, que se prefiriese la cuchilla paralela a la cañada de Morón; pero su consejo no fue atendido como merecía.

Ignoro si esto es exacto. Se lo he oído referir al coronel don Pedro José Díaz que mandaba una brigada de infantería en el ejército de Rosas, y estuvo algunos días prisionero en el campo de mi división.

Como quiera que sea, el general Urquiza después de un rápido examen de todos estos objetos, concibió su plan de ataque y comenzó a prepararse para la ejecución. Desde luego reconoció, que el orden de batalla prescripto al ejército anteriormente, no era aplicable a las circunstancias, y que debía trastornarse. Resolvió, pues, que la infantería que por el orden antecedente debía ocupar en fracciones el centro y ambas alas del ejército, interpolada con la caballería, formaría ahora una línea continua, desde el centro hasta la

izquierda, pasando la mayor parte de la caballería a la derecha. En este concepto impartió sus órdenes; y a medida que las columnas iban zafándose del puente, tomaban la dirección que convenía para establecerse en los puntos que les correspondían.

A las siete de la mañana nuestro ejército estaba en línea sobre la loma opuesta a la que ocupaba el enemigo.

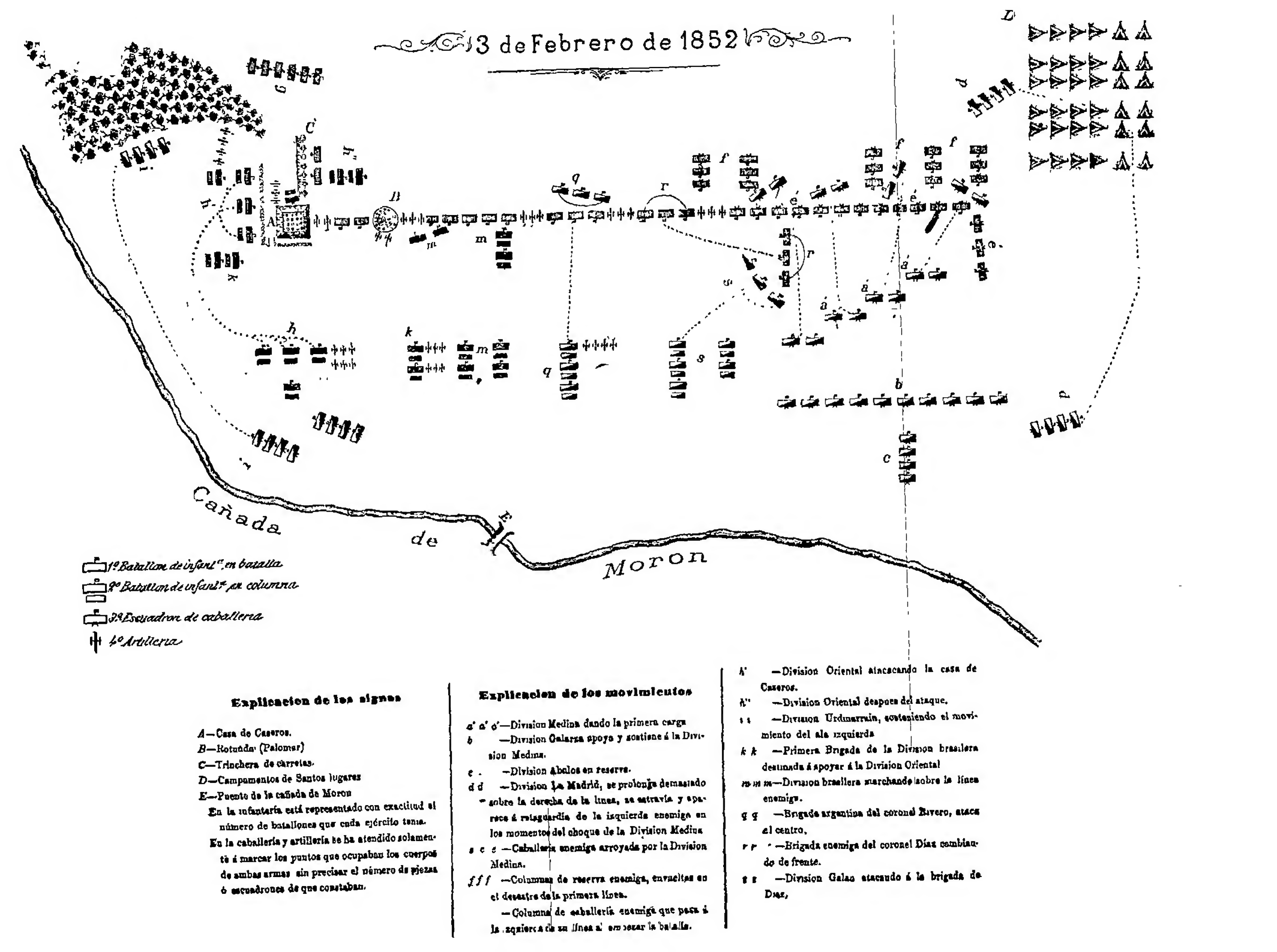
Cerraba la izquierda la división Oriental dando frente a la casa de Caseros que le correspondía exactamente. Seguían a su derecha la división brasilera con tres batallones argentinos que accidentalmente formaban con ella un solo cuerpo; otros cinco batallones argentinos bajo el mando del coronel Galán; y finalmente las divisiones de caballería Medina, Abalos, Galarza y La Madrid, componiendo estas últimas un total de más de diez mil caballos. Cuarenta y cinco piezas de artillería ocupaban los intervalos de los distintos cuerpos de infantería, bajo el mando del coronel Pirán, tenientes coroneles Mitre y Vedia y mayor González Fontes.

Llamóse *ala izquierda*, a la División Oriental, siendo yo el jefe de ella.

Centro, a la división brasilera y la brigada argentina adicta a ella, bajo el mando del brigadier del Imperio don Manuel Márquez de Souza.

Derecha, a la columna de infantería de Galán, y a las cuatro grandes divisiones de caballería que le seguían, a las inmediatas órdenes del general en jefe.

A retaguardia del ala izquierda, entre la eminencia que ocupaba la infantería y la cañada de Morón que corría a nuestra espalda convergente a la línea de batalla por aquel extremo, estaban encubiertas las divi-


3 de Febrero de 1852
Cañada de Moron
1º Batallon de infantª en batalla
2º Batallon de infantª en columna
3º Escuadron de caballeria
4º Artilleria
Explicacion de los signos
A—Casa de Caseros.
B—Rotunda (Palomar)
C—Trinchera de carretas.
D—Campamentos de Santos lugares
E—Puente de la cañada de Moron
En la infantería está representado con exactitud el número de batallones que cada ejército tenia.
En la caballería y artillería se ha atendido solamente á marcar los puntos que ocupaban los cuerpos de ambas armas sin precisar el número de piezas ó escuadrones de que constaban.
Explicacion de los movimientos
a' a' a'—Division Medina dando la primera carga
b —Division Galarza apoya y sostiene á la Division Medina.
e —Division Abalos en reserva.
d d —Division La Madrid, se prolonga demasiado sobre la derecha de la linea, se extravia y aparece á retaguardia de la izquierda enemiga en los momentos del choque de la Division Medina
s s s —Caballería enemiga arroyada por la Division Medina.
f f f —Columnas de reserva enemiga, envueltas en el desastre de la primera linea.
—Columna de caballeria enemiga que pasa á la izquierda de su linea al empezar la batalla.
h' —Division Oriental atacando la casa de Caseros.
h'' —Division Oriental despues del ataque.
i i —Division Urdinarrain, sosteniendo el movimiento del ala izquierda
k k —Primera Brigada de la Division brasilera destinada á apoyar á la Division Oriental
m m m—Division brasilera marchando sobre la linea enemiga.
q q —Brigada argentina del coronel Rivero, ataca el centro.
r r —Brigada enemiga del coronel Diaz cambiando de frente.
s s —Division Galan atacando á la brigada de Diaz.

siones de caballería López y Urdinarrain, destinadas a sostener los movimientos del ala.

Toda la infantería enemiga estaba en batalla: la nuestra en columnas, aunque con los intervalos necesarios para desplegar. En ninguno de los dos órdenes se habían establecido reservas de esta arma.

No habiendo la menor duda de que la izquierda enemiga era la parte flaca de su línea, por cuanto estaba compuesta de caballería mal organizada para una resistencia eficaz, el general Urquiza comprendió que sobre ella debía dirigirse el principal esfuerzo, pues una vez que se lograse separarla de su centro, la infantería que no podía contar con el recurso de un cambio de frente sobre el extremo opuesto, a causa de las dificultades del terreno, podría ser tomada de revés, o atacada por el flanco que le quedaba descubierto al mismo tiempo que lo fuese por el frente. En consecuencia, los diez mil caballos colocados a nuestra derecha iniciarían la batalla, cayendo con todo su poder sobre dicha ala enemiga; arrollarían los escuadrones situados en primera fila y los echarían rotos y dispersos sobre las inútiles columnas aglomeradas a su espalda, que sin tiempo ni espacio para maniobrar en protección de los vencidos ni aun para defenderse, serían envueltos en su misma derrota y confusión. Verificado este gran movimiento, de cuyo buen éxito no era posible dudar, atendida la superioridad relativa en número y calidad de las fuerzas destinadas a ejecutarlo, la infantería de nuestra derecha, el centro y la izquierda, que debían a la sazón tener ocupada la atención de la infantería enemiga con el fuego de sus cazadores y de su artillería, avanzarían rápidamente para generalizar el combate y hacerlo decisivo.

Después de comunicar a los jefes principales del ejército sus intenciones a este respecto, el general recorrió la línea, y dirigió a las tropas algunas alocuciones, que aunque muy breves y pronunciadas sobre la marcha, no dejaron de hacer impresión en el ánimo de los soldados, que las contestaron con vivas a la libertad y al general en jefe. Al llegar a mi división, que fue la última que visitó: "Orientales, dijo, vosotros sois "una de las más fuertes columnas del ejército aliado, "y una de las más fundadas esperanzas de la causa "de la libertad. Yo os anticipo mis felicitaciones por "vuestra conducta en este día, que no dudo corresponderá a vuestra esclarecida fama". Dichas estas palabras se despidió de mí, anunciándome que pasaba en el acto a la derecha para dirigir personalmente el movimiento de esa ala.

En este momento se trabó un fuerte cañoneo iniciado por los enemigos y contestado por la artillería imperial y la argentina.

Para juzgar de su efecto, me coloqué a la sombra de un ombú que por fortuna se hallaba en el punto que ocupaba la división, y desde donde podía hacer cómodamente mis observaciones. Pero el fuego cesó a poco rato para volver a encenderse después, y mi atención se contrajo a otros objetos.

Era notable entre otros la inmovilidad y silencio de la línea enemiga, la parte que estaba al alcance de mi vista, porque siendo tan extensa y habiendo mucho polvo, no podía descubrirla toda, parecía más bien formada para una revista de honor, que para dar una batalla. No había una sola guerrilla al frente, siendo así que el uso de las tropas ligeras para preparar el combate, es en todas circunstancias de una importancia reconocida, y que en el caso de Rosas, cuyo

ejército se componía de soldados bisoños, su aplicación parecía indispensable.

Aunque no necesitaba practicar reconocimientos ni cubrir despliegues, puesto que estaba colocado con anticipación en el terreno que había elegido para combatir, hubiérale convenido salir al encuentro de nuestras columnas, con algunas compañías de cazadores, aunque no fuese más que para acostumbrar el oído de sus soldados al ruido de los tiros. Pero estaba visto: aquellas tropas estaban mal mandadas, no obstante que había en ellas, muchos oficiales experimentados y aguerridos; y los que las dirigían se habían figurado, sin duda, que una línea de batalla apoyada como estaba la suya por un extremo, en edificios fortificados, debía ser como una muralla de mampostería, que no se puede mover del lugar en que la han puesto.

La misma soledad que por el frente, se notaba a la espalda de la línea. No se veía gente ninguna a pie ni a caballo; y hasta creo que los jefes de la infantería habían tomado la precaución de desmontarse, sin duda para no llamar la atención, porque esto de defender a un tirano como Rosas, no deja de tener su responsabilidad en el campo de batalla.

Un grupo de jinetes, apareció sin embargo, al cabo de cierto tiempo, como recorriendo la línea; y me figuré que sería Rosas y su Estado Mayor, aunque no pude reconocerlo, porque cuando se acercaban a alguno de los batallones formados, se sentían vivas y gritos prolongados.

Por fin, el choque de nuestra derecha, precursor del ataque general, se verificó a eso de las diez de la mañana, hora en que puede decirse que la batalla empezó; pues hasta entonces, sólo había habido fuego de artillería hecho desde lejos y sin resultado. La división

Medina tuvo el honor de la primera carga, para cuyo efecto había sido colocada a vanguardia del ala. Dos mil lanceros colocados al frente del ala enemiga, formando un pequeño martillo en la extremidad de su izquierda, lo esperaron a pie firme. Al romper su movimiento, encontró un obstáculo que le obligó a detenerse; pero habiéndose corrido en columna sobre su derecha, logró descabezarlo con facilidad. El choque fue violento; y aunque algunos escuadrones nuestros fueron rechazados con bastante pérdida, el éxito general de la carga, fue el más completo y favorable.

Deshecha toda esta fuerza, una columna de tres mil hombres, no descubierta hasta entonces, apareció sobre la derecha de Medina, pretendiendo restablecer el combate, y amenazando envolver la pequeña reserva con que éste había quedado, pero las divisiones Galarza y Abalos que formaban parte del ala, acudieron en su apoyo al gran galope, e inutilizaron el intento de la columna enemiga, obligándola a desbandarse, casi sin pelear.

Como lo había previsto el general en jefe; las tropas de primera línea, perseguidas vigorosamente por nuestros escuadrones victoriosos, introdujeron el desorden en las que estaban a su espalda, cuyas distancias no habían sido calculadas para este caso, y todas fueron envueltas en un mismo desastre. Contribuyó a este resultado una circunstancia casual, que en el orden natural de las cosas, hubiera debido producir un efecto contrario.

La división La Madrid, buscando la colocación que le había sido designada en el orden de batalla, ya fuese por causa del excesivo polvo que tenía oscurecida la atmósfera, ya por falta de práctica del terreno, se había prolongado por retaguardia de la línea, sobre

la derecha de ésta, a una legua y media por lo menos; y cuando se apercibió de que tanto se había alejado del campo de batalla, conversó sobre su izquierda, y fue a aparecer a retaguardia de la izquierda enemiga en los momentos en que era acometida por la división Medina.

Las nubes de polvo que estas numerosas masas de caballería levantaron, anunciaron a nuestra ala izquierda, que era llegado el caso de obrar; y la división Oriental que la formaba, se puso inmediatamente en acción. Atravesó un pantano situado hacia su izquierda, en el terreno bajo que mediaba entre las dos lomas que ocupaban los ejércitos, precediendo un cambio de frente sobre aquel costado; y a pesar de un fuego vivo de artillería y cohetes a la congreve con que el enemigo se propuso entorpecer su marcha, continuó avanzando hasta llegar a la altura de la línea, como a doscientos cincuenta pasos en la prolongación de ella, varió de dirección, e hizo alto formando ángulo recto con la derecha enemiga, amenazando su retaguardia y dando frente a las fortificaciones de carretas que las defendían. Los cazadores que cubrían su frente, rompieron el fuego, mientras que sus seis piezas de artillería tomaban posición en una altura inmediata, desde donde podían batir oblicuamente el atrincheramiento del martillo, herir al mismo tiempo de revés la línea principal y apoyar convenientemente el ataque de la división. [a]

(a) El teniente coronel don Domingo F Sarmiento, en su reciente memoria sobre la campaña del ejercito aliado dice que la artillería de la división oriental no hizo fuego, porque del mismo modo que la división brasilera, estaba tirada por mulas "que en su vida las había visto más gordas" Aquí, nuestro respetable amigo el señor Sarmiento, ha sido en par-

Pero en tanto que se efectuaba esta maniobra, "con "una limpieza de ejecución, que hace honor a la "disciplina e instrucción militar de los veteranos que "componían la izquierda" [a] la división brasilera y los demás cuerpos de infantería del centro y la derecha, que debieron haberse movido simultáneamente, con arreglo al plan general, permanecieron en su primera posición, fuera de tiro de cañón, aquella porque esperaba el movimiento de éstos, y los otros porque tal vez juzgaron conveniente retardarlo.

Debo exceptuar aquí la brigada argentina adicta a la división brasilera, que mandaba el coronel Rivero, la cual avanzó también por la derecha del centro y por orden del brigadier, aunque tuvo que hacer alto a medio tiro de fusil del enemigo, por la circunstancia que acabo de enunciar.

Sólo la columna del coronel Urdinarrain, en cumplimiento de su encargo de sostener los movimientos del ala izquierda, había atravesado los pantanos del centro de la cañada, casi al mismo tiempo que la división Oriental y colocándose a retaguardia un poco hacia la izquierda de ésta, a la orilla de un pequeño bosque que llenaba la superficie intermedia entre la casa de Caseros y la cañada de Morón.

El momento era crítico. La división no podía prudentemente avanzar ni retroceder. No podía avanzar,

te engañado por sus recuerdos Si bien es cierto, como él dice, que la artillería de la división estaba tirada por mulas y yeguas chúcaras, de modo que no podía moverse sino con extrema dificultad, no lo es que no hubiese hecho fuego, pues según el informe que recibimos del teniente coronel don Mariano Vedia que la mandaba, se habían arrojado hasta ochenta balas sobre los atrincheramientos del enemigo, en los cortos momentos que duró el ataque de la división. (Nota del autor.)

(a) Boletín Nº 26 del Ejército Aliado.

porque no estando todavía amenazado el frente principal de la línea enemiga, toda la resistencia del ala atacada se convertiría contra ella, ni podía retroceder, porque en una retirada semejante a tan corta distancia, habría animado a los contrarios, cuya oposición, habría sido después mayor y más obstinada.

En tal estado, a fin de presentar el menor objeto posible a los tiros por fortuna algo inciertos del enemigo, mandé poner la rodilla en tierra a los cuerpos de la división, y que se mantuvieran en esa actitud al abrigo del fuego de nuestros cazadores, hasta el momento oportuno de avanzar.

El jefe de la división brasilera, comprendiendo todo el peligro de esta situación, envió uno de sus oficiales de Estado Mayor a prevenirme, que su inacción dependía de la inmovilidad de la columna de su derecha, cuyo movimiento debía determinar el de todas las fuerzas del centro; pero que en ausencia de toda disposición especial, me pedía le indicase la clase de cooperación que hubiese menester para ponerse en actividad. Por extraño que me pareciese este mensaje, después de haberse hecho saber a cada cual la parte que le tocaba desempeñar en el combate, le respondí inmediatamente, que todo lo que necesitaba era verle marchar, según estaba dispuesto, atrayendo sobre sí la atención del enemigo que tenía a su frente, a fin que nosotros pudiésemos hacer verdadero nuestro ataque; y poco después que el oficial se me había separado, el centro de la línea empezó a avanzar, al mismo tiempo que se dirigía hacia mí, por mi retaguardia, la primera brigada de la división imperial (dos batallones) que el brigadier Márquez había destacado de propio movimiento, y sin ninguna necesidad, en au-

xilio de la división. [a] Mandé entonces adelantar el batallón Voltíjeros que mandaba el teniente coronel don León de Palleja y formaba nuestro centro, *con el encargo especial de penetrar en el edificio de Caseros,* luego que fuese abandonado el parapeto de las carretas por los batallones que lo defendían; y seguidamente hice la señal de carga a los demás cuerpos de la división, que marcharon al paso de trote escalonados sobre ambas alas del batallón central.

Los dos batallones brasileros, cuyo jefe se había adelantado a ponerse a mis órdenes, siguieron a la división a la altura de la reserva.

Los batallones enemigos compuestos de soldados nuevos, que recién en aquel día recibían el bautismo del fuego, impresionables como todos los reclutas a las sangrientas escenas de un campo de batalla, fácilmente se sobrecogieron. Viendo que nuestras columnas avanzaban al paso de carga, en perfecta formación, sin que el fuego que contra ellas dirigían, ni los claros que dejaban en sus filas los cadáveres que quedaban en su trayecto, bastasen a contener su celeridad, cesaron en su resistencia a poco menos de cien pasos y se pusieron en fuga. Sólo quedaron para sustentar el punto, los dos o trescientos hombres que ocupaban las azoteas del edificio, y que no habían tenido tiempo de salir; pero el batallón Voltíjeros, que como acabo de decirlo, había llevado la vanguardia

(a) El coronel don Indalecio Chenaut, edecán del general en jefe, me ha referido que habiendo venido al centro de nuestra línea, después del choque de nuestra ala derecha, viendo a la división oriental tan seriamente comprometida, mientras que todos los demas cuerpos de infantería permanecían inactivos, se dirigio espontáneamente a varios oficiales superiores, y al Brigadier Márquez entre ellos, representándoles lo urgente que era generalizar la acción, e invocando al efecto el nombre del general

del ataque, penetró en su interior, y mató o hizo prisioneros a todos los enemigos que encontró, mientras que los demás batallones desfilaban por un estrecho pasaje practicado en el foso que defendía la trinchera de carretas para asegurar su comunicación con el centro del ejército.

En el curso de este movimiento, una gruesa columna de caballería, apareció a mi flanco izquierdo; pero los lanceros de Urdinarrain que me apoyaban, diéronle una soberbia carga, con que en pocos momentos la disolvieron.

Poco después llegaba por el frente de la línea a la rotonda o palomar contiguo, la división imperial, a cuya aproximación, los batallones enemigos situados en ese punto, viendo descubierto su flanco por haber sido envuelta la derecha de su ejército y ocupada a la bayoneta la casa fortificada de Caseros en que se apoyaba; arrollada toda su ala izquierda, y rota además la línea por el centro, en el punto a que se había dirigido la brigada argentina del coronel Rivero, se disiparon sin ninguna resistencia.

La derrota se hizo general desde entonces, y al parecer, no nos quedaba ya otra cosa de que ocuparnos, que de recoger a los dispersos, que por todas partes corrían despavoridos, huyendo de una muerte que juzgaban inevitable cayendo en poder nuestro y en cuyo lugar sólo debían encontrar el más benévolo tratamiento. A este respecto, justo es declararlo, todos los cuerpos del ejército igualmente animados de un sentimiento de humanidad verdaderamente extraño a los campos de batalla, se contentaron con la gloria del triunfo, y se esmeraron a porfía en evitar la efusión innecesaria de la sangre de los fugitivos. ¡Ríndanse! ¡Entreguen las armas! ¡No los mataremos! Estos eran

los gritos que por todas partes se oían, cual si se hubieran dado por consigna a los soldados.

Sin embargo, la batalla no estaba terminada.

Me había yo alejado algunas cuadras de la casa de Caseros con la división, para acercarme al centro de la línea, en virtud de las órdenes que anticipadamente había recibido, cuando empezó a sentirse un fuerte cañoneo y fuego de fusil hacia la extremidad de la posición enemiga.

Un poco más adelante, las balas de cañón pasaban sobre nosotros y una de ellas me arrebató dos soldados del batallón Guardia Oriental colocado en el centro de la columna.

Nada se veía, porque las columnas de tierra, que remolineaban alrededor nuestro, ocultaban a nuestra vista aun los objetos más cercanos; pero poco tardamos en averiguar la causa de esta novedad. Los coroneles don Pedro José Díaz y don Martiniano Chilavert, jefe el primero de una brigada de infantería, y el segundo de una brigada de artillería, con la mira de retirarse a Buenos Aires o de obtener cuando menos una honrosa capitulación, habían operado un cambio de frente poniendo a su espalda el camino de la ciudad y se batían contra la división Galán y varias otras fuerzas que el general Urquiza había hecho avanzar personalmente para oponerse a su designio.

El movimiento de retirada había sido emprendido por Díaz en los primeros momentos que siguieron a la derrota del ala izquierda de su línea.

El combate aunque recio, fue de corta duración. Rodeados de fuerzas numerosas que en breves instantes se reunieron, atraídas a aquel punto por el ruido de los tiros, no tuvieron más remedio que deponer las armas y rendirse a discreción, siendo uno de los que

se entregaron prisioneros, el mismo coronel Chilavert. El coronel Díaz había abandonado poco antes la brigada que mandaba, pensando poder sustraerse a la suerte común de sus soldados y compañeros; pero sus esperanzas se frustraron, porque una partida de caballería le tomó cerca de Palermo.

Con la rendición de esta columna la jornada terminó. El triunfo del ejército aliado fue el más completo y decisivo que se halla visto jamás. Quedaron en su poder más de siete mil prisioneros, sesenta piezas de artillería, ochocientos carros, porción de galeras, quinientas carretas, numerosas caballadas, un inmenso parque, más de cuatro mil fusiles esparcidos en el campo de batalla y siete depósitos de vestuarios en el campamento de Santos Lugares.

El número de muertos y heridos fue insignificante con relación a la fuerza de ambos ejércitos, porque en general la resistencia del enemigo fue débil o nula. Algunos regimientos de infantería arrojaron las armas al acercarse nuestras columnas, y huyeron desbandados sin quemar un cartucho; otros se contentaron con hacer una descarga antes de abandonar sus puestos; y sólo la brigada del coronel Díaz, intentó retirarse del campo de batalla. En el punto atacado por la división oriental, es donde hubo mayor oposición, allí quedaron cerca de doscientos muertos; y creo que puede apreciarse la pérdida por ambas partes en dos mil hombres fuera de combate.

No ha faltado quien pretenda, que esta conducta de las tropas de Rosas, debía traducirse por la significación de su voluntad de concurrir a la caída del tirano; pero yo la atribuyo simplemente a su indisciplina, a la impericia o nulidad de los jefes que las man-

daban, y al prestigio y superioridad indisputable de las nuestras.

En este sentido, la dispersión de Monte Caseros, no es un hecho singular en los anales de la guerra. Infinitos casos pudieran citarse de ejércitos que se han disuelto sin pelear a la vista de sus contrarios en virtud de aquellas causas, no obstante que eran compulsados a la defensa o al ataque por todos aquellos motivos que pueden infundir al hombre el mayor grado de entusiasmo bélico imaginable. La batalla de Fravenstad dada en 1706 entre los ejércitos de Carlos XII de Suecia y Pedro el Grande de Rusia, bajo la dirección de los generales Benschild y Schullembourg, no duró más de un cuarto de hora; los moscovitas arrojaron las armas desde que vieron a los suecos. "El espanto fue tan súbito y el desorden tan grande, dice Mr. Voltaire, que los vencedores hallaron sobre el campo de batalla, *siete mil fusiles cargados, que aún no habían disparado un tiro.*" Sin embargo, estas dos naciones eran enemigas irreconciliables, y recíprocamente combatían por su independencia.

En la batalla de Chacabuco, una de las más renombradas de la guerra de nuestra independencia, el ejército español se deshizo al movimiento de carga de las tropas de la patria; algunos batallones hicieron una descarga, y otros apenas sostuvieron pequeñas guerrillas.

La caballería no esperó el choque de la nuestra.

De la misma provincia de Buenos Aires se pueden tomar otros ejemplos. En 1828 el general Lavalle con cuatrocientos coraceros, dispersó en los campos de Navarro a un pequeño ejército de dos mil quinientos hombres, comprendidos algunos indios, reunidos por el prestigio de Rosas, el hombre popular y adorado enton-

ces de la campaña, y animados todos de un sentimiento común de repulsión a Lavalle y a sus tropas: del mismo modo que los de Fravenstad y Monte Caseros, huyeron sin resistencia. Algunos meses después, en la cañada de la Paja, mil quinientos hombres mandados por un hermano del mismo Rosas, fueron dispersados con igual facilidad por un solo regimiento de lanceros de las tropas del general Lavalle; y en ese tiempo la guerra civil de Buenos Aires, había adquirido ya aquel grado de encarnizamiento que de ordinario le da la duración y que hace que los partidos anhelen recíprocamente su exterminio.

La acción de Yucutuyá, en el Estado Oriental, entre Rivera y Oribe, fue como las de Navarro y la cañada de la Paja: las tropas de Oribe se desbandaron al movimiento de carga de las de Rivera, sin oponer a éstas ninguna resistencia; y a fe que nadie podrá negar, que estaban animados de un espíritu exaltado en favor de Oribe y del natural deseo de vencer a su contrario.

Si hubiera de necesitar más ejemplos de acciones militares de esta especie, para justificar mi juicio sobre la conducta del ejército de Rosas en Monte Caseros, con la historia de todas las guerras del mundo en la mano podría multiplicarlos al infinito; pero no pasaré más adelante, porque creo que bastan a mi objeto los casos que llevo mencionados. Harto trabajo tendrán para fundar su opinión, los que piensan de distinto modo, en presencia de muchos hechos que antecedieron y subsiguieron a la batalla, y que en mi concepto prueban hasta la evidencia, lo que ya he dicho en otra parte: que los resortes de la tiranía de Rosas, estaban el 3 de febrero de 1852 en toda la fuerza y eficacia de su acción. Como quiera que ello sea, a las tres de la tarde de este día, el ejército aliado victorioso, estable-

ció sus reales en el mismo campamento de Santos Lugares, que pocas horas antes habían ocupado veintitrés mil hombres consagrados a la opresión del país y a la defensa de su tirano.

El Mayor General quedó a cargo del ejército, y el general en jefe avanzó con alguna caballería y dos o tres batallones argentinos hasta la quinta de Palermo, donde instaló su cuartel general. Antes de alejarse de Santos Lugares, diéronle parte de que estaba prisionero un coronel Santa Coloma, célebre criminal, presidente de la abominable sociedad de la mazorca y autor de muchos asesinatos: le hizo venir a su presencia, y sin más justificación que la de la identidad de la persona, mandó que en el acto le cortasen la cabeza, para que así pagase, dijo, todas las que había hecho. Santa Coloma inspiraba tanto horror por la atrocidad de los delitos con que se había manchado durante el gobierno de Rosas, que todo el mundo vio en ese acto del general, por irregular que fuese, una satisfacción reclamada por la vindicta pública.

Como sucede comúnmente en las funciones de guerra en que concurren fuerzas irregulares, algunos escuadrones de nuestra caballería encarnizados en la persecución de los vencidos, habían quedado dispersos después de la batalla. Muchos soldados de estos cuerpos, de regreso al ejército, entraron en grupos a Santos Lugares, invadieron todas las pulperías y casas de trato que encontraron abandonadas, se embriagaron en ellas y después de haber saqueado todo cuanto contenían, corrían en todas direcciones disparando sus armas en señal de triunfo y de alegría. Notábanse entre los autores de estos excesos, muchos indios guaicuruces de los que habían venido de Santa Fe, los cuales cruzaban por todas partes, a todo correr de sus ca-

ballos y al son de una infernal música de cuernos, en busca de incentivos para su feroz rapacidad. Las balas pasaban sobre nosotros en número tan considerable, que no parecía sino que el combate se hubiese renovado; por manera, que después de haber salvado la vida del plomo de los enemigos, estábamos en un tris de perderla a manos de nuestros mismos soldados. Al principio pensé yo que este desorden sería momentáneo y pasajero, y me limité a tomar algunas precauciones para que mi tropa estuviese expuesta lo menos posible; pero cuando vi que se prolongaba demasiado, y que supe que uno o dos hombres habían sido muertos o heridos, me tomé la libertad de indicar al Mayor General, la necesidad de reprimirlo y castigarlo. Se dio orden entonces a todos los jefes de División, para que mandasen salir patrullas a recorrer los contornos de sus respectivos campos, e hicieren matar a todo individuo que fuese tomado infraganti en cualquier desorden.

No sé si por algunos se cumplió en todo su rigor; pero ello, es cierto, que pocos momentos después de comunicada, el silencio y el orden se restablecieron en todas partes. Por de contado, todas las casas de negocios quedaron a plan barrido; y algunos de los depósitos de vestuario de que ya he hablado, sufrieron también gran menoscabo.

Al entrar la noche se rectificó el campo, y la división tuvo que cambiar de posición. A esa hora llegaron también los heridos que habían quedado en Monte Caseros. Venían en varias galeras de las tomadas al enemigo, conducidos por el doctor Lonz cirujano mayor de la división, el cual con una actividad y celo muy recomendables, apenas desocupada la casa de Caseros, había instalado el hospital de sangre, y practi-

cado algunas de aquellas operaciones que juzgó más urgentes, con las cuales había preservado de la muerte a varios individuos gravemente heridos. Varios soldados enemigos, a quienes curó también con el mismo esmero que a los nuestros, se mostraron admirados al verse tratados con una humanidad que no esperaban; y algunos de ellos, sospechando que se quería apresurar su fin en vez de darles la vida, rehusaron someterse a la acción del facultativo, mientras no vieron su temor desvanecido en la experiencia de otros. Tales eran las ideas de humanidad que se tenían bajo el sangriento sistema del feroz tirano que acababa de sucumbir.

La noche se pasó en perfecta calma, y por lo que a mí toca, creo que no dormí saboreando el placer de la victoria. El día, en efecto, había sido felicísimo para mí. A la división de mi mando le había cabido una parte muy principal y distinguida en la jornada; y su conducta había sido universalmente aplaudida: en el tránsito de Monte Caseros a Santos Lugares, los entrerrianos, los correntinos, los santafecinos, los bonaerenses y aun los brasileros, la habían saludado con vivas repetidos y otras demostraciones tanto más honrosas, cuanto que le habían sido tributadas de espontánea voluntad y en puro y simple homenaje a su valor y disciplina. La gloria de haber contribuído a la caída de Rosas, me parecía superior a todas las glorias, sobre todo desde que el pabellón de mi país puesto a mi cargo, había figurado en ella con lucimiento y honor; y toda la ambición de mi alma se encontraba en aquellos momentos satisfecha.

CAPITULO VIII

Entrada del ejército a Palermo — Horribles escenas en la ciudad de Buenos Aires. — Ejecuciones. — Correspondencia con el Gobierno Oriental.

El día 4 de febrero, mientras hacíamos nuestros preparativos para la marcha, alguien me dijo que se corría en el ejército, que Rosas se había refugiado en la ciudad, y que en ella pensaba hacernos resistencia. Yo miré con desprecio esta noticia, porque estaba persuadido que Rosas tenía bastante buen juicio, para no meterse en un empeño inútil; pero no faltaron otros que la creyesen y que pensasen que íbamos a tener otro Monte Caseros en las calles de Buenos Aires, aunque poco tardaron en ver desvanecido su temor, pues antes de medio día se supo que Rosas se había embarcado.

El ejército partió de Santos Lugares a las ocho de la mañana. Al romper la marcha, la división Oriental recibió orden de tomar la cabeza de la columna, "en justo homenaje, según las palabras del Mayor General, a su conducta del día anterior"; y como si esta distinción hubiera querido hacerse más notable de lo que era por sí misma, a todos los cuerpos que estaban ya en movimiento, habiendo algunos de ellos muy avanzados, se les mandó detener para dar lugar a que pasase la división.

La marcha aunque corta, fue incómoda y penosa por el ardor del sol y el excesivo polvo de los caminos.

A media jornada nos detuvimos; y después de comer continuamos sin interrupción hasta Palermo, adonde llegamos a la oración.

Durante nuestra marcha, la ciudad de Buenos Aires había sido teatro de horribles escenas.

La guardia nacional había estado armada, ocupando los diversos cantones en que había sido distribuida por el general Mansilla hasta las doce del día; es decir, veinticuatro horas después de la derrota de Rosas; y cuando a esa hora convencidos los ciudadanos de que el poder de éste no existía, abandonaron sus puestos y se retiraron a sus casas, un enjambre de soldados montados, seguidos de porción de gente a pie, todos munidos de la divisa de guerra que nuestra caballería había usado en la batalla, se derramaron por todos aquellos barrios de la ciudad en que había joyerías y tiendas de valor, y dieron principio a un espantoso saqueo. En breves instantes todas estas tiendas, entre las cuales algunas contenían hasta dos millones de capital, quedaron arrasadas y sus propietarios reducidos a la mendicidad.

Hecho el saqueo de un barrio, pasaban a otro, y luego a otro, con una voracidad creciente en razón directa del número de ladrones que se iba por momentos multiplicando.

Aterrado el vecindario en los primeros instantes de esta irrupción vandálica, nada pudo hacer por la defensa de sus intereses: los hombres se encerraron en el interior de sus hogares, y allí se mantuvieron preparados a defender las vidas de sus familias que desde luego creían también amenazadas. Felizmente la noticia de estas iniquidades, llegó rápidamente a Palermo; y las disposiciones tomadas por el general Urquiza fueron tales, que en menos de cuatro horas fueron re-

primidos los crímenes y castigados de muerte todos sus perpetradores. Dos o tres batallones entraron por las calles con alguna tropa de caballería; y divididos en pequeñas partidas, acudieron a todos los parajes donde se estaban practicando los robos. Muchos vecinos armados se les reunieron, y los agentes de la policía les servían de guías y auxiliares. Arrestaron muchas personas cargadas de botín, unas en el interior de las tiendas, y otras corriendo por las calles a poner en seguridad su presa: había entre ellas, soldados y paisanos, hombres y mujeres. A medida que se iban capturando, se remitían a la casa de policía y allí eran inmediatamente pasados por las armas, sin más justificación de delito, que la de haber sido aprehendidos llevando en las manos, alhajas u otros objetos robados. Algunos han hecho ascender hasta doscientos el número de víctimas sacrificadas por esta causa, mientras otros aseguran que no pasó de treinta, comprendidas algunas mujeres. Por más que he hecho, no he podido adquirir informes exactos a ese respecto. También se ha calificado de bárbaro y sanguinario el expediente adoptado por el general Urquiza para contener el saqueo; pero yo no dudo, y esta es la opinión que he oído generalmente en Buenos Aires, que sin una acción tan severa y oportuna, la ciudad entera habría sido devorada por el populacho.

Al mismo tiempo que en Buenos Aires, se hacían en Palermo algunas ejecuciones, aunque por distinta causa. El 4 a la tarde, cuando nosotros llegamos con el ejército, hallamos los cadáveres del Coronel Chilavert y de otro individuo cuyo nombre no pude averiguar, en medio de la calle principal de la quinta, y precisamente al lado de uno de los cuarteles que se destinaron a mi división: ambos habían sido fusilados en la

mañana del mismo día. Chilavert, como se sabe, fue hecho prisionero en la batalla; y no habiendo sido muerto en el acto de su prisión, como lo fue Santa Coloma, bien que no estuviese en el caso de este famoso asesino, a lo menos por todo el resto del día, parece natural suponer que el motivo por el cual se le privó de la vida, fue posterior a la batalla. El señor Elías, secretario del general en jefe, a quien me tomé un día la libertad de interrogar sobre el particular, me dijo: que el general no había tenido intención de fusilarlo; pero que habiendo sabido, no sé por quien, que Chilavert había dicho: que tenía la conciencia de haber servido a la independencia del país sirviendo a Rosas; y que si mil veces volviese a encontrarse en igualdad de circunstancias, mil veces volvería a obrar del mismo modo, lo mandó matar.

Yo casi no dudo que así fuera; y creo además, que el que llevó ese chisme al general, pondría de su parte algunos agregados, como para excitar la cólera de éste contra aquel desventurado, porque hay seres en la especie humana que se complacen en el daño de sus semejantes.

¡De cuántos males se vería libre la sociedad si los hombres que figuran en puestos prominentes, fuesen inaccesibles a esa turba despreciable de aduladores que forma de ordinario su cortejo! Las pérfidas sugestiones que éstos elevan a sus oídos entre el impuro incienso que les prodigan, cederían entonces su lugar a los rectos consejos de la honradez y la lealtad: y de este modo el arrepentimiento de las malas acciones que aquéllos cometen por inducción o por engaño, no vendría nunca a acongojar sus ánimos ni a perturbar su sueño. Pero no hay remedio; las debilidades con que el hombre nace, le acompañan inseparablemente en su

pasajera existencia, y vuelven con él al seno de la tierra que lo produjo.

A la fusilación de Chilavert siguieron muchas otras. Un bando del general en jefe había condenado a muerte al regimiento del coronel Aquino sublevado en el Espinillo: y todos los individuos de este cuerpo que cayeron prisioneros en Monte Caseros, fueron pasados por las armas. Se ejecutaban todos los días de a diez, de a veinte y más hombres juntos, sin otra formalidad que la de justificar la identidad de las personas, para lo cual se consideraba suficiente la denuncia de los mismos prisioneros. Las ejecuciones tenían lugar en los campamentos, es decir, en medio de las quintas o a las orillas de los caminos más frecuentados; y los cuerpos de las víctimas quedaban insepultos en los mismos parajes en que habían sido privados de la vida, cuando no eran colgados en alguno de los árboles de la alameda que conduce de la ciudad a Palermo. Las gentes del pueblo que venían al Cuartel General, atraídas por el natural deseo de conocer a su libertador, se veían a cada paso obligados a cerrar los ojos, para evitar la contemplación de los cadáveres desnudos y sangrientos, que por todos lados se ofrecían a sus miradas; y la impresión de horror que experimentaban a la vista de tan repugnantes espectáculos, trocaba en tristes y melancólicas, las halagueñas ideas y esperanzas, que el triunfo de las armas aliadas les había hecho nacer. Se acercaban cautelosamente aun a las personas que les inspiraban más confianza, para indagar la causa de esta continuada carnicería humana; y sólo se tranquilizaban cuando por disipar sus justas inquietudes, se les aseguraba que en ella no eran comprendidos, sino los autores y cómplices del asesinato de Aquino y sus compañeros.

No era ésta, sin embargo, la verdad. Morían otros que no habían pertenecido al regimiento rebelde, en la misma forma ejecutiva que aquéllos. Me acuerdo entre otros, de dos hermanos oficiales de la división Galán, cuyos cadáveres vi yo mismo una mañana en la calle principal de Palermo, dos o tres días después de muertos. He olvidado sus nombres, pero no la causa de su suplicio. Estos desgraciados volvían a la provincia de Buenos Aires después de diez años de ausencia.

Al llegar a la Guardia de Luján, solicitaron licencia para ir a ver a su familia, que habitaba según dijeron, a poca distancia de aquel lugar. Les fue concedida por tres días, pero no volvieron a su cuerpo sino mucho después de vencido el plazo, y cuando ya el ejército estaba acantonado en Palermo. Tratándose de averiguar el motivo del retardo, parece que algunos de los prisioneros declararon que los habían visto en el campo de Rosas el día de la batalla, y esta circunstancia decidió de su suerte. El coronel Galán dio cuenta del hecho al general en jefe, y éste ordenó la ejecución inmediata de los dos hermanos.

El Mayor General del ejército, me suministró estos detalles, manifestándose al hacerlo, convencido de la culpabilidad de los ajusticiados, y conforme también con el modo expeditivo en que lo habían sido.

Para los que no estábamos acostumbrados a estos actos de verdadera crueldad, eran en extremo mortificantes los primeros días de nuestra mansión en Palermo, porque a todas horas y de todas partes, nos llegaban a los oídos los anuncios de las muertes que se hacían; de modo que aunque no presenciábamos los suplicios, oíamos, por decirlo así, hasta los gemidos de las víctimas al exhalar la vida. Al principio tuve yo una completa sorpresa. Hablaba una mañana con

una persona que había venido de la ciudad a visitarme, cuando empezaron a sentirse muchas descargas sucesivas y con intervalos bastante regulares. La persona que me hablaba, sospechando sin duda la verdad del caso, me preguntó "¿qué fuego es ese? — Debe ser ejercicio" respondí yo sencillamente, porque a decir verdad, tal me había parecido; pero otra persona que sobrevino en ese instante y que alcanzó a oír mis últimas palabras, "¡qué ejercicio ni que broma, dijo, si es que están fusilando gente!"

Después de esto, cada vez que yo sentía una descarga al levantarme de la cama, al sentarme a la mesa para comer, o al montar a caballo para ir a dar un paseo, exclamaba: ¡Dios te ayude! y procuraba desechar de mi imaginación las tristes reflexiones que con este motivo la asaltaban.

No negaré yo que en un ejército hay casos en que el rigor y hasta la crueldad son indispensables para contener a los soldados en los límites de la subordinación y la moral; pero no es posible convenir, en que jamás sea lícito prescindir absolutamente de la observación de las reglas que las leyes humanas tienen establecidas, para la justificación de los delitos y la aplicación de las penas. Las ordenanzas militares facultan al general en jefe de un ejército en campaña, para publicar bandos, que según las ordenanzas mismas, son leyes preferentes que obligan sin distinción a todas las personas que sigan al ejército; pero las responsabilidades de estas leyes no pueden pesar sobre los que las ignoran, aun cuando incurran en los actos que ellas reprueban. Así, pues, el bando del general Urquiza que condenó en masa a todo un regimiento, *después de haberse sublevado,* no fue más que una sentencia pronunciada sin juicio previo. Si la suble-

vación se hubiese castigado con arreglo a las leyes militares existentes, habría habido necesidad de un proceso escrito o verbal; se habría averiguado quienes eran los principales culpables y sobre ellos únicamente se habría hecho pesar la severidad de las penas, en lugar de envolver en un mismo anatema de muerte, como se hizo, a los criminales y a los que tal vez no lo eran.

El día 5 llegaron a Palermo varias personas de Montevideo, a donde se había tenido la noticia de la batalla, el 4 antes del medio día. Con ese motivo me apresuré a escribir al Gobierno, informándole del suceso y de la parte que en él habían tenido nuestras armas.

Aunque mis instrucciones me prescribían dar al Ministerio de la Guerra, cuenta detallada de todas las funciones de armas a que asistiese la división, me limité a una nota muy breve, concebida en términos generales, porque a la fecha en que la escribí el boletín de la batalla aún no había aparecido, y juzgué que no era prudente entrar en el examen de los hechos de una manera pública y oficial, antes que el general en jefe hubiese pronunciado sobre ellos su propio juicio.

La nota a que me refiero es la siguiente:

"El Coronel Comandante en Jefe de la División Oriental, etc.

Al Exmo. señor Ministro de Guerra y Marina, Coronel don José Brito del Pino.

Exmo. Señor:

"El día tres del corriente tuvo lugar una batalla en

los campos llamados "Santos Lugares" [a] a la que concurrieron cincuenta mil hombres y ciento cinco piezas de artillería, quedando con ella terminada la campaña del ejército aliado, contra el gobernador de Buenos Aires, don Juan Manuel de Rosas.

"El Exmo. señor general en jefe del ejército, comunicará al gobierno de la República, cuando lo juzgue oportuno, los detalles de la jornada; entre tanto cumplo yo con el deber de informar a V. E. para satisfacción del gobierno y del país, que la división de mi mando ha sostenido el honor del pabellón, y la reputación justamente adquirida de las armas orientales.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Palermo de San Benito, (Buenos Aires) Febrero 6 de 1852."

César Díaz.

Con fecha 7, el Ministro de la Guerra contestó en estos términos:

"Ministerio de Guerra y Marina.

Al señor Coronel, Comandante en Jefe, de la División Oriental, don César Díaz.

"El infrascrito siente un vivo placer al felicitar a V. S. por su brillante comportación y la de la valiente división de su mando en la memorable batalla que ha decidido de la suerte de estos países, bajo la dirección

(a) Antes que apareciese el Boletín Nº 26 que bautizó el campo de batalla con el nombre de Monte Caseros con que hoy es conocido, se designaba indistintamente con los de *Santos Lugares* o *Morón*, por ser así llamados los lugares en que los extremos del ejército de Rosas se apoyaban. (Nota del autor.)

del esclarecido Exmo. señor Gobernador de la Provincia de Entre Ríos, don Justo José de Urquiza.

"El señor Presidente de la República espera, que V. S. haga saber a todos los señores jefes, oficiales y tropa que está a sus órdenes, que el gobierno está altamente satisfecho de su conducta heroica y valiente y que no esperaba menos de sus gloriosos antecedentes.

"El infrascrito reproduce por su parte iguales sentimientos.

Dios guarde a V. S. muchos años."

José Brito del Pino.

CAPITULO IX

Rasgos característicos de Rosas. — Palermo. — Comunicaciones del gobierno oriental. — Decreto del mismo concediendo una medalla de honor a la división. — Entrada del ejército a Buenos Aires.

Además de los prisioneros tomados por la división en el campo de batalla, que no eran pocos, se le entregaron sucesivamente muchos otros para que se encargara de su custodia. Entre estos últimos vino especialmente recomendado, el coronel don Pedro José Díaz, de quien ya he hablado; y tanto por esta razón cuanto porque yo le conocía desde niño, pues había sido amigo de mi familia, lo acomodé en mi propio alojamiento, y lo dejé en completa libertad, bajo su palabra de honor, para andar dentro del campo por donde mejor le pareciese.

Durante su permanencia en la división, que no fue larga, pasé algunas horas entretenido oyéndole referir las extravagancias con que Rosas se había hecho notar hasta en los últimos momentos de su vida pública. No me ocuparé ahora de reproducirlas, aunque cierto estoy de que muchas personas las leerían con avidez animadas de la curiosidad que inspiran siempre las acciones de los hombres extraordinarios, por más que estén desnudas de mérito o importancia. Referiré solamente una de ellas, que es singular y bien característica.

El día de la batalla, mientras que la caballería de nuestra derecha se preparaba para atacar la izquierda

de Rosas, y muy poco tiempo antes de verificarlo se acercó éste al coronel Díaz, y le dijo: "prepare usted sus batallones, coronel, porque vamos a ser atacados por la espalda". ¿Cómo es eso?, dijo Díaz. "Como usted lo oye", añadió Rosas. ¿Vé usted aquellas columnas de caballería que se prolongan sobre la derecha del enemigo?" — Sí. — "Pues esas van a envolver nuestra ala izquierda y a la izquierda enemiga; ya he visto otras columnas de infantería en actitud de obrar del mismo modo contra nuestra derecha". Diciendo estas palabras, volvió la vista hacia atrás y halló cerca de sí un paisano a caballo que llegaba trayéndole una carta, o un mensaje, no recuerdo de donde; y sin esperar a que el paisano le dirigiese la palabra, "¿de dónde sale amigo?, le dijo; ¡qué buen caballo trae!" — Notando enseguida que el paisano tenía a la cabezada del recado las *boleadoras*, "présteme esas boleadoras, añadió". — El paisano las desató inmediatamente y se las entregó. Rosas las tomó por los extremos, y abrió los brazos para ver si tenían la longitud de regla; y hallando que estaban un poco cortas, "ésta no es la medida, dijo; les faltan dos pulgadas". Dirigiéndose entonces al coronel Díaz continuó: "yo antes sabía un poco manejar esta arma. Como ahora estoy demasiado grueso, tal vez no lo podré hacer. Sin embargo, voy a probar. "Vaya amigo, — al paisano — galope para allá un poco, galope, galope"; y cuando el paisano se había alejado a la distancia que él juzgó conveniente, lanzó las boleadoras por encima de la cabeza de aquél de manera que al caer, envolvieran las patas delanteras del caballo. "Todavía me acuerdo", dijo entonces, y se separó del coronel Díaz para no volverlo a ver más.

¿Qué se proponía este hombre singular con tan extraña ocurrencia en el momento solemne en que iba a decidirse el destino de su dictadura, y acaso también el de su misma vida?

¿Cedía simplemente a un instinto salvaje, o quería desmentir la reputación de cobarde que sus enemigos le habían atribuído, haciendo ostentación de valor y serenidad? Yo me inclino a esto último, porque estoy persuadido que todo era calculado en él, y que hasta en sus menores actos se proponía algún fin. Bien veo que el medio adoptado no era el más digno del objeto que tenía en vista, dado que fuese fundada mi segunda suposición: pero también es cierto que cada cual tiene su modo de hacer las cosas, y que por distintos caminos se puede llegar a un mismo fin.

Mr. Gore, encargado de negocios de Inglaterra en Buenos Aires, me ha contado después que entrando a su casa el día 3 de febrero como a las cuatro de la tarde. encontró en ella a Rosas que acababa de llegar del campo de batalla.

Ausente Mr. Gore, su sirviente se negaba a recibirle; pero habiéndole dicho Rosas que era el gobernador, puso a su disposición las habitaciones de aquél. Mr. Gore le encontró acostado en su propia cama. Al verle entrar, después del saludo de costumbre, Rosas le dijo: "tengo que pedir a usted un favor, y es que salve mi caballo que acabo de dejarlo en la barraca de... y que se encargue de cuidarlo y conservarlo en memoria mía". Mr. Gore dio inmediatamente sus órdenes para que el deseo de Rosas quedase satisfecho. Enseguida éste añadió: "yo me he tomado la libertad de venir a asilarme en casa de usted, y espero que usted me permitirá permanecer en ella siete u ocho días, que es el tiempo que necesito para arreglar mis negocios". Mr.

Gore, sumamente sorprendido de esta inopinada cuanto extraña pretensión, le respondió que en cualquier otra circunstancia, él no tendría inconveniente en que quedara en su casa todo el tiempo que fuese de su agrado; pero que actualmente tenía el deber de prevenirle que no lo consideraba en seguridad bajo su techo.

El pueblo, continuó, en estos momentos de efervescencia y trastorno, le buscará a usted en todas partes, y no habrá lugar sagrado para él. "No tema usted nada, replicó Rosas, yo conozco perfectamente a mis paisanos y sé que no han de venir aquí. Son alborotadores, pero no pasan de ahí." Mr. Gore insistió, sin embargo, en que era preciso que se embarcara y al fin se decidió a hacerlo.

A las doce de la noche de aquel mismo día salieron a embarcarse, él y su hija Manuelita que se le había reunido, ambos disfrazados y acompañados de Mr. Gore. Pasaron por delante de tres guardias, sin haber sido en ninguna de ellas detenidos, y llegaron sin obstáculos hasta el puerto, y de allí al vapor de guerra inglés Locent, que los recibió a su bordo.

Palermo, entre tanto, se había convertido en objeto de una verdadera y continuada romería. Millares de personas en carruajes, a caballo, y a pie, llenaban los caminos, yendo y viniendo sin cesar. La casa del general estaba siempre llena de gente. Todos querían verle, todos querían tener el honor de darle la mano, de expresarle su agradecimiento por el inmenso servicio que acababa de rendir al país: a nadie se negaba esta satisfacción, la puerta estaba abierta para todo el mundo. El general se presentaba en su salón de recibo a las ocho de la mañana; y desde esa hora hasta las diez, las once y aun las doce de la noche,

puede decirse que no èra dueño de sí mismo. Constituido a recibir y a obsequiar a todas las personas que entraban a saludarle, de cualquier clase o condición que fuesen, tenía que privarse hasta de comer a las horas regulares, porque no podía desprenderse de la inmensa multitud que le rodeaba, y que como las olas del mar, se renovaba incesantemente.

La sola dificultad que se encontraba para llegar al contacto del general, era la que oponían los mismos visitantes, que en su impaciencia de penetrar antes que otros, obstruían la puerta, se oprimían entre sí y hacían hasta peligrosa la entrada.

Yo fui a visitarlo, cinco días después de la batalla para hacerle mis cumplimientos por el triunfo, pues que hasta entonces no me había parecido oportuno hacerlo; y a pesar de que uno de sus edecanes se encargó de introducirme, muy a duras penas pude conseguirlo. Cuando estuve cerca de él, dentro del salón mismo y a cuatro pasos de distancia, se dirigió a mí para abrazarme; pero antes que pudiese llegar a echarme los brazos, pasaron diez minutos al menos, porque a cada paso era detenido, ya de un lado, ya de otro, por personas que se le interponían para pedirle la mano, para dirigirle un saludo, o para que al menos fijase en ellos sus miradas.

Después de conocer y saludar al general libertador que era el objeto principal de su curiosidad, pasaban a los campamentos, visitaban a los jefes de los cuerpos y a los oficiales, detenían a los soldados por la calle para obsequiarlos, para interrogarlos sobre la batalla; y por todas partes y de todos modos manifestaban aquella alegría indefinida que produce en el corazón del hombre, la súbita transición del estado de cautiverio al de libertad. Como uno de tantos fui yo también

favorecido con sus atenciones. Nacionales y extranjeros; hombres y señoras, me hicieron el honor de visitarme, de ofrecerme sus servicios y de prodigarme todas aquellas galanterías, con que en ciertos casos, se paga sobradamente a un corazón agradecido y sensible, su mayor merecimiento.

Todos preguntaban, ¿cuándo entra el ejército a la ciudad? El pueblo está impaciente por conocer a sus libertadores, y desea que se anticipe cuanto sea dable este momento. Hiciéronse muchos empeños con este objeto; pero el gobierno provisorio, que quería contribuir por su parte a dar al acto del recibimiento del ejército, toda la magnificencia y grandiosidad, dignas de la gratitud de un gran pueblo, se había insinuado con el general para que lo retardase algunos días; y con este motivo, aunque desde nuestra llegada a Palermo se había señalado el día 8 para la entrada, no pudo verificarse hasta el 20.

Para que mi satisfacción llegase al colmo, y que nada me quedase que desear, la víspera de este día inolvidable, recibí del Ministerio de la Guerra las dos notas que siguen.

Ministerio de Guerra y Marina.

Montevideo, Febrero 13 de 1852.

Al señor Coronel Mayor, Comandante en Jefe de la División Oriental don César Díaz.

"Al infrascrito le cabe la satisfacción de adjuntar a V. S. el despacho del Coronel Mayor con que el gobierno de la República, ha tenido a bien premiar los

servicios prestados por V. S., en la campaña contra el gobernador de Buenos Aires, que acaba de terminar.

Con tal motivo el que firma siente un vivo placer de felicitar a V. S. por este acto de justicia y de recompensa nacional debido a su mérito, que el infrascrito se complace en reconocer.

Dios guarde a V. S. muchos años."

José Brito del Pino.

Ministerio de Guerra y Marina.

Montevideo, Febrero 13 de 1852.

Al señor General don César Díaz, Comandante en Jefe de la División Oriental.

"El infrascrito tiene la satisfacción de comunicar a V. S. que el gobierno de la República, ha expedido hoy mismo un decreto, acordando una medalla de honor, a todos los señores jefes, oficiales y tropa que se hallaron en la batalla del 3 de este mes, para con ella perpetuar la memoria del ejército oriental, y de las hazañas con que la ha merecido.

Sin perjuicio de esto, el gobierno desea le pase V. S. una propuesta para grados, y que recaiga en los que más se hayan distinguido en la batalla.

Dios guarde a V. S. muchos años."

José Brito del Pino.

El decreto que la antecedente nota se refiere y que no se me trascribió hasta el 21, es el siguiente.

Ministerio de Guerra y Marina.

Montevideo, Febrero 13 de 1852.

"El Presidente de la República.

Considerando que la División Oriental, al mando del coronel don César Díaz y bajo la dirección del Exmo. señor Gobernador y Capitán General de la provincia de Entre Ríos, Brigadier don Justo José de Urquiza, general en jefe del ejército aliado de operaciones, contra el gobernador de Buenos Aires, don Juan Manuel Rosas, ha llenado por su parte lo que la nación esperaba de ella; cumplido con su deber y dado un nuevo lustre a las armas de la República en la batalla dada en los campos de Caseros el 3 del presente; ha acordado y decreta:

Art. 1º Acuérdase a la División Oriental que combatió en la batalla de Monte Caseros, una medalla de honor.

Art. 2º Esta medalla será de oro con una corona de laurel sobrepuesta, para el coronel jefe de la división; de oro y sin esa corona, para los jefes desde coronel hasta Sargento Mayor; de plata para los oficiales desde Capitán hasta Subteniente, y de latón para los individuos de tropa.

Art. 3º Llevará en el anverso el lema — *El gobierno de la República Oriental del Uruguay,* y en el centro: *Al vencedor de los campos de Caseros;* y en el reverso — *3 de febrero de 1852,* la que irá colocada al lado izquierdo del pecho, pendiente de una cinta azul celeste.

Art. 4º A todos aquellos a quienes comprenda esta disposición, se les expedirá un diploma en que se insertará este decreto, y el nombre y graduación de cada uno firmado a nombre del gobierno por el Ministro de Estado en el Departamento de la Guerra, y sellado con el sello de la República.

Art. 5º El Ministro Secretario de Estado en el Departamento de la Guerra, queda encargado de la ejecución de este decreto que se comunicará e insertará en el Registro Nacional."

Suárez.
José Brito del Pino.

El 20, como he dicho, fue el día de la entrada, o para hablar como los romanos, el día del triunfo. Desde el amanecer, todo el ejército estaba listo para moverse al primer aviso.

Es natural suponer, que a todos los jefes de división se les comunicó en tiempo, la colocación que habían de tomar en la columna y las demás disposiciones consiguientes para organizarla; en cuanto a mí, sólo se me previno, que marchase a la plaza del Retiro y esperase allí nuevas órdenes. A las diez salí de Palermo, porque habiendo amanecido lloviendo, fue preciso esperar a que escampara; y contando con el tiempo perdido en varios pequeños altos que fui forzado a hacer en el camino, tardaría una hora hasta el Retiro.

Acababan de llegar la división de Galán y toda la artillería argentina. La caballería ocupaba el bajo del río, desde Palermo hasta el Fuerte de la ciudad, dispuesta por divisiones en el orden en que habían de marchar.

Una hora después, es decir, a mediodía y antes que hubiese llegado la división brasilera, apareció el ge-

neral en jefe, acompañado del Mayor General y seguido de sus edecanes y su escolta. El general don Tomás Guido que había sido comisionado por el gobierno provisorio para recibirlo en su nombre y que al efecto se había situado con anticipación en el Retiro, salió inmediatamente a su encuentro. Al entrar en la plaza, la infantería argentina y la oriental le hicieron los honores correspondientes.

La presencia de S. E. indicaba que el momento de la entrada era llegado; y como hasta entonces nadie me había dicho el puesto que yo debía ocupar, ni cuando había de moverme, me acerqué al coronel Galán, a quien supuse informado de lo que había que hacer, para que se sirviese instruirme de las órdenes superiores en lo concerniente a mi división. Galán me dijo: que la infantería debía entrar a la ciudad, en el mismo orden de formación que había tenido en la batalla; es decir, la división argentina a la cabeza, la brasilera en el centro, y la oriental a retaguardia, puestos que en el orden de batalla corresponden a derecha, centro e izquierda. Toda la caballería debía seguir a la cola de la infantería. La columna así organizada, marcharía por la calle del Perú hasta la de la Federación; convergería allí a la izquierda para entrar a la plaza de la Victoria; y por el arco principal de la Recoba, saldría al bajo del río para volver hasta Palermo.

Acto continuo el general se dirigió a la calle del Perú, y tras de él siguió la división Galán. Como la división brasilera aún no había llegado al Retiro, ni se veía aparecer por ningún lado, juzgué que con ella habría habido la misma imprevisión que con la mía; y para que su falta no fuese tan notable como habría debido ser si yo me hubiera detenido a esperarla, pues

que la columna habría tenido que cortarse con un gran intervalo, seguí tras la división Galán.

Por más que mi ánimo estuviese prevenido con la idea de lo que el entusiasmo de aquel pueblo era capaz de hacer en honor de su libertad y en obsequio de sus libertadores, confieso que quedé sobremanera sorprendido al contemplar el grandioso aspecto que la calle del triunfo presentaba. Las veredas, las ventanas, los balcones, las azoteas, todo, todo estaba cubierto de gente y adornado de banderas de todas las naciones del mundo, notándose entre ellas con especialidad y profusión, las que ostentaban los colores de la alianza. Los vivas a la libertad, al ejército libertador, al general en jefe, a la alianza y a cada uno de los jefes y cuerpos que la componían, atronaban sin cesar el aire, y absorbían el ruido estrepitoso de los instrumentos marciales. Lluvias de flores inundaban la calle sirviendo de pavimento a nuestros pies; y sus gratos efluvios impregnaban de exquisito aroma el ambiente que aspirábamos. La escena era continua. De cuadra en cuadra renovábanse los transportes del pueblo y con ellos nuestros goces. Cuando creíamos haber salido del punto en que el entusiasmo era al parecer mayor, entrábamos en otro en el que la expansión del contento y la alegría, parecían superar a cuanto hasta entonces habíamos presenciado.

El pueblo de Buenos Aires era verdaderamente sublime en aquel día para siempre memorable; y los orientales que tuvimos la fortuna de participar de las sentidas manifestaciones de su inmensa gratitud hacia sus libertadores, no podremos olvidarlo jamás.

En nosotros se fijaban con particularidad sus miradas y atenciones. Una señora, cuyo nombre nunca pude averiguar por más que en ello me interesé, al

pasar la división por el sitio en que se hallaba, se lanzó al medio de la columna, tomó la bandera del batallón Guardia Oriental y le dio un amoroso beso; acción tan significativa y elocuente que quedó indeleblemente grabada en mi corazón.

Habíamos recorrido ya un espacio de doce cuadras al menos, sobre una alfombra de olorosas flores, entre las aclamaciones, ni un segundo interrumpidas, de millares de personas de todos los sexos y edades; pero todo esto era nada para lo que todavía nos esperaba. En la esquina de la plaza de la Victoria, calle de la Federación, habíase erigido un arco triunfal, lujosamente adornado, el cual contenía varias leyendas análogas a su objeto, y en el frontispicio de la Catedral, a inmediaciones del arco, habían levantado una ancha gradería calculada para un número considerable de señoras. El pueblo, ya porque anhelase ver al ejército en el acto de pasar por debajo del arco de triunfo, ya por ser la plaza el sitio más cómodo y espacioso para situarse, se había reunido allí en numerosísimo concurso; y formando una masa casi compacta e impenetrable, se oponía a la marcha de cada cabeza de columna que se presentaba.

Cuando nosotros aparecimos, un formidable — ¡viva la división oriental! — resonó en todos los ángulos de la plaza, que fue inmediatamente seguido de otros vivas al jefe de la división, a la República, a los jefes subalternos, a los oficiales y a los soldados. La masa popular hízose más espesa de lo que era, rodeó mi caballo, los de mis ayudantes y a mi escolta, y nos obligó a detenernos. Un amigo me dio un abrazo, otro que no lo era me dio la mano, alguno me tomó la vaina del sable, otro la rienda del caballo, éste me llamaba desde lejos, aquél me hacía señas con el sombrero o

el bastón, y de todos lados llamaban mi atención. Las señoras que estaban sentadas en la gradería, que yo no conocía y que la agradable emoción que experimentaba, me permitía apenas distinguir, me saludaban también con sus abanicos y pañuelos, viéndome yo en gran dificultad para contestar a sus saludos, pues casi no podía mover el brazo de la espada.

Media hora al menos estuve sujeto a esta dulcísima zozobra, sin poder moverme, y lo que todavía es más, sin tener siquiera la voluntad de intentarlo. Entre tanto, habíase cortado la columna y establecídose un gran intervalo entre mi división y la que me precedía, y era urgente seguir. El general en jefe estaba situado frente al arco principal de la Recoba, viendo desfilar las tropas, y aun venía atrás de mí todo el ejército. Hice, pues, un esfuerzo y conseguí sustraerme a aquel rudo aunque agradable aprieto, en que probablemente no volveré a hallarme jamás.

Vinieron en pos de mí, la división brasilera, y las divisiones de caballería La Madrid, Medina, Galarza, Abalos, Urdinarrain y López.

Cada una de ellas tuvo más o menos parte en la común ovación. Todos los jefes fueron victoreados, todos fueron saludados; pero entre todos ellos el que más señalados obsequios mereció fue el general La Madrid.

No era extraño. La Madrid era el único tal vez de los viejos guerreros de la independencia americana, que figuraba en las filas del ejército aliado, y su persona simbolizaba muchas de las glorias argentinas. El pueblo de Buenos Aires que tanto le conocía, creyóse al verle, transportado a los tiempos brillantes de su pasada grandeza, y en la efusión de su gozo, hubo de hacer pagar caro al ilustre veterano, el título de pre-

ferencia, que aquellos antecedentes le daban a sus simpatías.

Asaltado el general en medio de la columna por una multitud de gente, en el acto en que fue reconocido, se vio sobremanera embarazado para aceptar sin riesgo los homenajes de aprecio que todos le tributaban. Durante algunos minutos, los abrazos y los cumplimientos no cesaron, y entre tanto el grupo que le rodeaba fue aumentándose y por consecuencia la presión creciendo, hasta que al fin, el animal que cabalgaba, inquieto y asombrado de verse tan extrañamente comprimido, hizo un repentino y violento salto, con el que casi le puso en tierra. Sólo así pudo seguir su camino, reflexionando, quizá, como a mí me había sucedido, que aquel momento supremo de satisfacción y de ventura, debía ser único en su vida.

Mientras el ejército desfilaba por las calles de la ciudad, los cañones de la fortaleza habían saludado con veintiún tiros a cada uno de los pabellones de la alianza; y cuando salimos de la plaza de la Victoria para volver por el *bajo* al punto de partida, la artillería argentina, la oriental y la brasilera, contestaron sucesivamente los saludos, al pie de la fortaleza misma.

A las tres de la tarde, la cabeza de la columna estaba de vuelta en Palerno, y todavía se encontraban allí las divisiones de caballería López y Urdinarrain, que formaban la cola. El desfile no terminó completamente hasta las seis de la tarde.

Por la noche hubieron fuegos artificiales. El general convidó a todos los jefes principales del ejército para ir a verlos; y a las ocho nos reunimos en el alojamiento del Mayor General. Entramos en un coche, el

General en Jefe, el Mayor General, el jefe de la división brasilera y yo.

Los demás jefes ocuparon otros coches y marchamos en convoy a la ciudad. Cuando llegamos a la plaza de la Victoria, que es donde se habían preparado los fuegos, encontramos al pueblo entero reunido en ella.

Penetramos con mucha dificultad, no obstante la espontaneidad con que la gente procuraba abrirnos paso, y muy lentamente llegamos a la Policía. Cuando bajamos del coche, el pueblo ansioso de ver de cerca al libertador, se había interpuesto en gran número, entre la puerta de la Policía y el carruaje; y esta circunstancia puso en tal conflicto al general, que yo llegué a temer que el día de su triunfo podía también ser el día de su muerte. Aunque precedido de un conductor que hacía todo el empeño imaginable para franquearle el camino, tuvo él mismo que hacer muchos esfuerzos para desembarazarse de aquella curiosa multitud, que en medio de las más vivas aclamaciones, le oprimía y sofocaba. Los que íbamos detrás de él quedamos por un momento cortados, y no sin dificultad logramos reunírnosle.

Nada habría sido esto, si después de estar en la Policía hubiésemos podido esperar en ella a que la función se acabase y la concurrencia se dispersase; pero es el caso que el gobierno esperaba al general en los balcones del Cabildo y no en la Policía, como éste lo había creído, y que por consiguiente era necesario exponernos de nuevo al riesgo de que acabábamos de libertarnos. Felizmente, como la gente no pudo sospechar, que el general iba a salir de la Policía acto continuo de entrar, se había cargado hacia el centro de la plaza, dejando un poco despejada la ve-

reda, y así logramos hacer el tránsito hasta el Cabildo, sin obstáculo considerable.

Además del gobierno y sus ministros, se hallaban en el Cabildo varias notabilidades del país, algunos representantes de otras naciones, y muchas señoras principales. Encontré allí con extremo gusto, varias personas que había conocido en mi niñez, que hacía más de veinte años que no veía; y acepté con verdadero agradecimiento, muchos conceptos honrosos con que me lisonjearon.

Después de algunos momentos pasados en un salón en que se había preparado un abundante refresco, fuimos todos a colocarnos en los balcones, para gozar cómodamente del agradable espectáculo pirotécnico que nos había congregado.

A eso de las diez y media, concluidos que fueron los fuegos, nos trasladamos al teatro argentino, donde se representaba la tragedia española Lanuza; y a la una de la mañana estuvimos de regreso en Palermo.

CAPITULO X

Despedida del general en jefe a la división. — Regreso de ésta a Montevideo. — Su entrada en dicha ciudad.

Con la caída de Rosas y su desaparición de la escena política, el objeto de la alianza había cesado, y por consiguiente los cuerpos coaligados debían volver a sus estados respectivos.

El 4 de marzo se embarcaron los brasileros con destino a Montevideo; y el 6 recibí yo orden de preparar la división para embarcarla también, a la vuelta de los transportes que habían conducido a aquélla. En el mismo día 6 el general se despidió de la división con la proclama que sigue:

"El gobernador y Capitán General de la provincia de Entre Ríos, General en jefe del Ejército Aliado Libertador, a la columna Oriental.

PROCLAMA

"Orientales: Cooperásteis con denuedo heroico a la salvación de vuestra patria, y a la libertad de su ilustre hermana la Confederación Argentina. Nobles émulos de vuestros gloriosos antepasados, si ellos fundaron la República Oriental, vosotros defendísteis con gloria su independencia, reconquistásteis su libertad, y contribuísteis en la ribera occidental del Plata a la humillación del tirano. ¡Eterno loor a vuestro patriótico gobierno! ¡Perenne gratitud a los valientes que componen la división auxiliar expedicionaria!

"Hermanos del Oriente. Bravos de la coalición americana. Llenásteis con honor las grandiosas esperanzas de los aliados y merecistéis bien de la patria en grado heroico. Recibid el cariñoso parabién de los argentinos y el fuerte abrazo que a su nombre os brinda, el mejor amigo de vuestras instituciones."

Justo José de Urquiza

Palermo de San Benito, marzo 6 de 1852.

[a] El General Comandante en jefe de la división Oriental, a sus compañeros del Ejército Aliado Libertador.

PROCLAMA

Compañeros. El Exmo. señor General en Jefe del ejército me manda volver a la patria, habiendo cesado ya el motivo que me proporcionó el honor de asistir bajo sus órdenes, a la más espléndida de sus victorias y en nombre de las tropas orientales que sirven bajo mi mando, os doy un abrazo de despedida.

Los vínculos que se adquieren en la comunidad de riesgos y fatigas, son los más estrechos y durables. Nosotros hemos bebido juntos el cieno de los pantanos; hemos visto confundidas en un mismo campo de batalla nuestras banderas y nuestra sangre, y es fuerza que seamos para siempre amigos y compañeros.

La División Oriental lleva en su corazón el más puro agradecimiento por los testimonios de aprecio y confianza con que la habéis honrado; y os desea la

(a) Esta proclama que no figura en los autógrafos del general Díaz, se halla impresa y hemos creído conveniente colocarla en este lugar. (Nota del Editor de 1878.)

felicidad de que os hacen dignos vuestras virtudes marciales.

César Díaz

Palermo de San Benito, marzo 8 de 1852.

Dos días después, S. E. me hizo el honor de dirigirme una nota, en la que reiteraba oficialmente, varios conceptos muy honrosos para los orientales, que ya me había expresado algunas veces en sus comunicaciones particulares.

Esa nota y la contestación que juzgué conveniente darle, son las que se registran a continuación.

EL GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL DE LA PROVINCIA DE ENTRE RIOS GENERAL EN JEFE DEL EJERCITO ALIADO.

Al señor general don César Díaz, jefe de la División Oriental.

Palermo de San Benito, marzo 8 de 1852.

"La denodada división de su mando, va a pisar ya las hermosas riberas de la tierra patria; y faltaría a uno de mis más sagrados deberes, si no manifestase a V. S. como tengo el honor de hacerlo, la grata satisfacción con que he sido testigo de la recomendable conducta, disciplina ejemplar, e intrepidez heroica, de todos los valientes que componen esa columna. Puede V. S. con sobrada razón envanecerse de mandarlos, y ellos de obedecer sus órdenes. Los argentinos conservaremos siempre en la memoria, los importantes servi-

cios prestados por las armas orientales a la gran causa de la libertad de esta República; y el nombre de V. S. figurará según se merece, en la historia militar de nuestro país.

Con las cordiales felicitaciones del pueblo argentino, reciba V. S. las sinceras protestas de particular estimación con que soy de V. S. muy affmo. y seguro servidor."

Justo José de Urquiza.

EL GENERAL COMANDANTE EN JEFE DE LA DIVISION ORIENTAL

Al Exmo. señor Gobernador y Capitán General de la Provincia de Entre Ríos, General en Jefe del Ejército Aliado Libertador, don Justo José de Urquiza.

He recibido la respetable nota que V. E. se ha dignado dirigirme al volver a mi patria, manifestándome su satisfacción por la conducta que la división de mi mando ha observado, en la campaña para siempre memorable que acaba de terminar, y que V. E. ha dirigido con la inteligencia militar y el acierto que tiene acreditados en su ilustre carrera.

Nada hemos hecho, Exmo. señor, para merecer las señaladas muestras de distinción con que V. E. nos ha favorecido. Hemos cumplido con nuestros deberes de soldados y eso es todo. Pero si en algo pudiera apreciarse nuestra débil concurrencia a la grande obra que V. E. ha tenido la envidiable fortuna de consumar, habría bastado para nuestra recompensa, la inefable satisfacción que hemos gozado, participando de

las demostraciones de amor y gratitud, que el noble pueblo de Buenos Aires no cesa de tributar a su libertador.

Gracias, general, en nombre de todos los jefes, oficiales y soldados de la división Oriental, por habernos proporcionado el grande honor de asistir bajo las órdenes de V. E. a la más célebre batalla de Sud América, que ha asegurado la libertad de dos Repúblicas, y ha fijado para siempre la reputación militar de V. E. Gracias también, por el órgano de V. E. al generoso pueblo argentino, por las sentidas manifestaciones de fraternidad que nos ha prodigado.

Que V. E. tenga la dicha de ver consolidada su obra, y que pueda reposar tranquilamente su cabeza a la sombra de sus laureles. Tales son los votos de la división Oriental y la esperanza del que tiene el honor de renovar a V. E. la seguridad del respeto y adhesión con que es de V. E.

Exmo. señor

César Díaz

El diez por la mañana llegaron al puerto los transportes que esperábamos; y a las cuatro de la tarde nos pusimos en marcha para el embarcadero, habiéndonos antes despedido del general en jefe y del mayor general. Vinieron a acompañarnos, muchos oficiales superiores del ejército, y no pocos subalternos; y cuando llegamos al puerto, hallamos porción de gente del pueblo, que nos esperaba y que en breve se aumentó a un número considerable.

Aunque la operación del embarque se empezó inmediatamente, fue preciso suspenderla después de estar a

bordo un batallón, hasta el siguiente día por haber sobrevenido la noche. Hice acampar la división en el mismo embarcadero; me despedí de todas las personas que me habían hecho el favor de acompañarme, y me retiré a una casa vecina a esperar la vuelta del día para continuar el embarque.

A las nueve de la mañana del día once todo el personal de la división estaba a bordo. Era yo el único que quedaba en tierra; y cuando a esa hora iba a encaminarme al puerto para embarcarme también, una comisión de ciudadanos vino a suplicarme en nombre de muchos argentinos, que retardase algunas horas mi partida, para que tuviesen tiempo de terminar un álbum que estaban preparando, y que querían ofrecerme como un sencillo tributo de su reconocimiento y simpatías.

No podía yo dejar de consentir en una solicitud tan lisonjera para mí; y agradeciendo desde luego las intenciones de los señores en cuyo nombre hablaba la comisión, les ofrecí esperar todo el tiempo que fuera necesario a la satisfacción de sus deseos.

A las cuatro de la tarde más de cien ciudadanos vinieron a buscarme. Uno de ellos, el señor Molina, a nombre del pueblo de Buenos Aires, me presentó un lindo libro, acompañándolo de un breve pero expresivo discurso, en el que ponderó la importancia del servicio que los orientales habían hecho a la libertad de la República Argentina, y la agradable satisfacción con que sus compatriotas cumplirían siempre con los deberes de gratitud que ese servicio les había impuesto; concluyendo por expresar un voto ardiente para que las Repúblicas Argentina y Oriental, propendiesen recíprocamente a mantener por siempre estrechos e indisolubles, los lazos fraternales que las ligaban, y

que por tanto tiempo había relajado la acción funesta de la tiranía.

Yo agradecí como debía las expresiones benévolas con que el señor Molina, como órgano de sus compatriotas, honraba a los orientales, y observé que los deberes de gratitud, eran recíprocos entre nosotros, porque si las tropas orientales habían contribuido a restaurar la libertad argentina en Monte Caseros, las tropas argentinas habían reconquistado antes la libertad oriental en Ituzaingó.

Acepté y reproduje su voto por la estrecha y durable unión de los dos pueblos hermanos, y agregué algunas otras palabras que me inspiraron mis antiguas afecciones por los argentinos.

Concluidos nuestros cumplimientos, salimos a la calle y tomamos el camino del puerto.

El grupo que me acompañaba se aumentó en el tránsito; y cuando llegamos al embarcadero, había alrededor de mí un inmenso gentío. Ya estaba esperándome el bote que había de recibirme.

Renováronse allí los discursos; a los discursos siguieron los abrazos, y a éstos las aclamaciones y los vivas. Una banda de música se había hecho venir para solemnizar el acto de mi despedida; y aunque colocada a muy pocos pasos del punto en que me hallaba, casi no podía apercibir sus sonidos sino en los momentáneos intervalos de silencio que dejaba la alegre algazara del pueblo.

Fluctuando entre el deseo de prolongar las dulces emociones que mi corazón sentía en aquel momento de verdadera y suprema dicha, y la necesidad de aprovechar el tiempo para el viaje, permanecí más de media hora en medio de la multitud que me rodeaba; mas como era indispensable poner término a esta es-

cena, por agradable y lisonjera que ella fuese, me deslicé al fin por el declive de una de las rampas del tajamar hasta la carretilla que debía de conducirme al bote; y pocos momentos después estaba a bordo del vapor Uruguay.

Las aclamaciones continuaron mientras iba yo en el bote, hasta donde fue posible hacerlas oír.

Cuando estuve instalado en el camarote que se me había destinado y que nos hicimos a la vela, lo cual se verificó acto continuo de haberme embarcado, la curiosidad me llevó a registrar el álbum que se me acababa de presentar en nombre del pueblo de Buenos Aires, y en él encontré estas bellísimas palabras que constituyen por sí solas el más glorioso timbre de toda mi carrera militar.

"TESTIMONIO

De amor y gratitud, ofrecido por los argentinos al valiente general don César Díaz, Comandante en Jefe de la división oriental del Ejército Aliado, Libertador.

El general Díaz con la columna a su mando, famosa por su constancia indomable en la defensa de Montevideo, contribuyó poderosamente a la caída de la tiranía de Rosas.

La conducta de la división oriental en Buenos Aires fue digna de sus antecedentes.

Su serenidad en el peligro, fue igual a su disciplina y moralidad, antes del combate y después de la victoria.

Soldado de la libertad, hombre de corazón fuerte y brazo vigoroso, el general Díaz es una de las ilustraciones y de las esperanzas más bellas de su patria. Al

alejarse de nuestro país, nuestros votos y simpatías le acompañan.

¡Honor al general don César Díaz! ¡Salud a nuestra hermana la República Oriental!

Buenos Aires, marzo 11 de 1852.

Juan B. Molina — Luis Frías — Eduardo B. Molina — José M. Acosta — Miguel Rueda y Frías — Manuel Eguía — Justo Argerich — Fernando Otamendi — Mariano Echenagucía — Juan Correa Morales — Ortencio Méndez — Julio C. Sánchez — Federico Zapiola — Francisco G. Molina — Bernardo Iturraspe — Pedro José Domínguez — Ambrosio del Molino — Héctor Florencio Varela — Leopoldo Montes de Oca — P. A. Carrasco — Mariano Mendiburo — Presbítero José de Sevilla Vázquez — Juan José Montes de Oca — Ruperto de la Concha — Francisco Molina Viamonte — Eduardo Carranza — Juan G. del Castillo — Juan M. Pedriel — Antonio Molina — José Basavilbaso — Manuel G. Pont — Juan José Cordero — José M. Giménez — S. Meabe — José Rufino Muruzeta — Eugenio P. del Cerro — Ezequiel Castro — Miguel Beccar — Manuel Pérez del Cerro — Ramón Dumont — M. de Gainza — Carlos Urioste — M. Varela — Thomas S. de Anchorena — Ventura Gutiérrez — Manuel T. de Guerrico — Manuel A. Ocampo — Felipe Llavallol — Luis Costa Miguel Ortiguera — Luis M. Molina — José Vicente Martínez — Esteban Banny Rubert — Félix Coeto — Carlos Descalso — Augusto de la Riestra — Federico Achabal — Pedro Aguilar — José M. Sáenz — Manuel Vega — Pedro León Martínez — Guillerno Quirno — Ambrosio J. Lezica — Tomás Jones — Manuel

Regueira — Pedro Calderón de la Barca — Antonio Posoli — Manuel P. Rojas — José María Bustillo — Elías Baneti — Bonifacio Canelo — Joaquín Abreu — Dr. José A. Ocantos — Joaquín Seulbe — Benigno Oteysa — Bernabé Ocampo — José María Lozano — Jaime Llavallol — Juan Soler — Emilio Giménez — Silvestre Mosquera — J. Lorenzo Moreno — Daniel Girald — Juan R. Velázquez — E. de la Riestra — Alvaro Pinto — Ventura Martínez — Adriano E. Rossi — Federico Silva — Sandalio Mansilla — Juan José Soto — José T. Alvarez — Gerónimo Gavazza — Hermenegildo de la Riestra — Juan Luciano Miguens — Luis L. Domínguez — José M. Cullen — Carlos H. Eguía — G. A. de Posadas — Manuel Gascón — Santiago Jhoinda."

Posteriormente los señores Mármol y Cané me honraron con los conceptos que siguen:

"Sí, tributemos el homenaje de nuestro respeto a ciertas ilustraciones de *Caseros* porque ellas es lo único que puede recordarse con honor, desde que la batalla y el general que la dio han desaparecido para la felicidad de la patria; y apenas viven, la una para ser lamentada, el otro para ser acusado."

José Mármol

Montevideo, enero 18 de 1853.

"General:

Mi gratitud como argentino. mis respetos como buen apreciador del verdadero mérito, y mi amistad sincera."

Miguel Cané

Montevideo, noviembre 14 de 1853.

Aunque el tiempo estaba malo y nos sobrevino hacia la media noche una fuerte ráfaga de viento acompañada de alguna lluvia, arribamos felizmente a Montevideo al siguiente día 12, donde nos esperaba un nuevo triunfo, y nuevas escenas de placer.

A imitación de Buenos Aires, el pueblo se había preparado espontáneamente a recibirnos; y las demostraciones de su entusiasmo y regocijo, no fueron menos espléndidas, que las que aquél nos había tributado. Pero dejaremos hablar al *Comercio del Plata,* periódico de la época, que hizo la descripción de este acto memorable, con la exactitud que lo caracteriza:

HONORES A LA DIVISION ORIENTAL

"¡Qué bello espectáculo ofrece un pueblo libre, cuan- "do hace ovaciones espontáneas!

"¡Qué sublimes son éstas cuando van acordadas en "premio de grandes servicios hechos a la humanidad! "Entonces preside a este acto, la justicia, y el pueblo "ejerciéndola, asume la majestad de su soberanía. El "entusiasmo es una expresión visible de sentimientos "vehementes, que nacen del alma: móvil ninguno hará

"que él se manifieste si no tiene allí su origen. Por "eso es sublime, por eso es envidiable.

"Y tal es el sello que llevaban las ovaciones hechas "el viernes a la división oriental, al pisar las playas "de la patria, cubierta de gloria. La pintura que noso- "tros pudiéramos hacer de las escenas llenas de emo- "ción de que fue teatro esta ciudad, sería entonces un "reflejo pálido de la verdad; pero es deber nuestro "consignar aquí con la mayor exactitud, los sucesos "de ese memorable día, consagrado todo él a un rego- "cijo universal.

"Notemos aquí para mayor prez del pueblo Orien- "tal, el hecho significativo de que en esos negocios, "no recibió otro impulso que el de sus propios senti- "mientos, y que la autoridad no los había sometido a "un ritual que los habría amenguado, porque habrían "podido mirarse como impuestos. Ella cerró sus ofici- "nas públicas, y vino así a sancionar las demostracio- "nes que se preparaban hacía días, y a tomar en ellas "una parte, porque también quería participar del gozo "que el pueblo sentía.

"Como se sabe, habíase organizado una comisión, "para dirigir los honores y festejos que debían hacerse "a la división luego que arribase.

"Los ciudadanos que tuvieron ese bello pensamien- "to, hallaron franca cooperación en todas partes, y "tenían ya completos sus preparativos el jueves a la "noche, desde lo que debía hacerse en el desembarque, "y trayecto de la división, hasta el abundante refresco "que se ofrecería al día siguiente al general, jefes y "oficiales de ella. Todos aguardaban anhelosos la lle- "gada del viernes, porque en ese día debía estar en el "puerto la división: agradezcamos al vapor esta exac- "titud que permitió gozar por entero todo el día 12.

"A las siete de la mañana se avistó una embarcación "cuyo negro penacho de humo, no dejó duda de que "era una de las del convoy en que venía la división. "Las casas de negocio se cerraron en un instante y por "toda la ciudad empezaron a flamear banderas de to- "das las nacionalidades, pero descollando por su nú- "mero la Oriental. Los agentes y vecinos extranjeros "izaron también las suyas. Muchas azoteas y balcones "se tapizaron, y los cohetes y repiques de campanas, "llevaron la feliz noticia a todos los puntos distantes "de la ciudad.

"A las nueve fondeó el primer vapor: era el *Paraná* "con el batallón Guardia Oriental, mandado por el co- "ronel don José M. Solzona. Había salido de Buenos "Aires a las once de la mañana del día antes y por "eso se anticipaba tanto a los otros dos buques. El "*Paraná* traía orden de aguardar en la boca del puerto, "el arribo de éstos, que al fin se avistaron.

"A las diez de la mañana la guardia cívica echó "llamada. A las doce estaba ya formada en la casa de "gobierno. El coronel Tajes a la cabeza del batallón de "Guardia Nacional y de un escuadrón de caballería, "fue entonces a situarse en la primera cuadra de la "calle Colón con la infantería, colocando la caballería "en la calle del 25 de Agosto.

"A la una fondeó el *Uruguay*, que había zarpado "de Buenos Aires a las cinco y cuarto de la tarde; y a "las dos el *Manuelita* que le precedió un cuarto de "hora en su salida de aquel puerto. El poco calado del "Uruguay le permitió acercarse al desembarcadero, "más que ninguno de los otros vapores. La vista que "hacía este barco lleno de tropa, era muy pintoresca; "y la casualidad tal vez hizo que los soldados trajeran "una colocación simétrica, que resaltaba más por lo

"tranquilo de las aguas, que no imprimían al buque "ninguna violencia en sus movimientos.

"En este vapor venía el general don César Díaz, co- "mandante en jefe de la división, el coronel don Ju- "lián Martínez, jefe del Estado Mayor divisionario, el "mayor Zamudio, jefe del Detal, y oficiales pertene- "cientes a él; el coronel don Juan Antonio Lezica y el "teniente coronel Palleja. La tropa se componía de los "batallones *Resistencia* mandado por aquél, y del *Vol-* "*tíjeros* por éste.

"El *Manuelita* conducía el batallón del *Orden*, co- "mandante el mayor Abella, y el escuadrón de artille- "ría ligera que mandaba el teniente coronel Vedia. "La comisión de honor que debía de recibir la división "Oriental, estaba ya a la una y media formada con la "música de Pensel, y ostentando la bandera que las "damas orientales ofrecieron a S. E. el Presidente de "la República: se colocó al lado del muelle formando "calle.

"Seguíala un crecido número de ciudadanos, y a "continuación iba la guardia cívica mandada por el "teniente coronel don Gregorio Conde.

"Mientras tanto, toda la población había afluído a "las calles que debía recorrer la división, y el resto "de la ciudad estaba desierto.

"El bello sexo acudió a dar realce al acto, con sus "gracias, y el día era en efecto considerado festivo.

"Como a las dos empezó el desembarque haciendo "entonces una salva la batería *Presidente Suárez.* El "primer cuerpo que puso pie en tierra, fue el batallón "*Resistencia.* Formó en el muelle y siguió hasta la se- "gunda cuadra de la calle de Colón. Las aclamaciones, "la música y las coronas de flores, de laurel y olivo,

"acogieron a éstos soldados en su marcha, que el "gentío inmenso que los rodeaba, hacía difícil.

"Al *Resistencia* siguió el *Voltijeros*, que fue a for- "mar después de aquél: iguales demostraciones de ar- "diente entusiasmo acogieron a este otro batallón en "su tránsito hasta su lugar de formación.

"Siguióle poco después el *Guardia Oriental* y el "*Orden* y finalizó el desembarque el escuadrón de ar- "tillería ligera. También y con igual ardor fueron vic- "toreados estos cuerpos, desde que pisaron el muelle.

"Inmediatamente después bajaron el general Díaz, el "coronel Martínez y demás oficiales que con ellos ve- "nían. Varios individuos de la comisión pasaron al "muelle a felicitar al general, tomando la palabra el "señor don Carlos Juanicó. El general contestó y reuni- "dos descendieron del muelle.

"Aquél montó luego a caballo con el coronel Mar- "tínez y sus ayudantes, entre el estrépito de vivas que "partían de todos lados. La música entonó el himno "nacional, como lo había hecho al pasar cada cuerpo. "El coronel A. B. du Chateau, vestido de particular, "fue a saludar a su amigo el general y siguió a su lado. "Partió éste luego a colocarse a la cabeza de la colum- "na, siendo el blanco como en todo el camino, de las "ovaciones que se hacían a los vencedores en Caseros. "La columna emprendió la marcha en el orden de for- "mación ya dicho, y siguiendo las calles anteriormen- "te designadas.

"¿Habremos de decir que en cada cuadra, era po- "blado el aire de coronas cívicas de flores, y resona- "ban por todos lados aclamaciones ardientes? ¿Podre- "mos describir el efecto que hacía esa masa inmensa "de gente, que precedía, rodeaba y seguía a la colum- "na? Eso sería imposible, como lo sería el pintar las

"sensaciones que produjo en todo el tránsito la vista "de la bandera del batallón *Resistencia* cuyo sol había "sido despedazado por las balas de los esclavos de Ro-"sas en Caseros. La vista de este trofeo glorioso, excitó "sensaciones indecibles: más de un rostro se bañó "en lágrimas, más de un corazón se oprimió presa de "sentimientos contrarios. ¡La bandera Oriental despe-"dazada por balas que arrojaron manos argentinas!... "¡Y esa bandera era en la batalla símbolo de liber-"tad!... ¡Maldito tirano que así torció en pueblos "hermanos, los generosos sentimientos que a entram-"bos animan! Pero ese sol despedazado, no pudo ser "oscurecido, y lució más brillante al lado de la verda-"dera enseña de la patria de Belgrano y de la auri-"verde generosa.

"La comisión de honor precedía a la columna, y en "pos de ésta iba la guardia nacional y la cívica, ce-"rrando la marcha la caballería.

"La comisión y demás ciudadanos pasaron al pie "del arco triunfal levantado en la plaza en la desembo-"cadura de la calle de Ituzaingó, para dar paso a la di-"visión. El arco había sido casi una improvisación, y "sin embargo estuvo propio de su objeto. En el lado "de la calle se leían estas inscripciones:

"HONOR Y GLORIA A LA DIVISION ORIENTAL

Monte Caseros, 3 de febrero de 1852.

ETERNA UNION ENTRE LOS ORIENTALES"

"Y en el lado de la plaza éstas:

HOMENAJE AL VALOR
RESPETO A LA CONSTITUCION
GRATITUD A LOS ALIADOS
LA PATRIA Y LA LEY.

"Encima del arco flameaban tres banderas orien-"tales en medio de la brasilera, la nacional argentina, "y las de las provincias de Entre Ríos y Corrientes.

"Al pasar la columna por el arco, la música de la "comisión tocó el himno nacional.

"Entrada aquélla en la plaza, el general Díaz, se "situó frente a los balcones de la casa de representan-"tes, donde se hallaba S. E. el Presidente de la Repú-"blica con sus ministros y edecanes. Empezaron a des-"filar los cuerpos, y luego el general bajó de su caba-"llo acompañado del jefe de Estado Mayor divisiona-"rio, coronel Martínez, y fue a presentar sus respetos "al gobierno. Tras del general penetró el pueblo, y fue "casi imposible recoger todas las palabras de éste a "S. E. el Presidente y las que S. E. contestó...

"S. E. invitó luego al general a pasar al balcón y "desde allí vieron concluir el desfile de la tropa. El "general bajó poco después y ordenando a la columna "la formación en masa, dio los vivas siguientes: — "A la República. Al Gobierno Nacional. A la unión de "los orientales. A la libertad. Cada uno de estos vivas "tuvo eco inmenso en toda la plaza cuyo recinto era "estrecho para contener a la población toda que se "aglomeró allí.

"Acto continuo la división se dirigió a los cuarteles "que le estaban destinados de antemano. Por más am-"bicioso de gloria que sea el altivo corazón del guerre-"ro, hay ocasiones en que debe sentir colmado ese "anhelo tan noble. La población de Buenos Aires en "sus justos transportes de regocijo, coronó de flores "y bendijo agradecida a sus libertadores. La población "de Montevideo a su vez corona a sus guerreros que "vuelven después de haber dado a la patria un día más "de gloria librando a un pueblo hermano de una tira-

"nía atroz que lo humilló durante veinte años. El co-
"razón de esos orientales, debe henchirse de justo or-
"gullo; su obra ha sido santa, su cruzada digna de un
"pueblo que vino a la vida bajo los colores del Sol de
"Mayo. ¡Eterna gratitud a los vencedores de Case-
"ros!"

APENDICE

REFUTACION

AL PARTE OFICIAL QUE EL BRIGADIER, (HOY MARISCAL) D. MANUEL MARQEZ DE SOUZA, DIRIGIÓ AL GENERAL EN GEFE DEL EJERCITO IMPERIAL DEL BRASIL, SOBRE LA PARTE QUE TUVO EN LA BATALLA

DE MONTE-CASEROS,

LA DIVISION BRASILERA QUE ESTUVO A SUS ÓRDENES EL EL EJERCITO ALIADO DE SUD-AMERICA.

POR EL GENERAL

Comandante en Gefe de la Division Oriental en el mismo Ejército.

D. CESAR DIAZ.

Montevideo, 1853.

APENDICE

Documentos publicados en el Nº 182 de *LA CONSTITUCION*, periódico de Montevideo, el 14 de febrero de 1853.

Refutación al parte oficial que el brigadier (hoy Mariscal) don *Manuel Márquez de Souza*, dirigió al General en Jefe del Ejército imperial del Brasil sobre la parte que tuvo en la batalla de Monte Caseros la división brasilera que estuvo a sus órdenes en el ejército aliado de Sud-América, por el general Comandante en Jefe de la División Oriental en el mismo ejército, don César Díaz.

En el mes de marzo del año anterior se publicó en el *Jornal do Comercio* de Río de Janeiro, el parte oficial que el brigadier don Manuel Márquez de Souza (hoy Mariscal) dirigió al conde de Caxias, General en Jefe del ejército imperial, sobre la batalla de Monte Caseros; y en ese documento, el brigadier Márquez decía: que la primera brigada de la división brasilera que él mandaba, había *precedido* a la división oriental en el ataque de la posición designada con aquel nombre. Aunque semejante aserción estuviera de antemano desmentida por el boletín oficial de la batalla y por la pública notoriedad de los hechos, comprendimos, sin embargo que era necesario refutarla, porque en ello se interesaban la gloria de las armas orientales, la justicia y la verdad histórica; y si hasta ahora he-

mos tardado en satisfacer a esta necesidad, nuestra tardanza ha consistido en que, teniendo la intención de dar a luz los apuntes que poseemos sobre la campaña toda, habíamos pensado que sería conveniente hacer ambas cosas a la vez.

Pero como todavía no nos es posible fijar el tiempo de aquella publicación, al paso que varias consideraciones nos impulsan a romper nuestro silencio, y á calmar la natural expectación de todos nuestros compañeros, hemos resuelto anticipar este pequeño escrito.

Bastaría quizá a nuestro propósito, la sola publicación de los documentos con que lo acompañamos como emanados de testigos presenciales e irrecusables; pero para la mejor inteligencia de nuestros lectores, hemos creído conveniente dar en breves palabras, una ligera idea de la batalla, detallando la parte que en ella tuvieron nuestras armas; y es de lo que vamos seguidamente a ocuparnos. *

SOBRE LA BATALLA

"La línea enemiga, colocada longitudinalmente sobre el perfil de una cuchilla, cuyos blandos declives habían sido quemados para facilitar las evoluciones de su frente, apoyada a su derecha en Monte Caseros, fuerte edificio de cal y canto rodeado de fosos, de-

* En la edición de 1878 al llegar a este pasaje, se lee: "(Sigue aquí la descripción de la batalla, que omito ahora por haber sido extractada de la que queda hecha en el capítulo 7º)". Ignoramos si esta anotación pertenece al general Cesar Díaz o a su sobrino Adriano Díaz, editor de las *Memorias*. El texto suprimido no es en realidad un extracto del relato de la batalla inserto en el capítulo VII. En algunos aspectos la versión publicada por el general César Díaz en *La Constitucion* es más detallada y difiere de la editada en 1878 Reproducimos la versión original dada a conocer por el general César Díaz en el número 182 de *La Constitución*, correspondiente al 14 de febrero de 1853.

fendido por dieciséis piezas de artillería y guarnecido por tres batallones atrincherados en la azotea y patios interiores, animados todos al combate por la presencia del tirano mismo, que había hecho con tiempo y previsión un castillo almenado de esta posición de suyo fuerte y de difícil acceso, estaba defendida todavía por una fortificación de carretas, haciendo martillo con la extremidad de la derecha, tras de cuyos parapetos los fuegos de la infantería ponían a cubierto la posición principal. Sobre la misma línea y como a trescientos pasos hacia el centro, elevábase una rotunda guarnecida de alto a abajo por batallones de infantería y sirviendo de apoyo a otra batería de cañones, obuses y cohetes a la congreve, ligados ambos edificios por una línea de infantería. Prolongábase su línea hacia el oeste, hasta apoyarse en Santos Lugares. [1]

La línea nuestra ocupaba la loma opuesta. Cerraba la izquierda la división oriental, dando frente a la casa de Caseros que le correspondía exactamente. Seguían a su derecha la división brasilera con tres batallones argentinos que accidentalmente formaban con ella un solo cuerpo, y sucesivamente todas las demás de que constaba nuestro centro y ala derecha. A retaguardia de nuestra ala izquierda, entre la eminencia que ocupaba la infantería, y la cañada de Morón, que corría a nuestra espalda convergente a nuestra línea de batalla por aquel extremo, se hallaban encubiertas por falta de espacio para entrar en línea, las divisiones de caballería López y Urdinarrain, destinadas a sostener los movimientos del ala.

La posición del ejército enemigo, aunque elegida de

1 Boletín número 26 del Ejército.

antemano, no tenía ninguna de las condiciones estratégicas de un campo de batalla. Era el menor de sus defectos, la estrechez del frente, circunstancia que había obligado a Rosas a acumular la mayor parte de su caballería en el ala izquierda de su línea, en masas profundas, privando a esta arma importante de la expansión y libertad necesarias para maniobrar y combinar su acción con la de las demás armas; y esta grave falta militar que el ojo práctico del general Urquiza percibió desde luego, sirvió de fundamento al plan de batalla que se puso en ejecución.

El orden oblicuo era el indicado para el ataque, y la izquierda enemiga el punto a que debía dirigirse el principal esfuerzo. En consecuencia: una gran masa de diez mil caballos colocada a nuestra derecha, caería con todo su poder sobre dicha ala y arrollaría los escuadrones situados en primera línea, echándolos rotos y dispersos sobre las inútiles columnas aglomeradas a su espalda, las cuales sin tiempo ni espacio para maniobrar en protección de los vencidos, ni para defenderse, serían envueltas en su misma derrota y confusión. Iniciado este gran movimiento, de cuyo buen éxito no era posible dudar, atendida la superioridad relativa en número y calidad de las fuerzas destinadas a ejecutarlo, el centro e izquierda de nuestra línea, que debían a la sazón tener ocupada la atención de la infantería enemiga con el fuego de sus cazadores y de su artillería, avanzarían rápidamente para generalizar el combate y hacerlo decisivo.

La división oriental había sido favorecida por el general en jefe, con el honroso encargo de atacar la derecha enemiga, fuertemente apoyada en el edificio de Caseros, que era considerado como la llave de la posición; pero su acción no empezaría hasta que el cen-

tro de la línea se moviese con arreglo al plan general. Sin embargo: cuando la caballería de nuestra derecha hubo ejecutado su terrible carga, lo que, a pesar de la grande extensión del frente que ocupábamos, pudimos conocer por las nubes de polvo que alzaban las pisadas de los caballos, pareció llegado el caso de obrar, y a indicación del general Virasoro, la división se puso en movimiento. Atravesó un pantano situado hacia su izquierda en el terreno bajo que mediaba entre las dos lomas que ocupaban los ejércitos, precediendo un cambio de frente sobre aquel costado, y a pesar de un fuego vivo de artillería y cohetes a la congreve con que el enemigo se propuso entorpecer su marcha, continuó avanzando hasta llegar a la altura de la línea, como a doscientos cincuenta pasos en la prolongación de ella, varió de dirección a la derecha e hizo alto formando ángulo recto con la derecha enemiga, amenazando su retaguardia y dando frente a las fortificaciones de carretas que la defendían. Los cazadores que cubrían su frente rompieron el fuego, mientras que sus seis piezas de artillería tomaban posición en una altura inmediata, desde donde podían batir oblicuamente el atrincheramiento del martillo, herir al mismo tiempo de revés la línea principal, y apoyar convenientemente el ataque de la división. [2]

2 El Teniente Coronel D. Domingo F. Sarmiento, en su reciente memoria sobre la campaña del ejército aliado, dice: que la artillería de la división oriental no hizo fuego, porque del mismo modo que la de la división brasilera, estaba tirada por mulas "que en su vida las habían visto más gordas".

Aquí, nuestro respetable amigo el Sr. Sarmiento, ha sido en parte engañado por sus recuerdos Si bien es cierto, como él lo dice, que la artillería de la división estaba tirada por mulas y yeguas chúcaras, de modo que no podía moverse sino con extrema dificultad, no lo es que no hubiese hecho fuego, pues según el informe que recibimos del Teniente Coronel D Mariano Vedia que la mandaba, se habían arrojado hasta ochenta balas sobre los retrincheramientos del enemigo, en los cortos momentos que duró el ataque de la división.

Pero en tanto que se efectuaba esta maniobra, "con una limpieza de ejecución que hace honor a la disciplina e instrucción militar de los veteranos que componían la izquierda"[3] la división brasilera y los demás cuerpos del centro, se mantenían en su primera posición, fuera de tiro de cañón, aquélla porque esperaba el movimiento de éstos, y los otros porque tal vez juzgaron conveniente retardarlo. Debemos exceptuar aquí los tres batallones argentinos adictos a la división brasilera que mandaba el coronel Rivero, los cuales avanzaron también por la derecha del centro y por orden del brigadier, aunque tuvieron que hacer alto, pecho a tierra, a medio tiro de fusil del enemigo, por la misma razón que en la izquierda de la línea lo había hecho ya la división oriental. Sólo la columna del coronel Urdinarrain, en cumplimiento de su encargo de sostener los movimientos del ala izquierda, había atravesado los pantanos del centro de la cañada, casi al mismo tiempo que la división oriental, y colocándose a retaguardia y un poco hacia la izquierda de ésta, a la orilla de un pequeño bosque que llenaba la superficie intermedia entre la casa de Caseros y la cañada de Morón.

El momento era crítico. La división no podía prudentemente avanzar ni retroceder. No podía avanzar, porque no estando todavía amenazado el frente principal de la línea enemiga toda la resistencia del ala atacada podría convertirse contra ella, ni podía retroceder, porque una retirada semejante a tan corta distancia, habría animado a los contrarios, cuya oposición habría sido después más fuerte y obstinada. En tal estado, a fin de presentar el menor objeto posible a los

3 Boletín núm. 26 del Ejército.

tiros, por fortuna algo inciertos del enemigo, mandamos poner la rodilla en tierra a los cuerpos de la división, que se mantuvieran en esa actitud al abrigo del fuego de nuestros cazadores hasta el momento oportuno de avanzar.

El mariscal Márquez, que comprendió todo el peligro de nuestra situación, envió uno de sus oficiales de estado mayor a prevenirnos que su inacción dependía de la inmovilidad de la columna situada a su derecha, cuyo movimiento debía determinar el de todas las fuerzas del centro; pero que en ausencia de toda disposición especial y en su ardiente deseo de obrar sin más retardo, nos pedía le indicásemos la clase de cooperación que hubiésemos menester para ponerse en actividad. Contestámosle, que todo lo que necesitábamos, era verle marchar, atrayendo sobre sí la atención del enemigo que tenía a su frente, a fin de que nosotros pudiéramos hacer verdadero nuestro ataque, y poco después que el oficial se había separado de nosotros, el centro de la línea comenzó a avanzar, al mismo tiempo que se dirigía hacia nosotros por nuestra retaguardia la primera brigada de la división imperial (dos batallones) que el mariscal había destacado de propio movimiento y sin ninguna necesidad, en auxilio de la división.[4] Mandamos entonces adelantar el batallón Voltíjeros que mandaba el teniente coronel D. León Palleja y formaba nuestro centro, con el encar-

4 El coronel D Indalecio Chenaut, edecán del general en jefe nos ha referido, que habiendo venido al centro de nuestra línea después del choque de nuestra ala derecha, viendo a la división oriental tan seriamente comprometida, mientras que todos los demás cuerpos de infantería permanecían inactivos, se dirigió espontáneamente a varios oficiales superiores y al mariscal Márquez, entre ellos, representándoles lo urgente que era generalizar la acción, e invocando al efecto el nombre del general en jefe.

go especial de penetrar en el edificio de Caseros, luego que fuese abandonado el parapeto de las carretas por los batallones que lo defendían; y seguidamente hicimos la señal de carga a los demás cuerpos de la división, que marcharon escalonados sobre ambas alas del batallón central.

Los dos batallones brasileros, cuyo jefe se había adelantado a ponerse *a nuestras órdenes*, siguieron a la división a la altura de su reserva.

Los batallones enemigos compuestos de soldados nuevos, que recién en aquel día recibían el bautismo del fuego, impresionables como todos los reclutas a las sangrientas escenas de un campo de batalla, fácilmente se sobrecogieron. Viendo que nuestras columnas marchaban al precipitado paso de la carga y al son de los instrumentos marciales, en perfecta formación, y sin que el fuego que contra ellos dirigían, ni los claros que dejaban en sus filas los cadáveres que quedaban en su trayecto bastasen a contener su celeridad, cesaron en su resistencia a poco menos de cien pasos, y se pusieron en fuga. Sólo quedaron para sustentar el punto, los dos o trescientos hombres que ocupaban las azoteas del edificio, y que no habían tenido tiempo de salir; pero el batallón Voltíjeros de la división oriental, que como acabamos de decirlo, había llevado la vanguardia en el ataque, derribó las puertas, penetró en su interior y mató o hizo prisioneros a todos los enemigos que encontró mientras que los demás batallones desfilaban por un estrecho pasaje practicado en el foso que defendía la trinchera de carretas, para asegurar su comunicación con el centro del ejército. Llegaba en este momento el general D. Benjamín Virasoro, mayor general del ejército, quien nos hizo el honor de saludar

con un viva a la división oriental, que repitieron con entusiasmo todos los soldados de su escolta y los jefes y oficiales que le acompañaban.

Llegaba poco después por el frente de la línea, a la Rotunda o palomar contiguo, el mariscal D. Manuel Márquez con la división brasilera, a cuya aproximación, los batallones enemigos colocados en aquel punto, viendo descubierto su flanco por haber sido envuelta la derecha del ejército y ocupada a la bayoneta la casa fortificada de Caseros en que se apoyaba, se disiparon sin gran resistencia; y por todas partes se hizo desde entonces general la derrota.

Quedaron por trofeos de la división oriental, toda la artillería que defendía la casa de Caseros y la fortificación ligada a ella, muchos carros y galeras, y una gran porción de armas y despojos de todas clases, aunque si se ha de juzgar por el parte del brigadier D. Manuel Márquez de Souza, casi todo el tren del enemigo cayó en poder de la división brasilera. Nosotros entendemos que se toman los cañones en un campo de batalla, desde que el enemigo deja de servirse de ellos y los abandona a la fuerza que le ataca. En ese concepto hemos dicho que la artillería de la casa de Caseros fue un triunfo nuestro; pero si también ha de ponerse en cuenta el trabajo material de reunir las piezas y contarlas, declaramos que en eso no tuvimos parte alguna. Habíamos recibido orden de corrernos sobre el centro de la línea, desde que lográsemos apoderarnos del punto a que fuimos destinados, para acudir adonde la necesidad lo requiriese; y así que hubimos satisfecho la primera parte de nuestro encargo, nos apresuramos a cumplir con la segunda"...

De todo lo dicho, que es cuanto basta a nuestro ob-

jeto, se sigue: Que la división oriental fue la primera que ocupó la posición de Caseros, como había sido la primera en atacarla.

Que los dos batallones brasileros que se le reunieron en los últimos momentos, no hicieron más que apoyarla aunque valerosamente bajo nuestras órdenes.

Que el mariscal Márquez con el resto de las tropas imperiales, marchó por el frente principal de la línea en dirección de la Rotunda, punto distante de aquél, unos trescientos pasos.

Y por consecuencia: que ni la primera brigada brasilera, ni ninguna otra tropa del ejército, precedió a la división oriental en aquel lance, como impropia o falsamente se ha aseverado, en el parte oficial a que nos hemos referido.

En comprobación de nuestras palabras, publicamos los documentos que a continuación se insertan y cuya validez nadie podrá poner en duda. Muchos otros hubiéramos podido reunir; pero los hemos considerado innecesarios, atendiendo al elevado carácter y demás circunstancias que concurren en las personas que nos han otorgado los que presentamos.

Réstanos sólo añadir, que el día 4 de febrero, cuando el ejército se movió de Santos Lugares, la división oriental, recibió el distinguido honor de tomar la cabeza de la columna, en justo homenaje (según las palabras del Mayor General) a su conducta del día anterior.

Montevideo, febrero 3 de 1853.

César Diaz.

CARTA DEL EXMO. SEÑOR GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL DE LA PROVINCIA DE ENTRE RIOS Y GENERAL EN JEFE DEL EJERCITO ALIADO, DON JUSTO JOSE DE URQUIZA.

Palermo de San Benito, marzo 26 de 1852.

Señor General don César Díaz.

Estimado amigo.

En su carta del 20 me habla usted de las publicaciones que han hecho los diarios de Río Janeiro, sobre la parte importante o casi exclusiva que han tenido los brasileros en la batalla de Monte Caseros. Yo comprendo bien que esas publicaciones, no pueden tener un carácter oficial, o que tengan su origen en los jefes de la columna brasilera; pero, sin embargo es de sentir que ellas den lugar à contestaciones que pongan en transparencia la realidad de los hechos.

Yo hubiera deseado que éstos hubieran sido aclarados de otro modo; pero supuesto que usted que tiene conocimiento de los hechos, está dispuesto a contestar a aquellas publicaciones, usted puede apoyarse en el testimonio de personas respetables, que han sido testigos de lo que cada uno ha hecho en Monte Caseros.

Soy de usted.

Justo José de Urquiza.

Señor General don Benjamín Virasoro.

Montevideo, noviembre 1º de 1852.

Mi estimado general y amigo.

Estoy en el empeño de dar a luz una refutación del parte que el brigadier don Manuel Márquez pasó al

conde de Caxias, sobre la batalla de Monte Caseros, publicado en el *Jornal do Comercio* de Río Janeiro en marzo de este año, en lo que se refiere a la división Oriental que estaba a mis órdenes; y como deseo que mis palabras vayan apoyadas en la autoridad de testimonios irrecusables, vengo a solicitar el de usted que es a mi propósito de suma importancia, y que espero no me rehusará, por respeto a la justicia y a la verdad histórica. Quiera usted pues, tener la bondad de escribirme en primera oportunidad, respondiendo a esta pregunta:

¿Es o no cierto que las tropas orientales, fueron las primeras que ocuparon la posición de Caseros, como habían sido las primeras en atacarlas?

Mucho se lo estimará su muy atento servidor.

César Díaz.

CARTA DEL EXMO. SEÑOR GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL DE LA PROVINCIA DE CORRIENTES Y MAYOR GENERAL DEL EJERCITO ALIADO, DON BENJAMIN VIRASORO.

Buenos Aires, noviembre 4 de 1852.

Señor General don César Díaz.

Mi apreciado general: Con el mayor gusto doy contestación a su estimable carta del 1º y a la pregunta que en ella me hace, de si es, o no, cierto que las tropas orientales fueron las primeras que ocuparon la casa de Caseros en la batalla del 3 de febrero, como habían sido las primeras en atacarlas, a lo que me hago el deber de declarar francamente: que a la bizarra divi-

sión del mando de usted le fue encomendada esta difícil operación, la cual ejecutó con una habilidad y denuedo dignos de los veteranos a quienes fue confiada; como que sobre el mismo campo de batalla, antes de rendir al coronel Chilavert, me fue satisfactorio expresarlo así al general en jefe, pues en aquellos momentos él ignoraba las ventajas importantes que se habían obtenido a la izquierda de nuestra línea. La infantería del Imperio, que tomó a su frente el Palomar, fue sobre éste que quemó sus cartuchos; y si acaso dirigió algunos tiros a la casa de Caseros, no ha sido eso, motivo para atribuirse ni una parte en la rendición de la fuerza que la defendió.

Como testigo presencial que fui de este hecho de armas, lo declaro tal como sucedió, con lo que espera dejar a usted satisfecho su atento servidor.

Benjamín Virasoro.

Señor General don Manuel Antonio Urdinarrain.

Montevideo, noviembre 1º de 1852.

Mi estimado general y amigo:

En marzo de este año se publicó en el *Jornal do Comercio* de Río Janeiro, el parte oficial que el Brigadier Márquez, jefe de la división brasilera, pasó al Conde de Caxias, sobre la batalla de Monte Caseros, el cual contiene inexactitudes calculadas para menguar el mérito contraído en aquella jornada por los distintos cuerpos del ejército. Me propongo refutarlo en la parte que concierne a la división oriental que estaba a mis órdenes, a la que con especialidad el general brasilero, ha querido defraudar de una parte de la

gloria que le cupo en suerte; y como deseo que la exposición que con ese motivo publicaré, se apoye en la garantía de testimonios fidedignos, vengo a solicitar el de usted que es uno de los más importantes a mi objeto, puesto que usted con una columna de lanceros estuvo encargado de sostener a la división oriental en su marcha hacia la posición de Caseros, y se situó cerca de ella, en un sitio de donde pudo ver todo lo que ocurrió durante el ataque.

Espero, pues, que usted tendrá la bondad de responderme en primera oportunidad, satisfaciendo a la pregunta que sigue.

¿Es, o no cierto que las tropas orientales fueron las primeras que ocuparon la casa de Caseros, como habían sido las primeras en atacarla?

Usted puede contribuir poderosamente a deshacer la duda que el general brasilero haya podido infundir a la distancia, sobre un hecho de pública notoriedad en el ejército aliado y universalmente reconocido en todos los pueblos del Río de la Plata.

Soy de usted.

César Díaz.

CARTA DEL SEÑOR GENERAL DON MANUEL ANTONIO URDINARRAIN, COMANDANTE EN JEFE DE LA 1ª DIVISION ENTRERRIANA EN EL EJERCITO ALIADO.

Señor General don César Díaz.

Buenos Aires, noviembre 7 de 1852.

Mi estimado general y amigo:

Soy impuesto del contenido de su apreciable del 1º del corriente en la que solicita de mí responder a la

pregunta de si "¿es, o no cierto que las tropas orientales fueron las primeras que ocuparon la casa de Caseros, como habían sido las primeras en atacarla?" En consecuencia y en obsequio a la verdad voy a responder a usted.

Destinado por el general en jefe con una columna de caballería a proteger la división oriental del mando de usted, en el ataque a la casa de Caseros, pasé a la vez que ella, el obstáculo, o cañada, que se nos ofrecía, y ocupé el flanco izquierdo: cuando esto sucedió, la columna brasilera venía aún atrás. En el momento de realizar este pasaje, marchó usted llevando el ataque a las mencionadas casas, en el que le acompañé siempre a su flanco, *hasta que al llegar a ellas y cuando los fuegos enemigos estaban ya apagados,* me fue preciso abandonarle por tener que cargar a una fuerte columna de caballería que apareció a mi flanco, por lo que no pude ya atender a la conclusión del ataque. Pero si he de juzgar hasta entonces, según la corta distancia a que dejé a usted de las casas, y la altura en que observé a la columna brasilera, indudablemente debió usted primero que ella ocuparla, sobre todo, *cuando no se presentaba ya obstáculo para detenerlo.* Es por consiguiente cierto, que usted llevó el ataque primero a las casas y estoy convencido que también fue el primero en llegar a ellas, y que si no aseguro lo último del modo que lo primero, es por la circunstancia expuesta.

Creo haber llenado los deseos de usted; pero si así no fuese y solicitase algunas otras explicaciones de mí, estoy dispuesto a dárselas, siempre que como éstas sean conocidas de mí.

Con este motivo tengo el gusto de saludar a usted.

Manuel Antonio Urdinarrain.

SEÑOR TENIENTE CORONEL, COMANDANTE DEL BATALLON "VOLTIJEROS", DON LEON DE PALLEJA.

Montevideo, octubre 30 de 1852.

Mi estimado comandante. Usted leería probablemente en el *Jornal do Comercio* de Río Janeiro el parte que el brigadier don Manuel Márquez, jefe de la división brasilera que concurrió a la campaña de Buenos Aires, dirigió al general en jefe del ejército imperial, sobre la batalla de Morón, en el que afirmaba que la primera brigada de su división, *precedió* a la división oriental en su entrada a la posición fortificada de Caseros.

Estoy preparándome recién para refutar ese informe en la parte que nos concierne; y como quiero hacerlo con todos los testimonios necesarios para que su inexactitud quede completamente probada, espero que usted concurrirá a mi objeto en la forma que voy a indicarle.

Como el batallón "Voltíjeros" que usted mandaba, fue el primero que penetró en la casa de Caseros, convendrá que usted me dé en contestación a esta carta, una declaración firmada por usted y por los capitanes del cuerpo, o por todos los oficiales si usted lo halla necesario, en que se exprese el hecho de la ocupación del punto indicado en todos sus detalles, cuidando de mencionar, si es posible, los nombres de los primeros oficiales y soldados que derribaron las puertas del edificio y penetraron en su interior, así como cualquie-

ra otra circunstancia que pueda contribuir a patentizar la falsedad del aserto a que me he referido.

Soy de usted atento servidor.

César Díaz.

Señor General don César Díaz.

Montevideo, octubre 30 de 1852.

Mi querido general:

En contestación a su muy favorecida, fecha de hoy, diré a V. S. que solamente el respeto que su persona nos inspira, ha hecho que guardáramos silencio al llegar a nuestra noticia lo que el general Márquez se había atrevido a hacer estampar en el *Jornal do Comercio* respecto a la toma de Monte Caseros. El refutar esta falsedad, toca solamente a V. S. a quien cupo la gloria de mandarnos en tan memorable jornada: y ninguna prueba mayor podría darnos del aprecio que tiene a sus antiguos soldados, que el presentarlos a la faz del mundo cual ellos son y como los ha visto el gran ejército aliado. A este favor le viviré eternamente agradecido, lo mismo que todos mis oficiales y soldados.

Pasando ahora a satisfacer el deseo enunciado por V. S. en su citada carta, declaro en unión de todos los oficiales del batallón Voltíjeros:

Que hallándose la División Oriental como a doscientas cincuenta varas de la casa fortificada de Caseros, recibí orden del señor general don César Díaz para avanzar a paso de trote en el orden de columna en que me hallaba, lo que verifiqué llevando a mis flancos dos compañías de tiradores de los batallones Re-

sistencia y Guardia Oriental, a los que dicho señor hizo al mismo tiempo la señal de avanzar. Que luego que llegué a la altura de la casa y después de haber roto contra la línea de carretas, un batallón enemigo que estaba desplegado sobre la plazoleta de la derecha del edificio, hice romper las puertas y ventanas de la casa con mis gastadores y carabineros, a culatazos y golpes de hacha y penetré en su interior seguido de todo mi batallón, donde al cabo de diez minutos de lucha, toda la guarnición quedó muerta o prisionera.

Que cuando acababa de tomar posesión de las azoteas y estando reuniendo los prisioneros para salvarlos del furor del soldado, sentí en el último patio un tiroteo vivo; y habiendo acudido a dicho paraje, vi que era ocasionado por tiradores alemanes en su mayor parte, de dos batallones de cazadores brasileros, que anunciaban su llegada a la altura de Caseros disparando sus armas por las ventanas, sobre los oficiales y tropas prisioneros que yo había reunido al asaltar las azoteas donde la resistencia fue más obstinada y vigorosa. Que indignado de este proceder corrí a comunicarlo al señor general Díaz, quien me ordenó dejase una compañía encargada de recoger nuestros heridos, que estaban diseminados dentro y fuera de la casa, y marchase con mi batallón a reunirme a la división que de nuevo se ponía en marcha en pos del enemigo.

Declaro así mismo, que cuando la división oriental había ya empeñado su ataque contra la posición fortificada de Caseros, la división brasilera estaba todavía en línea a pie firme, y sólo vi dos batallones de cazadores salir a descubrir su flanco izquierdo en el claro que acaba de dejar el movimiento atrevido de la División Oriental, al envolver el costado derecho de la línea enemiga; y estos batallones son los mismos que

vi después desde las azoteas de Caseros, acercarse al pie del edificio y disparar por las ventanas.

Y finalmente; que todo lo que dejo expuesto, es la verdad, en que yo y los oficiales suscriptos nos afirmamos y ratificamos a cargo de nuestro honor.

Permítame señor general, ser intérprete de la consideración y respeto de mis oficiales para con V. S., y acepte en particular la expresión del que le profesa.

Su muy atento servidor.

Q. B. S. M.

León de Palleja

El capitán de la 1ª compañía, *José Abella* — El capitán de la 4ª compañía, *Adolfo Larragoitía* — Ayudante mayor 2º *N. Dellapalu* — El capitán de la compañía de cazadores, *Tomás Larragoitía* — El capitán de la compañía de volteadores, *Macedonio Farias* — Teniente 1º, *Manuel García* — Teniente 1º, *Juan Ayala* — Subteniente, *Domingo Acosta* — Subteniente, *Pablo Chacón* — El capitán de la 2ª compañía, fue muerto en Monte Caseros — El capitán agregado, *Celestino Zamora* — El teniente 1º *Benjamín Calveti* — El capitán de la 3ª compañía, *Jacinto Valdivia* — Ayudante mayor 1º *Manuel Pagola* — Teniente 1º, *Federico Barros* — Teniente 1º, *Benito Ababé* — Subteniente, *Otelo García* — Teniente 1º, *Maximiano Ramos* — Teniente 2º, *Urbano Ferreira* — Subteniente, *Agustín Martínez* — Subteniente, *Benigno Llavijo.*

DESPEDIDA

El capitán de carabineros del batallón Resistencia a nombre de la distinguida clase de oficiales de la

brillante División Oriental que formaba parte del ejército aliado libertador, dirige el cordial saludo de despedida, que insertamos en nuestro número de ayer, a todos los argentinos.

Nosotros que conocemos el alto aprecio y estimación con que estos valientes guerreros han sido recibidos y felicitados en esta provincia, les devolvemos a nombre de sus habitantes el afectuoso adiós que nos trasmiten, deseándoles toda suerte de prosperidad, y rogando a la providencia recompense con usura los importantes servicios que nos han dispensado, que formarán un vínculo de confraternidad con los que nos confesamos sus obligados y conocidos deudores. [a]

(Agente Comercial del Plata)

Señor Editor del "Agente Comercial del Plata".

Señor: Estoy encargado por los demás oficiales de la División Oriental, de dirigirme a vos y a todos los S.S.E.E. de periódicos en esta República, suplicándoos tengáis a bien ser los intérpretes de nuestros sentimientos para con el pueblo argentino.

Nosotros creemos que la imprenta es una especie de sacerdocio en los pueblos libres, destinado a hacer conocer y trasmitir a la historia, las glorias, las grandes ideas, los bellos recuerdos. He aquí porque nos dirigimos a vos y a vuestros colegas, suplicándoos digáis a los argentinos: que los oficiales orientales, llevamos del pueblo de Buenos Aires y de todos los que hemos transitado en la República, una digna memoria.

(a) Estas sentidas palabras a nombre de la División Oriental dirigidas a los argentinos, las tomamos del "Comercio del Plata", marzo 13 y 14 de 1852 (Nota del Editor de 1878)

Decidles que conservaremos como un santo recuerdo el 3 de febrero de 1852, y que nos creemos dichosos en haber derramado alguna de nuestra sangre por la libertad y la gloria del pueblo argentino. Decidles, señor, que como ciudadanos hacemos votos porque goce eternamente la felicidad que la paz y la justicia proporcionan a los pueblos: y que como militares deseamos que si el destino ha decretado que el bello suelo de nuestras naciones vuelva a empaparse en la sangre de sus hijos, nuestras banderas flameen siempre unidas por una causa justa sobre el campo de batalla. Si tal sucede, al ver la bandera argentina al lado de nuestra columna, creeremos en la victoria, y celebraremos el triunfo aun antes de empezar el combate.

Aceptad, S.S.E.E., la respetuosa consideración con que os saluda, a nombre de los oficiales de esta división, el capitán de carabineros del batallón Resistencia.

Fernando Torres

Marzo 9 de 1852.

PARTE DEL GENERAL URQUIZA AL GOBIERNO ORIENTAL.

Tomado del "Comercio del Plata" del 13 y 14 de marzo de 1852, por no hallarse entre los manuscritos.

¡VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA!

Cuartel General en Palermo de San Benito, marzo 8 de 1852.

El gobernador y capitán general de la provincia de Entre Ríos, general en jefe del ejército aliado, al Exmo. señor Presidente de la REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY, DON JUAN FRANCISCO GIRO.

El glorioso triunfo obtenido por las armas libertadoras en Monte Caseros, ha dado fin a la inmortal campaña contra el tirano de esta República. La columna heroica con que ese gobierno contribuyó a formar el ejército de la grande alianza, ha terminado, pues, su misión con gloria, y regresa al suelo de la patria a ponerse bajo las órdenes de V. E. Llegado el momento de cumplir el grato deber de justicia que con su denuedo, disciplina y honrosa conducta han sabido imponerme los valientes que componen esa división, me es sobremanera satisfactorio declarar a V. E. que todos ellos, sin excepción, han llenado heroicamente sus deberes y colmado las lisonjeras esperanzas de los aliados. El benemérito general don César Díaz ha acreditado esta vez, como siempre, que su reputación como soldado de la patria es un homenaje debido a su capacidad militar y bien notorio coraje. Los demás jefes, oficiales e individuos de tropa, lo han secundado con entusiasmo y brío.

Acreedores son a la envidiable gratitud de sus conciudadanos y a la elevada consideración de V. E., a quien tengo el honor de recomendarlos.

Acepte V. E. las seguridades de perfecta armonía y alta estimación personal con que soy de V. E.

Muy afectísimo, atento, seguro servidor

Justo José de Urquiza.

Ministerio de Gobierno.

DECRETO

Montevideo, marzo 13 de 1852.

El Presidente de la República, de acuerdo con lo que dispone el artículo 85 de la Constitución, acuerda y decreta:

Art. 1º — Queda nombrado Ministro de Estado en los departamentos de guerra y marina, el coronel mayor don César Díaz.

Art. 2º — Comuníquese, publíquese y dése al Registro Nacional.

Giró

Florentino Castellanos.

APENDICE
A LA PRESENTE EDICION

LA DIVISION ORIENTAL EN LA BATALLA DE CASEROS



LA DIVISION ORIENTAL EN MONTE CASEROS

Señor Redactor de *El Siglo.*

Señor:

La clase de lectura o de estudio a que me dedico, hace que de mucho tiempo a esta parte haya prescindido por completo de la lectura de periódicos. Por esta razón, ignoro cosas que tal vez debiera saber, y que si alguna vez sé por efecto de conversaciones amistosas, es ya demasiado tarde para contestarlas.

Me sucede esto ahora a propósito de una carta del señor general don Bartolomé Mitre, dirigida en 15 de octubre corriente al señor doctor don Adolfo Saldías, contestando a otra de dicho señor adjuntándole un trabajo histórico sobre la época de Rosas.

En esta carta del señor Mitre me ha llamado la atención el siguiente párrafo:

"El general Urquiza al ordenar la gran carga triunfal, se olvidó de que era general en jefe. Dejó en inacción como catorce mil hombres de todas las armas, que componían su centro, izquierda y reserva, empeñados en un cañoneo fuera del tiro de fusil y sin guerrillas intermedias ni flanqueadoras. En tal situación reunióse en mi batería un consejo de guerra espontáneo, compuesto de los generales Pirán y Galán, el brigadier Márquez y el entonces comandante Sarmiento, consejo a que concurrí yo también. En vista del

estado de la batalla, persuadimos al coronel Chenaut a que en su calidad de ayudante de campo del general Urquiza, diese en su nombre la orden de cargar al centro, a la izquierda y la reserva, que hacía más de una hora permanecían sosteniendo un vivo cañoneo.

Así se hizo. Entonces cargaron, apoyados por los fuegos de la artillería, ganando terreno, la infantería argentina y la división brasilera, la reserva de caballería del general Virasoro y la división oriental que formaba a la izquierda fuera del tiro de cañón. Estas fuerzas avanzaron en columnas de ataque, arma a discreción, sin disparar un tiro. Bastó su avance para disolver de un soplo el último núcleo de resistencia del ejército de Rosas. No hubo casi pelea, ni más muertos que los que inútilmente sacrificó con crueldad el coronel Palleja en el Palomar de Caseros, entre ellos el llorado doctor Cuenca, caído a la sombra de una bandera que detestaba, desempeñando un deber de humanidad".

Acostumbrado a leer en las elucubraciones históricas del Sr. general Mitre, apreciaciones altamente ofensivas para los hombres notables de mi país, no hubiera dado importancia a estos hechos que el señor Mitre con tanta desenvoltura relata, si en ellos no apareciese el cargo de inútil crueldad, discernido a uno de los jefes más intrépidos de la división oriental, y conceptúo un deber de lealtad y compañerismo para un amigo querido, que ya no existe, el rechazar tan injusto cargo.

De la elucubración se desprenden tres puntos esenciales, de una inexactitud evidente:

1º El general Urquiza se olvida de que es general y por un complot de jefes, se envía un edecán de dicho

general a dar orden a los diferentes cuerpos del ejército, de atacar. De modo que la división oriental obedece a una mistificación.

2º *La división oriental no hace nada sino marchar con arma a discreción,* y basta su presencia y las de los demás cuerpos del ejército para dispersar al enemigo.

3º No hubo más muertos que los que *inútilmente sacrificó con crueldad el coronel Palleja en el palomar de Caseros.*

Ahora bien: el primer punto es de seguro completamente inexacto. El consejo de guerra que según el señor Mitre se reunió en su batería, de los generales Pirán y Galán, brigadier Márquez y comandante Sarmiento, no hubiera sido sino un complot imposible. El brigadier Márquez, jefe de la división brasilera, soldado de honor y de orden, ni ha podido abandonar su división para ir a la batería de un jefe subalterno argentino, ni aun yendo hubiera podido entrar en el más indisculpable acto de insubordinación y locura que a un militar de milicias se le pudiera ocurrir; y en cuanto a los señores Pirán, Galán y Chenaut sólo pensar que a tal acto de insubordinación se prestaran, es absurdo; fuera de que eran militares de inteligencia y de orden, sabían demasiado que con un general como Urquiza hubieran sido inmediatamente fusilados, sin contar con que el coronel Chenaut, ayudante de campo del general en jefe, era al lado de su general donde debía estar y donde efectivamente estuvo, y no en la batería de un jefe de artillería. Siendo el general Mitre esencialmente poeta no puede ser otra cosa que una licencia poética el párrafo que he transcrito.

Lo que es cierto, es que Urquiza era verdaderamente

general, que había combinado las diversas operaciones de la batalla, que el general César Díaz, jefe de la división oriental, tenía desde el principio la orden de atacar y el momento en que debía ejecutarlo.

En cuanto al segundo punto: que la división oriental no hizo nada, es otra licencia poética que el distinguido poeta se toma.

Cuando el general Urquiza con su brillante carga de una masa de cuatro mil hombres de caballería desbarata la izquierda del ejército de Rosas y amenaza su reserva, el general Díaz, jefe de los orientales, que examinaba esa operación desde la azotea de una casa colocada a doscientas varas a nuestro frente, desciende de ella y ordena la marcha de la división en columnas paralelas, por batallones, sobre la casa llamada de Caseros, grande y fuerte edificio de azotea y mirador, ocupada por cuatrocientos hombres, flanqueada por treinta carretas de campaña en donde se hallaban parapetados otros tantos, cubierto su frente por una zanja bastante deteriorada en que se hallaban unos cien tiradores.

Entre la zanja y la casa, seis piezas de artillería, otras ocho entre los claros de las carretas, y apoyado todo eso por un batallón como de mil plazas, en columna cerrada; batallón que según oí decir entonces, se llamaba de Tenientes Alcaldes, y era a lo que se decía, uno de los batallones de más confianza de Rosas. Tal es el punto que cerraba la extrema derecha del enemigo, y detrás del cual se hallaban como a quinientas varas de distancia, formando la segunda línea, masas de caballería escalonadas.

Esa es la posición que la división oriental tenía encargo de tomar a la bayoneta.

El señor Mitre, que a lo que parece de su relación, fue el único jefe de artillería que hubiera tirado cañonazos en esa batalla, puesto que protegió con sus fuegos a todo el ejército, puede preguntar a su señor hermano el brigadier general don Emilio Mitre, sargento mayor y segundo jefe de la artillería oriental entonces, a qué distancia vinieron a gran galope a colocar sus cañones para desbaratar esas carretas entre las cuales se parapetaban las fuerzas enemigas, y ametrallar la formidable columna que parecía esperar impávida el choque de nuestros batallones. Tal vez el señor general le conteste que los cañones orientales sólo rompieron el fuego a doscientas varas de distancia bajo una lluvia de plomo y de hierro, entre la cual marchaban inconmovibles los batallones orientales al asalto.

El señor general don Bartolomé Mitre no ha tenido ocasión de saber por experiencia propia lo que es un combate a la bayoneta, en una posición medianamente fortificada como lo era la casa de Caseros; de ahí ese cargo de crueldad que dirige tan inmerecidamente al heroico y noble soldado que se llamó León de Palleja; para levantar ese ultraje a su memoria me permitiré describir lo menos mal que me sea posible el último y decisivo momento de esa batalla, y digo de la batalla, porque su éxito dependió de la toma de esa posición.

Si la división oriental y los dos batallones brasileros que la acompañaban en ese instante hubieran sido derrotados o simplemente rechazados, si las masas de caballería enemigas escalonadas en segunda línea se hubieran retemplado por el triunfo, la valiente división de Urdinarrain que entusiasmada por el ataque se lanzaba sobre los escuadrones enemigos, en vez de cargar hubiera sido cargada, y agobiada por una enorme su-

periodidad numérica habría dejado penetrar a retaguardia de nuestro ejército, las divisiones, y en tal caso, la batalla estaba, a pesar de haber vencido en la derecha, irremisiblemente perdida.

Cuando a doscientas varas de distancia se detuvo la división oriental para rectificar la alineación de sus columnas, las compañías de carabineros de sus cuatro batallones se hallaban a ochenta pasos a vanguardia batiéndose con los tiradores enemigos que ocupaban la zanja, las carretas, las puertas, las ventanas, la azotea y el mirador de la posición enemiga. El coronel Palleja obtuvo el permiso de llevar el ataque a la bayoneta a la casa, colocó su banda de música a la retaguardia del batallón que se hallaba en columna por compañías, echó pie a tierra abandonando su caballo, y al toque de ataque de la corneta de órdenes del general, emprendió la marcha a diez pasos de distancia de su columna con la espada en la mano y la cabeza descubierta, mientras que su banda tocaba el Himno Oriental y a paso redoblado, sin detener ni alterar su marcha, precedido de la compañía de carabineros, del "Batallón Resistencia", atravesó las doscientas varas dejando en su trayecto el cadáver del capitán Montero, otros tres oficiales más o menos heridos, unos sesenta soldados muertos o moribundos, y llegó al edificio, penetrando por las puertas que daban frente al campamento de Santos Lugares. Así, mientras los carabineros del "Resistencia" entraban por las puertas que estaban a su frente, el batallón de Voltíjeros como una inundación de fuego y de hierro se precipitaba en los cuartos y patios interiores.

El general Mitre llama derramamiento de sangre inútil a lo que era un combate terrible, no hay duda,

pero también inevitable. Llama crueldad a la muerte de algunos hombres entre ellos el doctor Cuenca, porque no habiendo presenciado esas terribles escenas de lucha y de matanza no puede formarse una idea de lo que son, no puede figurarse ese combate de hombre a hombre a bayoneta, a cuchillo o espada, en esas piezas llenas del humo de la pólvora en que cada tiro de fusil retumba como un cañonazo, en que las cornetas del enemigo como las propias tocan furiosamente al ataque, en que las voces de mando y el grito de cólera resuenan sin cesar. Dícese que el doctor Cuenca se acercó al Coronel Palleja ofreciéndole su reloj para salvar la vida. Palleja era un soldado nobilísimo que no hubiera tomado ni su reloj ni su vida si se hubiera apercibido de ello; pero ¿cómo habría podido comprenderlo en medio de ese tumulto que ensordecía y el humo que cegaba?

Esa acusación a Palleja, que ya no existe, yo la levanto en su nombre. Con tanta más razón, cuanto que por más que parezca concretarse a un solo individuo, ella recae sobre la división oriental, toda entera; y esa división supo ser digna allí de la gloria y del noble carácter de su nación, aun en los momentos más terribles de ese encarnizado combate. Se tomaron prisioneros y hubo oficiales y soldados que los cubrieron con sus cuerpos para salvarlos. Si el señor general Mitre deseara algún detalle, el general Arredondo puede dárselos; él, que era entonces Teniente 2º de la 1ª compañía del batallón "Resistencia", y que debe tal vez a un noble rasgo de orgullo oriental y de energía en aquel instante, su brillante carrera.

Queda pues consignado, para terminar, que no es exacto el segundo punto del párrafo transcrito.

El tercer punto es tan inexacto como los anteriores. Ni Palleja, ni fuerza oriental hicieron matanza en la rotunda del Palomar, puesto que ni aun llegaron a él.

Ese punto determinaba el centro de la línea de infantería enemiga, y fue atacado inmediatamente después por el resto del ejército.

Hechas estas rectificaciones en honor de la verdad, saludo al señor Redactor.

Fernando Torres. *

* *El Siglo*. Montevideo, 27 de octubre de 1887. Página 1, cols. 3 y 4.

EN EL ANIVERSARIO
DE LA
BATALLA DE CASEROS

RECTIFICACIONES HISTORICAS

Señor don Daniel Muñoz.

Muy señor mío y amigo:

El objeto de la presente es pedir a usted un espacio en su diario para insertar las líneas que van a continuación, acompañadas de algunas cartas y documentos que confirman la relación que hago sobre la Batalla de Monte Caseros, cuyo aniversario es hoy; favor que le agradecerá su affmo. y S. S.

León de Palleja.

Rectificaciones sobre la Batalla de Monte Caseros

Hace algo más de un año, el señor don Fernando Torres levantó por la prensa los cargos que hacía el señor general don Bartolomé Mitre a la memoria de mi padre y al ejército oriental, sobre hechos producidos en la batalla de Caseros, según los párrafos de una carta transcrita por aquel señor, que el general Mitre dirigía al doctor don Adolfo Saldías contestando

a otra del mismo señor, adjuntándole un trabajo histórico sobre la época de Rosas.

El que suscribe vio esa publicación, es decir los párrafos de la carta transcritos y la defensa heroica hecha por el señor Torres, tanto respecto del ejército oriental como de mi padre, y como era natural agradecí públicamente la apreciación honorable que hacía sobre la conducta de mi padre y prometí tratar de destruir esos cargos a la vez que desmentía de un modo formal, fuera cierto lo que el señor general Mitre decía.

Pues aunque muy poco tuve ocasión de servir con él, me constaba que jamás se había ensañado con sus enemigos, siendo, por el contrario conocido por un jefe humanitario y de orden, enemigo siempre de esas matanzas y crímenes que casi eran de orden en aquella época y habían constituido escuela en las filas del ejército de Rosas.

Me dirigí entonces al señor general don Bartolomé Mitre pidiéndole se rectificara en los cargos que hacía o los desmintiera, porque según la opinión de personas que se encontraron en esa jornada eran falsos e injuriosos a la memoria de mi padre.

La contestación, que demoró debido sin duda al retardo con que recibió mi carta, si bien no fue del todo satisfactoria, me conformé con ella y francamente ya no pensaba hacerla conocer si no fuera por el deber en que estoy de hacerla pública, pues pública fue también la ofensa.

Por ella se verá que el señor general, confiesa que mi señor padre y la fuerza que lo acompañaba, *se portó con valentía, cumplió con su deber y tomó a sangre y fuego la casa fortificada de Caseros, habiendo hecho resistencia el enemigo.*

Pasando por alto las apreciaciones insidiosas que hace respecto a la muerte del doctor Cuenca ¿cómo se concilia esta declaración con la primera que refutó el señor Torres? y en la que decía, que: "*La división oriental avanzó en columnas de ataque, arma a discreción, sin disparar un tiro. Bastó su avance para disolver de un soplo el último núcleo de resistencia del ejército de Rosas. No hubo casi pelea, ni más muertos que los que inútilmente sacrificó con crueldad el coronel Palleja en el Palomar de Caseros, entre ellos el llorado doctor Cuenca, caído a la sombra de una bandera que detestaba, desempeñando un deber de humanidad*".

Ahora bien, las personas sensatas que lean la propia carta del señor general don B. Mitre, la del señor general Arredondo, como las demás que se acompañan, la relación de la batalla hecha por uno de los jefes de más importancia y más bien conceptuados como lo era el general don César Díaz, las notas de los jefes argentinos que figuraron en primera línea, generales don Benjamín Virasoro y don Manuel Antonio Urdinarrain y la del propio general Urquiza si es necesaria, juzgarán si realmente hubo combate en la casa fortificada de Caseros y cómo fue tomada a sangre y fuego, combate de hombre a hombre sosteniendo una lucha encarnizada al arma blanca en momentos que se libraba la gran batalla, nada menos que el desiderátum, puede decirse, de la guerra de nueve años, que con tantos bríos sostuvo nuestro ejército dentro de los muros de esta ciudad, ¿cómo era posible evitar el que hubiera algunas víctimas que lamentar?, entre las que se encontraba el doctor Cuenca a quien mi padre no conocía y al que le ofrecía su reloj para que le salvara la vida.

¿Qué extraño es que, ofendido mi padre le diera un

mandoble con la espada, y siguiera de largo hasta subir a la azotea de la casa?

Esto es lo más natural y ninguna persona que tenga idea de lo que son esa clase de combates y la excitación consiguiente en ellos, se admirará de esos hechos.

Estoy bien seguro que esto no empaña en lo más mínimo el nombre humilde pero honrado que nos dejó nuestro padre, y si esto no fuera mi íntima convicción, guardaría silencio porque vería que eran justos esos cargos aunque extemporáneamente hechos, pues en vida de él ninguno se los hizo ni aun sus enemigos políticos.

Para corroborar la comportación gloriosa del ejército oriental en esa jornada, al marchar el ejército al otro día de la batalla para ocupar el campamento de Palermo, dio orden el general en jefe, que la división oriental tomara la cabeza de la columna, cuya orden le fue dada al general Díaz por el mayor general del ejército y tan fue así que los cuerpos que iban en marcha hicieron alto para dar lugar a que pasara la división oriental.

Si el señor general Mitre quería en nombre de la humanidad protestar contra las victimas inútiles que se sacrificaron con motivo de la batalla de Caseros, lo que le haría mucho favor por cierto, debió buscarlas entre los que sacrificaban diariamente en el campamento de Palermo, después de la batalla, contra todas las leyes de la guerra, cuya sangre injustamente vertida vino a empañar la gloria conquistada en aquella jornada.

Como fueron: el comandante Chilavert, el regimiento del coronel Aquino sublevado en el Espinillo; todo fue condenado a muerte por bando del ejército y todos

los que se tomaron prisioneros en Caseros fueron pasados por las armas; después se ejecutaban todos los días de diez a veinte y más hombres juntos sin más formalidad que la de justificar la identidad de las personas, para lo cual se consideraba suficiente la denuncia de los mismos prisioneros.

Las ejecuciones tenían lugar en las quintas o en las orillas de los caminos más frecuentados y los cuerpos de las víctimas quedaban insepultos cuando no eran colgados de los árboles de la alameda que conducía a Palermo.

Las gentes del pueblo que venían al cuartel general, atraídos por el natural deseo de conocer a su libertador, se veían a cada paso obligados a cerrar los ojos para evitar la contemplación de los cadáveres desnudos y sangrientos que por todas partes se ofrecían a sus miradas, y la impresión de horror que experimentaban a la vista de tan repugnante espectáculo, trocaba en tristes y melancólicas las halagüeñas ideas y esperanzas que el triunfo de las armas aliadas les había hecho nacer.

No era esto sin embargo la verdad. Morían otros que no habían pertenecido al regimiento rebelde, en la misma forma ejecutiva que aquéllos.

Entre otros fueron ejecutados dos hermanos, oficiales de la división Galán, por haber dejado cumplir una licencia de tres días. Esto lo dice el general D. César Díaz en sus memorias y entra en otras consideraciones que sería largo enumerar.

Así se escribe la historia relatando los hechos tal cual pasaron, sin pasión, y dando al César lo que es del César, y sin tratar de rebajar a los pequeños en número pero gigantes en la lucha.

Sirvan estas mal trazadas líneas y los testimonios que se acompañan, a disipar la duda que por lo menos podría quedar, si es que duda puede haber sobre hechos históricos debidamente apreciados y comentados por espacio de treinta y siete años, sobre la comportación siempre heroica y gloriosa de nuestro ejército cuando ha tenido que dirimir cuestiones fuera de la patria.

León de Palleja.

Señor Sargento Mayor don León de Palleja.

Presente.

Mi compatriota y amigo:

En contestación a su atenta de fecha 9 del mes de noviembre del año ppdo., en la que me pide haga constar al pie de ésta, todo lo que supiese referente a la batalla de Caseros que tuvo lugar el tres de febrero de 1852, en la que fui actor por ser capitán de la compañía de granaderos del batallón de Voltíjeros que comandaba el teniente coronel don León de Palleja.

Le diré que: al amanecer de ese día, todo el ejército de Rosas apareció con su línea de batalla tendida, apoyando su derecha en el edificio fortificado en Caseros, cuyo campo había sido de antemano ya elegido por el enemigo.

El Ejército Libertador aliado, había ido colocándose y ocupando el orden que había designado el general en jefe, que lo era el general don Justo J. de Urquiza, tocándole ocupar a la división oriental la extrema iz-

quierda nuestra, dando frente a la derecha del enemigo.

Colocado en esa situación y habiendo empezado ya el fuego en toda la línea, aguantamos a pie firme el que hacía a nuestro frente el enemigo, del edificio fortificado que ocupaba y demás fuerzas que estaban en línea de batalla, hasta que el comandante Palleja pidió al general Díaz, le permitiera llevar con su batallón la carga a la línea enemiga; esto lo hizo hasta por tercera vez; viendo la insistencia que hacía este jefe, el general Díaz mandó un ayudante al comandante Palleja, para que llevara la carga, que lo protegería con sus tres batallones de la división oriental y dos o tres más brasileros.

El Comandante Palleja se bajó del caballo y se puso al costado izquierdo del que suscribe por ser el que mandaba la compañía de granaderos y emprendimos la marcha al paso redoblado, llevando la compañía de volteadores al mando del capitán don Macedonio Farías a vanguardia de guerrilla; ordenándome el comandante Palleja me corriera sobre el flanco izquierdo a apoyarme en un ombú que estaba en esa dirección; le contesté que debíamos seguir en el orden en que íbamos marchando, que era el medio de llegar más pronto.

En ese orden seguimos avanzando, llevando siempre la carga, encontrando a vanguardia un foso que salvamos con bastante dificultad, en medio del fuego de cañón y de fusilería que nos hacía el enemigo, llegando al pie del edificio fortificado y ocupado por el enemigo, al que penetramos a viva fuerza, bajo un fuego mortífero y teniendo que luchar brazo a brazo con el enemigo que nos disputaba con bríos el terreno, siendo mi compañía la primera que penetró, llevando a mi

costado siempre a nuestro jefe el comandante Palleja.

En esta lucha que sostuvimos entreverados con el enemigo, se presentó un oficial, el primero que encontramos en el momento de atacar y que después de concluir el combate se supo era el doctor Cuenca, y ofreciéndole un reloj que tenía en la mano, le pidió a mi jefe le salvara la vida; éste indignado en ese momento por la actitud humillante de aquél, le dio un hachazo con su espada y siguió de largo tomándolo el que suscribe le dio una estocada con la suya y recogió el reloj ya sin cadena que se hallaba en el suelo, pues otro la había tomado en ese momento, cuyo reloj era de plata, y más tarde cuando regresé a la capital se lo entregué al finado Pozo para que lo llevara a su familia.

Sostengo que tanto mi jefe como yo, ninguno sabíamos la calidad de médico del referido oficial, pues no tenía distintivo alguno que lo denunciara como tal, de lo contrario lo hubiéramos salvado como salvamos a muchos después de terminado el combate, pues el enemigo seguía defendiéndose y al cruzar un patio para penetrar a la azotea del edificio, nos engañó primero diciéndonos que se rendía y luego al subir la escalera nos hizo una descarga; sin embargo subimos a la azotea y acabamos de rendir la fuerza enemiga, haciendo más de doscientos prisioneros.

Después de tomado el fuerte fortificado, por nosotros, el comandante Palleja y el que suscribe con su compañía, salimos en persecución del comandante Chilavert, que se retiraba con una fuerza de artillería, al que le salimos al frente y en ese momento una división de caballería los rodeó, retirándonos nosotros otra vez al edificio que acabábamos de tomar, a reunir nuestras fuerzas, heridos y prisioneros, retirándonos más

tarde al campamento de Morón, pues en esos momentos terminaba la batalla y nos dábamos entonces cuenta de las pérdidas que habíamos tenido, las que ascendían a unos treinta y tantos hombres entre muertos y heridos.

De un oficial recuerdo fue mal herido, el capitán don Segisberto Montero y un sargento Díaz, los que más tarde, el mismo día, fallecieron.

Lo que asegura el señor general D. Bartolomé Mitre respecto de habernos ensañado con crueldad con el enemigo, carece de fundamento, por cuanto fue público y notorio el proceder nuestro, pues se atendió a la par de nuestros soldados heridos, los que hicimos al enemigo, que no bajaban de unos doscientos hombres, según consta del parte pasado por el general en jefe.

Este engaño se explica en el general Mitre, en primer lugar estaba a gran distancia nuestra y así que nos retiramos, el edificio fue rodeado por fuerzas del ejército.

Respecto a la clase de soldados con quienes luchamos, no se crea que éstos eran bisoños, pues bien se sabe que Rosas tenía tropas aguerridas y acostumbradas a pelear.

Tendría mucho más que referir con respecto a esa batalla, pero no lo hago por el momento, concretándome solamente al punto, causa de la presente.

Complacido su deseo, saluda a Ud. con toda consideración su affmo. S. S.

Tomás Larragoitia.

S/C., abril 14 de 1888.

Buenos Aires, diciembre 9 de 1887.

Señor don León de Palleja. Montevideo.

Muy señor mío:

Ignoraba que el coronel don León Palleja, cuyo nombre lleva Ud., hubiera dejado un hijo, y siento saberlo con motivo poco grato, cual es el juicio contradictorio que pueda hacerse respecto a un hecho aislado de su carrera militar, atribuyéndome hacia él otros sentimientos que los que le profesé en vida.

El coronel Palleja fue mi amigo y mi compañero de armas en el sitio grande de Montevideo, donde él empezó su carrera en América; hicimos bajo las mismas banderas la campaña de Caseros, y sirvió bajo mis órdenes en la guerra del Paraguay.

En todo tiempo hice justicia a su valor probado y a su inteligencia militar, y nadie puede desconocer sus distinguidos servicios que prestó en ese tiempo ni dejar de deplorar su heroica muerte.

Por lo que respecta al ataque de la posición de Caseros, he dicho como testigo presencial, y lo repito, que no hubo casi pelea y que los muertos hechos por los vencedores en esa ocasión, fue un sacrificio inútil y cruel. Verdad es que hubo alguna resistencia en el edificio de Caseros, por parte de los que ocupaban la azotea, y que la tropa de la división oriental que mandaba el coronel Palleja, que cumplió su deber con valentía, lo tomó a sangre y fuego; pero una vez en su interior y dueños de ella, era inútil para la victoria y cruel para la humanidad, el sacrificio de víctimas, sobre todo, si se considera que allí estaba establecido el hospital de sangre del ejército enemigo, con sus médicos que no eran combatientes.

La primera víctima sacrificada, fue el doctor Claudio Mamerto Cuenca, médico del hospital de sangre establecido allí.

Me dice usted en su carta, que he recibido con retraso, a que contesto, lo que ignoraba, que la primera persona con que se encontró el coronel Palleja, fue el doctor Cuenca, a quien no conocía, el que como médico, naturalmente estaría desarmado y no podía hacer resistencia, y se presentaba además como rendido, según resulta de sus propias palabras de usted: "ofreciendo su reloj al primero que le salvara la vida". Agrega usted: "Mi padre exaltado en aquel momento supremo, lo rechazó como era muy natural y lógico dándole un hachazo con su espada. Larragoitia que lo seguía, le pegó una estocada y por una de aquellas cosas tan propias y permitidas en la guerra, le tomó el reloj y lo guardó, el mismo que más tarde restituyó a su familia".

La guerra no es humana en sí, y tiene crueles necesidades; pero prescindiendo de la exaltación que es natural entre el humo y el fuego del combate, lo que sea permitido y propio o no en ella, y el derecho del vencedor para matar a los enemigos en una posición tomada a fuerza de armas, dejo a su conciencia en presencia de su propio relato, calificar el sacrificio del doctor Cuenca ante las crueles necesidades de la guerra y los sentimientos de la humanidad.

Con este motivo saluda a Ud. atentamente S. S. S.

Bartolomé Mitre.

Señor don León de Palleja. Montevideo.

Muy señor mío:

Recibí su carta y me impuse de su contenido.

No tengo inconveniente en acceder a lo que me pide, porque creo apreciar con exactitud la naturaleza de los móviles que la inspiran.

Nunca formé parte del batallón Voltíjeros de que fue jefe su señor padre, sino del Resistencia, comandado por el coronel Lezica. Los dos cuerpos pertenecían a la división de que era jefe el general Díaz.

Los recuerdos de la batalla de Caseros los tengo muy vivos. Formábamos aquel día a la izquierda del Ejército Libertador, y por eso nos tocó atacar el Mirador o Palomar de Caseros, que casi cerraba la derecha del enemigo quedando a nuestro frente.

Fui testigo presencial de los hechos de guerra que se produjeron sobre aquella posición y a que el general Mitre se refiere en el juicio que ha motivado su carta. Puede pues afirmar en nombre de la verdad histórica, que el general Mitre ha sido mal informado al respecto, cosa de lamentar en un historiador que ha revelado tanta seriedad y meditación en sus investigaciones, dando a sus libros una autoridad que no tiene superior en este país.

He aquí cómo pasó todo: cuando nuestra división avanzó sobre el Mirador o Palomar, las fuerzas allí atrincheradas le presentaron bandera de parlamento, ofreciendo rendirse a discreción. Una compañía del batallón Voltíjeros, a las órdenes del capitán Montero, se desprendió del cuerpo, con el objeto de rendir las fuerzas. Pero apenas había penetrado al interior, reci-

bió un fuego nutrido que le produjo muchas bajas, entre ellas la de su capitán, muerto allí mismo.

Fue entonces que el general César Díaz ordenó al coronel Palleja que con el batallón de su mando tomara aquella posición a viva fuerza. El coronel Palleja cumplió la orden después de un ligero combate que le causó varios muertos al enemigo, encontrándose entre ellos el del malogrado poeta doctor Cuenca.

En el acto mismo de haberse apoderado de aquella posición el coronel Palleja, pudo convencerse que todo lo ocurrido no era el resultado de una traición odiosa y brutal, sino una irregularidad, de las cuales hay muchos ejemplos en análogos casos de guerra, y que son ellos mismos independientes de la voluntad de los jefes y aun de los que los ejecutan.

Esto pudo evitar y evitó las consecuencias sangrientas que habían traído la irritación consiguiente de la tropa, en presencia de una fingida rendición.

El general don Emilio Mitre mandaba la artillería que formó parte de nuestra división. Ha sido pues testigo de lo que dejo narrado y sus recuerdos seguramente exactos con los míos, pueden concurrir a dejar establecida la verdad histórica, salvando el honor de todos.

Quedo a sus órdenes, atento y S. S.

J. Arredondo. *

FIN

* *La Razón.*-Montevideo, 3 de febrero de 1889 Página 1, cols. 3, 4 y 5.